

1084 SERMO I. De la falacia y brevedad de la vida presente.

1. Verdaderamente es cierta la sentencia, hermanos, de que la vida del hombre en la tierra es una tentación (Job VII, 1): ya que es engañosa y no suele engañar de manera simple. Para engañar de múltiples maneras a los hombres, cambia de rostro, cambia de voz: ahora afirma, ahora niega, y no se sonroja: sobre su propia duración habla de manera diversa a diferentes personas, e incluso sugiere cosas contrarias y adversas en diferentes momentos al mismo individuo. Pues a veces se queja de ser breve, a veces finge ser más larga. Cuando aún deleita pecar, gime profundamente por su brevedad. No es falsa la brevedad, pero sí es engañoso el gemido, ya que recuerda con tristeza aquello por lo que más bien debería alegrarse. Pues le conviene, si persevera en actuar así, que sus excesos, a los que la voluntad no pone límite, al menos la necesidad les ponga fin. Le conviene a quien siempre muere, morir más rápidamente en el cuerpo: pero más le habría convenido si ese hombre no hubiera nacido. Y la misma memoria de la vida más breve debería haber sido un remedio más que un incentivo para el pecado, como está escrito: Recuerda tus postrimerías, y nunca pecarás (Ecli. VII, 40). Pero si el pecado reina en ti hasta tal punto, o más bien te deleita tanto servir al pecado, que te duele tener poco tiempo para servirle, y amas tanto el camino ancho, que desees de todas formas, si pudieras, hacerlo también largo; quieras o no, el fin no está lejos; pero tú, lo confieso, estás lejos del reino de Dios, y pareces haber hecho un pacto firmísimo con la muerte, un pacto con el infierno.

2. Erraron, dice el Profeta, en la soledad, en un lugar sin agua: no encontraron el camino a la ciudad de habitación (Sal. CVI, 4). Esta soledad es de los soberbios, porque se consideran solos, desean ser considerados solos. Es letrado; odia al compañero. Astuto en los negocios seculares, no quisiera encontrar a nadie semejante a él. Es rico; si ve a otro enriquecerse, se atormenta. Es fuerte o hermoso; dale un igual, y se consume. Es solitario, pero errante. Erró en su soledad: pues no podrá habitar solo sobre la tierra. No es de extrañar que a esta soledad se añada sin agua; para que se diga, en la soledad, en un lugar sin agua. Pues así como en las soledades suelen faltar las aguas, y los lugares desiertos suelen ser estériles y áridos, así la soberbia va acompañada de impenitencia. Un corazón altivo es duro y carece de piedad, ignora la compunción, está seco de todo rocío de gracia espiritual; porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV, 6). Él envía fuentes en los valles, en medio de los montes, dice el Profeta, pasarán las aguas (Sal. CIII, 10). De ahí que lamentándose de sí mismo miserablemente diga: Mi alma es como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII, 6). Pues la falta de agua no solo hace árido, sino también sucio, cuando no hay con qué lavarse: y el corazón humano que no conoce lágrimas, no solo es duro, sino también impuro. Lavaré, dice, cada noche mi lecho, para lavar las manchas de mi conciencia. Con mis lágrimas regaré mi lecho (Sal. VI, 7), para que no suceda en mí lo que está escrito sobre la semilla que cayó sobre la piedra, y nacida se secó, porque no tenía humedad (Luc. VIII, 6).

3. Erraron en la soledad, en un lugar sin agua: no encontraron el camino a la ciudad de habitación. Erraron claramente en un lugar sin camino, y no en el camino. Pues el camino ancho no es camino. La rectitud pertenece al camino, la anchura más bien a la llanura que al camino. La soledad en el camino ancho es camino: y donde no hay camino, todo es camino. Así es la vida expuesta a los vicios, teniendo límites muy amplios de un lado y otro, porque no tiene límites. Ni siquiera debe llamarse vida, en la que se vive solo para la muerte, según el testimonio del Apóstol, que dice: Porque si vivís según la carne, moriréis (Rom. VIII, 13). Así tampoco el rodeo es camino, y sin embargo es el camino de los impíos, como está escrito. En el rodeo andan los impíos (Sal. XI, 9). Esta es la vía espaciosa, cuyo espacio de anchura

no está cerrado por límites, donde no hay ley, ni transgresión. Por tanto, a estos hijos de desobediencia, que se entregaron completamente a los placeres corporales y a sus propias voluntades, la vida engañosa confiesa con confianza ser breve, para que carnalmente se lamenten, al reconocer que tienen poco tiempo, como su príncipe, y ardan más intensamente en todo exceso, como se dice que algunos dicen: No nos pase la flor del tiempo, coronémonos de rosas antes de que se marchiten. No haya prado que no atraviese nuestra lujuria, no haya lugar que no experimente nuestra lujuria; dejemos señales de alegría por todas partes, porque esta es nuestra parte, y esta es nuestra suerte. Y más claramente: Comamos y bebamos; porque mañana moriremos (Sab. II, 6-9; Isa. XXII, 13). Pero eso es cierto, les responderá mañana su injusticia: ni ellos tienen aquí una ciudad permanente, que no encontraron el camino a la ciudad de habitación. Pero que se apresuren a pecar por eso, es una locura. Ciertamente, a estos mismos, si alguna vez comienzan a temer el recuerdo de la muerte inminente, y tiemblan ante la terrible expectativa del juicio, inmediatamente la falacia de esta vida miente diciendo que es larga: para que lo que poco antes lamentaban como breve para pecar, ahora de repente lo encuentren tan prolongado, que crean poder consumir aún una parte no pequeña en pecados, porque el resto es largo, y suficiente para hacer penitencia por los pecados. Sin embargo, como a los primeros, si no se arrepienten, el temor que temen les sucederá, o más bien les sucederá algo más grave de lo que temen, de modo que no solo el tiempo de los excesos pasará rápidamente, sino que sucederá el tiempo, o más bien la eternidad de los castigos; así también a estos, cuando digan, Paz y seguridad, vendrá sobre ellos repentina destrucción (I Tes. V, 3), de modo que no podrán ni siquiera completar los días que sueñan que aún vivirán, ni cumplir esa mitad de días que se prometen mientras tanto.

4. A vosotros, hermanos, no temo ni la vana tristeza de la verdadera brevedad, ni la falaz consolación de la simulada longitud, porque ciertamente ya habéis comenzado a ir a la ciudad de habitación, y no camináis en un lugar sin camino, sino en el camino. Sin embargo, temo que también a vosotros, pero de otra manera, la vida misma quiera engañaros con la simulación de longitud, no trayendo consolación, sino más bien desolación. Temo, digo, que alguien, pensando que le queda una vida más larga, y creyendo que le queda un largo camino, sea abrumado por la pusilanimidad del espíritu, y desespere de poder soportar trabajos tan grandes y tan prolongados. Como si no según la multitud de sus dolores en su corazón, las consolaciones divinas alegraran las almas de los elegidos. Y ahora según la multitud de dolores, mientras aún se dan como medida. Pero después de esto, las delicias, ya no las consolaciones en su diestra hasta el fin. Anhelemos esa diestra, hermanos, que nos abrazará por completo; suspiremos por esas delicias, para que, como el tiempo es completamente breve, también los días nos parezcan pocos por la magnitud del amor. Las pasiones de este tiempo no son dignas de ser comparadas con la gloria venidera que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). Promesa gozosa, y digna de ser abrazada con todos los deseos. Pues no estaremos como espectadores vacíos e inútiles, ni esa gloria se revelará como algo externo a nosotros, sino en nosotros. Porque veremos a Dios cara a cara, pero no fuera de nosotros; porque estará en nosotros, ciertamente todo en todos. Sin duda, esa gloria llenará también toda la tierra: cuánto más llenará el alma misma. Seremos llenados, dice, con los bienes de tu casa (Sal. LXIV, 5). Y ¿qué digo, que no estará la gloria con nosotros, sino en nosotros? Ahora también está en nosotros, pero entonces se revelará. Pues ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos.

5. Hermanos míos, si no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, sepamos lo que nos ha sido dado por Dios. Pues yo digo que todo. Y si no me creéis a mí, creed al Apóstol. Él que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom. VIII, 32). Este es el poder

de los hijos de Dios, que dio a los que lo recibieron. Esta es la gloria de cada fiel, gloria como de adoptado por el Padre, por aquel cuya gloria vimos, gloria como del Unigénito del Padre. Escucha, pues, el poder: Todo es posible para el que cree (Mar. IX, 22).

6. Pero aún muchas cosas, dirás, inquietan gravemente, muchas evidentemente se oponen. Y me maravillo de cómo recuerdas que todo ha sido dado, cuando casi nada se somete a tu deseo. Algunas cosas parecen servirnos, pero con nuestro trabajo, y solo si primero les servimos. Los mismos animales, si no son alimentados por nosotros, si no son domados, si no son sostenidos con alimento, no ayudan. La misma tierra, que debería sernos más cercana, no nos da pan sin el sudor de nuestro rostro: más aún, aunque la cultivemos, nos produce espinas y cardos. Y todas las demás cosas, si las consideramos cuidadosamente, más bien exigen servicio de nosotros que nos lo prestan: para no mencionar aquellas que están preparadas para dañar, como el fuego para quemar, el agua para ahogar, las fieras para desgarrar. Y estas cosas son así; pero sin embargo, el Apóstol no miente al afirmar más claramente en otro lugar que sabe que a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, a los que son llamados según su propósito (Rom. VIII, 28). Sin embargo, observa cuidadosamente que no dice que sirvan a nuestro capricho, sino que cooperan para el bien. Pues no sirven a la voluntad, sino a la utilidad; no al placer, sino a la salvación; no al deseo, sino a nuestro beneficio. Tanto es así que todas las cosas nos cooperan para bien, que entre todas estas cosas incluso se cuentan aquellas que no son nada, como la molestia, la enfermedad, y la misma muerte, incluso el pecado; que ciertamente se sabe que no son naturalezas, sino corrupciones de la naturaleza. ¿O acaso no cooperan para bien incluso los mismos pecados, para aquel que se encuentra más humilde, fervoroso, solícito, temeroso y cauteloso por ellos?

7. Estas son, pues, las primicias del espíritu, estas las primicias del reino, esta la anticipación de la gloria, este el inicio del poder, y una especie de arras de la herencia paterna. Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será anulado, para que de ahora en adelante todas las cosas se dispongan según el deseo, de modo que unidas por un vínculo indisoluble lo útil y lo agradable, no puedan separarse más. Esto será el eterno peso de gloria, del que el Apóstol dice repetidamente: Esta leve tribulación momentánea, produce en nosotros un eterno peso de gloria que sobrepasa toda medida en sublimidad (II Cor. IV, 17). Ve, sigue murmurando, y diciendo: ¡Es largo, es pesado, no puedo soportar cosas tan inmensas y tan prolongadas! El Apóstol testifica que es momentáneo y leve lo que soporta. Y ciertamente aún no has recibido de los judíos cinco veces cuarenta azotes menos uno; aún no has estado noche y día en el abismo del mar (II Cor. XI, 24, 25), aún no has trabajado más que todos (I Cor. XV, 10); finalmente, aún no has resistido hasta la sangre (Hebr. XII, 4). Mira, pues, cuán indignas son las pasiones para la gloria. Lo que es de tribulación, es momentáneo y leve: lo que es de gloria, es eterno, y un peso incluso sobrepasa toda medida en sublimidad. ¿Por qué cuentas días y años en vano? Pasa la hora, pasa también el castigo; no se suman, sino que ceden y suceden. No así la gloria, no así la recompensa, no así la misma recompensa del trabajo. No conoce vicisitud, no conoce fin, permanece toda a la vez, y permanece para siempre. Cuando dé, dice, a sus amados el sueño, he aquí la herencia del Señor (Sal. CXXXVI, 2, 3). Pues ahora cada día tiene suficiente con su propio mal, y no puede reservar su trabajo para el siguiente; pero la recompensa de todos los trabajos se dará en aquel único día, al que no sucederá otro. Me está reservada la corona de justicia, dice el Apóstol, que me dará, no en aquellos, sino en aquel día el justo Juez (II Tim. IV, 8). Pues mejor es un día en esos atrios que mil (Sal. LXXXIII, 11). La pena se bebe gota a gota, se toma a sorbos, pasa en pequeñas porciones: pero en la recompensa es un torrente de placer, y un ímpetu de río, un torrente que inunda de alegría, un río de gloria [otras versiones, de gracia], y un río de paz. Es ciertamente

un río, pero que fluye, no que fluye o se desborda. Se llama río, no porque pase o transcurra, sino porque abunda.

8. Eterno, dice, peso de gloria. Pues no se nos promete una vestidura gloriosa, no una casa gloriosa, sino la misma gloria. Si alguna vez se dice algo de eso o de cosas similares, es una figura. Pues en verdad la esperanza de los justos no es algo alegre, sino la misma alegría (Prov. X, 28). Los hombres se alegran en los alimentos, se alegran en las pompas, se alegran en las riquezas, se alegran también en los vicios; pero el luto ocupa el final de tales alegrías, porque la alegría en materia convertible necesariamente se cambia cuando la cosa cambia. Se enciende una vela: no es luz pura, sino lámpara; pues el mismo fuego consume sus propios combustibles, y no se alimenta sino consumiéndolos. Por tanto, cuando veas que la materia está completamente consumida, también encontrarás que el fuego se ha extinguido. Así como el humo y la oscuridad ocupan el final de esa llama, así la alegría de la cosa alegre se convierte en tristeza. Pero Dios nos ha reservado no un panal de miel, sino la miel más pura y líquida; la misma alegría, vida, gloria, paz, placer, amenidad, felicidad, júbilo y exultación ha atesorado para nosotros el Señor nuestro Dios: y todo esto es uno, para que la participación de Jerusalén sea en lo mismo. Y este uno y lo mismo no es sino él mismo, como recordamos antes, diciendo el Apóstol que será Dios todo en todos (I Cor. XV, 28). Esta es nuestra recompensa, esta nuestra corona, este nuestro premio: para lo cual ojalá corramos de tal manera que lo alcancemos. Hermanos, nunca un agricultor prudente considera larga la oportunidad de sembrar, quien desea la abundancia de la futura cosecha. Pero vuestros días, no menos que vuestros cabellos, todos están contados (Luc. XII, 7); y así como un cabello del cuerpo, así tampoco se perderá un momento del tiempo (Luc. XXI, 18). Teniendo, pues, tal promesa, amadísimos, no desfallezcamos ni nos cansemos nunca: ni consideremos pesado el yugo de Cristo, que él mismo testifica que es ligero; ni el yugo, que en verdad es suave (Mat. XI, 30): sino que para todo lo que parezca un peso del día, pensemos en el eterno peso de gloria. A la cual nos conduzca por su misericordia el Señor de las virtudes y rey de gloria; a quien mientras tanto clamemos con devota humildad: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Sal. CXIII, 9).

SERMO II. De la obediencia, paciencia y sabiduría; o, sobre conocerse a sí mismo, que somos hombres.

1. Os ruego, hermanos, por la salvación común, que recibáis con diligencia la oportunidad dada para obrar la salvación. Os ruego por la misericordia, por la cual os habéis esforzado en haceros tan miserables, haced para lo que vinisteis, para lo que ascendisteis de los ríos de Babilonia. Junto a los ríos de Babilonia, dice el Profeta, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion (Sal. CXXXVI, 1). No tenéis aquí la preocupación de criar hijos, ni la preocupación de cómo agradar a las esposas: no sobre ferias, no sobre negocios seculares, no sobre el mismo sustento y vestido es necesario pensar. Lejos de vosotros, en gran medida, la malicia del día y la preocupación de la vida. Así os ha escondido Dios en el escondite de su tabernáculo. Estad quietos, pues, amadísimos, y ved que él es Dios (Sal. XLV, 11). Pero, para que alguna vez podáis hacer esto, primero debéis cuidar de ver qué sois vosotros, y, según la voz del mismo profeta: Sepan las naciones que son hombres (Sal. IX, 21). A esta doble consideración dedíquese toda vuestra vocación, como oraba el santo: «Dios, que me conozca a mí, que te conozca a ti (AGUSTÍN, en Confesiones libros).» Pues ¿cómo parece conocerse a sí mismo el hombre, huyendo del trabajo y del dolor? ¿O cómo sabe que es hombre, quien no está preparado para aquello para lo que nació? El hombre, dice, nace para el trabajo (Job V, 7). Pues duda que nació para el dolor, quien no nació en el dolor. Pero el clamor de la parturienta indica el dolor, el llanto y el gemido del hijo indican el trabajo. Porque tú consideras el trabajo y el dolor, dice el Profeta (Sal. IX, 14). El trabajo está en las acciones, el

dolor en las pasiones. Por tanto, quien se conocía a sí mismo como hombre, preparado para ambos, decía con humilde confesión: Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado (Sal. LVI, 8). Y expresando más claramente esta doble preparación, sobre la acción dice: Estoy preparado, y no me turbó, para guardar tus mandamientos (Sal. CXVIII, 60). Sobre la pasión dice: Estoy preparado para los azotes, y mi dolor está siempre ante mí (Sal. XXXVII, 18).

2. Nadie en esta vida miserable puede jactarse de evadir esta doble aflicción. Ninguno de los hijos de Adán vive aquí sin trabajo, nadie sin dolor. Algunos evitan ciertos males, pero sin duda caen en otros más graves. "No están en el trabajo de los hombres, y no serán azotados con los hombres". Sin embargo, no están completamente libres de trabajo, ni son azotados mínimamente. Finalmente, "por eso los ha tomado la soberbia". Un trabajo pesado, "están cubiertos de iniquidad e impiedad" (Salmo LXXII, 5, 6). Azotes realmente graves, ya que "no hay paz para los impíos, dice el Señor" (Isaías LVII, 21). Porque el hecho de que no sientan la ansiedad del trabajo ni el daño del azote, esa misma insensibilidad indica la vehemencia de la pasión. El pobre suda en el trabajo exterior; pero, ¿acaso el rico no trabaja menos ansiosamente en sus propios pensamientos? Este abre su boca en bostezo; aquel en eructo; y a veces aquel sufre más por el hastío que este por el hambre. Finalmente, quieran o no, no solo los hombres, sino también los demonios, hacen y sufren lo que la providencia suprema ha dispuesto.

3. Sin embargo, no se recomienda la obediencia leprosa ni la paciencia canina. Por eso no pedimos simplemente que se haga la voluntad del Señor, que ciertamente se hace en todo y por todo: ¿quién puede resistir a su voluntad? Sino que se haga "como en el cielo, así también en la tierra". Creo que esta adición también debe aplicarse a las dos peticiones precedentes, para que roguemos a nuestro Padre que está en los cielos que su nombre sea santificado, que su reino venga, y que se haga su voluntad (Mateo VI, 9, 10). Todo esto "como en el cielo, así también en la tierra". De lo contrario, ¿dónde no se santifica su nombre? ¿Dónde no ha venido ya su reino, cuando en el nombre de Jesús toda rodilla se dobla, de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra? (Filipenses II, 10). "Sé que eres el Santo de Dios", dice incluso el maligno (Marcos I, 24). Pero de manera muy diferente y con afecto completamente distinto se santifica ese nombre en los cielos, donde con una alegría indescriptible se clama: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos" (Isaías VI, 3). Así también reina no solo en la tierra, sino también en el infierno, teniendo el dominio sobre la vida y la muerte. Pero reina de manera completamente diferente en aquellos que sirven a la fuerza y en los que sirven voluntariamente.

4. La obediencia es un buen alimento, de la cual el mismo Señor dice: "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre" (Juan IV, 34). Y el Profeta: "Cuando comas el trabajo de tus manos, serás feliz y te irá bien" (Salmo CXXVII, 2). La paciencia de los pobres es un buen alimento, que no perecerá al final, el pan de lágrimas, el pan de dolor. Sin embargo, ambos necesitan un condimento, sin el cual ambos son insípidos y no solo no restauran, sino que al ser probados traen la muerte. Ambos son alimentos muy duros, hermanos, y si no se añade algo sabroso, ciertamente hay muerte en la olla. ¿Qué es más sabroso que la sabiduría? Es el árbol de la vida, que endulzó las aguas de Mara a través de Moisés (Éxodo XV, 25). Es la harina que sazonó el guiso de los profetas a través de Eliseo (IV Reyes IV, 41). Es el fuego que siempre se ordena que arda en el altar (Levítico VI, 12). Es el aceite, por cuya falta se cierra la puerta de las bodas a las vírgenes necias (Mateo XXV, 12). Es la sal, que se ordena que no falte en ningún sacrificio (Levítico II, 13). Por eso decimos que los hombres insulsos son aquellos que queremos que se entiendan como poco sabios. Y el Señor nos manda tener sal en

nosotros (Marcos IX, 49). El Apóstol también aconseja que toda nuestra conversación esté sazonada con sal (Colosenses IV, 6).

5. Sin embargo, creo que esta misma sabiduría, que queremos añadir como tercera a la obediencia y la paciencia, se encuentra también triplicada, para que nuestro condimento se confeccione como con tres hierbas. Es necesario que haya justicia en la intención, alegría en la operación, humildad en la reputación. Porque nuestra obediencia o incluso paciencia es insípida y sosa para Dios, a menos que Él sea la causa de todo lo que hacemos o sufrimos; porque se nos manda hacer todo para la gloria de Dios; y no si sufrimos algo, sino si sufrimos algo por la justicia, somos bienaventurados. Además, es necesario evitar la pusilanimidad y la tristeza en todo lo que se debe hacer o tolerar; porque Dios ama al dador alegre (II Corintios IX, 7). Finalmente, la alegría misma y la voluntad devota se conocen como pertenecientes especialmente a la preparación que mencionamos antes. Por otra parte, es necesario huir de la arrogancia sobre todo. Porque quien piensa en grande, su obra y paciencia tienen un sabor vano; y no hay sabor más grave o más contrario a la verdad. ¿Ves cuán útil es para el hombre saber que es hombre, para que esté preparado para la obediencia a los mandamientos y la tolerancia de los azotes: y luego se esfuerce para que, aunque no pueda evitar el trabajo ni el dolor, al menos trabaje y sufra de tal manera que estos se conviertan en alimentos saludables para él? Porque "mejor es la obediencia que los sacrificios" (I Samuel XV, 22); y: "Mejor es el paciente que el fuerte" (Proverbios XVI, 32). La desobediencia es causa de muerte: todos lo experimentamos, todos morimos por ella. La impaciencia es la perdición del alma, dice el Señor: "Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (Lucas XXI, 19). Sin embargo, también la sabiduría que mencionamos es necesaria para la salvación. Porque no solo por la desobediencia de aquellos a quienes les faltó obediencia, o por la impaciencia de quienes carecieron de paciencia; sino también quienes no tuvieron sabiduría, perecieron por su insensatez.

6. Y esto es para que los hombres sepan que son hombres, ya destinados a acciones y pasiones; hubo un tiempo en que el hombre estaba puesto en acción y meditación, teniendo acción sin pasión, teniendo también meditación sin trabajo. Digo, cuando fue puesto en el paraíso, para que lo trabajara y lo guardara. Pero incluso si no hubiera caído de allí, habría sido promovido en algún momento, para que disfrutara solo de la contemplación: así como desde este grado inferior, que ahora ocupa, a menos que se esfuerce por resurgir, caerá alguna vez al más bajo: es decir, para que se ocupe solo en la pasión, donde ni la obra ni la razón, sino solo la pasión, estará en el infierno. Feliz aquel cuya alma no era agobiada por el cuerpo, porque tampoco se corrompía. Pero mucho más feliz si hubiera llegado a esto, para que, disminuido en acción, percibiera la sabiduría más plena y perfectamente, amando el cuerpo gratuitamente, como si en nada necesitara del cuerpo. Porque este sería el orden más hermoso, y lo será aún cuando sea. No hay que desesperar de ninguna manera, para que, así como el alma a Dios, así la carne al alma pueda decir: "No necesitas mis bienes; me llenarás de alegría", dice, "con tu rostro" (Salmo XV, 2, 11). De allí la plenitud, de allí la saciedad, cuando aparezca tu gloria. Porque lo que esperamos de la reforma de los cuerpos y la conformación a la claridad de su cuerpo, será de una manera abundante y sobreabundante medida: para que felizmente nos regocijemos en su glorificación, pero no principalmente. "Tu esposa", dice, "como una vid fecunda, en los lados de tu casa". La carne será honrada, pero según su medida, no habitando en medio de la casa, sino aparte; ni fácilmente para nosotros, sino establecida en el lado. "Tus hijos, como plantas de olivo, alrededor de tu mesa" (Salmo CXXVII, 3). Sin duda, tampoco faltarán las obras, pero no las que se hacen ahora, sino las que se harán entonces; como está escrito: "Sus obras los seguirán" (Apocalipsis XIV,

13). Pero aunque nos regocijemos y demos gracias a Dios por lo que hemos hecho con su ayuda, no les daremos el primer lugar, sino que estarán alrededor.

7. Ahora, habitando en la región de los cuerpos, estamos sujetos a los cuerpos: y desde que nuestros padres rompieron la ley, no solo es tiempo de hacer, sino también de sufrir, y nuestro trabajo y dolor son mayores. Duro es el alimento del pan de cebada; pero, ofendido el rey, expulsado del palacio, el soldado, por muy delicado que sea, tendrá que recurrir a un solo siervo que tiene: allí refugiarse, y tomar comidas inusuales con él; cambiar las delicias reales por papillas rústicas, y los lechos nobles por el estercolero del siervo, según aquella lamentación profética: "Los que se nutrían en púrpura abrazaron el estiércol" (Lamentaciones IV, 5). Y allí el profeta deplora especialmente que las criaturas nobles, olvidadas de su propia condición, disimulen tanta miseria: y no solo no consideren lo que toleran, sino que abracen como grandes bienes lo que son casi los peores males. Por eso también dice de sí mismo: "Yo soy el hombre que ha visto la pobreza en la vara de su indignación" (Lamentaciones III, 1).

8. Lamentémonos bajo esta carga, hermanos, y deploremos las presentes miserias. Frecuentemente, cada uno de nosotros estalle en una voz de piadosa queja, y clame: "¡Infeliz de mí, quién me librará de este cuerpo de muerte!" (Romanos VII, 24). Esforcémonos también por robarnos a nosotros mismos de vez en cuando; y sustraernos de estas pésimas ocupaciones, aunque sea por una hora: lanzar nuestras almas, vibrar nuestros corazones hacia lo que es suyo, y que cuanto más natural, más dulce es. Esto es lo que se dice: "Estad quietos, y ved que yo soy Dios" (Salmo XLV, 11). Porque no es una visión de los ojos, sino de los corazones, cuando el Señor dice: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). Este es el bien propio del corazón; ni necesita para esto de un instrumento servil. Porque es el alimento propio del alma, del cual el Profeta dice: "Mi corazón se ha secado, porque me olvidé de comer mi pan" (Salmo CI, 5). Ciertamente, lo que decimos: Nada es más fácil de decir; lo decimos en comparación con las obras, porque la lengua es mucho más voluble que la mano, y se mueve más fácilmente en palabra que en acción. De lo contrario, tanto en palabra como en acción, el pensamiento es más fácil, porque en él el alma habla con su propia boca, ve con sus propios ojos, obra con sus propias manos. Aunque aquí también a veces es necesario que trabaje incluso en su propio gemido, y se compungue en su propio lecho. Porque nuestra vida se ha acercado tanto al infierno, que es un lugar de pura pasión, que la pasión ha ocupado tanto la acción como la misma cogitación. ¿No son de alguna manera pasivas nuestras acciones, y en los pensamientos también hay dolor y trabajo? ¡Ay, becerra de Efraín, enseñada a amar la trilla, acostumbrada al yugo, ignorante del descanso! ¿Cuándo vendré y apareceré ante el rostro de Dios? ¿Cuándo cesará todo esto, y ya no habrá más llanto ni clamor, ni habrá más dolor ni trabajo? ¿Cuándo embriagará el alma la abundancia de la casa de Dios, y aquel torrente inagotable de la divina voluptuosidad? ¿Cuándo la contemplación del sereno resplandor se apropiará completamente de ella? Hijitos, deseemos los atrios del Señor; suspiremos frecuentemente hacia allí. Nuestra patria es, adoremos al menos y saludémosla desde lejos. Amén.

SERMO III. Sobre el cántico del rey Ezequías, "Yo dije en la mitad de mis días," etc. (Isaías XXXVIII, 10-20.)

1. Los hombres sanguinarios y engañosos no llegarán a la mitad de sus días (Salmo LIV, 24), perseverando en su vejez hasta la muerte; y esto porque no temen al Señor. Pero quien, por el temor de Dios, se inicia en la sabiduría, inmediatamente divide sus días, exclamando por temor: "Iré a las puertas del infierno". Ciertamente, por el miedo al infierno, cuando comienza a descansar de los males, comienza a buscar consuelo en los bienes, porque es necesario consolarse en uno u otro. Sin embargo, es un buen consuelo la esperanza de la

salvación eterna, en la cual, eliminados los pecados que separaban entre él y Dios, revive y se alegra por la gracia de Dios. En lo cual, cuando comienza a progresar, porque esto es vivir piadosamente en Cristo, es necesario, según la Escritura, que sufra persecución (II Timoteo III, 12): para que la reciente alegría se convierta en tristeza, y la dulzura del bien, apenas tocada con los labios, se convierta en amargura, de modo que le plazca decir: "Mi arpa se ha convertido en luto, y mi canto en llanto" (Job XXX, 31). Lloro entonces más amargamente la dulzura perdida, que antes había llorado la amargura de los pecados cometidos: y esto lo hace hasta que, por la misericordia de Dios, regresa el consuelo. Cuando este regresa de nuevo, reconoce que la tentación que sufrió fue una prueba, no una desolación: y que fue una prueba para la instrucción, no para la destrucción, como está escrito: "Lo visitas de mañana, y de repente lo pruebas" (Job VII, 18). Por lo cual, al conocer su progreso en la tentación, no solo no la rehúye, sino que también desea ser probado: "Pruébame", dice, "y examíname" (Salmo XXV, 2). Por lo tanto, con estas frecuentes vicisitudes entre la visita de la gracia y la prueba de la tentación, progresando en la escuela de las virtudes, por la visita para que no desfallezca, por la tentación para que no se enorgullezca: finalmente, con tal ejercicio, purificado el ojo interior, inmediatamente llega la luz, a la cual deseando adherirse fielmente, pero presionado por el cuerpo no puede, vuelve a sí mismo a regañadientes y con dolor. Sin embargo, habiendo probado de alguna manera cuán dulce es el Señor, incluso cuando regresa a lo suyo, retiene el sabor en el paladar del corazón: por lo cual ya no desea tanto lo que es suyo, sino a Él mismo. Y esta es la caridad que no busca lo suyo; esta hace al hijo no buscando lo suyo, sino amando al Padre. Porque el temor haría al siervo desviarse hacia sus propios intereses, la esperanza al mercenario buscar sus propias ganancias.

2. Sin duda, Ezequías pasó por estos grados, y se dio a conocer a los que habrían de pasar: "Yo dije en la mitad de mis días: Iré a las puertas del infierno". Como si dijera: Cuando, habiendo dejado la imagen del hombre terrenal, comencé a querer llevar la imagen del celestial; concibiendo por temor, como está escrito (Isaías XXVI, 17, 18), exclamé: "Iré a las puertas del infierno". Sin embargo, no desesperando por ese temor, busqué el resto de mis años, para comenzar a vivir para mí mismo, quien había vivido contra mí hasta ahora. Pero busqué de aquel que dijo: "Sin mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5). Porque no podía volver a Él sin Él, ni siquiera convertirme: como un espíritu que va y no regresa. Por lo tanto, busqué el resto de mis años. Al recibirlo (pues no niega quien incita a buscar), inmediatamente experimento la verdadera sentencia del Sabio, que dice: "Hijo, al acercarte al servicio de Dios, permanece en el temor, y prepara tu alma para la tentación" (Eclesiástico II, 1). Por lo tanto, cuando era presionado por las tentaciones, y la reciente esperanza de salvación que había concebido parecía ya cerrarse para mí: "Dije: No veré al Señor en la tierra de los vivientes", lo que ciertamente había presumido en abundancia. Porque dije en mi abundancia: "No seré movido para siempre"; no atendiendo a que "en tu voluntad", no en mi poder, "has dado fuerza a mi decoro". Por lo cual, "apartaste tu rostro de mí, y fui turbado" (Salmo XXIX, 7, 8), ya no viendo al Señor Dios, es decir, al Padre, en la tierra de los vivientes. "No veré más al hombre", es decir, al Hijo, de quien se dijo: "Y es hombre, y ¿quién lo conoció?" (Jeremías XVII). Pero "ni al habitante de la quietud", es decir, al Espíritu Santo, de quien está escrito: "¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y el quieto?" (Isaías LXVI, 2).

3. También añade: "Mi generación ha sido quitada y enrollada de mí", es decir, la prole de buenas obras, que había comenzado a engendrar por temor, para que de nuestra alma se pueda decir: "Y la que tenía muchos hijos, se debilitó". Sin embargo, esta piadosa descendencia fue quitada, "y fue enrollada de mí como un tabernáculo de pastores": confiada por un tiempo, no entregada para siempre. También añadió: "Mi vida ha sido cortada como

por un tejedor": para que aprendiera que los progresos de mi vida no están en mi mano, sino en la mano del Omnipotente, como la tela en la mano del tejedor; ya que "mientras aún comenzaba", es decir, inmediatamente al inicio, "me cortó", para que casi al mismo tiempo diera y quitara lo que había dado. Pero si mi fuerza falló, no me abandonó; para que no pareciera que quien comenzó no podía terminar. ¿Qué más? En verdad, pronto comprendí que "la fuerza se perfecciona en la debilidad" (II Corintios XII, 9); y digo: "Bueno es para mí que me hayas humillado" (Salmo CXVIII, 71). Porque conocí que "de la mañana hasta la tarde me acabarás", es decir, me completarás. No solo en la mañana de la visita, ni solo en la tarde de la tentación, sino en ambos a la vez será mi perfección. Necio yo, que solo esperaba hasta la mañana, cuando David dice: "Desde la guardia de la mañana hasta la noche espere Israel en el Señor" (Salmo CXXIX, 6). Y porque pequeño en esperanza, "como un león quebrantó todos mis huesos": todo el vigor, ciertamente, en el que aún bajo la tutela de la gracia, confiaba imprudentemente en el futuro. Pero, ¿quién quebrantó, sino nuestro adversario el diablo, que como león rugiente anda alrededor, buscando a quien devorar? (I Pedro V, 8). Tú, pues, Señor, de esta contrición humillado y probado, "de la mañana hasta la tarde me acabarás", porque "fue la tarde y la mañana un día".

4. Por lo tanto, yo, como he aprendido, bendeciré al Señor en todo momento, es decir, por la mañana y por la tarde; no como aquel que te alabará cuando le hagas bien (Salmo XLVIII, 19): no como aquellos que creen por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se apartan (Lucas VIII, 13): sino que diré con los santos: Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos los males? (Job II, 10.) Y por la mañana ciertamente como el polluelo de la golondrina, así clamaré, y por la tarde meditaré como la paloma: para que cuando la gracia de la mañana sonría, exultante y clamando como una golondrina, dé gracias por la visita; y cuando la tarde llegue, no faltará el sacrificio vespertino, cuando, como una paloma gimiendo, derrame lágrimas en la tribulación. Así servirá cada tiempo a Dios, cuando por la tarde se demore el llanto, y por la mañana la alegría. Lloraré en la tarde, para que disfrute alegre en la mañana. Ambos agradan a Dios, tanto el pecador compungido como el justo devoto: a quien, por el contrario, desagrada tanto el justo ingrato como el pecador seguro. O ciertamente como el polluelo de la golondrina corriendo de aquí para allá, me dedicaré a los oficios de Marta, mostrándome un dador alegre a todo necesitado: y meditaré como la paloma; gimiendo ciertamente por lo que obstaculiza, mientras contemplo lo que resta. Esto lo haré por la mañana y por la tarde, es decir, antes y después, según lo que se dijo en figura de ambas vidas por Labán: No es costumbre que demos en matrimonio a las menores antes (Génesis XXIX, 26). aunque indiferentemente se pase de una a otra. Lo que creo que Job significa, donde dice: Si durmiera, diría: ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde (Job VII, 4). Descansando ciertamente en la tarde de la contemplación, deseaba la mañana, para levantarse a la acción: y de nuevo fatigado por los negocios esperaba la tarde, repitiendo gustosamente los ocios de la contemplación.

5. También puede designarse por el ave parlanchina el canto de los que salmodian juntos en la Iglesia, y por la paloma que gime los suspiros privados de las oraciones. Pero el versículo siguiente parece querer seguir más bien la sentencia intermedia: Se han debilitado mis ojos, mirando hacia lo alto. Pues ya sea que se diga, debilitados, es decir, hechos sutiles, por la asiduidad de mirar hacia lo alto, a saber, contemplar las cosas sublimes y excelsas; o se entienda, debilitados, es decir, reverberados, y de algún modo disminuidos en su agudeza, según aquello: Mis ojos desfallecieron en tu palabra (Salmo CXVIII, 82); y de nuevo: Me acordé de Dios, y me deleité, y me ejercité, y mi espíritu desfalleció (Salmo LXXVI, 4): ya sea que se tome de esta manera o de aquella, no se designa otra cosa que la contemplación. Sin embargo, la última exposición parece convenir más con lo que sigue. Pues dice: Señor,

sufro violencia. Como si dijera: Señor, no voluntariamente, sino a la fuerza soy retraído y apartado de tu contemplación; porque el cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15). Responde pues tú, oh Creador, por mí, que conoces la condición de la naturaleza. O si mis pecados hacen esto, y no es culpa de la naturaleza, sino de mi pésima costumbre, aun así responde por mí, fijando los pecados en la cruz, y borrándolos con tu sangre, para que no haya nada que me impida contemplar. Pues ¿qué diré, o qué me responderá, cuando él mismo lo haya hecho? ¿A quién más me volveré, o quién más responderá por mí, cuando él mismo, no otro, me haya impuesto esta dificultad, más bien imposibilidad, dando sobre mí aquella sentencia: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan? (Génesis III, 19.)

6. Pero si no lo ha hecho, se lee, sino, lo he hecho; se acusa a sí mismo, por haber casi atribuido la culpa al autor, cuando se quejó de la naturaleza; y se lo imputa todo a sí mismo y a sus pecados, diciendo: ¿Qué diré, o qué me responderá, cuando yo mismo lo he hecho? es decir, lo que sufro, lo he merecido pecando. Por lo tanto, hay una cosa que puedo hacer: Recordaré todos mis años en la amargura de mi alma. Ciertamente no soy digno de poder recordarte con dulzura: haré lo que pueda; me recordaré a mí mismo en la amargura de mi alma. Habitas en luz inaccesible, y no puedo fijar por mucho tiempo la débil agudeza de mi mente en el rayo de tu resplandor, y por esto confuso regreso a las tinieblas acostumbradas y familiares de mi vida pasada: no ciertamente yaciendo de nuevo en ellas con deleite mortal, sino castigándolas y recordándolas en la amargura de mi alma. Debería, si fuera posible, revivir, por así decirlo, de nuevo, lo que viví mal: pero como no puedo hacer esto, al menos recordaré todos mis años en la amargura de mi alma; haré recordando, lo que no puedo rehaciendo. Recordaré, sin embargo, a ti, porque solo a ti he pecado; para que en lo que yo me condeno, tú seas justificado, y prevalezcas en misericordia, cuando me juzgues. Ya antes había pensado en ello; pero como no han sido suficientemente castigadas las cosas que aún pueden impedirme, vuelvo de nuevo a ellas para recordarlas en la amargura de mi alma, hasta que estén tan completamente extirpadas que ya no puedan impedirme.

7. Y no será infructuoso, creo, este esfuerzo. Pues si así se vive, más bien porque así se vive, no ciertamente en la carne, sino en el espíritu, y en tales cosas la vida de mi espíritu, es decir, tanto en la consideración de mí mismo como en la contemplación de ti, más y más me corregirás, y me vivificarás. Pues soy corregido, cuando al pensar en mí mismo me siento compungido: revivo, cuando elevado de alguna manera te contemplo. Así que mostrándome a mí mismo, me corregirás; mostrándote a ti, me vivificarás. Por lo demás, es necesario que me vivifiques; porque he aquí en paz mi amargura es muy amarga. He sufrido amargura por los pecados al principio de la conversión, de donde exclamé: Iré a las puertas del infierno: más amarga por los terrores en el progreso de la conversación, cuando dije: No veré al Señor Dios en la tierra de los vivientes. Pero he aquí ya castigados los pecados con penitencia, y calmados los terrores, que solían atacar, en esta paz sin embargo sufro amarguísima amargura por la falta de contemplación. Pero tú que también me perdonaste los pecados con misericordia, y superaste las tentaciones ayudando, también ahora, oh Señor, me devolverás la alegría de tu salvación. Esto es lo que dice: Pero tú has librado mi alma para que no perezca, en el conflicto de los vicios, o en el ímpetu de las tentaciones: has arrojado tras de ti todos mis pecados, según la multitud de tus misericordias.

8. Y no sin razón; pues el infierno no te alabará, al que ciertamente yo casi había descendido, cuando era golpeado por las tentaciones que irrumpían: porque si Dios no me hubiera ayudado, casi habría habitado mi alma en el infierno (Salmo XCIII, 17). Pero tampoco la muerte te alabará, en la que ciertamente alguna vez estuve retenido, mientras aún yacía muerto en pecados. Ni esperarán los que descienden al abismo tu verdad: los que después de

haber probado la dulzura de la contemplación descienden al abismo de la desesperación. La muerte ciertamente es para el que yace en pecados antes de la conversión: el infierno para el que sucumbe a las tentaciones después de haber recibido el perdón; el abismo para el que desespera después de haber experimentado la contemplación. Pues cuanto más alto haya progresado alguien, tanto más gravemente, si cae, se golpea, cuando cae. Por lo tanto, el infierno no te alabará, es decir, los que ya están convertidos, pero son vencidos por las tentaciones: ni la muerte te alabará, ciertamente aquellos que aún no convertidos o confesados, se alegran más cuando hacen el mal, y se regocijan en cosas malas (Proverbios II, 14). Porque del muerto, como si no existiera, perece la confesión (Eclesiástico XVII, 26). Ni esperarán los que descienden al abismo tu verdad: a los que desde la altura de la contemplación divina les ha sucedido caer en el abismo de su propia desconfianza. Lo que sin duda ocurre, cuando alguien es absorbido por una tristeza excesiva después de haber recibido tanta alegría. Pero el que vive, el que vive te alabará. Hay quien vive en la carne, pero está muerto en el espíritu; y hay quien está muerto en la carne, pero también está muerto en el espíritu; pero ninguno de estos te alabará, ni te confesará. Sin embargo, el que vive, el que vive te alabará: el que no solo vive en la carne, sino también en el espíritu, él te alabará, como yo hoy. Confío en vivir con esta doble vida por tu don. Sigue:

9. El padre hará conocer tu verdad a los hijos. No se revela la verdad al siervo, porque el siervo no sabe lo que hace su señor (Juan XV, 15). Pero tampoco el mercenario es llevado a contemplar la verdad, quien busca su propia utilidad. Al hijo, sin embargo, el padre le hará conocer su verdad, quien escucha decir: Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú, Padre (Mateo XXVI, 39). Por lo tanto, se revela al siervo el poder de Dios; al mercenario la felicidad, al hijo la verdad. No porque en Dios estas cosas estén separadas, para quien es lo mismo poder, que ser feliz y veraz: sino porque el Creador es sentido por la criatura con diferentes aspectos, según los diferentes afectos de la misma criatura. Porque con el santo es santo, y con el perverso será perverso (Salmo XVII, 26). Escucha, pues, la voz del hijo. Señor, sálvame. ¿Por qué? ¿acaso para no arder en el infierno, acaso para no ser privado de la recompensa? No, dice; sino que cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor. No, dice, busco la salvación para evitar los castigos, o para reinar en el cielo; sino para alabarte eternamente con aquellos de los que está escrito: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos (Salmo LXXXIII, 5). El siervo dice Iré a las puertas del infierno. El mercenario: No veré al Señor Dios en la tierra de los vivientes. El hijo: Cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor. A lo que es similar aquello: Abridme las puertas de la justicia; entrando en ellas confesaré al Señor (Salmo CXVII, 19). Y el que teme ir a las puertas del infierno, y el que desea ver a Dios por su propia tranquilidad, ambos ciertamente buscan lo que es suyo. Pero el que desea cantar salmos en la casa del Señor, no huye de sus propios peligros, ni busca sus ganancias; sino que sin duda ama a aquel a quien desea alabar todos los días de su vida. Es alabado con razón eternamente, quien vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMO IV. De buscar a Dios, y del triple vínculo por el cual nos unimos a Dios [Alias, De la triple unión de vínculos, clavos y pegamentos].

1. No estamos aquí todo el día ociosos. Sabemos lo que buscamos, y quién es el que nos ha contratado. Buscamos a Dios, esperamos a Dios. No es cosa pequeña, ni de pequeño ánimo, cuando aquella que se gloria con el nombre singular de piedad, a menudo se queja de haber sido frustrada, diciendo: Lo busqué, y no lo encontré (Cantar de los Cantares III, 1). Pues es tan amable como admirable; porque cuando no se busca se encuentra, y no se encuentra cuando se busca. Si hubiéramos nacido desde que el hombre fue hecho sobre la tierra, y nuestra vida se extendiera hasta cien mil años, no sería sin embargo digna la búsqueda de este

tiempo para la futura gloria que se revelará en nosotros. He aquí ahora el tiempo de buscar, he aquí ahora los días de encontrar están a mano. Buscad, dice, al Señor mientras puede ser hallado; invocadlo mientras está cerca (Isaías LV, 6). Habrá un tiempo cuando no habrá lugar, cuando esa fuente de misericordias se secará con sequedad interminable. Me buscaréis, dice, y no me encontraréis (Juan VII, 34). Bueno eres, Señor, al alma que te busca. Si al que busca, ¿cuánto más al que encuentra? Si tan dulce es la memoria, ¿cómo será la presencia? Si la miel y la leche son dulces bajo la lengua, ¿qué será sobre la lengua?

2. De aquí probad vosotros, hermanos, si estáis en el camino, si no os desviáis. Alégrese, dice, el corazón de los que buscan al Señor (Salmo CIV, 3). Si os alegráis en los trabajos, si con paso firme, si con pie incansable corréis el camino de los mandamientos de Dios, si cada día el estado de ambos hombres es más reciente para progresar, que para comenzar; ciertamente buscáis su rostro siempre. ¿A dónde, pues, ha ido el amado del amado, y lo buscaremos? ¿Dónde está? ¿Qué dije, miserable de mí? Pero ¿dónde no está? Es más alto que el cielo, más profundo que el infierno, más ancho que la tierra, más extenso que el mar. No está en ninguna parte, y está en todas partes; porque no está ausente de nadie, ni es capturado por ningún lugar. Él está aquí, pero yo no estoy aquí. ¡Cuánto más verosímil parecería, que tú no estuvieras aquí, y yo estuviera aquí, Señor! Pero yo no estoy ni aquí, ni en otro lugar; porque he sido reducido a la nada, y no lo sabía (Salmo LXXII, 22). Verdaderamente a la nada, es decir, al pecado, y no lo sabía; porque no estuve allí cuando mi primer padre me devoró con un mordisco amarguísimo. De aquí es que, roto de corazón y de cuerpo, me disuelvo en placeres, en amarguras, teniendo culpa innata, pena congénita, todo fluido y sin fuerza. Pero aquel que es el mismo, que dijo: Yo soy el que soy (Éxodo III, 14), verdaderamente es, para quien ser es lo que es.

3. ¿Qué participación, pues, qué convenio tiene aquel que no es con aquel que es? ¿Cómo pueden unirse cosas tan diversas? Para mí, dice el santo, adherirse a Dios es bueno (Salmo LXXII, 28). No podemos unirnos a él inmediatamente; pero a través de algún medio tal vez pueda hacerse esta unión. Y para no prolongaros más, hay tres vínculos con los que nos unimos a él; y así tres, que son únicos: con solo estos, o con sus semejantes, todo lo que se ata, se ata. Y primero tomad cuerdas; segundo clavos de madera o de hierro; tercero pegamento. El primero ata fuertemente y duramente; el segundo más fuerte y más duro; el tercero suavemente y con seguridad. Atado de algún modo con cuerda está el Redentor, si alguien, mientras es turbado por una tentación más vehemente, se propone a sí mismo la visión de la honestidad, la memoria de la promesa, y con esta cuerda se retiene por el momento, para que el propósito no se rompa completamente. Un vínculo ciertamente duro y molesto, pero también muy peligroso, y que no puede sostenerse por mucho tiempo: pues las cuerdas se pudren, y el vínculo del pudor o lo olvidamos, o lo rompemos pronto. Pero hay quien está clavado al Señor de la majestad, a quien ata el temor de Dios, quien no teme a los rostros de los hombres, sino a la memoria de los tormentos del infierno; y este ciertamente no teme pecar, sino arder. Sin embargo, se imprime más duramente y más fuertemente que el primero; porque mientras aquel vacila en el propósito, este no pierde el propósito. Pero el tercero se une a él con pegamento, es decir, con caridad, quien tan suavemente como con seguridad ligado adhiriéndose a Dios, es un espíritu con él. Este es quien todo lo que hace, de donde sea, ya sea lo que hace, ya sea lo que le hacen, lo revoca y lo retuerce para su propio provecho. Bienaventurado el hombre de este tipo, y abundante en la majestad del espíritu influyente, quien suave y ungido lleva a todos, y no carga a nadie él mismo: quien juzga más terrible y horrible que el mismo infierno ofender a sabiendas el rostro del Omnipotente en la cosa más leve. Este es el amante de los hermanos y del pueblo de Israel. Este es quien mucho era por el pueblo, y por la ciudad santa de Jerusalén (II Macabeos XV, 14). El pegamento es

bueno, dice Isaías (Isaías XLI, 7). Bueno es verdaderamente y agradable, porque los otros dos, por no decir malos, en comparación con este son graves e insoportables.

4. Pero aquel ojo misericordioso, que conoce nuestra formación, no deja a ninguno de los que han de ser salvados en el primero, sino que los lleva al segundo; y ni siquiera allí abandonándolos, del segundo los conduce al tercero. Pues primero ciertamente porque da vergüenza abandonar a los que arden apenas sostenemos por un momento; segundo ya temiendo y esperando progresamos; tercero somos perfeccionados amando. Así pues, excluidos los dos precedentes por el temor y la vergüenza, nos detenemos en el reclinatorio del amor solo. Así también Cristo primero es atado, segundo es crucificado, tercero es ungido con la unción pegajosa de los aromas: no porque ese cuerpo necesitara ser solidificado con tales aromas, que no podía disolverse en absoluto, ni ver corrupción; sino que quien por nosotros soportó los escupitajos de los judíos, por nosotros tampoco despreció los ungüentos de los fieles. Y observa, que apenas por el espacio de un día permaneció en las cuerdas y clavos, con la unción resucitó victorioso, y para vivir eternamente. Así tampoco permite que los elegidos permanezcan más tiempo en los dos mencionados, sino que los unge con la unción de su misericordia, para que crucificados al mundo, y el mundo a ellos, ya resuciten en la novedad del espíritu, y digan: ¿Quién nos separará del amor de Dios? (Romanos VIII, 35.)

5. Con este pegamento nos ha unido a sí mismo aquel divino propósito desde la constitución del mundo, para que seamos santos e inmaculados en su presencia en caridad. Pues sabemos que quien ha nacido de Dios, no peca, porque la generación celestial lo guarda (I Juan V, 18). La generación celestial es la predestinación eterna, por la cual Dios nos previó conformes a la imagen de su Hijo. De estos ninguno peca, es decir, persevera en el pecado; porque el Señor conoce a los que son suyos, y el propósito de Dios permanece inmutable. Aunque la nota de horrendos crímenes se imprima en David, aunque María Magdalena esté cargada de siete demonios, aunque el príncipe de los apóstoles se hunda en el abismo de la negación: no hay quien pueda arrebatarnos de la mano de Dios. Porque a los que predestinó, a estos también llamó: y a los que llamó, a estos también justificó (Romanos VIII, 30). ¿No es bueno adherirse a Dios? Buscad, hermanos, buscad al Señor, y fortaleceos; buscad su rostro siempre (Salmo CIV, 4). Buscad al Señor, y vivirá vuestra alma (Salmo LXVIII, 13). Y mi alma, dice, vivirá para él (Salmo XXI, 31), que ha muerto al mundo. Pues la que vive para el mundo, no vive para él. Así pues, busquémoslo, para que siempre lo busquemos, y cuando venga a buscarnos, diga de nosotros: Esta es la generación de los que lo buscan, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob (Salmo XXIII, 6). Y así se abrirán las puertas eternas, y entrará el rey de la gloria, y nosotros con él, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO V. Sobre las palabras de Habacuc, II, 1, «Sobre mi guardia estaré.»

1. Leemos en el Evangelio que, mientras el Salvador predicaba y bajo el misterio de comer su cuerpo, advertía a los discípulos a participar de sus pasiones, algunos dijeron: «Dura es esta palabra»; y desde entonces ya no estuvieron con Él. Al ser preguntados los discípulos si también ellos querían irse, respondieron: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan VI, 61, 67, 68, 69). Así os digo, hermanos, hasta hoy a algunos les es manifiesto que las palabras que habla Jesús son espíritu y vida; y por eso lo siguen: a otros les parecen duras y buscan miserable consuelo en otra parte. La Sabiduría clama en las plazas, en el camino ancho y espacioso que lleva a la muerte, para llamar a los que caminan por él. De hecho, «Cuarenta años», dice, «estuve cerca de esta generación, y dije: Siempre yerran de corazón» (Salmo XCIV, 10). Tienes también en otro salmo: «Una vez habló Dios» (Salmo

LXI, 12). Una vez, ciertamente, porque siempre. Pues es una única, no interrumpida, sino continua y perpetua locución.

2. Sin embargo, llama a los pecadores al corazón, los reprende por el error del corazón, porque Él mismo habita allí y allí habla, haciendo ciertamente lo que enseñó por el profeta diciendo: «Hablad al corazón de Jerusalén» (Isaías XL, 2). Pues Babilonia, porque es tierra, no puede soportar todas sus palabras; se aleja del corazón y camina más en la carne, como muerta al corazón, más bien como una paloma engañada que no tiene corazón. Quiere alegrarse cuando hace el mal y exultar en cosas perversas: y al oír la voz del Señor que de ninguna manera aprueba tales alegrías, sino que las detesta, las reprende y las condena, huye y se esconde a semejanza del transgresor Adán. Pero ¡ay de mí! ¡Qué vil cobertura buscas, alma miserable! ¡Qué inútil cobertura buscas! Pues son hojas las que entretejes; hojas, digo, que no te proporcionan calor alguno, ni tienen solidez. Al salir el sol, se secarán, y el viento abrasador las dispersará; y tú quedarás desnuda y miserable. Entonces, pues, no habrá nada oculto que no se revele, porque vendrá el Señor, que iluminará lo escondido de las tinieblas y manifestará los consejos de los corazones. Ya no habrá dónde te escondas, miserable. En vano dirás a los montes: «Caed sobre nosotros»; y a las colinas: «Cubridnos» (Oseas X, 8); porque desnuda y abierta deberás estar ante el tribunal de Cristo, para escuchar la voz del juicio, que despreciaste la voz del consejo. Pues he aquí lo que dice Dios: «Haced penitencia» (Mateo III, 2); y muchos disimulan, y cierran sus oídos, y dicen: «Dura es esta palabra». No así los impíos, no así podréis disimular, cuando suene aquella áspera palabra y mala audición: «Id, malditos, al fuego eterno» (Mateo XXV, 41).

3. Veis, hermanos, cuán saludablemente nos advierte el Profeta, para que si hoy escuchamos su voz, no endurezcamos nuestros corazones. Pues casi las mismas palabras leéis en el Evangelio y en el profeta. Dice el Señor en el Evangelio: «Mis ovejas oyen mi voz» (Juan X, 27). Y el santo David en el salmo: «Su pueblo», dice, «y las ovejas de su prado, hoy si escucháis su voz, no endurezáis vuestros corazones» (Salmo XCIV, 7, 8). Pues es más útil y mucho más saludable escuchar hoy al que aconseja, consuela, advierte, enseña; y, en gran medida, reprende, increpa, corrige: que en aquel día tan amargo, tan lúgubre, tan tenebroso, escucharle juzgando, indignado, vengándose, enfurecido, condenando. Bueno es, digo, para mí, que me humille, que me corrija el justo con misericordia, y me increpe, que el aceite del pecador unja mi cabeza; no sea que me encuentre tierra, que golpee con la vara de su boca, cuando los vasos del alfarero sean quebrados con vara de hierro. Bueno es para mí, por las palabras de sus labios, con el Profeta guardar caminos duros (Salmo XVI, 4), que junto con el impío ser muerto por el espíritu de sus labios.

4. Ahora bien, si siento alguna amargura en su voz, no es sin dulzura; porque, cuando se haya enojado, se acordará de la misericordia: más bien, esa misma indignación no proviene de otra cosa que de la misericordia. Pues a quienes ama, reprende y castiga, y azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6); visitando con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados; pero su misericordia no la aparta de él. Por eso, los prudentes no cubren sus heridas, sino que las descubren, y confiesan al Señor que es bueno, que su misericordia es eterna; y así vierte el vino de la reprensión, para que no falte el aceite de la consolación. Por eso, digo, el sabio toma la disciplina, no sea que el Señor se enoje, y ya según la multitud de su ira no busque, sino que su celo se aparte de él. Pues el corazón del sabio está donde hay tristeza; pero el corazón de los necios, donde hay alegría: (Eclesiastés VII, 5.) pero la tristeza de aquel se convertirá en gozo, y el fin de su alegría será ocupado por el luto. Escucha, pues, al profeta Habacuc, cómo no disimula la reprensión del Señor; sino que con pensamiento diligente y solícito se ocupa de ella. Dice: «Sobre mi guardia estaré, y fijaré mi paso en la fortaleza; para ver qué me dice, y qué responderé al que me reprende». Y nosotros, hermanos, os ruego,

estemos sobre nuestra guardia, porque es tiempo de milicia. Ni en el muladar de este miserable cuerpo, sino en el corazón, donde habita Cristo, en el juicio y consejo de la razón esté nuestra conversación: así ciertamente que no tengamos confianza en ella, ni nos apoyemos en la frágil guardia, sino que fijemos nuestro paso en la fortaleza, apoyándonos con todas nuestras fuerzas en la firme roca que es Cristo, como está escrito: «Él puso mis pies sobre la roca, y dirigió mis pasos» (Salmo XXXIX, 3). Así pues, constituidos y estabilizados, contemplemos ya, para ver qué nos dice, y qué responderemos al que nos reprende.

5. Pues el primer grado de la contemplación es este, amadísimos, que consideremos incesantemente qué quiere el Señor, qué le agrada, qué es acepto ante Él. Y puesto que en muchas cosas todos ofendemos, y nuestra fortaleza ofende la rectitud de su voluntad, ni puede unirse a ella ni adaptarse; humillémonos bajo la poderosa mano del Dios altísimo, y seamos totalmente solícitos de no mostrarnos miserables ante sus ojos de misericordia, diciendo: «Sáname, Señor, y seré sanado; sálvame, y seré salvo» (Jeremías XVII, 14), y aquello: «Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma porque he pecado contra ti» (Salmo XL, 5). Pues después de que en tales pensamientos se ha purificado el ojo del corazón, ya no nos ocupamos en nuestro espíritu con amargura, sino más bien en el divino espíritu con mucha delectación; ni ya consideramos cuál sea la voluntad de Dios en nosotros, sino cuál sea en sí misma. Pues la vida está en su voluntad, para que no dudemos que esto nos es en todo más útil y completamente más conveniente, lo que conviene a su voluntad. Y por eso, cuanto más solícitos queremos conservar la vida de nuestra alma, tanto más solícitos seamos, en cuanto podamos, de no desviarnos de ella. Luego, cuando ya en el ejercicio espiritual hayamos progresado en alguna medida, siguiendo al Espíritu que escudriña incluso las profundidades de Dios; pensemos cuán suave es el Señor, cuán bueno en sí mismo, orando con el Profeta, para que veamos la voluntad del Señor, y visitemos ya no nuestro corazón, sino su templo (Salmo XXVI, 4); y con el mismo Profeta no obstante diciendo: «Mi alma está turbada dentro de mí, por eso me acordaré de ti» (Salmo XLI, 7). Pues en estos dos se resume toda la suma de la conversación espiritual, para que en nuestra consideración nos turbemos y entristezcamos para salvación, en la divina respiremos; para que del gozo del Espíritu Santo tengamos consolación; y de aquí concibamos temor y humildad, y de allí esperanza y caridad.

SERMO VI. Sobre la piel, carne y huesos del alma.

1. El bienaventurado David habla en el salmo de los justos, diciendo: «Muchas son las tribulaciones de los justos, pero de todas ellas los librará el Señor. El Señor guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrado» (Salmo XXXIII, 20, 21). Que nadie piense que esto se dice de los huesos corporales: especialmente cuando tantos huesos de los bienaventurados mártires han sido quebrados por manos de hombres impíos, y triturados por los dientes de las bestias. Pero es verdaderamente admirable y lamentable la condición de las almas humanas; que, aunque perciban tantas cosas fuera con la vivacidad del ingenio, no pueden conocerse o pensarse a sí mismas con ninguna perspicacia, tal como son; sino que necesitan totalmente de figuras y ciertos enigmas de similitudes corporales, para que de lo visible y exterior puedan al menos conjeturar lo invisible e interno. Pongamos, pues, como una especie de piel del alma la cogitación, la carne la afección, para que consecuentemente podamos tomar el hueso como la intención. Pues así será en la integridad del hueso la vida del alma, en la incorruptibilidad de la carne la salud, en la apariencia de la piel la belleza. ¿Cuáles son, pues, las tribulaciones de los justos, sino que a veces se decolora la piel, cuando, por ejemplo, un pensamiento inútil se agita en el corazón? A veces también se hiere la carne, cuando, por ejemplo, el pensamiento pernicioso avanza hasta tal punto que la afección se corrompe con la delectación. Pues los huesos de los justos son guardados completamente íntegros e ilesos por el Señor, para que nunca se quiebre el propósito de su corazón, nunca se rompa la intención de salvación; para

que, por ejemplo, no se dé el consentimiento al titilante deseo. Pues así como el pensamiento del pecado decolora, la afección hiere, así el consentimiento mata completamente al alma.

2. Guardémonos, pues, amadísimos, de los pensamientos inútiles, para que el rostro de nuestras almas permanezca hermoso: para que, olvidando lo que queda atrás, es decir, nuestro pueblo y la casa de nuestro padre, el Rey desee nuestra belleza. Salgamos de nuestra tierra, para que no nos atrape el pensamiento que mira al placer de la carne. Salgamos también de nuestra parentela, es decir, de los pensamientos de curiosidad, que, habitando en los sentidos corporales, ciertamente es pariente del placer carnal. Salgamos también de la casa de nuestro padre, para que huyamos de los pensamientos de soberbia y vanidad. Éramos nosotros en otro tiempo, como los demás, hijos de la ira: éramos también nosotros del padre diablo, que ciertamente es rey sobre todos los hijos de la soberbia, y en los montes de la altivez se ha preparado para sí una sede y morada muy infeliz. Pero si acaso alguna vez tal pensamiento sube a la mente, trabajemos con toda solicitud para lavar y borrar rápidamente la mancha con la que nos vemos manchados, clamando con el Profeta, y diciendo: «Rocíame, Señor, con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve» (Salmo L, 9). Ahora bien, si alguna vez por nuestra incuria y negligencia el pensamiento inútil pasa también al afecto del corazón, sabiendo que ya no es mancha, sino herida, recurramos con toda prisa a la ayuda del Espíritu, que ayuda nuestra debilidad, clamando aquello del salmo, y diciendo: «Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti» (Salmo XL, 5). Pues estas son tentaciones humanas, ni pueden ser evitadas del todo mientras peregrinamos en este cuerpo de muerte lejos del Señor. Sin embargo, nadie las desprecie o disimule; porque, aunque no son mortales, ciertamente son peligrosas.

3. Guardemos, hermanos, la intención y propósito de la mente con la misma solicitud con que queremos guardar la vida de nuestras almas; porque esto es completamente pecado de muerte, cuando pecamos con consentimiento y deliberación, condenados por nuestro propio juicio. No digo esto, sin embargo, para que desespere quienquiera que sea consciente de tal delito, sino para que tema el precipicio, y quien ha caído, añada rápidamente para levantarse. Sepa, pues, que ha excedido de la justicia, quienquiera que sea de esta clase. Aquel cuyo hueso está quebrado y triturado, sepa que ha sido cortado del cuerpo de Cristo, del cual ciertamente se lee: «No quebraréis hueso alguno de él» (Éxodo XII, 46; Juan XIX, 36). Por eso también el santo David: «No está», dice, «oculto mi hueso de ti, que hiciste en lo oculto» (Salmo CXXXVIII, 15). Y en otro salmo: «Mis huesos se secaron como leña» (Salmo CI, 4). Lo cual sucede cuando parece que el alma ha perdido completamente toda delectación del bien, y se ha reservado para sí sola la fortaleza de la intención árida. Y mira si acaso algo así también sufría el bienaventurado Job cuando decía: «Mi piel, consumidas las carnes, se adhiere a mi hueso» (Job XIX, 20): para que, por ejemplo, con la afección corrompida, apenas la intención espiritual se reivindicara para sí misma.

SERMO VII. Sobre la triple gloria, en aquello del Apóstol, «El que se gloria, gloriése en el Señor.» (II Cor. X, 17, 18.)

1. El que se gloria, gloriése en el Señor. Conocía el Apóstol que la gloria es propia del Creador, no de la criatura, según aquello: «Mi gloria no la daré a otro» (Isaías XLII, 8); y: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lucas II, 14); y también: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria» (Salmo CXIII, 9). Pero consideró que la criatura racional desea tanto la gloria, que apenas o nunca puede ser contenida de este deseo: pues fue hecha a imagen del Creador. Por eso, según la sabiduría dada por Dios, encontró un consejo muy saludable; diciendo: Ya que no podemos ser persuadidos de no gloriarnos; al menos el que se gloria, gloriése en el Señor. Y considera

cuánto excede la filosofía de Pablo a la filosofía de los sabios de este mundo, que ciertamente es necesidad ante Dios (I Cor. III, 19). Pues cuando los filósofos vieron que algunos se deleitaban con alabanzas ajenas, y buscaban la gloria unos de otros; los que entre ellos fueron los principales, prudentemente advirtieron que tal gloria era vana, y completamente despreciable. Pero considerando luego, e inquiriendo más cuidadosamente cuál sería la gloria que el sabio debería desear; aquí ya claramente se desvanecieron en sus pensamientos, juzgando que la propia gloria de cada uno era suficiente, como si el alma, que no puede ser por sí misma, pudiera ser bienaventurada por sí misma. Así como los ávidos de alabanzas ajenas ponían toda su solicitud en obrar aquello que los hombres admiraran y alabaran: así estos juzgaban que sólo debía seguirse aquello que el juez interior del alma aprobara.

2. Y esta es, en efecto, la suma filosofía de los sabios de este mundo, que también tiene menos, aunque más cercana a la verdad. Por eso, trascendiendo el Apóstol ambas glorias con la sublime contemplación de la verdad: «El que se gloria», dice, «no en otro, no en sí mismo, sino en el Señor gloriése». Y aquella que parecía más cercana a la verdad, la reprueba con mayor solicitud, y la condena con cierto juicio de verdad: «No es», dice, «el que se recomienda a sí mismo, el que es aprobado, sino a quien Dios recomienda». ¿Por qué, pues, he de estar preocupado por el juicio de otro hombre, o por el mío propio, si ni por su vituperio soy reprobado, ni por su alabanza aprobado? Hermanos, si me tocara estar ante vuestro tribunal, con razón me gloriaría en vuestras alabanzas. Pero si fuera juzgado por mi propio examen, con justicia estaría contento con mi propio testimonio, y me deleitaría en mis propias alabanzas. Ahora bien, cuando ni por vuestro juicio, ni por el mío, sino por el de Dios he de ser presentado; ¿cuánta insensatez, más bien locura, es gloriarme en vuestro testimonio, o en el mío propio: especialmente cuando Él es cuyos ojos todo lo ven y están abiertos, y a quien de ninguna manera le es necesario que alguien le dé testimonio del hombre? Con razón, pues, el mismo Apóstol, reprobador de la vana y falaz gloria: «Para mí», dice, «es muy poco ser juzgado por vosotros, o por juicio humano: pero ni yo mismo me juzgo. Nada me es consciente, pero no por esto soy justificado; quien me juzga es el Señor» (I Cor. IV, 3, 4). En cuyas palabras también es diligentemente de considerar que, teniendo el juicio ajeno por muy poco, tampoco seguiría el suyo propio, aunque no lo juzgara tan poco. Nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11), para que en comparación con el testimonio interior, el exterior sea tenido completamente por nada. ¿Qué tengo yo que ver con las alabanzas de aquellos a quienes soy desconocido? Pero si el mismo espíritu que está en el hombre pudiera conocer todo lo que es del hombre, ciertamente bastaría su testimonio. Ahora bien, el corazón del hombre es perverso, e inescrutable incluso para sí mismo (Jeremías XVII, 9); tanto que también en gran parte ignora lo presente, y no puede conocer en absoluto su futuro. Sin embargo, porque conoce en alguna medida lo presente, si nuestra conciencia no nos reprende, no tenemos gloria, sino confianza ante Él, como dice el bienaventurado Juan (Juan III, 21). Pero cuando merezcamos tener la sentencia de la misma verdad, que nada oculta, sobre nosotros, en ella ciertamente podremos gloriarnos con más seguridad.

3. Mientras tanto, no juzguéis antes de tiempo, dice el Apóstol, hasta que venga el Señor, quien iluminará lo oculto de las tinieblas (I Cor. IV, 5). Esa será la alabanza perfecta y segura, cuando cada uno reciba su alabanza de Dios. Ahora también, aunque no plenamente, aunque no sin temor y mucha preocupación, de alguna manera nos gloriamos en el Señor, dando testimonio el Espíritu Santo a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. De aquí podemos verdaderamente gloriarnos, de que tenemos un Padre tan grande, de que la majestad inefable se preocupa por nosotros. Por eso el profeta dice: Señor, ¿qué es el hombre para que lo engrandezcas? ¿O qué pones tu corazón en él? (Job. VII, 17). Por lo tanto, quien se gloria,

ya no se gloríe en sus méritos. ¿Qué tiene que no haya recibido? Y si lo ha recibido, ¿por qué se gloria como si no lo hubiera recibido? Que se gloríe en aquel de quien lo ha recibido, no como si él mismo fuera grande, sino porque Dios lo engrandece: esto es, que en lo que ha recibido, no se gloríe como si no lo hubiera recibido, sino como quien lo ha recibido. Pues el Apóstol no dice: Si lo has recibido, ¿por qué te glorías? sino: ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7) para no prohibir, sino enseñar a gloriarse.

4. Pero, ¿qué significa lo que dice: No es aprobado quien se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien Dios recomienda? ¿Quién es aquel a quien Dios recomienda en este mundo? ¿Cómo recomendará la Verdad a quien aún se encuentra reprochable? Finalmente, yo, dice, a quienes amo, reprendo y castigo (Apoc. III, 19). ¿Es esta toda la recomendación? Absolutamente, según me parece, esta es. ¿Qué mejor y más eficaz recomendación hay que el testimonio del amor divino hacia nosotros? Ningún testimonio de su amor es más creíble, más seguro en esta vida, que lo que desea el profeta, cuando dice: Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá (Sal. CXL, 5). Esta reprensión, con la que el Espíritu de verdad nos sugiere continuamente en secreto lo que nos falta, repele la soberbia, la negligencia y la ingratitud. De estos tres vicios, toda clase de personas religiosas sufre peligrosamente, porque perciben con menos atención el oído del corazón, lo que habla dentro de ellos el Espíritu de verdad, que no halaga a nadie. Esto, si no me equivoco, es lo que sucede a algunos, que, deseosos de su propia gloria, no pueden descansar de ninguna manera, ya que no encuentran en sí mismos nada de lo que puedan gloriarse de alguna manera. La perfecta y segura glorificación es cuando tememos todas nuestras obras, como testifica el bienaventurado Job de sí mismo (Job IX, 28): y, con el profeta Isaías, reconocemos que todas nuestras justicias no son más que un trapo de menstruación (Isai. LXIV, 6). Sin embargo, confiamos y nos gloriamos en el Señor, cuya misericordia es tan grande sobre nosotros, que nos guarda de los pecados más graves, los que son para muerte, y se digna manifestarnos benignamente las faltas de nuestra imperfección y la impureza de nuestra conducta, y perdonarlas una vez reconocidas, para que, firmemente arraigados en la humildad, la preocupación y la acción de gracias, ya no nos gloriemos en nosotros mismos, sino en el Señor.

SERMO VIII. De las diversas afecciones o estados en los que el alma está bajo Dios.

1. Que llamemos a Dios con diversos nombres, a veces Padre, a veces Maestro o Señor, no se debe a ninguna diversidad en su naturaleza simplicísima y totalmente invariable, sino a la múltiple variación de nuestras afecciones según los diversos progresos o defectos del alma. Pues algunas almas parecen actuar bajo el padre de familia, otras bajo el Señor, otras bajo el maestro, y algunas bajo el padre, y no pocas con el esposo, de modo que parece que él mismo progresa con los que progresan, y cambia con los que cambian, él que, según el Profeta, cambia las criaturas, y cambiarán, aunque él mismo es el mismo, y sus años no fallan (Sal. CI, 27, 28). Finalmente, observa lo que el mismo Profeta dice a él en otro salmo. Con el santo, dice, serás santo, y con el hombre inocente serás inocente, y con el elegido serás elegido; y para que nos maravillemos más, y con el perverso, dice, te pervertirás. Y cómo se cambia así, o más bien, cómo cambia él mismo siendo inmutable, añade a continuación: Porque tú salvarás al pueblo humilde, y humillarás los ojos de los soberbios (Sal. XVII, 26-28).

2. Pero como no es primero lo espiritual, sino primero lo animal, luego lo espiritual: me parece que a veces cuatro estados preceden a nuestra conversión; uno bajo nosotros mismos, tres bajo el príncipe de este mundo. Pues el alma está bajo sí misma cuando sigue su propia voluntad, gozando de una libertad perniciosa. Este es el hijo pródigo, que recibió la porción de la herencia paterna que le correspondía; es decir, el ingenio, la memoria, las fuerzas del

cuerpo y otros bienes similares de la naturaleza: con los cuales no usaba para la voluntad divina, sino para la suya propia, y estaba como sin Dios en este mundo. Sin embargo, el hombre está bajo sí mismo cuando, satisfaciendo su propia voluntad, aún no es poseído por los vicios y pecados; porque quien comete pecado ya no es siervo de sí mismo, sino del pecado. Desde aquí, en verdad, se dirige a una región lejana, quien antes estaba separado, pero aún no alejado del padre. Pues habiendo recibido la porción de la herencia, se hizo dueño de sí mismo: y aunque se apartó del autor, sin embargo, estaba cerca, mientras no se apartó de la obra. Esto sucede mientras sigue su propia voluntad en cosas lícitas, pero no convenientes. Pero después de apartarse también de sí mismo, declinando hacia el pecado, entonces realmente se dirige a una región lejana; porque de aquel que es sumamente y singularmente, nada está más lejos que lo que de ninguna manera es; y nada está más alejado de aquel por quien, en quien y para quien son todas las cosas, que el pecado, que no es nada entre todas las cosas.

3. Por lo tanto, es justo juicio de la divina venganza que el hijo fugitivo del padre sea usurpado por otro como siervo. Por eso, habiendo partido a una región lejana, se lee que se adhirió a uno de los ciudadanos: a quien yo creo que debe entenderse como uno de los espíritus malignos, que por pecar con obstinación irreparable, y haber pasado al afecto de la malicia y la iniquidad, ya no son huéspedes y forasteros, sino como ciudadanos y habitantes del pecado. ¿Qué significa que se dice que el joven pobre y peregrino se adhirió al ciudadano maligno, sino que se hizo súbdito de él? Finalmente, cómo se adhirió lo manifiestan las siguientes palabras. Así lo tienes: Se adhirió a uno de los ciudadanos de aquella región, y lo envió a su villa a apacentar cerdos. Y nota que se dice que se adhirió al ciudadano maligno por necesidad de hambre, como se lee que Israel descendió a Egipto en tiempo de hambre (Gen. XLVI, 6). Hambre ciertamente peligrosa y perniciosa, que entrega a los libres a una miserable servidumbre, los somete a obras de barro y ladrillo, los asocia con cerdos, e incluso los hace siervos de los cerdos. ¿De dónde proviene tanta escasez a quien llegó rico, habiendo reunido, sin duda, todo lo que había recibido de la herencia paterna en su porción? Sin duda, de lo que se ha dicho antes, que disipó sus bienes viviendo lujosamente con prostitutas. Por eso, dice, comenzó a tener necesidad (Luc. XV, 11-15).

4. Por lo tanto, entiende por estas prostitutas las concupiscencias de la carne, con las que, viviendo lujosamente, disipa los bienes de la naturaleza, mientras los usa para el placer. De aquí, como ya dijimos, sucede la perniciosa escasez, testificando la Escritura que el ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír (Eccle. I, 8). Por lo tanto, es enviado a apacentar cerdos, es decir, los sentidos corporales, que se deleitan en el lodazal del barro y las inmundicias. Y observa si tal vez estos son los cerdos en los que entran los espíritus malignos expulsados del hombre (Mat. VIII, 32). Pues el pecado, expulsado de nuestra parte racional, es decir, de la mente, se adhiere a los sentidos del cuerpo, testificando el Apóstol que con la mente consiente a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado, que está en nuestros miembros. Por eso, en otro lugar dice: Sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien (Rom. VII, 18, 25). ¿Qué se debe hacer, entonces, cuando los espíritus inmundos, expulsados así del hombre, habitan en los cerdos, sino buscar los remedios de las lágrimas, y correr a las aguas, cuya abundancia ahogue la raíz del pecado que vive mal en ellas? Aunque esta extinción total del pecado se reserva más bien para el fin.

5. Estas cosas se han dicho en una especie de excursión, para que así pudiera explicar más claramente de qué manera el maligno somete a aquel que encuentra bajo sí mismo, como un hombre fuerte armado que entra y posee el atrio en el que se encontró un habitante pobre y débil. Sin embargo, me parece que los hombres están bajo el príncipe de las tinieblas de tres maneras. Primero, ni queriendo ni no queriendo: lo cual conviene a aquellos que aún no

tienen uso de la voluntad; sin embargo, son vasos de ira por el pecado original, hasta que el fuerte es atado y sus vasos son saqueados por el más fuerte que viene a través del sacramento, el verdadero Moisés, que vino en el agua, y no solo en el agua, sino en el agua y la sangre. En segundo lugar, queriendo, cuando ya pecan voluntariamente. En tercer lugar, no queriendo, cuando ya quisieran arrepentirse, pero, miserablemente atados por la costumbre del pecado, por el justo juicio de Dios, que están en la inmundicia, se ensucian aún más. En este tercer estado parece haber sufrido aquel hijo pródigo, y verdaderamente demasiado pródigo, que no solo había disipado sus bienes, sino que también se había sometido a una miserable servidumbre, infeliz, vendido bajo el pecado, cuando, volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan! y yo aquí perezco de hambre. Si alguien lo ha experimentado en sí mismo, creo que fácilmente reconocerá en estas palabras un alma miserable. Pues, ¿quién, atado por la costumbre del pecado, no se consideraría feliz si se le diera ser como uno de aquellos que ve en el mundo, tibios, viviendo sin crimen, pero que no buscan las cosas de arriba, sino las de la tierra? ¡Cuántos, dice, jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan! es decir, se consuelan en su inocencia, y disfrutan del bien de su propia conciencia: y yo aquí perezco de hambre; es decir, me atormentan los deseos insaciables de los pecados, y los afectos de los vicios. Sin embargo, puede entenderse que no se refiere al hambre de pan, ni a la sed de agua, sino al hambre y sed de la palabra divina, que también el profeta amenaza a Judea (Amos. VIII, 11), que se dice que sufre. Y esto lo digo no porque así sea, sino porque así lo siente el miserable humillado bajo el pecado. Pues no se glorían en el testimonio de la conciencia, aquellos cuya intención es secular y mercenaria: pero el pecador compungido considera santísimo a cualquiera que vea inocente por cualquier causa. Hazme, dice, como uno de tus jornaleros (Luc. XV, 17, 19).

6. He aquí el primer estado en el que comienzan a estar bajo Dios aquellos que viven como jornaleros bajo el padre de familia. Estos son los que vemos en el mundo, o sin deseo o con poco deseo de las cosas eternas, sirviendo a Dios como bajo salario, y pidiéndole cosas terrenales que también desean. Ahora bien, en el segundo estado comienza a estar bajo el Señor, quien como siervo teme la cárcel, y teme ser sometido a castigos. En este estado ciertamente hay conversión, salida del mundo, y entrada a la vida: por eso se dice: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Eccli. I, 16): y otro profeta dice: Por tu temor concebimos, y dimos a luz el espíritu de salvación (Isai. XXVI, 18). A este grado, el tercero es muy cercano y casi mezclado, de aquellos que, siendo aún pequeños en Cristo, desean la leche, viviendo como bajo un maestro y pedagogo. Esto conviene especialmente a los novicios, que si acaso comienzan a deleitarse en las consolaciones de la meditación santa, de las lágrimas, de la salmodia y otras cosas semejantes, temen infantilmente ofender al maestro, no sea que sean privados de los pequeños regalos con los que ese benignísimo instructor suele atraerlos. Estos son los que tienen al Señor siempre ante sus ojos, y se conmueven si por un momento se les ocurre que está ausente: y ya no temen servilmente los castigos, sino que como pequeños temen los azotes de las varas, abrazando la disciplina del maestro, no sea que se enoje, y perezcan del camino justo: no sea que se les retire la gracia de la devoción, y todo les sea molesto, y trabajen con cierto tedio, y como si fueran azotados interiormente en el alma, con la amargura de los pensamientos. Estos son los azotes con los que Dios castiga a sus pequeños, que mejor conocemos por experiencia que por palabras. Por eso el mismo Señor habla por el profeta: Si sus hijos abandonan mi ley, etc., visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados (Sal. LXXXVIII, 31, 33).

7. En estos principios, y como en esta edad infantil, así se suceden mutuamente el temor del Señor y la disciplina del maestro, que ahora en este, ahora en aquel estado se encuentra quienquiera que sea diligente en observar esto cuidadosamente. De ahí que, hablando a la

Iglesia aún joven, menciona ambos nombres a la vez, diciendo: Vosotros me llamáis maestro y Señor, y bien decís; porque lo soy (Juan XIII, 13). Reconozcan aquí su lugar nuestros novicios, para que de aquí en adelante sean más diligentes en ocuparse cuidadosamente en estas cosas. Sobre todo, el temor les es necesario, para que puedan borrar los pecados pasados, y evitar los futuros. Pues el temor del Señor, como dice la Escritura, expulsa el pecado (Eccli. I, 27), ya sea el que ya se ha cometido, o el que intenta entrar. Lo expulsa, ciertamente, aquel, arrepintiéndose; este, resistiendo. Pero como el camino que lleva a la vida es estrecho y arduo: como pequeños en Cristo, un pedagogo y nutridor os es necesario, oh hijitos, que os enseñe, os guíe, os cuide, y como que juegue con los pequeños, y con ciertas caricias os consuele, no sea que se pierda la débil edad. Por eso no yo, sino más bien el príncipe y pastor de la Iglesia os amonesta: Como niños recién nacidos, deseáis la leche racional sin engaño, así ciertamente que no permanezcáis en ella, sino que crezcáis en ella para salvación (I Pedro II, 2). Lo que otra Escritura expresa más claramente diciendo: Alegraos con gozo todos los que llorabais sobre ella (sin duda sobre Jerusalén, pues de ella hablaba), para que podáis mamar, dice, y saciaros de los pechos de su consolación; y cuando seáis destetados, os deleitéis con la entrada de su gloria (Isai. LXVI, 10, 11).

8. Pues este es el estado del hijo ya de edad robusta, que vive bajo el Padre, y ya no se alimenta de leche, sino que se nutre de alimento sólido, olvidando ciertamente las cosas que están atrás, en las que el ojo servil se detenía en amargura: pero ni siquiera considerando las presentes, ni captando las pequeñas consolaciones de los pequeños, sino extendiéndose más bien hacia lo que está adelante, hacia la meta de la vocación celestial, y la entrada de la futura bienaventuranza, esperando la bienaventurada esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios. Pues ha dejado atrás las cosas de niño, y ya no se ocupa en estas consolaciones suaves, pero no perennes. Pero porque ya ha progresado hasta ser un hombre perfecto, en las cosas del Padre debe estar, suspirando por la herencia, y ocupándose en ella con meditación diligente. ¿Acaso alguien lo consideraría un jornalero, quien anhela la herencia paterna, y la desea y espera con todo afecto, que el Profeta testifica que es la recompensa de los hijos, no del jornalero? Cuando da a sus amados el sueño, he aquí la herencia del Señor, los hijos; recompensa, el fruto del vientre (Sal. CXXVI, 2, 3).

9. Sin embargo, se encuentra otro grado más sublime, y un afecto más digno que este, cuando con el corazón completamente purificado, el alma no desea nada más, no pide nada más a Dios, que a Dios mismo. Pues ha aprendido frecuentemente por experiencia, que el Señor es bueno para los que esperan en él, para el alma que lo busca, de modo que ya desde el afecto del corazón y desde el sentimiento clama aquello del salmo: ¿Qué tengo yo en el cielo? y contigo nada he deseado en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen, Dios es el Dios de mi corazón, y mi porción es Dios para siempre (Sal. LXXII, 25, 26). Pues no desea algo suyo, no felicidad, no gloria, no otra cosa alguna, como por amor privado de sí misma desea el alma que es de este tipo: sino que toda se dirige a Dios, y su único y perfecto deseo es que el rey la introduzca en su cámara, para que se adhiera a él, y disfrute de él. Por eso, con el rostro siempre revelado, en cuanto puede, contemplando la gloria del esposo celestial, se transforma en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor. Por esto ciertamente merece oír: Toda hermosa eres, amiga mía (Cant. IV, 7). Y se atreve a decir: Mi amado es mío, y yo soy suya (Cant. II, 16). Y se deleita en esta conversación felicísima y agradabilísima con el glorioso esposo.

SERMO IX. Sobre las palabras del Apóstol a los Romanos I, 20, «Las cosas invisibles de Dios desde la creación del mundo,» etc., y sobre las palabras del salmo LXXXIV, 9, «Escucharé lo que el Señor Dios hablará en mí,» etc.

1. Las cosas invisibles de Dios, como testifica el Apóstol, desde la creación del mundo, son vistas y comprendidas a través de las cosas hechas. Y este mundo sensible es como un libro común, atado con una cadena, para que cualquiera que quiera pueda leer en él la sabiduría de Dios. Sin embargo, llegará el momento en que el cielo se plegará como un libro, en el cual ya no será necesario que nadie lea, porque todos serán enseñados por Dios (Juan VI, 45): y así como la creación del cielo, también la creación del mundo, ya no verá a Dios a través de un espejo y en enigma, sino cara a cara, y contemplará su sabiduría claramente en sí misma. Mientras tanto, el alma humana necesita como un vehículo de la creación para elevarse al conocimiento del Creador: mientras que, por el contrario, la naturaleza angélica, mucho más bienaventurada y perfecta, tiene conocimiento de la creación en el Creador. A esta excelencia, aunque sea por un breve momento, parece haber sido arrebatada aquella alma bienaventurada, que contempló el mundo entero reunido bajo un solo rayo de sol: sobre este milagro, el papa Gregorio escribe en el libro de los Diálogos, diciendo: "Para quien ve al Creador, toda criatura es estrecha" (Lib. II Dial. cap. 35). Felices, por tanto, aquellos que se sacian de la grasa del trigo, y no necesitan extraer miel de la roca, ni aceite de la piedra más dura; que, en efecto, no buscan las cosas invisibles de Dios investigando las visibles, sino que las contemplan claramente entendidas en sí mismas. Sin embargo, como ya hemos dicho, esto pertenece a la felicidad angélica, no a la fragilidad humana.

2. Busquemos, por lo tanto, al menos a través de las cosas hechas, el entendimiento de las cosas invisibles de Dios: si el alma contempla y entiende estas cosas en las demás criaturas, es necesario que las contemple y entienda mucho más sutilmente en la criatura que fue hecha a imagen del Creador, es decir, en sí misma. Pues no hay grado más cercano a Dios entre todas las criaturas que habitan bajo el sol, que el alma humana, de modo que con razón el Profeta dice a Él: "¡Bienaventurado el hombre cuyo auxilio es de ti! Ha dispuesto ascensiones en su corazón"; y poco después: "Írán de virtud en virtud: se verá al Dios de los dioses en Sion" (Salmo LXXXIII, 6, 8). Por eso, os exhortamos constantemente, hermanos, a que caminéis por los caminos del corazón, y que vuestra alma esté siempre en vuestras manos, para que escuchéis lo que el Señor Dios os habla, porque hablará de paz. ¿A quiénes hablará de paz? Sin duda, a su pueblo y a sus santos. ¿Quién es el pueblo, o quiénes son los santos? Son aquellos que se convierten al corazón. De ahí que sigue: "Y a aquellos que se convierten al corazón."

3. Sin embargo, en estas palabras solemos entender tres tipos de personas a quienes solo Dios habla de paz, así como otro profeta previó que solo tres serían salvados, Noé, Daniel y Job (Ezequiel XIV, 14): en un orden contrario, pero expresando los mismos órdenes, a saber, de los continentes, prelados y casados: si los continentes se convierten de las tentaciones carnales a las cosas del corazón, es decir, a los deseos espirituales, de donde también Daniel es llamado por el ángel "varón de deseos" (Daniel X, 11): y los prelados se esfuerzan más por ser útiles que por presidir, porque a ellos principalmente les conviene la santidad, de donde en el salmo son llamados especialmente santos: y los casados no transgreden los mandamientos, para que con razón deban ser llamados pueblo del Señor y ovejas de su pasto.

4. Más aún, en nosotros mismos (ya que de ahí proviene nuestra mayor preocupación) solemos asignar estos tres órdenes; entendiendo por pueblo a los hermanos oficiales, que están ocupados en asuntos exteriores y casi populares. Pero aquellos que se convierten al corazón, son los claustrales, a quienes ninguna ocupación impide, sino que libremente se dedican a ver que el Señor es bueno. Dios habla de paz sobre ambos muros, porque tienden al mismo fin, aunque no por el mismo camino. Es un salterio agradable con cítara, y no menos agradable es el sonido de la cítara que el del salterio, aunque esta emita sonido desde lo

inferior, y aquel desde lo superior. Sin embargo, María eligió la mejor parte, aunque quizás la humilde conversación de Marta no sea de menor mérito ante Dios: pero María es alabada por su elección (Lucas X, 42), porque aquella ciertamente, en lo que a nosotros respecta, debe ser elegida; esta, si se impone, debe ser soportada pacientemente.

5. Lo que se interpone, "sobre sus santos", se refiere a los prelados, a quienes ciertamente ambas vidas son necesarias. Y es de ellos proveer a ambos y unir los muros que vienen de diferentes direcciones; porque han sido constituidos vicarios de la piedra angular, que es Cristo Jesús. No hay duda de que su administración es mucho más peligrosa que la de los demás. Sin embargo, si ministran bien, adquirirán un buen grado para sí mismos, y recibirán una mayor abundancia y medida sobreabundante de paz, para que con razón se diga de ellos: "Porque sobre sus santos habla de paz Dios." ¿O acaso alguien duda a quiénes llama santos? Escuche a Isaías: "Vosotros seréis llamados santos del Señor, ministros de nuestro Dios" (Isaías LXI, 6). Había propuesto dar algún ejemplo de cómo el alma humana debe elevarse a la inteligencia espiritual a partir de su propia consideración; pero es necesario diferirlo para otro día y otro sermón.

1106 SERMO X. De la vida y los cinco sentidos del alma.

1. Grande es, os digo, carísimos, e inexcusable nuestra negligencia, que, ocupados en pensamientos ociosos, perdemos el tiempo: pues no necesitamos penetrar nubes ni cruzar mares para encontrar pensamientos saludables, sino que está cerca, como dice Moisés, la palabra en nuestra boca y en nuestro corazón (Deut. XXX, 14); y podemos encontrar en nosotros mismos infinitas ocasiones y semillas de pensamientos útiles. En definitiva, si el alma es tan ignorante y negligente que no puede escudriñar sus interiores, al menos observe lo que hace externamente, clara y manifiestamente: y también en estas cosas, si busca diligentemente, encontrará sabiduría. Pues está escrito: "Da ocasión al sabio, y será más sabio" (Prov. IX, 9). Considera, oh alma, qué das a tu cuerpo, y sin duda encontrarás que le ministras vida y sentido: y encontrarás la vida uniforme en todo el cuerpo (pues, por ejemplo, el ojo no vive de manera diferente al dedo), pero no así el sentido. Busca, pues, que también tu alma (que sin duda es tu Dios) te otorgue cosas similares. Pues no debe decirse que vive el alma que no tiene conocimiento de la verdad, sino que aún está muerta en sí misma; así como está sin sentido, la que aún no tiene amor. Por tanto, la vida del alma es la verdad; el sentido, la caridad. Y no te sorprendas de que a veces las almas de los impíos tengan conocimiento de la verdad, aunque carezcan de caridad: cuando también en algunos cuerpos encuentras vida sin sentido, como son los árboles y otras cosas similares, animadas, pero por animación, no por alma. Así como las almas de los inicuos tienen conocimiento de la verdad por razón natural, que a veces es ayudada por la gracia, aunque de ninguna manera son animadas por ella. Pero en aquellos a quienes el alma espiritual infunde tanto el conocimiento de la verdad como el amor, no de manera exterior, sino como su propia alma, a la que adhiriéndose se convierten en un solo espíritu con ella; en estos, digo, el conocimiento de la verdad es indiviso, según se ha dicho de la vida del cuerpo. Pues con el mismo conocimiento comprendes tanto lo mínimo como lo máximo.

2. Por otro lado, el amor, si lo observas atentamente, podrás encontrarlo variado, y quizás dividido en cinco partes según los cinco sentidos del cuerpo. Pues hay un amor piadoso, con el que amamos a los padres; hay un amor placentero, con el que amamos a los amigos; hay también un amor justo hacia todos los hombres; un amor violento hacia los enemigos; un amor santo o devoto hacia Dios. En todos estos, si los observas atentamente, encontrarás un modo propio y completamente diferente de los demás. En definitiva, si te deleita considerar con más curiosidad, no sin razón parecerá que el primer amor, es decir, el amor a los padres,

corresponde al tacto, ya que este sentido percibe solo lo próximo y unido al cuerpo: así como aquel amor no se exhibe sino a los próximos de nuestra carne. Y tampoco discrepa de la razón de similitud, que este es el único de los sentidos que se difunde por todo el cuerpo: pues también aquel amor es natural a toda carne, de modo que incluso los animales brutos aman a sus crías y son amados por ellas. También el amor social se puede ver cuán propiamente se dice que corresponde al gusto, por su mayor dulzura, y porque este sentido es el único del que más necesita la vida humana. Y no veo con qué razón puede decirse que vive, al menos en esta vida común, quien no ama a aquellos entre quienes vive. Pero el amor general, con el que se ama a todos los hombres, tiene similitud con el olfato, en que este sentido ya percibe cosas más remotas, y que, aunque no está del todo exento de deleite carnal, lo tiene sin embargo más tenue, cuanto más difuso. El oído, sin embargo, percibe cosas mucho más remotas, y entre los hombres no hay nadie más remoto del amante que el que no ama. Pues aunque en los demás sentidos hay algún deleite de la carne misma, y parecen pertenecer más a la carne, el oído casi todo sale de la carne, y no sin razón parece corresponder a aquel amor cuya causa total es la obediencia: que pertenece al oído es bastante evidente, cuando de las demás, como hemos dicho, algunas ocasiones se toman de la carne.

3. Por otro lado, la vista ciertamente reclama para sí la similitud del amor divino, en que se encuentra más excelente que todos los demás y de una naturaleza singular, más perspicaz que los demás y discierne cosas mucho más remotas. Pues el olfato y el oído parecen ciertamente percibir cosas remotas; pero se cree que atraen más bien el aire que perciben hacia sí. La vista, sin embargo, no es así, sino que más bien parece salir y proceder hacia las cosas remotas. Así también es en los amores. De alguna manera atraemos a los próximos, a quienes amamos como a nosotros mismos: atraemos también a los enemigos, a quienes amamos para que también ellos sean como nosotros, es decir, para que sean amigos. Pero si amamos a Dios, como es digno, con toda nuestra fuerza, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, más bien vamos hacia Él, y con toda prisa nos dirigimos hacia Él, que está inefablemente por encima de nosotros.

4. Ahora bien, también es manifiesto que, en los sentidos del cuerpo, la vista ciertamente es más digna que todos los demás, y el oído más digno que los otros tres; el olfato también parece superar al gusto y al tacto, aunque no en utilidad, sí en dignidad, y el gusto parece superar al tacto: lo que también manifiesta la disposición misma de los miembros. Pues, ¿quién no sabe que los ojos están situados en la cima, y las orejas son inferiores? Así también las orejas a las narices, y la garganta a las narices, y también las manos y las demás partes del cuerpo, a las que pertenece el tacto, están claramente por debajo de la garganta. Según este modo, también en los sentidos del alma se puede considerar que uno es más digno que otro: lo cual, porque ya podéis advertirlo fácilmente, lo paso por alto por causa de la brevedad. También dejo a vuestra diligencia considerar que, así como los miembros del cuerpo deben caer necesariamente cuando el alma deja de animarlos, así también esas afecciones que hemos dicho, que son como ciertos miembros del alma, deben caer necesariamente sin el alma del alma misma (que es Dios): de modo que, o no se ama en absoluto lo que debe amarse; o no se ama como debe, o como debe. Pues hay quienes aman a los padres solo carnalmente: y también ellos confiesan al Señor cuando les ha hecho bien. Pero tal amor o no debe llamarse amor en absoluto, o es caduco, y cayendo en la tierra.

SERMO XI. Del doble bautismo, y de dejar la propia voluntad.

1. Sabéis, hermanos (pues tenéis firmemente la verdad católica), que en el bautismo, al renunciar al diablo, el Padre celestial nos adopta y nos transfiere al reino del Hijo de su claridad desde el poder de las tinieblas. Sin duda, esta es la primera vestidura, que el afecto

paternal manda a los ministros traer rápidamente, sin esperar la petición de la boca, ni el deseo del corazón, sino previniendo incluso el entendimiento con bendiciones de dulzura. Pues todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, nos hemos revestido de Cristo (Gálatas III, 27). De quien también otro clama, testigo él mismo fiel, porque "a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan I, 12). Y no es vana, ni débil potestad, porque ciertamente estamos seguros de inmediato también nosotros, "que ni la muerte, ni la vida, ni los poderes, ni los ángeles, ni lo alto, ni lo profundo podrán separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús" (Romanos VIII, 38, 39). Pero atiende cuántas cosas enumeró el Apóstol (pues son sus palabras) sin añadir: Ni nosotros mismos. Sin duda, esta es la libertad con la que Cristo nos ha liberado, para que ninguna criatura en absoluto pueda arrancarnos o hacernos violencia. Solo nosotros podemos abandonarlo, atraídos por nuestra propia voluntad, y seducidos por nuestra propia concupiscencia. Pues fuera de esto no hay nada que temer. En definitiva, hasta que cada renacido reciba el uso de la voluntad y la facultad de deliberar, no puede ser separado del amor de Dios en absoluto. Mientras tanto, vive seguro bajo la protección y defensa de su Señor Dios: no hay nada que temer de todo. Pero cuando ciertamente, entrando en los años de discreción, se le devuelve a sí mismo, no es necesario que tema la violencia de los demás, sino que se guarde de la que duerme en su seno, es decir, de su propia voluntad. Puede que el pecado esté a la puerta, pero su deseo está bajo él: solo rehúse abrir, rechace consentir.

2. En definitiva, a los primeros padres no los suplantó un oso, ni un león, sino más bien una serpiente, más astuta ciertamente, no más fuerte que los demás animales; ni a la mujer el hombre, sino la mujer al hombre. La serpiente, oh Eva, te engañó: ciertamente engañó, no empujó ni obligó. La mujer te dio del árbol, oh Adán; pero ofreciéndolo ciertamente, no infligiendo violencia. Pues no por el poder de ella, sino por tu propia voluntad, sucedió que obedeciste más a su voz que a la divina. Sin embargo, si él no pecó por ignorancia, al menos nosotros, advertidos por tantos ejemplos, cuidémonos. Más aún, ya que también nosotros hemos estado en peligro miserablemente en esta parte, de ahora en adelante procuremos diligentemente proveer algún remedio a tantos males. Pues ¿cuándo aquel fuerte armado, a quien el más fuerte que vino lo ató, pudo obtener con alguna violencia aquel atrio que una vez fue suyo? Pero lo encontró vacío y expuesto insensatamente a sí mismo, y entrando con otros siete peores, no más fuertes, habitó libremente (Lucas XI, 21-26). ¿Quién, pues, lo admitió, sino la propia voluntad? Ella es la que volvió a caer en el poder de las tinieblas, la que nos sometió de nuevo al imperio de la muerte.

3. Ven, Señor Jesús, ven también ahora, buen Jesús, expulsa de nuevo con fuerza al que insensatamente admitimos. Entonces ciertamente seremos libres también ahora, si nos liberas. Hicimos nulo el primer pacto: pecamos contra ti, Señor, entregándonos de nuevo al diablo y a sus obras, sometiendo voluntariamente nuestros cuellos al yugo de la iniquidad y sometiéndonos a la miserable servidumbre. Por lo tanto, hermanos míos, nos conviene ser rebautizados; es necesario entrar en un segundo pacto; es necesario una segunda profesión; y ya no basta con renunciar al diablo y a sus obras: también debemos renunciar al mundo y a nuestra propia voluntad. Pues él nos sedujo, ella nos traicionó. En el primer bautismo, cuando nuestra voluntad aún no nos había hecho daño, bastó con renunciar al diablo, cuya envidia ciertamente, junto con el pecado y la muerte, entrando por uno, pasó a todos los hombres. Pero después de haber experimentado claramente las seducciones del mundo engañoso y la infidelidad de nuestra propia voluntad, de ahora en adelante, en el segundo, por así decirlo, bautismo de nuestra conversión, con toda razón, y no para nuestra insensatez, no solo debemos reparar el primer pacto, sino también fortalecerlo, renunciando igualmente a los afectos mismos. Por lo tanto, esforcémonos, amadísimos, por guardarnos inmaculados de este

siglo, sabiendo que la religión pura e inmaculada ante Dios es esta (Santiago I, 27). Guardémonos de nuestra propia voluntad, como de una víbora pésima y malísima, y que sola puede condenar nuestras almas de aquí en adelante.

SERMO XII. De los principios, medios y fines, en aquel de Eclesiástico, VII, 40, "Recuerda tus fines," etc.

1. Hijo, recuerda tus fines, y no pecarás eternamente. Recuerda los principios, atiende a los medios, recuerda tus fines. Estos traen vergüenza, aquellos infunden dolor, estos inspiran miedo. Piensa de dónde vienes, y avergüénzate; dónde estás, y gime; adónde vas, y tiembla. Mira que no añadas aún ignorancia, no sea que sobre ti venga aquella terrible amenaza con la que el esposo truenas, diciendo: "Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal y ve tras los rebaños de tus compañeros" (Cantar de los Cantares I, 7). Pues al principio, cuando estabas en honor, oh hombre, no entendiste: por lo cual fuiste comparado a los animales insensatos, y te hiciste semejante a ellos (Salmo XLVIII, 13, 21). Ahora, si ni siquiera la aflicción da entendimiento al oído, también irás tras los rebaños, sin que ellos sientan ningún mal, expuesto a todos los males. Reconoce, pues, tus principios, y avergüénzate de haber sido comparado a los animales; recuerda tus fines, y teme no ir también tras los animales. Avergüénzate, digo, de que por la compañía de los ángeles, hayas obtenido la compañía de los animales, no solo en las necesidades del cuerpo, sino también en los afectos del corazón. Compartes con los animales el alimento de la tierra, porque despreciaste el pan angélico, el pan celestial. No solo eso, sino también, lo que es peor, en un cuerpo recto el alma está curvada y en el cuerpo permanece la semejanza del alma humana; en el alma, sin embargo, cambiada la semejanza de Dios en semejanza bestial.

2. ¿No te avergüenzas de levantar la cabeza, cuando no tienes el corazón elevado? ¿De estar erguido en cuerpo, cuando tu corazón se arrastra por la tierra? ¿No es acaso arrastrarse por la tierra el pensar en la carne, desear lo carnal, buscar lo carnal? Sin embargo, porque fuiste creado a imagen y semejanza de Dios, si perdiste la semejanza, te hiciste semejante a las bestias; pero pasaste en imagen. Por tanto, si estando en lo alto no entendiste que eras barro, no ignores, estando hundido en el lodo profundo, que eres imagen de Dios, y avergüénzate de haberle sobrepuesto una semejanza extraña. Recuerda tu nobleza, y avergüénzate de tan gran degradación. No ignores tu belleza, para que te avergüences más de la fealdad. Esta es, según Salomón, la confusión que lleva a la gloria (Ecli. IV, 25), cuando te avergüenzas de haber caído de tanta gloria. Pues fuiste alguna vez coronado de gloria y honor, puesto sobre las obras de las manos del Señor, habitante del paraíso, conciudadano de los ángeles, y doméstico del Señor de los ejércitos. De aquí te arrojaste a estas tinieblas interiores, de donde también serás arrojado a las tinieblas exteriores y palpables alguna vez, si no tienes cuidado. De esta gloria de los hijos de Dios te has depuesto a ti mismo; de aquella patria feliz y dulcísima, del jardín de las delicias te has hecho exiliado.

3. He aquí de dónde viniste: ¿quieres saber a dónde has llegado? A un lugar de aflicción: pues tu vida se ha acercado al infierno. ¿Qué hay aquí sino trabajo y dolor, y aflicción del espíritu? Pero ahora te ha sucedido como si un niño hubiera nacido en la cárcel y en la cárcel hubiera sido criado; y, porque nunca ha visto la luz, se maravilla de la tristeza y ansiedad de su madre. Ella sabe de dónde duele; y, porque conoce los bienes, los males le son más graves, y con el recuerdo de la paz su amargura es amarguísima. A ti los grandes bienes te parecen menores males; y ante las mayores cadenas, a las que estás acostumbrado, los anillos menores te parecen descanso. Deseas comer, porque el hambre te atormenta. Ambas cosas son trabajo; pero porque el hambre es más grave, no sabes que comer es trabajo. En fin, después de que el

hambre ha sido saciada, ve si no te parece más gravoso comer que tener hambre. Así son todas las cosas bajo el sol: que nada en ellas es verdaderamente agradable, sino que el hombre siempre quiere pasar de una cosa a otra, y solo se alivia de alguna manera con la alternancia, como si saltara del agua al fuego y de nuevo del fuego al agua, como quien no puede soportar ninguno de los dos. Todo remedio del trabajo es el inicio de otro trabajo. Nadie en este mundo perverso puede tener lo que quiere; ya que ni el justo se sacia de justicia, ni el voluptuoso de placer, ni el curioso de curiosidad, ni el ambicioso de vana gloria. He aquí de dónde debes dolerte, si aún no te has vuelto insensible; he aquí de dónde debes dolerte, porque estás en el exilio, moras en el desierto, y caminas en tinieblas y en terreno resbaladizo, y con el sudor de tu rostro comes tu pan. ¿No se amarga tu ojo cada vez que considera estas cosas, y deplora junto con el Profeta: ¡Ay de mí! porque mi morada se ha prolongado? (Sal. CXIX, 5).

4. Ya tienes los comienzos, también tienes los medios: pero ¿cuáles son los últimos? Pues de ellos se dice que recordándolos no pecarás. Estos son la muerte, el juicio, el infierno. ¿Qué hay más horrible que la muerte? ¿qué más terrible que el juicio? pues nada más intolerable que el infierno puede pensarse. ¿Qué temerá, si alguien no tiembla ante estas cosas, no se espanta, no se conmueve de miedo? Oh hombre, si perdiste la vergüenza perteneciente a la noble criatura; si no sentías el dolor de la aflicción, que es también de los carnales; al menos no omitas el temor, ya que este es también de las bestias. Cargamos al asno, y lo fatigamos en muchos trabajos; y no le importa, porque es asno. Pero si quisieras empujarlo al fuego, o precipitarlo en un hoyo, se cuida cuanto puede, porque ama la vida y teme la muerte. ¿No te parece justo, entonces, que quien ahora es más insensible que las bestias, sea también obligado a ir tras ellas, y puesto en tormentos ocupe el lugar más bajo? Teme, pues, oh hombre, que en la muerte serás separado de todos los bienes de este cuerpo, y el dulce vínculo de carne y alma será cortado con amarguísima separación. Teme, que en el terrible juicio serás presentado ante aquel en cuyas manos es horrendo caer, y, si al examinarte aquel a quien nada se le oculta, se encuentra en ti iniquidad, serás alejado de toda quietud y gloria y segregado del número de los bienaventurados. Teme, que en el infierno serás expuesto a tormentos eternos e inmensos, en la suerte del diablo y sus ángeles, en el fuego eterno, que está preparado para ellos. Este temor, pues, se dice que es el principio de la sabiduría (Sal. CX, 10), no la vergüenza, no el dolor; porque ninguno de ellos inicia así en la sabiduría, ninguno tiene tanta eficacia. Por eso no se dice: Recuerda los comienzos, o los medios, sino los últimos; y no pecarás. Pues el espíritu del temor es más fuerte y vehemente para resistir al pecado, que la vergüenza o el dolor; porque la vergüenza encuentra consuelo en la multitud, y el dolor en cualquier consuelo de este mundo; pero el temor no encuentra de dónde consolarse. Pues en la muerte no llevarás contigo nada grande ni pequeño de los bienes de este mundo: en el juicio no será posible ni engañar ni resistir: en el infierno no hay consuelo alguno; sino perpetuo ay, ululato, y llanto, y crujir de dientes.

SERMO XIII. De la triple misericordia, y las cuatro misericordias.

1. Así como hay pecados pequeños, hay medianos, y también grandes; así también la misericordia es pequeña, mediana y grande. Un gran pecador necesita una gran misericordia; para que donde abundó el delito, sobreabunde la gracia. Llamo pequeña misericordia a la espera, por la cual no se castiga inmediatamente al pecador, sino que se espera su arrepentimiento. Pequeña, no en sí misma, sino en comparación con las otras. De lo contrario, es claramente grande, muy grande la misericordia, la espera del Señor. Pues al ángel pecador no lo esperó en absoluto, sino que lo precipitó del cielo: tampoco al hombre pecador lo dilató, sino que inmediatamente lo expulsó del paraíso. Ahora ya espera, disimula, soporta diez años, veinte, hasta la vejez y la ancianidad. Y si consideramos cuántos y cuán numerosos

pecados se cometen diariamente, ¿no reputaremos leves aquellos que sin embargo recibieron inmediatamente la sentencia de condenación? No es de extrañar, por tanto, si también los pies del profeta casi se movieron, casi se deslizaron sus pasos, porque celaba sobre los inicuos viendo la paz de los pecadores; si los mismos pecadores dicen: ¿Cómo sabe Dios, y hay conocimiento en lo alto? (Sal. LXXII, 2, 3, 11). Pero esta es la gracia de la cruz de Cristo, y su virtud. Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que más bien se convierta y viva (Ezequiel XXXIII, 11). Según me parece, esta es la voz de Cristo resucitado, como si dijera: Quiera o no quiera el judío, yo vivo; no quiero la muerte del pecador, que quise morir por los pecadores: quiero que mi muerte sea fructífera y copiosa la redención por ella.

2. Esta misericordia del Señor, por la cual tarda en herir, dispuesto a perdonar; la llamé pequeña, no en sí misma, sino en comparación con las otras: porque esta, si está sola, de ningún modo es suficiente para la salvación, sino que acumula el juicio de condenación, para que se diga: Esto hiciste y callé (Sal. XLIX, 21). Escuchemos, por tanto, al Apóstol, que a su manera truena terriblemente: ¿O desprecias las riquezas de su bondad, dice (sin duda de Dios), y de su longanimidad? ¿Ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira (Rom. II, 4, 5). Atesoras, dice, para ti tesoros de ira en lugar de los tesoros de misericordia que desprecias, y anulas en ti la misericordia de Dios. Pero ¿según qué? Según tu dureza, dice, y corazón impenitente. ¿Quién romperá esta dureza, sino aquel que con su pasión rompió las piedras? ¿Quién dará un corazón penitente, sino de quien es todo don perfecto?

3. Esta es la segunda misericordia, mayor en todo a la primera, que hace que la primera no sea infructuosa, y se convierta en condenación de muerte; dando, a saber, el arrepentimiento, sin el cual la espera no solo no aprovecha, sino que perjudica mucho. Y esta, en los pecados leves puede ser suficiente; porque en aquellos de los que no podemos abstenernos del todo mientras llevamos el cuerpo de pecado, para la salvación puede ser suficiente el arrepentimiento diario. Pero en los más graves, y que son pecados de muerte, se necesita no solo arrepentimiento, sino también continencia. Es una cosa difícil y solo posible a la divina virtud, sacudir de sus cuellos el yugo del pecado una vez asumido; porque quien comete pecado, es esclavo del pecado, y ya no puede ser liberado sino con mano fuerte.

4. Esta es la gran misericordia, necesaria para los grandes pecadores, de la que se dice: Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia; y según la multitud de tus misericordias (Sal. L, 1, 2), etc. Se ha hablado de las cuatro hijas de la gran misericordia (Sermón tercero en el Domingo 6 después de Pentecostés), que son la inmersión de amargura, la sustracción de oportunidad, la virtud de resistir, y la sanidad de la afección. Pues a veces al que está atado por cualquier pecado, el Señor piadosamente le envía ciertas amarguras que ocupan la mente del hombre, y expulsan la perniciosa delectación del pecado. A veces le sustrae la oportunidad, y no permite que la debilidad sea tentada. A veces le da la virtud de resistir, lo cual es mayor: para que, sintiendo la tentación, actúe virilmente, y no consienta. A veces sana la afección, lo cual es lo más perfecto, y en lo que se erradica por completo [otras veces se quita] la tentación; para que no solo no se consienta en ella, sino que ni siquiera se sienta.

SERMO XIV. De los siete dones del Espíritu Santo contra los siete vicios.

1. La sabiduría vence a la malicia, cuando la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, Cristo, aplasta a Satanás. Por tanto, alcanza desde un extremo hasta el otro con fortaleza, en el cielo derribando al soberbio, en el mundo venciendo al maligno, en el infierno despojando al avaro. Y dispone todas las cosas suavemente (Sab. VII, 30; VIII, 1), en el cielo confirmando

a los ángeles que están de pie, en el mundo redimiendo a los vendidos, en el infierno liberando a los cautivos. O, si se prefiere, tomémoslo de este modo. Procede con ordenada fila contra los siete grados del pecado el Espíritu septiforme. Y primero contra la negligencia se levanta el temor. Sin duda, es este el que sacude el alma, examina la conciencia, expulsa el letal sopor, infunde la solicitud. En fin, quien teme a Dios, no descuida nada (Ecle. VII, 19), sino que teme todas sus obras.

2. Pero para que el conflicto sea más grave, escama se une a escama, y en el corazón humano son compañeras la negligencia de sí mismo y la curiosidad de los demás. Pues como dice el Sabio, triple es el inconveniente que expulsa de la casa al habitante, el humo, el goterón, la mala esposa (Prov. XXVII, 15). ¿Cuándo faltarán estas cosas al negligente? Pues quien descuida lo propio, no apaga el humo, no corrige a la esposa, no repara el techo. Humean los pecados, no extinguidos por el estudio de la misericordia, ni por las lágrimas; y ese humo es muy fétido e intolerable. La voluntad se vuelve maligna, empeorándose cada día por el mismo descuido. Gotea la indignación del Juez supremo por la falta de caridad, que sola cubre la multitud de pecados. Por tanto, es necesario que salga fuera, y considere con curiosidad las cosas exteriores, quien así desprecia las internas, no mira las pasadas, no observa las presentes, no prevé las futuras. Evidentemente, por tanto, la piedad se opone a la curiosidad, y a quien aquella llama del corazón, esta lo llama de nuevo. Sin duda, esa piedad es el culto de Dios; y en el corazón se cultiva a quien se conoce que habita en el corazón. Pero la curiosidad engendra la experiencia del mal, de modo que fácilmente quien vaga por muchas cosas, tropieza, fácilmente cae en el lazo, fácilmente encuentra lo que perniciosamente deleita. Sin embargo, contra esta curiosidad lucha el espíritu de ciencia, enseñando a elegir el bien, a reprobar el mal; enseñando qué es peligroso, qué conviene experimentar.

3. Sin embargo, en muchos ya parece que la experiencia pasa a la concupiscencia. Tienes estos grados en Dina, hija de Jacob, quien, al salir a ver a las mujeres extranjeras, fue raptada, corrompida, y luego tristemente seducida con halagos por Emor, hijo de Siquem, de modo que el alma de él se adhirió a su alma (Gén. XXXIV, 1-8). Digo que el hombre ha pasado a la concupiscencia, y, como menciona el Profeta, al afecto del corazón que desprecia la ley (Sal. LXXII, 7), ha rechazado la honestidad, ha despedido la vergüenza, y ha saltado por completo el temor del Señor, y solo se mueve por el apetito, sigue solo la concupiscencia, solo se deja llevar por el placer, y para él la voluntad es razón. Contra esta concupiscencia del mal lucha la fortaleza: pues no hay ya liberación, sino con mano fuerte. Indica al hombre ayunos, castigue el cuerpo y lo someta a servidumbre, no sea que ya de la raíz de la serpiente salga un basilisco, de la concupiscencia la costumbre. Pues así como la miseria extrema y miserable fragilidad humana, sin el prurito de la concupiscencia o el ímpetu del deseo, solo por la costumbre misma se arrastra a lo ilícito, ojalá a todos les sea lícito ignorarlo. Sin duda, quien comete pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII, 34), esclavo ciertamente del diablo, siguiendo todo lo malo según es arrastrado, por quien ciertamente es retenido cautivo, a su voluntad.

4. Pero esta costumbre es una cadena grave y perniciosa, que debe ser desatada más fácilmente que rota; para que aquí especialmente el proverbio vulgar parezca usarse, la industria es mejor que la violencia: así como la fuerza se repele con fuerza, y el fervor del espíritu extingue el fervor de los deseos; así engañas al arte maligno con arte, y opones consejo a la costumbre. De lo contrario, si buscas la violencia, y esperas que la mortificación del cuerpo prevalezca sobre la costumbre, es de temer en verdad que el trabajo sea pernicioso, y antes falte la misma sustancia que la concupiscencia arraigada, especialmente porque la costumbre misma es una especie de naturaleza. Por tanto, es necesario el consejo,

ya sea ministrado por el mismo ángel del gran consejo, o por algún hombre espiritual, que no ignore las maquinaciones de Satanás, ni los remedios espirituales. Debemos sustraernos la ocasión, y huir de la oportunidad del pecado. Leemos, hermanos, en el desierto a alguien gravemente impugnado por el espíritu de fornicación, curado con laudable industria por el padre. Pues el anciano, llamando en secreto a otro hermano, le ordenó que lo provocara con injurias; y él mismo primero, como si hubiera recibido una injuria de él, se quejaba. Se angustiaba aquel, y muy confuso, así en breve olvidó la tentación anterior, que al quejarse de ella no sin mucha admiración respondía: ¡Vaya! ¡No se nos permite vivir, y nos gustaría fornicar! (Ver S. Jerónimo, epístola a Rústico, hacia la mitad).

5. Pero tal vez aún no ha llegado aquel a quien se le ha reservado la victoria, a quien le espera el triunfo, a quien se le debe la corona, y el desprecio se manifiesta por la costumbre: de modo que pecando tanto más libremente cuanto más desesperadamente, ya suelte por completo las riendas de la concupiscencia, se precipite con todo ímpetu, como está escrito: El pecador, cuando ha llegado al fondo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). Por tanto, es necesario que el espíritu de entendimiento combata contra este desprecio, iluminando las tinieblas del corazón e infundiendo la luz de la misericordia divina y de la copiosa misericordia. La inteligencia, sin duda, debe atribuirse a las cosas divinas y altísimas, que la razón humana de ningún modo, difícilmente incluso la fe misma, puede comprender, como es aquello: Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20).

6. Ya si el desprecio persiste, es necesario que se añada también la malicia, para que el miserable desesperado admita cualquier consuelo que pueda; y quien no tiene parte en los bienes, se alegre al menos en los males; se alegre cuando hace el mal, y exulte en las cosas pésimas. Por tanto, solo hay este remedio, que la misma sabiduría combata contra la malicia, y luche con su propia mano derecha, que no sabe sucumbir en absoluto. Pues ¿cuándo será liberado quien ha descendido a Babilonia [otras veces habitación], si no es prevenido con bendiciones de la dulzura suprema, para que un clavo expulse a otro clavo, y la dulzura pestilente de los vicios sea excluida por la dulzura de la unción espiritual?

7. Por tanto, la sabiduría victoriosa alcanza desde un extremo hasta el otro con fortaleza, erradicando cada vicio, e injertando cada virtud. Se expulsa la negligencia, para que el espíritu de temor llene la mente; se rechaza la curiosidad, para que suceda la piedad; se huye de la experiencia del mal y se añade la ciencia. Así también la fortaleza prevalece sobre la concupiscencia, y el consejo amputa la costumbre, y el entendimiento vigoroso remueve el desprecio, y desapareciendo por completo la malicia, reina la sabiduría. Con esta triunfante, de aquí en adelante aquella miserable alma, que perniciosamente la negligencia había adormecido, peor la curiosidad había despertado, la experiencia había atraído, la concupiscencia había retenido, la costumbre había atado, el desprecio había encerrado en prisión, la malicia había degollado; el temor la despierta, la piedad la acaricia suavemente, la ciencia indicando lo que se ha hecho añade dolor; la fortaleza la levanta, el consejo la desata, el entendimiento la saca de la prisión, la sabiduría pone la mesa, la reconforta hambrienta, y la repara con saludables alimentos.

SERMO XV. De la búsqueda de la sabiduría.

1. ¿Qué hacemos en este mundo, hermanos? ¿O qué hacemos con este mundo? Si nos esforzamos por ser salvados de este siglo presente malvado, ¿qué decidimos aún sobre este mundo? Si queremos salir, ¿por qué nos esforzamos en arrastrar nuestras cadenas con nosotros? Supongamos que son de oro; pero es mucho mejor ser liberados sin ellas que ser

retenidos por su causa. No consideremos su valor, sino su impedimento: no sea que, además de la necesidad de la condición, que ya es bastante dura, comencemos a adherirnos a ellas por el lazo de la codicia y a enredarnos en los lazos de la preocupación vana. Pues, ¿qué puede hacer alguien con grilletes, si se considera menos apropiado preguntar, ya que los hombres suelen ser encadenados más para sufrir que para hacer algo: y los grilletes son impedimentos para la acción, pero ayudas para la pasión? Sin embargo, debemos hacer algo en este mundo; ciertamente, debemos hacer penitencia; pero esto parecerá pertenecer más a la pasión que a la acción. No obstante, debemos hacer algo aquí: no sobre este mundo, sino en este mundo. Pues cuando se lee que Adán fue puesto desde el principio en el lugar de la delicia para trabajar (Gén. II, 15), ¿quién en su sano juicio pensaría que sus hijos fueron puestos en el lugar de la aflicción para descansar? Trabajemos, pues, pero por el alimento que no perece: trabajemos por la obra de nuestra salvación. Trabajemos en la viña del Señor: para que merezcamos recibir el denario diario. Trabajemos en la sabiduría, que dice: "Los que trabajan en mí no pecarán" (Eccl. XXIV, 30). El campo es el mundo, dice la Verdad (Mat. XIII, 38). Cavemos en él; el tesoro escondido está oculto, desenterrémoslo. Pues es la sabiduría, que se extrae de lo oculto. Todos la buscamos, todos la deseamos.

2. Pero en vano busca quien busca en su lecho: pues no se encuentra en la tierra de los que viven suavemente. ¿Es un lecho, y allí buscas al gigante? ¿Es tuyo, y allí esperas encontrar a aquel que siempre ignora los albergues? "Si buscáis", dice, "buscad: convertíos y venid" (Isa. XXI, 12). ¿De dónde buscas? De tu lecho. ¿De dónde buscas convertirte? "Apártate", dice, "de tus voluntades" (Eccl. XVIII, 30). Y si en mis voluntades no encuentro, ¿dónde, preguntas, encuentro la sabiduría? Pues mi alma la desea intensamente; ni será suficiente haberla encontrado, si llegara a encontrarla, a menos que ponga en mi seno una medida buena, apretada, remecida y rebosante. Con razón. Pues bienaventurado el hombre que encuentra la sabiduría, y que abunda en prudencia (Prov. III, 13). Busca, pues, mientras pueda ser encontrada: y mientras esté cerca, invócala. ¿Quieres oír cuán cerca está? Está cerca la palabra en tu corazón y en tu boca (Rom. X, 8): solo si la buscas con un corazón recto. Levanta el corazón, levántate de tu lecho, para que no escuches en vano al que te advierte que tengas el corazón en lo alto. Así encontrarás la sabiduría en el corazón, y abundarás en prudencia con la boca; pero cuida de abundar, no de derramar o vomitar.

3. Sin duda has encontrado miel, si has encontrado sabiduría; solo que no comas demasiado, no sea que, saciado, la vomites. Come de tal manera que siempre tengas hambre. Pues ella dice: "Los que me comen, aún tendrán hambre" (Eccl. XXIV, 29). No consideres mucho lo que tienes; no te sacies, no sea que vomites, y eso mismo que parece tener, te sea quitado, ya que dejaste de buscar antes de tiempo. Pues mientras pueda ser encontrada, mientras esté cerca, no se debe cesar de buscar o invocar. De otra manera, como quien come mucha miel, como dice el mismo Salomón, "no le es bueno; así quien escudriña la majestad, será oprimido por la gloria" (Prov. XXV, 27). ¿Qué haces tú, Pilato, preguntando al Señor en secreto, para que te susurre al oído qué es la verdad? Es mucho para ti: no se dará lo santo a los perros, ni las perlas a los cerdos. Busca más bien el gusto de la fe; por ahora no busques la saciedad de la inteligencia. Con razón, hermanos, la mirada rebotó inmediatamente: y, no soportando la respuesta, salió a los judíos, quien había comenzado a caminar en cosas grandes y maravillosas sobre sí mismo, preguntando qué era la verdad (Juan XVIII, 38).

4. Por tanto, busquemos la sabiduría en el corazón, y la sabiduría que es de la fe, como dice el Apóstol: "No pensar más de lo que conviene pensar, sino pensar con sobriedad" (Rom. XII, 3). Pues la sabiduría sobria está en el arrepentimiento de los pecados pasados, en el desprecio de los bienes presentes, en el deseo de las recompensas futuras. Has encontrado claramente la sabiduría, si lloras los pecados de la vida pasada, si desprecias los deseos de este siglo, si

deseas con todo tu ser la eterna bienaventuranza. Has encontrado la sabiduría, si cada una de estas cosas te sabe como son, para que estas sean amargas y totalmente evitables, aquellas también como caducas y transitorias despreciables; pero aquellas como bienes perfectos, deseables con todos los deseos, juzgues y disciernas con un cierto sabor íntimo del alma. Y esta es la sabiduría sobria, y no conoce el vómito, donde el frío del temor por la memoria de los pecados, y el fervor de la caridad por el deseo de las promesas divinas, alejan la tibieza de las ocupaciones malas que ahora son: para que ni vomites la sabiduría, ni seas vomitado por ella. Pues así como "bienaventurado el hombre que encuentra la sabiduría", así también "bienaventurado el hombre, o más bienaventurado aún, que habitará en la sabiduría" (Eclo. XIV, 22): pues tal vez esto se refiere a la abundancia.

5. Ciertamente, en estas tres cosas abundas en sabiduría o prudencia con la boca, si hay en la boca confesión de la propia iniquidad, si hay acción de gracias y voz de alabanza, si también hay palabra de edificación. Sin duda, "con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación" (Rom. X, 10). Y al principio del discurso, el justo es acusador de sí mismo (Prov. XVIII, 17): pues en medio debe magnificar al Señor; y en el tercero (si la sabiduría abunda hasta aquí) debe edificar al prójimo. ¿O es que también en la obra debe abundar la sabiduría? Y sobre todo. Busquemos, pues, también en la obra una triple abundancia: pues ya se dijo antes por un Sabio que la sabiduría se describía de tres maneras (Prov. XXII, 20). Así que, si no tenéis algo mejor, creo yo, que en lo que respecta a la obra, la sabiduría abunda suficientemente copiosamente, cualquiera de vosotros que se comporta entre vosotros con continencia, paciencia y obediencia: solo que la obediencia fiel mortifique la propia voluntad; la continencia humilde corte tanto el placer carnal como el secular; la paciencia alegre soporte valientemente ambas adversidades, tanto la corporal como la mundana.

1115 SERMO XVI. Sobre el triple género de bienes, y la vigilancia sobre los pensamientos.

1. Y un estudio más diligente, y una vigilancia más atenta debería aplicarse a nuestros pensamientos, hermanos míos: a los nuestros, digo, a quienes se nos proporciona continuamente materia de meditaciones tan santas. Pues de noche y de día se nos cantan y leen las voces proféticas y evangélicas, pero también apostólicas, que amenazan con el castigo del infierno y prometen la gloria del reino. ¿De dónde, pues, nos vienen pensamientos tan vanos, tan nocivos, tan obscenos, que ahora nos retuercen con impureza y elevación, ahora con soberbia y ambición y otras pasiones, de modo que apenas alguna vez respiramos en la serenidad de pensamientos santos? ¡Ay de nosotros por la pereza y tibieza de nuestro corazón! que permitimos que estas vanidades nos ocupen, y no más bien saltamos instantáneamente a los bienes del Señor, ya sean naturales, espirituales o incluso eternos. Y ciertamente los bienes naturales son grandes, los espirituales mayores, pero los eternos son los máximos. En los primeros somos restaurados, en los segundos ejercitados, extendidos y beatificados en los terceros. Si no puedes fijar el ojo de la meditación en aquella sublimidad de los bienes eternos, porque son distantes y superan todo sentido: en los bienes de la gracia, que están en el ejercicio de las virtudes, refleja la vista, para que veas cuán pura es la conciencia, cuán libre es la frente al vivir y convivir en castidad y caridad, en paciencia y humildad, y otras virtudes, que hacen al hombre amable a Dios, apacible e imitable a los hombres. Y si estos también son demasiado sublimes, y exceden tu debilidad, baja tus ojos a los bienes de la naturaleza, que te deben ser tan familiares como tú lo eres contigo mismo. No decimos así los bienes de la naturaleza, como si no fueran de la gracia; sino porque fueron de algún modo innatos e implantados en la misma naturaleza, antes de que ocurriera aquel pecado, que no solo infectó a la persona, sino también a la naturaleza. Desde entonces no se muestran tan a mano para nosotros debido a la herida infligida, aunque a menudo sentimos

que están en nosotros y alrededor de nosotros tanto por razones como por afectos. Y porque consistimos en alma y cuerpo, según la voz del Apóstol, comencemos por la parte animal, es decir, por los bienes del cuerpo, para que no sea primero lo que es espiritual, sino lo que es animal (I Cor. XV, 46).

2. Todos los bienes del cuerpo, y que solo a él debemos, son la salud. Nada más debe dársele o buscarse, sino que debe ser limitado y frenado con este término, ya que su fruto es nulo, y la muerte es su fin. Pero aquí hay una trampa que no quiero que os pase desapercibida. Pues el placer acecha a la salud, y la persigue con tal sutileza maligna, que apenas alguien puede evitarla o conocerla. Si se sirve al placer, no a la salud, esto ya no es de la naturaleza, sino bajo la naturaleza, que se rinde a la muerte cuando establece al placer como maestra. De ahí también que muchos hayan descendido, o más bien caído, a impulsos tan bestiales y rebeldes, que prefieren el placer a la salud, y a menudo se revuelcan en aquellas cosas que saben que seguirán pasiones difíciles y agudas. Así como la naturaleza del cuerpo es la salud, así la naturaleza del corazón es la pureza: porque con el ojo turbado no se verá a Dios; y el corazón humano fue hecho para ver a su Creador. Si, pues, a la salud del cuerpo se le debe una custodia solícita, a la pureza del corazón se le debe una custodia aún más solícita, cuanto más digna se demuestra esta parte que aquella. Aquí, sin embargo, tomamos la pureza simplemente, para que todo lo que hacemos, lo confesemos pura y humildemente al Señor en oración, al hombre en confesión, y digamos: "Dije: Confesaré contra mí mi injusticia al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi pecado" (Sal. XXXI, 5).

3. Y porque somos un animal social, pasemos de lo que está en nosotros a lo que está a nuestro alrededor; para que, si es posible, tengamos paz con todos los hombres de lo que es nuestro. Pues esta es la ley natural de la sociedad, que todo lo que no queremos que nos hagan, no lo hagamos a otros: y lo que queremos que nos hagan, nos esforcemos en hacerlo a otros. Así como debemos la salud al cuerpo, la pureza al corazón; así también la paz al hermano. Ya de aquí debemos pasar a las almas de los santos, que han volado de esta cárcel de mortalidad a las alegrías del cielo. A estas ciertamente les debemos imitación; porque fueron semejantes a nosotros, pasibles, y nos hicieron conocidas las vías de la vida, que siguieron tan infatigable como interminablemente. Pero también a aquellos que no salieron en tanta santidad o penitencia cumplida, les debemos compasión y oración, por la comunidad de la misma naturaleza: para que el Padre piadoso quite su escoria, y convierta los azotes en beneficios, y así finalmente los reconsigne a las alegrías de la ciudad bienaventurada. Pues si los toros, cuando encuentran un toro muerto, lloran, mugen, y como con ciertos deberes de humanidad acompañan los funerales fraternos, ¿qué debe el hombre al hombre, a quien la razón enseña y el afecto atrae? Así como, pues, a las almas santas les debemos imitación, así a las menos santas les debemos compasión, extrayendo de allí ejemplo, de aquí gemido.

4. De los santos ángeles se debe buscar ayuda, con suspiros ocultos y frecuencia de lágrimas: para que ellos ofrezcan nuestras oraciones a aquella majestad suprema, devuelvan la gracia, que son espíritus administradores, enviados por nosotros, para que heredemos la salvación (Hebr. I, 14). Del Señor de todas las cosas se debe buscar piedad, para que aquel cuya naturaleza es bondad, a quien le es propio siempre tener misericordia y perdonar, no mire la multitud de nuestras iniquidades; sino que según la multitud de sus misericordias tenga piedad de nosotros. A él, pues, le debemos tanto amor como sujeción con toda reverencia y humildad. Amor, porque nos hizo, y nos hizo bien; sujeción, porque está sobre nosotros, y esto nos manda [otros, nos supera], terrible en consejos sobre los hijos de los hombres. Así, pues, tanto la salud al cuerpo, la pureza al corazón, la paz al hermano, la imitación a los santos, la compasión a los muertos debemos; busquemos ayuda del ángel, piedad de Dios [otros, pidamos a Dios. De la arca, etc.] de la arca de los bienes naturales debemos tener y

buscar: para que sepamos que, cuando hayamos hecho estas cosas que fueron mandadas y dadas a la naturaleza, somos siervos inútiles; lo que debíamos hacer, lo hicimos. Pues apenas, o nunca, se encuentra algún precepto dado a los hombres, que trascienda los límites y la posibilidad de la naturaleza. En estos bienes, como dijimos antes, somos restaurados, y de algún modo restituidos a lo antiguo, mientras volvemos a la suavidad innata de la naturaleza, mientras también a nosotros mismos, y a los que están a nuestro alrededor, y a los que están sobre nosotros, exhibimos el debido orden de las cosas. Y esto, pues, por los bienes naturales.

5. Los bienes espirituales, en los que somos ejercitados, para que nos dirijamos a los eternos, son los mismos; pero otros, porque considerados con otra intención, con muchos otros, que es largo enumerar. Pues aquellos se conocen según la naturaleza, estos sobre la naturaleza. Pues también en el ejercicio espiritual no debemos al cuerpo salud, sino servidumbre, sino aflicción, sino trabajo, según la voz de aquel hombre espiritual y sumamente espiritual, que decía: "Castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre" (I Cor. IX, 27). Ni solo esta pureza debemos al corazón, para que confesemos pura y humildemente nuestros pecados; sino que en intención, pensamiento y obra exhibamos esta circunspección, para que nuestra vida sea fructífera, y la fama gloriosa: no que fructifique para sí, sino para Dios; no que se glorifique a sí misma, sino a su Padre que está en los cielos. Tampoco decimos que solo se debe exhibir paz a los hermanos en este camino; sino que con aquellos que odian la paz, ser pacífico, soportar a todos, y no querer ser soportado por nadie. Confesamos también no solo compasión a los muertos y oración, sino que también en esperanza se debe añadir congratulación; porque, aunque hay que entristecerse por lo que sufren en los lugares de purgatorio, mucho más hay que alegrarse porque está cerca que Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá ni luto ni clamor, ni dolor alguno, porque las primeras cosas pasaron. A las almas santas, pues, no ya imitación, ni solo de los santos ángeles debemos buscar ayuda; sino desear ardientemente su visión, y estar con ellos, y ver cuáles son aquellas columnas del cielo, que sostienen el orbe de la tierra, en las que resplandece y reluce tanto y tan excelso signo de la divinidad. Del Señor, pues, no solo se debe buscar piedad, sino que toda la afección debe dirigirse a él, para que nos amemos a nosotros mismos por él, y contemplemos cuál es aquella majestad que hace todas las cosas, contiene todas las cosas, y a la que las criaturas racionales desean mirar.

6. Estas son las sendas del ejercicio espiritual, en las que la mente religiosa se dilata y se deleita, de donde, olvidándose de las cosas que están atrás, y extendiéndose hacia las de adelante, es decir, los bienes eternos, sigue hacia la meta de la vocación celestial. ¿Acaso no había saltado sobre la naturaleza este bienaventurado apóstol Andrés, cuya solemnidad tenemos a mano, que decía: "Oh buena cruz, largamente deseada, y ya preparada para el alma deseosa! Seguro y gozoso vengo a ti." Esta es la voz de un hombre transformado, y que había ascendido de los bienes de la naturaleza a los bienes de la gracia: para que no solo se gloriera en la esperanza, sino también en las tribulaciones, y fuera gozoso del consejo, que era digno de sufrir afrenta por el nombre de Jesús. Pues no solo pacientemente, sino también de buen grado, y ardientemente se apresuraba a los tormentos como a los ornamentos, a los castigos como a las delicias.

7. Por lo demás, aquellos bienes eternos son bienes que ni ojo vio, ni oído oyó, y que nunca salen de aquella patria que solo conoce el gozo y la jubilación. Allí no falta nada; he aquí la abundancia con la que se colma la avidez humana. ¿Cuál es esa abundancia donde no hay nada que no desees, y todo es lo que desees? Que haya paz, dice el Profeta a Jerusalén, en tu fortaleza, y abundancia en tus torres (Salmo 121, 7). En aquellas, digo, torres, que según otro profeta serán edificadas con gemas, donde Dios nos saciará con la grasa del trigo, no con la

cáscara del sacramento. Si nada nos faltará, pero algo nos estará oculto, ¿acaso será la gloria consumada? Por eso nada nos estará oculto; y he aquí la sabiduría con la que se saciará la curiosidad del hombre. ¡Oh sabiduría, con la que entonces conoceremos perfectamente todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, bebiendo en la misma fuente de sabiduría el conocimiento de todas las cosas! No temeré sospechas, no temeré consejos; porque aquella ciudad, según Juan, será semejante a un vidrio purísimo (Apoc. 21, 19) para que, así como vemos clarísimamente a través del vidrio, así veamos clarísimamente las conciencias de los demás. ¿Qué si nada faltará, y nada estará oculto; pero permanecerá el temor y la ansiedad de perderlo? Por eso nada nos asusta; y he aquí el poder con el que se fortalece la debilidad humana. Él ha puesto, dice, tus fronteras en paz, y ha fortalecido los cerrojos de tus puertas (Salmo 147, 14, 13): de modo que ningún enemigo pueda entrar, ni ningún amigo pueda salir. Donde hay suma abundancia, suma sabiduría, suma potencia; creo que nada falta a la plenitud de la bienaventuranza, en cuanto respecta a la suma felicidad humana. Estos son los bienes de la naturaleza, de la gracia, de la gloria; bienes de la humanidad, bienes de la virtud, bienes de la eternidad. Pensemos en estos, meditemos en estos, hermanos, y según el precepto de la ley recordemos la meditación (Levítico 11, 3), porque así se vive, y en tales cosas está la vida de nuestro espíritu. Así pues, el pensamiento santo nos preservará, para que digamos con el santo: La meditación de mi corazón esté siempre en tu presencia, Señor, mi ayudador y mi redentor (Salmo 18, 15).

1118 SERMON XVII. Sobre la triple custodia, de la mano, la lengua y el corazón.

1. Todos nos quejamos de que nos falta la gracia; pero quizás con más justicia la gracia misma se queja de que le faltan algunos. Sin duda, la gracia de la devoción es cosa del corazón, que buscamos; y quien no le ofrece un receptáculo interno se priva de este don. Pero, ¿de dónde le viene el cuidado del corazón a quien ni siquiera la circunspección de la boca o la custodia de la mano le es propia? No se extrañe de que le falte la consumación quien ni siquiera ha alcanzado el inicio; pero tampoco aquel que parece haber alcanzado el inicio, si no ha llegado al medio. Es un gran logro para el hombre secular tener las manos limpias: para el monje no es gran cosa, pero se prueba que es un gran mal para él no evitar siquiera las contaminaciones de ellas. En verdad, incluso en las manos se nos exige una limpieza mucho mayor y una justicia más abundante que a ellos. Sin duda, a ellos se les dice: Huid de la fornicación (1 Cor. 6, 18); y: El que robaba, no robe más (Efes. 4, 28), y otras cosas similares: quienes hagan estas cosas no heredarán el reino de Dios. ¿Acaso también nosotros debemos temer tales contaminaciones de obras y tan grave contaminación de las manos? Pero cuanto más limpias están las manos, más gravemente ofende incluso la menor mancha en ellas: y así como una pequeña mancha deslucе más vergonzosamente una vestidura preciosa; para nosotros, cualquier mínima desobediencia es suficiente para la impureza; y ya no es una mancha, sino una grave mácula, si en nuestras acciones reside incluso la menor negligencia de los mandamientos. Esta diligencia en la observancia de las obras ejercita los inicios de nuestra conversación, mientras aún hay en nosotros una luz pequeña, pero ya presente: a menos que quizás se consideren tener una gran luz aquellos a quienes la Verdad dice: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos; lo que debíamos hacer, hicimos (Lucas 17, 10). Pero esto, dirás, se aconseja decir por humildad. Ciertamente por humildad: pero, ¿acaso contra la verdad? Sin embargo, si en la custodia de las obras también nos encontramos aún más negligentes, nadie sabio aconsejará colar el mosquito a quien ojalá no trague siquiera el camello.

2. Pero si ya las manos han sido limpiadas, ni siquiera entonces se pasa inmediatamente al corazón: ciertamente, a los labios que deben ser limpiados se les debe una atención y cuidado intermedio. Si dijeras: Raro es quien parece disponer sus palabras en juicio, por esto mismo

aprenderás cuán rara es la perfección, cuando no encuentres que el progreso sea común a todos. ¿Quién podría contar cuántas suciedades contrae el pequeño miembro de la lengua, cuánta inmundicia se coagula en los labios incircuncisos, cuánta es la perdición de la boca incircumspecta? La lengua es disoluta en palabras ociosas; es impúdica, y también grandilocuente: de las cuales la primera sirve a la lascivia, la siguiente a la arrogancia. También hay una lengua engañosa, y otra maledicente: de las cuales una se subdivide en falsa y aduladora; la otra, a veces lanza injurias en la cara, a veces difama en secreto. Si de toda palabra ociosa que hablen los hombres, deberán dar cuenta a Dios en el día del juicio (Mateo 12, 36); ¿cuánto más estrictamente serán juzgados por la palabra mentirosa, mordaz e injuriosa, por la altiva o lasciva, por la aduladora o detractora?

3. ¡Qué verdadera sentencia, hermanos: En la multitud de palabras no faltará pecado! (Proverbios 10, 19.) Para no mencionar otras cosas, si por eso es ociosa una palabra, porque no tiene ninguna causa razonable, ¿qué razón podremos dar de ella, que es contra la razón? Ninguno de vosotros, hermanos, estime poco el tiempo que se consume en palabras ociosas: ya que es tiempo aceptable, y día de salvación. La palabra vuela irrevocable, el tiempo vuela irremediable, y el insensato no advierte lo que pierde. Dicen: Nos gusta charlar, hasta que pase la hora. ¡Oh, hasta que pase la hora! ¡Oh, hasta que pase el tiempo! hasta que pase la hora, que te concede la misericordia del Creador para hacer penitencia, para obtener perdón, para adquirir gracia, para merecer gloria; hasta que pase el tiempo, en el que debías reconciliarte con la piedad divina, apresurarte a la sociedad angélica, suspirar por la herencia perdida, aspirar a la felicidad prometida, despertar la voluntad remisa, llorar la iniquidad cometida. ¿Acaso así, así los agricultores, cuando ha llegado la tan deseada oportunidad de sembrar; así los viñadores, cuando ha llegado el tiempo esperado de la poda, se alegran de haber encontrado ocupaciones, y de haber pasado el día sin trabajar como si fuera irreproachable? ¿Así, cuando se acercan las ferias, los comerciantes suelen buscar demoras, buscar ocasiones, para que no les llegue alguna ganancia de ellas? ¿Así, finalmente, los pobres mendigantes, cuando el distribuidor de limosnas, llamado con muchos clamores, finalmente ha llegado, buscan desvíos, y se apresuran a ocupar vacíos escondites con sus compañeros, y a refugiarse en los rincones de las plazas?

4. ¡Ojalá al menos solo se perdiera el tiempo de vida en palabras! pero muchos en ellas también se comprueba que pierden la vida; y no solo la pierden, sino que también la quitan; y esto a sus hermanos. ¿Acaso no pierden la vida los detractores, odiosos a Dios, odiosos a la vida? La vida huye de quienes odia: y a quienes la vida huye, es necesario que mueran. ¿Acaso no muere también quien bebe el veneno que le ofrece la lengua maliciosa del detractor? ya que furtivamente se le sustrae la vida del amor, y mientras no lo sabe, poco a poco se enfría en él la caridad fraterna. Quizás también lo oírás aquel de quien se habla mal. Pues las palabras vuelan por todas partes, y habiendo pasado por las bocas de muchos, difícilmente puede ser que no se repita en las lenguas de cada uno, y como ya avanzado se refiera a aquel a quien concierne la ofensa. Así, se escandalizará al oírlo, y se consumirá; y tanto más fácilmente se extinguirá en él la caridad, cuanto más antes parecía vivir. Si el enemigo, dice, me hubiera injuriado, lo habría soportado (Salmo 54, 13). Y ciertamente el prudente oyente se cuida; y también se cuida, si no es insensato, quien sabe que se ha hablado mal de él: aquel, para no ser infectado por el veneno; este, para no ser perturbado por el escándalo. Pero, en lo que a él respecta, sin embargo, la lengua maledicente, hiriendo la conciencia de aquel, y vulnerando la caridad de este, mata a ambos al mismo tiempo. ¿Acaso no es una víbora esa lengua? Muy feroz, ciertamente: sin duda, que infecta tan letalmente a tres con un solo aliento. ¿Acaso no es una lanza esa lengua? En verdad, muy aguda, que

penetra a tres con un solo golpe. La lengua, dice, de ellos es espada afilada (Salmo 57, 5). La lengua del detractor es, en efecto, una espada de doble filo, más bien de triple filo.

5. Y no temerás decir que una lengua de este tipo es más cruel incluso que el mismo filo con el que fue traspasado el costado del Señor. Pues esta también hiere el cuerpo de Cristo, y miembro de miembro; y ya no hiere un cuerpo exánime, sino que lo hace exánime al herirlo. Es más nociva incluso que las espinas, que la furia militar impuso a aquella cabeza tan sublime; o incluso que los clavos de hierro, que la consumada iniquidad del pueblo judío clavó en aquellas santísimas manos y pies. Pues si no hubiera preferido la vida de este cuerpo, que ahora se hiere y traspasa, a la vida de su propio cuerpo, nunca habría entregado aquel a la injuria de la muerte, a la ignominia de la cruz por este. Y decimos: La palabra es cosa ligera; la carne de la lengua del hombre es tierna, blanda y pequeña: ¿quién sabio la considerará grande? La palabra es cosa ligera, porque vuela ligeramente, pero hiere gravemente. Pasa ligeramente, pero quema gravemente; penetra ligeramente el alma, pero no sale ligeramente; se pronuncia ligeramente, pero no se revoca ligeramente; vuela fácilmente, y por eso viola fácilmente la caridad. La mosca muerta es cosa vil, pero corrompe el ungüento de la suavidad (Eclesiastés 10, 1). La lengua es un miembro tierno, sin embargo, difícilmente se puede contener; en sustancia es débil y pequeña, pero en uso se encuentra grande y poderosa. Es un miembro pequeño; pero, si no tienes cuidado, es un gran mal. Es delgada y ancha, un instrumento muy apto para vaciar corazones, como creo que las conciencias de muchos entre vosotros me atestiguan: a menos que quizás todos seamos tan perfectos, que nunca después de largas conversaciones se haya encontrado en nosotros una mente de algún modo vacía, una meditación menos devota, un afecto más seco, y el holocausto de la oración no tan abundante debido a las palabras, ya sean las que dijimos, o incluso las que escuchamos; sin embargo, palabras.

6. Pues la lengua fácilmente resbala, y no menos fácilmente se desliza al corazón: de modo que a muchos, mientras hablan, les ha sido menos provechoso haber contenido la propia, mientras no han evitado la ajena. Es útil el hermano que te habla, es sabio, religioso y temeroso de Dios; digo más, es un ángel, y un ángel de luz: aun así, cuídate, no sea que escuches algo que te hiera. No quiero que sospeches de la persona, sino de la lengua, especialmente en la conversación común. La simplicidad de la paloma es buena; pero en esta parte no omitas tampoco la astucia de la serpiente. María, ni siquiera pasando por alto la palabra angélica, pensaba qué clase de saludo era este (Lucas 1, 29). Tú también, que por frecuentes experiencias has advertido solícitamente cuánto dañan las palabras, no serás insensato si eres diligente (ya que es necesario participar en la conversación) no solo en aplicar circunspección a la boca, sino también en aplicar cautela al oído. No os extrañéis de que nos detengamos más tiempo en este grado de los que progresan: pues creemos que hay más entre nosotros que progresan, que perfectos.

7. Sin embargo, quizás parezcamos excesivos en la crítica de las palabras. Pero recordad que es la lengua la que habla contra los vicios de la lengua, para que en esto deba ser especialmente excusada, ya que no se perdona a sí misma, y también protege a los oyentes contra los propios peligros de sí misma. El viento es palabra, pero no siempre es viento abrasador. Levántate, dice, aquilón; y ven, austro, sopla en mi jardín, y fluyan sus aromas (Cantar de los Cantares 4, 16). También hay una gran utilidad en la palabra, y frecuentemente se encuentra en la lengua un fruto muy precioso. Sin duda, la vida del justo es por la fe, y la fe por el oído, y el oído por la palabra de Dios. Pues, ¿cómo vivirá alguien, si no cree? ¿cómo creará, si no oye? ¿cómo oirá, si no se le anuncia? Ciertamente, por eso conviene mostrarle mayor diligencia y una custodia más diligente, porque, según la Escritura, la muerte y la vida están en poder de la lengua (Proverbios 18, 21). De lo contrario, si solo hubiera vida en ella,

ni siquiera la circuncisión le sería debida; si solo hubiera muerte, también la amputación sería necesaria. Ahora bien, debemos poner guardia a nuestra boca, y puerta de circunspección a nuestros labios, para que ni la edificación vital sea condenada por un cierre eterno, ni la letal perdición obtenga libre salida. Vigilemos, pues, sobre nuestras obras, hermanos, para que no omitamos lo que se nos ha mandado, ni cometamos lo que se nos ha prohibido. Nos exhorta a esta custodia bipartita el Profeta cuando dice: Apártate del mal, y haz el bien (Salmo 36, 27). Vigilemos también no menos sobre nuestras palabras, para que en ellas no ofendamos a Dios, ni dañemos al prójimo. Feliz, sin duda, aquel a quien en toda conversación le preocupa ese doble temor, y la consideración de dos oyentes lo estimula: primero, la divina majestad, en cuyas manos caer es ciertamente horrendo; luego, la fragilidad fraterna, a la que no menos fácilmente se le puede dar ocasión de tropiezo.

8. Sin embargo, creo que tampoco debe llamarse perfecto a aquel que en la palabra evita la ofensa, a menos que quizás en comparación con el anterior, que solo vigilaba sobre las obras. Pues también la Verdad en el Evangelio, hablando de los siervos vigilantes y esperando la venida del Señor, dice: Si viene en la tercera vigilia, y así los encuentra, bienaventurados son aquellos siervos (Lucas 12, 38). Lo cual no encontrarás dicho de la primera, ni siquiera de la segunda vigilia. Esta vigilancia es sobre el corazón, al que ciertamente se le debe aplicar toda custodia, como advierte el Sabio: porque de él mana la vida (Proverbios 4, 23). Sin embargo, creo que esta vigilancia consiste especialmente en dos cosas: a saber, que la mente solícita y vigilante atienda diligentemente a sus rebaños de afectos y pensamientos. Y bien se le da toda custodia a este, de quien también se sabe que proceden las otras dos: a menos que, lo que Dios no quiera, se realicen por el afán de simulación, y tengan la apariencia de piedad, no la virtud. Pues así como la vena del manantial que brota, a menos que llene primero las zanjas adyacentes, no podrá refluir, ni calmarse, ni elevarse en alto, porque está ocupada en otras cosas: así el alma humana, mientras no cumpla diligentemente con aquellas custodias de la mano y la lengua que mencionamos, no podrá volverse a esta perfecta atención de sí misma, ni disfrutar de la tranquila devoción, ni avanzar al sublime grado de la contemplación divina. Vamos, hermanos, si buscamos la gracia de la visita celestial, busquémosla así; si deseamos recibir consuelos espirituales, pidámoslos así; si deseamos que se nos abra el cielo, llamemos así. Vigilemos de este modo triple, si queremos entrar en las bodas con el esposo Jesucristo nuestro Señor, que es bendito por los siglos. Amén.

SERMON XVIII. Sobre el gozo espiritual, o sobre las palabras del Apóstol, «El reino de Dios no es comida ni bebida,» etc. (Romanos 14, 17.)

1. ¿Por qué nos desviamos del camino, quienes nos apresuramos al gozo? Hay ciertamente gozo en el reino de Dios, pero no es lo primero. Hay gozo del reino de Dios, pero no es gozo carnal, no es gozo mundano, no es gozo cuyo final ocupa el luto, sino en el que más bien se convierte la tristeza: no es, en definitiva, el gozo de aquellos que se alegran cuando han hecho el mal, ni la exultación que está en cosas malas, sino el gozo en el Espíritu Santo. ¿De dónde procede este gozo por ahora, sino de la justicia y la paz? Que estas, pues, procedan como celdas de miel, para que la materia más sólida pueda contener el aún líquido licor de la dulzura. Habrá un tiempo cuando ya disfrutaremos del simple miel, y nuestro gozo será pleno y puro, para que no solo nos gocemos en el Espíritu, sino también del mismo Espíritu. Habrá un tiempo cuando el gozo será completamente espiritual, para que ya no se excite por ocasiones corporales, no por obras de misericordia, no por lágrimas de penitencia, no por el ejercicio de la justicia, no por la prueba de la paciencia, sino más bien por la misma presencia del Espíritu, en quien desean incluso los ángeles mirar. Mientras tanto, ciertamente, como en lugar de sal, la sabiduría me condimenta las demás cosas, como si no fuera también alimento. Mientras tanto, antes de comer, suspiro; y ni siquiera entonces se me permite tragar mi saliva.

Pues es sabio aquel a quien las cosas saben como son. Pero aquel a quien ya le sabe la sabiduría en sí misma, como es, ese no solo es sabio, sino también bienaventurado. Sin duda, esto es ver a Dios tal como es; y aquí está, en efecto, el ímpetu del río que alegra la ciudad de Dios; aquí está el torrente de delicias; esta es, en definitiva, la abundancia que embriaga.

2. Ahora bien, Señor, no tienen vino: porque en estas bodas temporales falta el vino, el vino de la atracción carnal y de la concupiscencia mundana. Su vino, dice, es hiel de dragones y veneno incurable de áspides (Deut. XXXII, 33). Que siempre nos falte este vino, hermanos míos, porque no es buen vino. El buen vino no se extrae de la viña de la impureza, sino de la tinaja de la purificación. El buen vino no se elabora con la uva de Gomorra, sino con el agua de Judea. Has guardado, dice, el buen vino hasta ahora (Juan II, 3, 10). Pues el mejor vino se guarda incluso hasta ahora, el cual no debe hacerse con agua, sino más bien extraerse de aquel gran racimo de la tierra prometida, que mientras tanto se lleva en un palo, mientras conocemos a Cristo según la carne, y a este crucificado. ¿Acaso no le faltaba vino a aquel que decía: Mi alma se niega a ser consolada? Pero también parece haber probado el vino hecho agua, cuando añadió: Me acordé de Dios y me deleité (Salmo LXXVI, 3, 4). ¿Qué hará en presencia, quien se deleita solo en el recuerdo? Así también los apóstoles claramente probaron el vino hecho agua, cuando se iban gozosos de la presencia del concilio, porque fueron considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hechos V, 41). ¿Cómo no es vino del agua, gozo de la afrenta? Sin duda ya se cumplía la promesa de la Verdad, que les fue hecha de esta manera: Vuestra tristeza se convertirá en gozo (Juan XVI, 20): esto es, vuestra agua se convertirá en vino. ¿Te maravillas de que el agua se convierta en vino? También se convierte en pan: a menos que hayas olvidado comer tu pan, aquel del que leíste: Nos alimentarán con pan de lágrimas, y nos darás a beber lágrimas en abundancia (Salmo LXXIX, 6). Finalmente escucha la medida: Había, dice, seis tinajas de piedra colocadas, según la purificación de los judíos (Juan II, 6). Si eres un verdadero judío, no en la carne, sino en el espíritu; servirás seis años, en el séptimo saldrás libre: te purificarás en seis tinajas, trabajarás seis días, serás liberado en seis tribulaciones; y en la séptima no te tocará el mal. No solo serás liberado en ellas, sino que también beberás vino de ellas, cuando comiences, según el Apóstol, a gloriarte no solo en la esperanza, sino también en las tribulaciones (Rom. V, 2, 3).

3. Este es el doble gozo temporal que tienes en el Espíritu Santo, por el recuerdo de los bienes futuros y la tolerancia de los males presentes. Nada en estos es carnal, nada mundano, nada vano; sino que es el Espíritu de verdad y la sabiduría celestial, cuya dulzura se prueba en ambos. Regocijaos en el Señor siempre, dice el Apóstol; otra vez digo, regocijaos. Y siguiendo la materia de este doble gozo añadió: Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres; el Señor está cerca (Filip. IV, 4, 5). ¿Qué es nuestra modestia, sino mansedumbre y paciencia? Regocijémonos, pues, por lo que esperamos, porque el Señor está cerca. Otra vez regocijémonos por lo que soportamos, para que nuestra modestia sea conocida de todos. Sin duda la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no defrauda (Rom. V, 4, 5).

4. Ciertamente, para que el alma sea apta para recibir este doble gozo espiritual, es necesario que se predispongan dos cosas igualmente para ejercer la justicia, y dos igualmente para conservar la paz, las cuales ambas nos recomienda abundantemente la Sagrada Escritura. Pues el ejercicio de la justicia parece depender totalmente de estos dos mandamientos, que lo que uno no quiere que le hagan, no lo haga a otro, como contiene la carta de los apóstoles enviada a los gentiles (Hechos XV, 23); y como el Señor dice a los mismos apóstoles: Todo lo que queráis que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros a ellos (Mat. VII, 12). Sin

embargo, dado que en muchas cosas todos ofendemos, es imposible en este lugar y tiempo de escándalos (pues aún no han venido los ángeles que quiten de entre el reino de Dios todos los escándalos, ni estamos en aquella ciudad bienaventurada, cuyos límites Dios ha puesto en paz), por eso es imposible que aquí y ahora se conserve la paz entre nosotros completamente, a menos que aquel que en algo ofende al prójimo, evite la altivez animosa: y aquel que es ofendido, evite igualmente la obstinación inexorable.

5. Esforcémonos, pues, hermanos míos, en ser humildes para satisfacer a aquellos que tienen algo contra nosotros; y en ser fáciles para perdonar a aquellos que nos han ofendido; porque no solo la conservación de la paz mutua entre nosotros depende de estas dos cosas, sino que tampoco la misma propiciación divina podrá obtenerse sin ellas, ya que no recibe la ofrenda de aquel que no va primero a reconciliarse con su hermano (Mat. V, 24); y exige con mayor rigor la deuda perdonada de aquel que no perdona la deuda a su consiervo. Ahora bien, si permanecen en nosotros la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo, estas tres cosas; no porque estemos seguros de que el reino de Dios está dentro de nosotros, sino que con mayor razón trabajemos nuestra propia salvación con temor y temblor, sabiendo sin duda que aún tenemos este gran tesoro en vasos de barro.

SERMO XIX. Sobre las mismas palabras del apóstol, «El reino de Dios no es comida ni bebida.» (Rom. IV, 17.)

1. El apóstol Pablo suele ser breve en palabras, pero abundante en sentencias. No ignoró esto aquel aprobado tanto por los dones de la elocuencia como de la sabiduría, que juzgaba cada palabra de Pablo como un trueno. Pues tan significativamente expresa todo, y resuena con espíritu y poder, que maravillosamente muestra en la serie el orden, en el sentido la plenitud, y en ambos la conexión. No es, dice, el reino de Dios comida ni bebida; sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo. ¿Qué decís a esto vosotros, glotones y lujuriosos, cuyo dios es el vientre, cuyo uso es todo en el vientre o bajo el vientre, que, como dice el apóstol Santiago, habéis nutrido vuestros corazones y cuerpos en lujurias? (Sant. V, 5.) Escuchad, escuchad; Porque la comida es para el vientre, y el vientre para las comidas; pero Dios destruirá tanto a este como a estas (I Cor. VI, 13). ¡Ay de vosotros que dormís en lechos de marfil, y os entregáis a la lascivia en vuestros lechos; que coméis el becerro del rebaño, y bebéis vino refinado, y os ungís con los mejores ungüentos! (Amós VI, 1, 4, 6). Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado, porque de cuerpo estáis gordos? ¿Por qué amáis la vanidad (Salmo IV, 5), y descuidáis la verdad? La gordura de la carne, las delicias del cuerpo, la saciedad del vientre, o os abandonarán antes de la muerte, o las dejaréis en la muerte: Porque, dice el santo, cuando muera, no llevará nada, ni descenderá con él su gloria. Como ovejas serán puestos en el infierno: la muerte los pastoreará (Salmo XLVIII, 18, 15). Qué bien, como ovejas; porque despojados del vellón de las riquezas mundanas, esquilados dura y apretadamente, serán destinados desnudos a los incendios eternos. La muerte los pastoreará; porque siempre morirán para la vida, y siempre vivirán para la muerte. Así que aquí la carne es destinada a los gusanos, allí el alma al fuego, hasta que nuevamente, unidos en infeliz compañía, se asocien en tormentos penales, quienes fueron compañeros en vicios.

2. Oh delicado, que rodeado y confundido por delicias y riquezas, esperas confusión y muerte; el reino de Dios no es comida ni bebida, no es púrpura y lino fino; porque aquel rico rodeado de ambos, en un instante descendió al infierno (Luc. XVI, 19, 22). ¿Qué, pues? Sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo. ¿Observas y prestas atención a que el gozo está al final? Así, hijos insensatos de Adán, y con un salto precipitado queréis saltar la justicia y la paz, y convertir y pervertir el fin en principio. Porque nadie hay que no quiera gozar. No será así, porque como no hay paz para los impíos, tampoco hay gozo para los impíos, dice el

Señor (Isa. XLVIII, 22; LVII, 21). No así los impíos, no así. Primero es hacer justicia, buscar la paz, y seguirla: y así finalmente alcanzar el gozo, o más bien ser alcanzado por el gozo. Así aquel coro angélico primero hizo justicia, cuando permaneció en la verdad, y abandonó al desertor de la verdad. Después de esto, fueron fortalecidos por aquella paz que sobrepasa todo entendimiento; porque aunque están rodeados de diversos grados de honor, no hay ninguno que murmure, ninguno que envidie.

3. Alaba tú, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion: porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti, que ha puesto paz en tus fronteras (Salmo CXLVII, 12-14). Alaba, y repite las alabanzas, porque con cerrojos fortísimos y cerrojos inquebrantables están cerradas tus puertas; ningún enemigo entra, ningún amigo sale. Benditos tus hijos en ti, con toda bendición espiritual en los cielos con Cristo. Ya no hay temor en tus fronteras, porque ha puesto paz en tus fronteras. No hay tentaciones para ti; ninguna turba de pensamientos se confunde; porque aquel torturador versátil está lejos de tus muros y de tus hijos; y aquel que es el mismo, todo lo consolida y une con identidad, cuya participación de él, dice, en lo mismo (Salmo CXXI, 3). Esto ya por tercera vez sacan aguas con gozo de los manantiales del Salvador; y con ojos desnudos, por así decirlo, contemplan la esencia de la divinidad, sin ser engañados por ninguna imaginación de fantasmas corporales. He aquí el gozo al final, pero sin fin.

4. Desdichados nosotros, que rechazados de aquella feliz región, descendimos, o más bien caímos en esta vanidad. Hijos de Sion, dice el profeta, ilustres, y vestidos de oro fino, ¿cómo han sido considerados como vasijas de barro? (Lamentaciones IV, 2). Hijos de Sion, de aquella ciudad especulativa, que el Señor edificó, para que se vea en su gloria: hijos de la Jerusalén celestial, que es libre, que es nuestra madre; ilustres por la dignidad de la condición, vestidos de oro fino por la imagen de la divinidad. ¿Cómo, pues, de estos nosotros hemos sido considerados como vasijas de barro, hemos degenerado en estos cuerpos de barro y frágiles? Los ángeles, hermanos carísimos, exhiben justicia a Dios, paz entre ellos, gozo para sí mismos. Así también tú, hombre, no tomes primero lo que es tuyo; y no desprecies la justicia que debes a Dios, y la paz que debes al prójimo. La justicia es una virtud, por la cual se da a cada uno lo que es suyo. No solo debes justicia, sino muchas y múltiples justicias al Creador. Porque el Señor es justo, y ama las justicias (Salmo X, 8). Tu justicia es como los montes de Dios (Salmo XXXV, 7). Bien, como montes, porque te ha acumulado muchos montones de sus misericordias.

5. Y primero te creó con los demás, y entre las demás cosas, no sin la prerrogativa de gran dignidad. Porque dijo de todas las cosas, y fueron hechas. Después de esto, inflamado con vehemente amor por ti, aquella majestad te redimió. ¿Acaso con facilidad de palabra? No: sino que durante treinta y tres años obró tu salvación en medio de la tierra, clavado en la cruz, entregado a la muerte, considerado como objeto de burla. Tu Dios se hizo tu hermano, no hermano de los ángeles; porque en ninguna parte tomó a los ángeles, sino que tomó la simiente de Abraham. Lo que tienes en común es que fuiste hecho; lo que tienes de especial es que eres hermano. Aún añadió algo más especial hacia nosotros, que nos sacó con su dedo del camino ancho y espacioso que conduce a la muerte, y nos puso en el consejo de los justos y en la congregación. ¿Qué más debía hacer, y no lo hizo? ¿Qué pecho, aunque sea de piedra, no se ablandará con tanta y tal multitud de beneficios conferidos por tan grande y tal? Por tanto, todo lo que eres, todo lo que puedes, lo debes al Creador, al Redentor, al que llama.

6. Pero cuando hayas hecho justicia, haz también paz. Porque mientras estamos en este vaso de barro y fragilidad de la complexión humana, no podemos encontrarnos completamente inmunes a los escándalos. Si, pues, recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, sé humilde

para pedir perdón: si tú tienes algo contra él, sé fácil para darlo; y todos los miembros estarán en paz. Porque si estamos muy dispuestos a estos dos, la caridad y la humildad, no podremos sentir disensión, Aprended, dice, de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29): manso, lo que pertenece a la caridad, porque la caridad es paciente, es benigna; humilde, lo que pertenece a la misma propiedad de la palabra. Así procediendo, habrá gozo en el Espíritu Santo. Hablaré de lo que el experimentado conoce, el inexperto ignora: Porque el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (I Cor. II, 14). ¿Acaso no muchas veces cuando oramos, todos los secretos de las entrañas se conmueven al recuerdo de aquel gozo que está en Jerusalén que está arriba, que es nuestra madre; y una ola de lágrimas se derrama sobre el rostro de los que meditan? ¡Oh si durara! Si me olvido de ti, Jerusalén, que mi diestra se olvide de mí; que mi lengua se pegue a mi paladar, si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en el principio de mi alegría (Salmo CXXXVI, 5, 6). Verdaderamente en el principio de la alegría, porque el fin está allí reservado.

7. ¿Cuándo rasgarás mi saco, Señor Jesús, y me rodearás de alegría, para que mi gloria te cante, y no me duela? El principio de aquel gozo, que aquí a veces sentimos, es una gota, una gotita que descende de aquel río, cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios. ¿Cuándo vendrá el tiempo, para que nos sumerjamos más profundamente en los gozos perennes en la misma fuente de la divinidad, donde una ola sigue a otra sin interrupción ni intercalación? ¿Cuándo vendré y apareceré ante el rostro del Señor? ¿Cuándo pasará al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios? ¿Cuándo, como hemos oído, veremos en la ciudad del Señor de los ejércitos? Ea, pues, hermanos, insistamos fielmente en este feliz ternario, y siempre recordemos aquella palabra: Amigo, ¿a qué has venido? (Mat. XXVI, 50). Porque no hemos venido para, con apariencia simulada, matar al rey; sino para servirle, que es bendito por los siglos. Amén.

SERMO XX Sobre las palabras del Señor, «Todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado.» (Luc. XVIII, 14.)

1. Si consideramos diligentemente, hermanos, los grados de los hombres, encontraremos cuatro: digo, la suma felicidad en el cielo, a la que suspiramos; la felicidad media en el paraíso, de donde caímos; también la infelicidad media en este mundo, por la que gemimos; y en el infierno la extrema infelicidad, que con razón tememos. Sin embargo, puedo decirlo más brevemente, vida, y sombra de vida; sombra de muerte, y muerte. Así que, ni en lo más alto, ni en lo más bajo, tememos descender, deseamos ascender, tanto más ansiosos, cuanto más cercanos parecemos a lo más bajo que a lo más alto; y he aquí que se nos dice: Todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado. ¿Qué significa esta conexión entre exaltación y humillación? ¿Es que no basta, Señor, que en tu verdad nos hayas humillado, que aún exiges que el hombre añada a humillarse a sí mismo? Y ciertamente queda aún donde podamos humillarnos; pero quien caiga allí, ya no añadirá, para levantarse; y quien sea humillado hasta allí, en vano esperará exaltación: porque nos humillaste en el lugar de la aflicción, y nos cubrió la sombra de la muerte. Hasta tal punto nuestra vida se ha acercado al infierno: ¿dónde nos humillaremos más? ¿Qué utilidad hay en nuestra sangre, si descendemos a la corrupción? Ciertamente no hay nada más bajo que nosotros, que aquella corrupción irreparable. Después de la sombra de la muerte no queda sino la muerte; después del lugar de la aflicción, solo queda el lugar de la muerte.

2. El que se humilla, dice, será exaltado. Si hubiera dicho: El que haya sido humillado, será exaltado, ciertamente me habría regocijado, como quien ha sido humillado con toda certeza, y vehementemente. Pero ahora que dice: El que se humilla, será exaltado, estoy angustiado por todas partes; no ignoro qué elegir, sino qué hacer. Deseo ser exaltado, porque es sumamente

necesario: pues no tengo aquí una ciudad permanente; ni sería bueno permanecer aquí, aunque se pudiera. Por otra parte, ir más abajo, es perecer. Ya tengo el lugar inferior, y quien solo tiene debajo de sí el más bajo, esto es, el infierno. Si me humillo allí, no hay esperanza de exaltación; si no me humillo, igualmente hay desesperación de exaltación; porque el que se humilla, será exaltado, y solo él. Si hago esto, es muerte para mí; pero si no lo hago, rechazado de la exaltación, tampoco así escaparé de las manos de la muerte. Pero si esto parece difícil, al menos consideremos lo que se ha dicho antes.

3. Todo el que se exalta, dice, será humillado. Porque quien la Verdad humilla, ¿cómo se exalta a sí mismo? No decimos aquí a dónde, sino cómo; porque no parece faltar el lugar, sino la virtud. No, digo, no le falta al hombre a dónde exaltarse, sino que le falta completamente quien pueda. Hay ciertamente mucha voluntad, pero ninguna facultad. Porque, quieran o no los hombres, es voz común de todo Adán, de todo el género humano: En tu verdad me humillaste (Salmo CXVIII, 75). Pero quien en verdad es humillado, verdaderamente es humillado, y no es exaltado sino falsamente. ¿Qué es, pues, ser exaltado falsamente, sino no ser verdaderamente exaltado? Gracias a él, porque no dijo: Todo el que se haya exaltado, será exaltado. ¿Cómo intentaríamos exaltarnos en vano, si lo creyéramos, cuando ni siquiera la desesperación misma de progresar, refrena el apetito de exaltarse? Y tal vez esto es lo que dice: El que se exalta, será humillado: y no se refiere al afecto, que no existe; sino al afecto, que es necio.

4. ¿Cuántos vemos humillados, pero no humildes; golpeados, pero no dolientes; curados por el Señor, pero ni siquiera sanados por esa curación? Estos son los que consideran delicias estar bajo espinas, disimulando los pecados que cometen, el resbalón en el que tropiezan, las tinieblas en las que se oscurecen, las trampas entre las que caminan, el lugar de aflicción que habitan, el cuerpo de muerte que llevan, el yugo pesado que toleran, la conciencia más pesada que ocultan, la sentencia gravísima que esperan. Tal era aquel a quien Juan en el Apocalipsis fue mandado a escribir: Dices: Porque soy rico, y de nada tengo necesidad; y no sabes que eres pobre, miserable, desdichado, ciego y desnudo (Apoc. III, 17). No es de extrañar que la exaltación de los hijos de los hombres sea vana y mentirosa, ya que son vanos y mentirosos. La verdad los humilla, la vanidad los exalta: y amaron más las tinieblas que la luz, abrazando la vanidad que los exalta y buscando la mentira; pero contra la verdad que se humilla, con votos y esfuerzos que pueden, con disimulos y esfuerzos frívolos, se resisten.

5. ¿Hemos hecho algo? Creo que también hemos encontrado cómo el hombre se humilla a sí mismo. Digo, sin embargo, que se adhiera [o aplique la voluntad] a la verdad que se humilla, y no disimule, sino que coopere con ella con un afecto devoto de piedad. Por lo tanto, evitaré en adelante, con la mayor diligencia posible, la dureza del corazón: sentiré y lamentaré mi dolor, no sea que, si acaso es insensible, mi herida sea también incurable. Seré, por tanto, un hombre que ve su pobreza en la vara de su indignación, para que mi alma no venga en la compañía de aquellos de quienes la Verdad dice: Los herí, y no dolieron (Jerem. V, 3): y de nuevo: Curamos a Babilonia, y no fue sanada (Jerem. LI, 9). Esta humillación es una cura grave, pero la soberbia es una enfermedad más grave: ¡ojalá se cure de tal manera que se sane con esta cura! Consentiré, por tanto, a mi adversario, me someteré a mi juez, cederé finalmente al aguijón urgente, para no ser herido dos veces. Pues creo que es lo que el Señor dice: Todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado. Como si dijera: Quienquiera que se resista al aguijón, será herido doblemente: pero se le perdonará al que consienta y dé lugar a la ira.

SERMO XXI. Sobre las palabras de la Sabiduría (X, 10): «El Señor condujo al justo por caminos rectos,» etc.

1. Hay un justo, que al principio del discurso es acusador de sí mismo (Prov. XVIII, 17); y hay un justo, que vive por la fe (Rom. I, 17); y hay un justo, que está sin temor (Prov. XXVIII, 1). Y el primero es bueno, porque se acerca al camino; el segundo es mejor, porque corre por el camino; el tercero es óptimo, porque ya se acerca al fin del camino. Sin embargo, aquí tomemos al primero, que encontramos más rápidamente. A este lo condujo el Señor, y no otro; porque es de Él llevar de la vía de la iniquidad a la vía de la verdad, y conducir y guiar por ella. Por caminos, dice, rectos. Los caminos del Señor son caminos rectos, caminos hermosos; caminos llenos, caminos llanos. Rectos sin error, porque conducen a la vida; hermosos sin mancha, porque enseñan pureza; llenos de multitud, porque ya todo el mundo está dentro de la red de Cristo; llanos sin dificultad, porque otorgan suavidad. Pues su yugo es suave, y su carga ligera (Mat. XI, 30). Y le mostró el reino de Dios. El reino de Dios se concede, se promete, se muestra, se percibe. Se concede en la predestinación, se promete en la vocación, se muestra en la justificación, se percibe en la glorificación. De donde es aquello: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino de Dios (Mat. XXV, 34). Pues así dice el Apóstol: A los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó (Rom. VIII, 30). En la predestinación está la gracia, en la vocación la potencia, en la justificación la alegría, en la glorificación está la gloria.

2. Y le dio el conocimiento de los santos. El conocimiento de los santos es, aquí temporalmente sufrir, y deleitarse eternamente. Y en contrario, el conocimiento de los malos recae. Hay otro conocimiento del mundo, que enseña vanidad; y otro conocimiento de la carne, que enseña placer. Aquel es como un padre, este como una madre para nosotros. Pues así como una madre siempre desea descanso para su hijo, y cierra todo trabajo de su hijo: así la carne engrosada, engordada, dilatada, se resiste, y no permite que se le toque ni siquiera con los dedos más pequeños. Y así como un padre quiere que su hijo corra de aquí para allá, para que aprenda de dónde alguna vez se magnificará; así el mundo quiere que el hombre se enrede en muchos trabajos, para que tenga de qué enorgullecerse, de qué inflarse, y se desvaríe en la vanidad en sí misma. Dos son las hijas de la sanguijuela, es decir, de la propia voluntad, que como raíz son dos hijas, vanidad y placer, clamando: Trae, trae. Estas nunca se sacian, nunca dicen: Basta. Si alguien las ha triturado más plenamente en sí mismo, no sin razón podrá aplicarse aquella voz: Porque, dice, mi padre y mi madre me dejaron, pero el Señor me recogió (Sal. XXVI, 10).

3. Lo honró en los trabajos. ¿No somos también honrados en nuestros propios trabajos, cuando todo lo que hacemos lo unimos al vínculo de la unidad, para que no haya en nosotros peso y peso, medida y medida, porque ambas cosas son abominables ante Dios? ¿No son también honrados y adorados por los príncipes de la tierra esta vileza, esta deformidad, esta semicintura? ¡Ay de nosotros, si nos regocijamos sino en Cristo, y por Cristo! ¡Ay de nosotros, si ofrecemos una pobreza vendible! Y completó sus trabajos: ya sea aquí en la perseverancia, para que no abandone la justicia hasta el fin; o allí en la gloria, para que se regocije eternamente. Feliz es cada cumplimiento, cuando aquí muere el justo lleno de días, y allí surge en la plenitud [o longitud] de días: en ambos lugares lleno; aquí de gracia, y allí de gloria, porque el Señor dará gracia y gloria (Sal. LXXXIII, 12). Amén.

SERMO XXII. Sobre la cuádruple deuda.

1. Estáis en el camino, hermanos, que conduce a la vida, en el camino recto e inmaculado, que conduce a la ciudad santa de Jerusalén, aquella que es libre, que está arriba, que es nuestra madre. Su ascenso es arduo, ya que está cortado por la misma cima del monte; pero el camino más corto modera o excluye la magnitud del trabajo. Vosotros, sin embargo, con tan feliz facilidad, con tan fácil felicidad, no solo vais por este camino, sino que corréis; porque estáis descargados y ceñidos, sin llevar ningún peso sobre vuestras espaldas. No así algunos, no así, que arrastrando carros y cargas de carros, deciden rodear el monte, y a menudo se precipitan por las pendientes del monte, de modo que apenas encuentran el fin de su vida. Felices, por tanto, vosotros, que habéis dejado todo sin excepción, hacéis el camino por la misma cima del monte hacia aquel que asciende sobre el ocaso: el Señor es su nombre (Sal. LXVII, 5). Aquellos, sin embargo, que, aunque han huido de Egipto, todavía suspiran tiernamente por las cosas de Egipto, no han encontrado el camino de la ciudad de la morada; sino que, agobiados por las gravísimas cargas de sus voluntades, caen bajo el peso o con el peso, de modo que apenas llegan al destino de su carrera.

2. ¿Qué es, pues (gracias a aquel, por cuya gracia todo esto se ha hecho), que vuestra vida represente la vida apostólica? Ellos dejaron todo, y reunidos en la escuela del Salvador bajo su presencia, sacaron aguas con gozo de la fuente del Salvador, bebiendo del mismo manantial de vida. Bienaventurados los ojos que vieron. ¿Acaso no también vosotros, no en su presencia, sino en su ausencia; no a las palabras de su boca, sino a la voz de sus mensajeros, habéis hecho algo similar? Defended para vosotros este privilegio, que ellos creyeron al ver y al oír, vosotros al oír y al mensajero. Así permaneced en el Señor, amadísimos, para que, como ellos en hambre y sed, en frío y desnudez, en trabajos y ayunos, y vigiliass, y otras observancias de justicia mantuvieron el camino real: así también vosotros, aunque no en sus méritos, sin embargo, en ejercicios de alguna manera igualados, digáis al Señor vuestro Dios, cuando lleguéis ante el trono de su gloria: Nos alegramos por los días en que nos humillaste, por los años en que vimos el mal (Sal. LXXXIX, 15). En verdad os digo, porque en verdad estáis en el camino recto, en el camino santo, que conduce al Santo de los santos. Miento (lo digo para vuestra consolación) si no desde las manos de este pecador, las almas de los monjes, novicios y conversos han volado a los gozos celestiales, tan libres como liberadas del cárcel de nuestra mortalidad. Si preguntáis cómo lo sé, sabed que me han sido hechos y mostrados signos muy ciertos de ello.

1128 3. No hay, por tanto, que temer por vosotros o por vosotros de las fuerzas de Satanás y sus ministros, cuando sé que su fortaleza ha sido reducida a nada por las heridas del Redentor. Pues en el espíritu de fortaleza, el fuerte ha sido quebrantado por el más fuerte, rompiendo las puertas de bronce y los cerrojos de hierro. Temo por vosotros de sus astucias y engaños, en los que, en parte por la sutileza de la naturaleza, en parte por la experiencia de los tiempos, instruido bajo tantos miles de años, no ignora la fragilidad de la naturaleza humana, hacia donde quiera que se vuelva. Así, aquel insaciable homicida no envió a nuestros primeros padres osos, ni leones, ni animales fuertes de la tierra; sino una serpiente tortuosa y astuta, que por sus sinuosos giros ahora cubre la cabeza con la cola, ahora la cola con la cabeza. Finalmente, la serpiente no era más fuerte, sino más astuta que todos los animales de la tierra, dice la Escritura. Por eso comenzó con una pregunta, explorando la mente de la mujer, sabiendo que debía trabajar con ingenio, no con fuerza, diciendo: ¿Por qué os mandó el Señor Dios que no comierais del árbol del conocimiento del bien y del mal? A lo que ella respondió: No sea que muramos (Gen. III, 1-3). Lo que Dios había afirmado con certeza, diciendo: El día que comáis de él, ciertamente moriréis (Gen. II, 17); ella lo pone en duda, diciendo: No sea que, si comemos, muramos. Y escucha el ingenio y la malicia de la serpiente. No moriréis, dice (Gen. III, 4). Dios afirma, la mujer duda, Satanás niega. Así

también temo, que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestros sentidos se corrompan de la castidad que está en Cristo Jesús (II Cor. XI, 3).

4. ¿Crees que hay alguien entre vosotros a quien diga en sus pensamientos: ¿Por qué os mandó Dios que guardaseis esta Regla? Pues según el impulso de vuestros espíritus, a este tibio le propone una remisión, a aquel ferviente una vida más estricta, buscando y esperando solo esto, que de cualquier manera lo aparte del consejo de los justos y de la congregación. En verdad, el espíritu que te sugiere esto es un espíritu mentiroso, un espíritu que tiene poder, que te envidia tu lugar. Por eso, el Sabio, no ignorante de esto: Si el espíritu del que tiene poder se levanta sobre ti, dice, no dejes tu lugar (Ecl. X, 4). Pues no sea que el Espíritu de verdad, que te trajo aquí, quiera llevarte de vuelta; porque no hay en su boca: Sí y No; sino que en él está el Sí, como testifica la autoridad irrefragable. Nadie, dice el Apóstol, hablando en el Espíritu de Dios, dice anatema a Jesús (I Cor. XI, 3). Jesús significa Salvador o salvación; anatema, separación. Quien te murmura separación de la salvación, no es el Espíritu de Dios, ni de Dios; porque el Espíritu Santo no vino a dispersar, sino a recoger, quien siempre llama a los dispersos de Israel a su tierra.

5. ¿Qué? ¿alguien busca una vida más fuerte? Os digo que esta es la más fuerte, y que en todos los aspectos, si no quieres disimular, responde a aquella primera escuela del Salvador según su posibilidad. ¿O te atreves a descender a una más suave incluso pensando? Oh, si conocieras también tú, cuántas y cuántas cosas debes a muchos! verías cuán nada es lo que haces, cuán ni siquiera entre las mínimas cosas debe contarse en comparación con tus deudas. ¿Quieres saber qué y a quién debes? Primero a Cristo Jesús debes toda tu vida, porque Él dio su vida por la tuya; y soportó amargos sufrimientos, para que tú no los soportaras perpetuamente. ¿Qué te puede parecer terrible o duro, cuando recuerdes que Él, en forma de Dios, en el día de su eternidad, en los esplendores de los santos antes del lucero, esplendor y figura de la sustancia de Dios, vino a tu cárcel, a tu lodo, hundido, como se dice, hasta los codos en el lodo del abismo? ¿Qué no te será suave, cuando recojas para ti todas las amarguras de tu Señor, y recuerdes primero aquellas necesidades infantiles; luego, los trabajos que soportó predicando, las fatigas recorriendo, las tentaciones ayunando, las viglias orando, las lágrimas compadeciéndose, las insidias conversando: finalmente, los peligros entre falsos hermanos, los insultos, los escupitajos, los golpes, los azotes, las burlas, las mofas, las recriminaciones, los clavos, y cosas semejantes, que en la salvación de nuestro género trabajó y sufrió durante treinta y tres años en medio de la tierra? Oh, qué misericordia indebida, qué amor gratuito y así probado, qué dignación inesperada, qué dulzura asombrosa, qué mansedumbre invicta! ¡El Rey de la gloria crucificado por el más despreciable siervo, o más bien, gusano! ¿Quién ha oído jamás tal cosa? o ¿quién ha visto algo semejante a esto? Pues apenas por un justo alguien muere: Él murió por los injustos y enemigos, eligiendo exiliarse de los cielos, para llevarnos de regreso a los cielos, dulce amigo, prudente consejero, fuerte ayudador.

6. ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha dado? ¿No es cierto que, si se me dieran todas las vidas de los hijos de Adán, y todos los días del siglo, y los trabajos de todos los hombres que han sido, que son, y que serán, no sería nada en comparación con su cuerpo, que es admirable y asombroso incluso para las virtudes superiores, en la concepción del Espíritu Santo, en el nacimiento de la Virgen, en la inocencia de vida, en la abundancia de doctrina, en los resplandores de los milagros, en las revelaciones de los sacramentos? Ves, por tanto, que, así como los cielos se elevan sobre la tierra, así se ha elevado esa vida sobre nuestra vida: que, sin embargo, fue puesta por nuestra vida. Así como nada tiene comparación con algo, así nuestra vida no tiene proporción con su vida; siendo aquella más digna, esta más miserable no puede ser. No pienses que exagero con palabras; porque aquí

toda lengua falla, ni basta el ojo [o el ánimo] para contemplar el misterio de tan gran dignación. Cuando, por tanto, le haya dado todo lo que soy, todo lo que puedo, ¿no es esto como la estrella al sol, la gota al río, la piedra a la torre, el polvo al monte, el grano al montón? No tengo sino dos monedas pequeñas, o más bien pequeñísimas, cuerpo y alma; o más bien una moneda pequeña, mi voluntad: ¿y no la daré a la voluntad de aquel, que tan grande ha prevenido a tan pequeño con tantos beneficios, que con todo Él me ha comprado todo a mí? De lo contrario, si la retengo, ¿con qué cara, con qué ojos, con qué mente, con qué conciencia voy a las entrañas de la misericordia de nuestro Dios; y me atrevo a perforar aquella fortísima fortaleza, que guarda a Israel; y de su sangre, no gotas, sino olas de cinco partes del cuerpo en mi precio a torcer? Oh generación perversa, e hijos infieles! ¿qué haréis en el día de la calamidad que viene de lejos? ¿a qué auxilio huiréis?

7. Pero, ¿acaso solo a este soy deudor, a quien apenas puedo retribuir algo? Mis pecados pasados exigen de mí mi vida futura, para que haga frutos dignos de penitencia, y recuerde todos mis años en la amargura de mi alma. ¿Y quién es suficiente para esto? He pecado más allá del número de la arena del mar, y se han multiplicado mis pecados, y no soy digno de ver la altura del cielo por la multitud de mi iniquidad, porque he irritado tu ira, y he hecho el mal ante ti. Me han rodeado males, de los cuales no hay número; me han alcanzado mis iniquidades, y no pude ver (Sal. XXXIX, 13). ¿Cómo, pues, numeraré lo que es sin número? ¿Cómo satisfaré, cuando me vea obligado a pagar la deuda hasta el último cuadrante? Pero, ¿quién entiende los errores? Dice aquella celestial flauta Ambrosio: «Más fácilmente encontré a aquellos que guardaron la inocencia, que a quienes hicieron una penitencia congruente (Lib. II de Poenit. cap. 10).» Pero, por mucho que se arrepienta, por mucho que se aflija y se macere; por tu nombre, no por el mérito de mi [o de la penitencia] penitencia, perdonarás mi pecado, Señor, dice el justo; porque es mucho (Sal. XXIV, 11). Cuando, por tanto, hayas dedicado todo lo que vives, todo lo que sabes, todo lo que tienes, todo lo que puedes, a esta única cosa, ¿acaso es, o debe contarse entre algunas cosas? Poco antes habías devuelto tu vida por su vida a Cristo; y ahora de nuevo toda ella la exige el recuerdo de los pecados pasados. ¿Acaso, como se dice vulgarmente, de una hija has decidido hacer dos yernos?

1130 8. ¿Qué tal si te muestro un tercer acreedor, que reclama con no menos fervor que verdad? Creo que también desees poseer la ciudad de la que se dice: "Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Salmo 86, 3); esa gloria que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, el reino de todos los siglos, vivir para siempre, en eternidades perpetuas. Creo que desees ser igual a los ángeles de Dios en el cielo, ser también heredero de Dios, coheredero de Cristo y escuchar el canto angélico en las calles de la Sión celestial, y ver lo que sea cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre, y Dios sea todo en todos; finalmente, ser semejante a Dios, y verlo tal como es. No dudo que también anheles recibir y declinar las sombras, y aspirar al día, cuando amanezca ese solemne día, y disipe las nubes de las cosas; cuando ya no se incline el día, sino que sea un mediodía eterno; cuando haya plenitud de calor y luz, la estación del sol, la exterminación de las tinieblas, el secado de los pantanos, la expulsión de los malos olores. ¿No será necesario dar todo lo que puedas reunir de cualquier parte para comprar esto? Y cuando hayas completado todo, no pienses que las pasiones de este tiempo o del cuerpo son dignas de la futura gloria que se revelará en nosotros. ¿O eres tan imprudente o insensato que te atreves a contar tu pequeña parte, que tanto la vida de Cristo como el arrepentimiento del pecado se esfuerzan por arrebatarte, incluso para adquirir esto?

9. ¿Qué dirás si te presento un cuarto acreedor, que por derecho de su primacía quiere que los tres anteriores le cedan? He aquí que está en las puertas quien hizo el cielo y la tierra: y es tu Creador, tú eres criatura; tú siervo, él Señor; él alfarero, tú obra. Por lo tanto, todo lo que eres, se lo debes a él, de quien lo tienes todo; a él principalmente, Señor, que te hizo y te benefició, que te proporciona el curso de los astros, la templanza del aire, la fecundidad de la tierra, la abundancia de frutos. A este verdaderamente se le debe servir con toda la médula, con todas las fuerzas; no sea que te mire con ojo de indignación, y te desprecie, y te destruya para siempre y por los siglos de los siglos. No creo, sin embargo, que te arrastre tal locura, que te atrevas a nombrar, mucho menos a contar, tu pequeña parte aquí. Dime, entonces, a cuál de estos cuatro propones devolver lo que debes, cuando cada uno es un cobrador tan grande que puede asfixiarte por sí solo. ¡Oh Señor, sufro violencia, responde por mí! En tus manos, Señor, encomiendo mi pequeña parte: tú paga a todos, tú libérame de todos, porque tú eres Dios, y no hombre; y lo que es imposible para los hombres, es posible para ti. Lo que tuve, lo hice: Señor, tenme por excusado, porque tus ojos vieron mi imperfección. ¿Quién entonces se quejará más, diciendo: Trabajamos demasiado, ayunamos demasiado, vigilamos demasiado; cuando no puede responder ni a la milésima, ni siquiera a la mínima parte de sus deudas? Esta es quizás, hermanos, vuestra verdadera Cuaresma, no exterior, sino interior, que no contiene la corteza del sacramento, sino la grasa del trigo. Porque si a cada uno de estos cuatro y por sí mismos debéis toda la perfección del decálogo: ciertamente diez veces cuatro hacen vuestra cuaresma, que debéis guardar todos los días de vuestra vida. Y que aquel que os reunió en este lugar, conserve vuestra vida en obra santa; para que cuando él, que es vuestra vida, aparezca, también vosotros aparezcáis con él en gloria.

SERMON XXIII. Sobre la discreción de los espíritus [Alias, Sobre los siete espíritus].

1. El maestro de las naciones, Pablo, aprovechando la ocasión de la misma naturaleza espiritual por la que vivimos, para incitar a sus discípulos a una conversación espiritual, dice: "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu" (Gálatas 5, 25). Como si dijera: Si la carne no aprovecha nada, sino que es el Espíritu el que vivifica, es necesario separar lo precioso de lo vil, y preferir la parte más digna, para que caminemos según el Espíritu, no según la carne. Porque la carne debe convertirse al Espíritu, para que le sirva, y no se le sirva, para que el espíritu diga a su siervo: Ven, y venga: Haz esto, y lo haga. Así nuestra esposa será como una vid abundante, y se salvará por la generación de hijos, que son buenas obras, si está en los lados de nuestra casa, es decir, en un lugar oculto y humilde; mientras que el alma reside en el medio como señora, como padre de familia, como juez; para que se cumpla lo que está escrito: "Mi alma está siempre en mis manos" (Salmo 118, 109). Maldito sea el espíritu que hace su parte peor. Maldito el hombre que alimenta a la estéril y no hace bien a la viuda. Finalmente, como testifica el mismo Apóstol, si vivimos según la carne, moriremos; porque los que andan en la carne no pueden agradar a Dios (Romanos 8, 13, 8); y los que siembran en la carne, de la carne segarán corrupción (Gálatas 6, 8). Pero si por el Espíritu mortificamos las obras de la carne, viviremos; porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Romanos 8, 13, 14); y los que siembran en el Espíritu, del Espíritu segarán vida eterna (Gálatas 6, 8).

2. Por tanto, hermanos, prudentemente y no para nuestra insensatez, hemos elegido la vida espiritual, es decir, castigar el cuerpo y someterlo a servidumbre; y adorar a Dios, que es Espíritu, en espíritu y en verdad. Pero, dado que hay diferentes tipos de espíritus, necesitamos su discreción, especialmente cuando hemos aprendido del apóstol que no debemos creer a todo espíritu (1 Juan 4, 1). Porque puede parecer a los menos instruidos, y a los que tienen poco ejercitados los sentidos, que todo pensamiento no es más que el discurso del mismo espíritu humano: lo cual no es así, y tanto la cierta verdad de la fe como los testimonios de las

Escrituras divinas lo prueban. "Escucharé", dice el Profeta, "no lo que yo hable, sino lo que hable en mí el Señor Dios" (Salmo 85, 9). Y otro profeta: "El ángel", dice, "que hablaba en mí" (Zacarías 1, 9), etc. Y en el salmo aprendemos que también hay emisiones por ángeles malos (Salmo 77, 49). Por lo cual el Apóstol teme que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también los corazones de los discípulos a quienes habla sean engañados (2 Corintios 11, 3), por aquel cuyas astucias el mismo Pablo no ignora: por lo cual también dice: "No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo" (Efesios 6, 12). Que hay un espíritu de la carne que no es bueno, lo indica claramente el mismo Apóstol, donde testifica que algunos están inflados por el espíritu de su carne (Colosenses 2, 18). Y también declara que hay un espíritu de este mundo, donde se gloria en el Señor por sí mismo y por sus discípulos, no porque lo hayan recibido, sino el espíritu que es de Dios, "para que sepamos", dice, "las cosas que nos han sido dadas por Dios" (1 Corintios 2, 12).

3. Estos son, por tanto, los dos satélites malignos de aquel príncipe de las tinieblas; para que el espíritu de iniquidad domine al espíritu de la carne y al espíritu de este mundo. Por lo tanto, cualquiera de estos tres espíritus que hable a nuestro espíritu, no le creamos; porque tienen sed de sangre, no de cuerpos, sino lo que es más grave, de almas. Pero dado que la naturaleza de todos es espiritual, los conoceremos por sus discursos: y la misma sugerencia declarará qué espíritu es el que habla. Porque siempre el espíritu de la carne habla cosas suaves, el espíritu del mundo cosas vanas, el espíritu de malicia siempre cosas amargas. Por tanto, cada vez que, como suele ser, la cogitación carnal golpea la mente de manera importuna: por ejemplo, cuando pensando en la comida, en la bebida, en el sueño, y en otras cosas similares que pertenecen al cuidado de la carne, ardemos de deseo humano, estemos seguros de que es el espíritu de la carne el que habla, y como adversario lo rechazamos, diciendo: "Apártate de mí, Satanás, porque no entiendes las cosas que son de Dios" (Marcos 8, 33), sino que tu sabiduría es enemiga de Dios. Pero cuando no se trata de los placeres de la carne, sino de la ambición del mundo, de la jactancia y la arrogancia, y otras cosas similares, la cogitación vana se agita en nuestros corazones, es el espíritu del mundo el que habla, un enemigo mucho más pernicioso, y que debe ser rechazado con mayor preocupación. A veces, sin embargo, cuando estos satélites huyen, el mismo príncipe, lleno de gran ira, como un león rugiente, se levanta contra nosotros; cuando, por ejemplo, no somos provocados a la voluptuosidad de la carne, ni a la vanidad del mundo, sino a la ira, a la impaciencia, a la envidia, a la amargura del alma: importunamente sugiriendo, si algo parece haberse hecho o dicho menos amigablemente, o menos discretamente; si en cualquier señal o en cualquier obra parece haberse dado ocasión de indignación, materia de sospecha. Por tanto, a esta cogitación no se debe resistir de otra manera que al mismo diablo: ni se debe evitar de otra manera que de la misma perdición. Porque está escrito: "Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (Lucas 21, 19).

4. Sin embargo, a veces sucede que nuestro espíritu, frecuentemente superado por cualquiera de estos tres, y esclavo de él, en su propia ruina, ¡ay!, actúa en su lugar, de modo que ya sin ninguna sugerencia de otro espíritu, el alma misma produce cogitaciones voluptuosas, vanas o amargas. Ahora bien, no creo que sea fácil discernir cuándo habla nuestro propio espíritu, y cuándo escucha a otro cualquiera de esos tres. Pero, ¿qué importa quién hable, mientras sea una y la misma cosa lo que dicen? ¿Qué importa conocer la persona que habla, mientras sea evidente que lo que dice es pernicioso? Si es un enemigo, resiste valientemente al enemigo: si es tu propio espíritu, repréndelo y llora lastimosamente por haber caído en tal miseria y tan miserable servidumbre.

5. Pero cada vez que sobre castigar el cuerpo, humillar el corazón, mantener la unidad [alias, la virtud de la paciencia], y mostrar caridad a los hermanos, o adquirir, conservar, ampliar otras virtudes, una cogitación saludable se agita en la mente, sin duda es el Espíritu divino el que habla, ya sea por sí mismo o por su ángel. Y así como se ha dicho del espíritu humano y maligno, así del angélico y divino: no es fácil discernir quién habla, ni es seguro ignorarlo; especialmente cuando es cierto que el buen ángel nunca habla por sí mismo, sino que es Dios quien habla en él.

6. Por tanto, consideremos con más atención de aquí en adelante, de qué manera debemos escuchar, o más bien con cuánta indignación debemos rechazar las sugerencias de esos espíritus malignos, apartando nuestros oídos para no escuchar la sangre, y la sabiduría que revela la carne y la sangre: también a los pequeños de Babilonia, es decir, las cogitaciones mundanas [alias, malignas], desde el principio tomándolos y estrellándolos contra la roca: también al maligno con sus tentaciones, arrojándolo de la vista de nuestro corazón, y reduciéndolo a nada. Pero aquellas cogitaciones que nos amonestan sobre la justicia y la verdad, recibéndolas con toda devoción, demos gracias a la dignación divina: y nunca seamos encontrados ingratos a tanta benignidad, sabiendo que él es quien habla justicia; él cuyo discurso es verdad. Porque, ¿cuánta temeridad [alias, perversidad]; o más bien, cuánta locura es, si acaso, mientras nos habla el Señor de la majestad, nosotros insensatos apartamos el oído, y dirigimos la mente a no sé qué tonterías? ¿Cuánta es esta injuria, y cuán gravemente debe ser vengada, cuando el más vil gusano se niega a escuchar al Creador del universo que le llama? Pero, ¿cuánta y cuán inefable es la dignación de la bondad divina, que diariamente nos concibe a nosotros, infelices, apartando los oídos, endureciendo los corazones, y sin embargo nos llama, y continuamente clama en las plazas? Verdaderamente en las plazas, porque en la amplitud de la caridad. Porque, en verdad, no necesitas mis bienes, Señor: y sin embargo dices: "Convertíos a mí, hijos de los hombres"; y de nuevo clamais: "Vuélvete, vuélvete, Sunamita; vuélvete, vuélvete, para que te miremos" (Cantar de los Cantares 6, 12).

7. Por eso os ruego, amadísimos, que recordéis al Señor, no calléis, y no le deis silencio: escuchando continuamente lo que el Señor Dios habla en vosotros, porque hablará paz. Feliz y bienaventurada, por tanto, el alma que percibe las venas del susurro divino en el silencio, repitiendo frecuentemente aquello de Samuel: "Habla, Señor, porque tu siervo escucha" (1 Samuel 3, 9). Aquí, pues, este sermón de hoy llega a su fin, para que también nosotros, callando, escuchemos a Dios hablando y persuadiendo sobre su reino, tanto más útil cuanto más sutil, por inspiración interna. Si, sin embargo, él mismo sugiere algo más sobre escuchar esta voz del Señor, lo trataremos en otro sermón, para que no, especialmente en una materia tan útil y espiritual, sobrecarguemos vuestras mentes con la longitud del discurso.

SERMON XXIV. Sobre la múltiple utilidad de la palabra de Dios.

1. Recordáis, creo, cómo en el sermón de ayer advertimos a vuestra preocupación sobre la discreción de los espíritus, que nos es muy necesaria: para que contra los venenosos silbidos de la antigua serpiente, contra los mortíferos cantos de la sirena, nos esforcemos por cerrar continuamente los oídos del corazón; para que no escuchemos al espíritu de la carne hablando cosas suaves, ni al espíritu del mundo sugiriendo cosas vanas, ni al espíritu de iniquidad infundiendo amarguras, y sembrando escándalos. Pero especialmente es necesario conocer las astucias de este, no conviene ignorar sus pensamientos. Porque a veces ese maligno y malvado espíritu se transfigura en ángel de luz (2 Corintios 11, 14), para dañar más con la simulación de la virtud. Pero incluso entonces, si prestamos atención diligente, nunca siembra sino semillas de amargura y discordia. Porque sugiere a algunos ciertos ayunos singulares, de

los cuales los demás se escandalizan; no porque ame el ayuno, sino porque se deleita en el escándalo. También suele traer muchas cosas de este tipo, que sin embargo son fácilmente discernidas por la sabiduría divina, si tenemos ante los ojos aquella definición apostólica del bienaventurado Santiago, quien describiendo la sabiduría divina, dice: "La sabiduría que es de Dios, primeramente es pura, luego pacífica" (Santiago 3, 17). Por tanto, no dudes que toda cogitación en la que no concurran estas dos cosas, está alejada de la sabiduría de Dios. Pero aquella que parece pura, y no arrastra abiertamente a los vicios, sino que presenta la imagen de la virtud; entonces, y solo entonces, sabrás que es de Dios, si es pacífica, si es aprobada por el juicio de tu superior y de los hermanos espirituales; porque el Señor Dios no hará nada sin revelar su palabra a sus siervos.

2. Pero con cuánta devoción, cuánta humildad, cuánta solicitud debe ser recibida una cogitación saludable, no de otra manera que como el discurso de la dignación divina, ya lo dijimos en parte en el sermón de ayer, y hoy también intentaremos persuadirlo un poco más ampliamente. Porque bienaventurados son los que oyen la palabra de Dios, y la guardan (Lucas 11, 28). ¿Queréis saber cuán bienaventurados? Primeramente, la voz divina sonando en los oídos del alma, perturba, aterra, y juzga: pero inmediatamente, si no apartas el oído, vivifica, licúa, calienta, ilumina, purifica. En efecto, es nuestro alimento, y espada, y medicina, y confirmación, y descanso, nuestra resurrección y consumación. No te sorprendas de que la palabra de Dios ya se encuentre siendo todo en todos, en cuanto respecta a la justificación: ya que también será todo en todos para la glorificación. Que lo escuche el pecador, y su vientre se turbará; a esa voz el alma carnal temblará. Porque el discurso vivo y eficaz, escudriñador de corazones y pensamientos, examina y juzga todos los secretos del corazón. Por lo cual, aunque muerto en pecado, si escuchas la voz del Hijo de Dios, vivirás. Porque el discurso que él habla, es espíritu y vida. Si tu corazón está endurecido, recuerda la Escritura que dice: "Enviará su palabra, y los derretirá" (Salmo 147, 18); y también: "Mi alma se derritió cuando mi amado habló" (Cantar de los Cantares 5, 6). Si estás tibio, y ya temes ser vomitado, no te apartes del discurso del Señor, y te inflamará; porque su discurso es muy encendido. Pero si lamentas las tinieblas de la ignorancia, escucha diligentemente lo que el Señor Dios habla en ti: y la palabra del Señor será lámpara para tus pies, y luz para tus caminos.

3. Pero quizás te duela tanto más cuanto más claramente, iluminado, reconoces incluso los pecados más pequeños; pero el Padre te santificará en la verdad, que es ciertamente su discurso, para que merezcas escuchar entre los apóstoles: "Ya vosotros estáis limpios por el discurso que os he hablado" (Juan 15, 3). Ahora bien, cuando laves tus manos entre los inocentes, he aquí que ha preparado una mesa ante ti, para que no vivas solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, y en la fortaleza de ese alimento corras el camino de sus mandamientos. Donde si se levantan contra ti campamentos, y surge la batalla de la tentación, toma la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, y en ella fácilmente triunfarás. Pero si acaso, como es costumbre en la lucha, alguna vez te hieren, enviará su palabra, y te sanará, y te librá de tus destrucciones: para que también en ti se vea lo que dijo el Centurión, cuya fe es tan magníficamente encomiada: "Señor", dice, "di solo una palabra, y mi siervo será sanado" (Mateo 8, 8). Pero si aún titubeas, confiesa y clama: "Mis pies casi se deslizaron, casi se derramaron mis pasos" (Salmo 72, 2); y en sus palabras te confirmará: para que aprendas por experiencia que por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su virtud.

4. En esto y en cosas semejantes persevera, ejercítate continuamente en tales cosas, hasta que el Espíritu diga que descanses de tus trabajos. En esta palabra descansarás dulcemente, y te

adormecerás suavemente, hasta que llegue la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán. ¿Pero a dónde? Unos para juicio, otros para vida eterna. ¿Y quién sabe si es digno de amor o de odio? Entonces recuerda especialmente tu palabra a tu siervo, Señor, en la cual me has dado esperanza, para que no tema la mala noticia, sino que la bienaventurada audición me conduzca a la visión, cuando digas: Venid, benditos de mi Padre (Mat. XXV, 34), etc. Porque cualquiera que me confiese delante de los hombres, dice él mismo, yo también lo confesaré delante de mi Padre y de los santos ángeles (Mat. X, 32; Luc. XII, 8): lo cual nos conceda él mismo, que ha sido constituido juez de vivos y muertos. Amén.

SERMO XXV. Sobre las palabras del Apóstol, «Quiero que se hagan súplicas, oraciones,» etc. (I Tim. II, 1).

1. Me parece que las palabras del Apóstol expresan cuatro modos de orar, diciendo: Quiero que se hagan primero súplicas, luego oraciones, peticiones, acciones de gracias. Hay quienes todavía son aterrados y atormentados por la conciencia del pecado, aún no habiendo recibido la virtud de resistir, entonces, cuando el Espíritu de verdad primero ilumina a los que yacen en el lodo de los pecados, y los despierta haciéndolos avergonzarse y temer a Dios, al ver la enormidad de sus crímenes, la pequeñez de sus méritos; y temiendo como si tuvieran el infierno ardiendo ante ellos, porque no encuentran en sí mismos nada bueno, buscan de otro lugar algo con que cubrirse. Saben que no es seguro aparecer vacíos ante el Señor su Dios, contra el precepto de la ley (Éxodo XXIII, 15), y mucho menos se atreven a presumir de ello con las manos llenas de estiércol. Por lo tanto, temen, y con razón temen acercarse por sí mismos, se esfuerzan por suplicar como si fuera a través de otros. Tal es ese tipo de oración; que solemos usar diciendo: «San Pedro, ruega por nosotros,» y cosas semejantes. Pero sobre todo, esa súplica es manifiesta, «Por tu cruz y pasión, líbranos, Señor;» y otras cosas de este modo. Tal parece, como si un ladrón capturado, ya cercano al suplicio, cuando desespera por completo, y no encuentra en sí mismo de dónde pedir perdón [o misericordia], extendiendo los brazos dijera: Porque Cristo sufrió así; para mover a piedad los ánimos de aquellos que lo tienen.

2. Creo que de tales se puede decir que el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. XI, 12). Hacía violencia al reino de los cielos aquel publicano, que, mientras no se atrevía a levantar los ojos al cielo, pudo inclinar el cielo hacia él (Luc. XVIII, 13, 14). Algo similar parece haber hecho aquella mujer que tenía flujo de sangre, que, temiendo acercarse a Cristo, hizo que de él saliera virtud. Pues tocó furtivamente el borde de su manto, y fue curada de su enfermedad: de donde parece una palabra de cierto modo indignada, la que el Señor dijo de ella: ¿Quién me ha tocado? Y añadió: He sentido que de mí ha salido virtud (Luc. VIII, 43-46). No creo que haya entre nosotros alguien así; pero tal vez algunos en hábito o en conversación secular pudieron alguna vez experimentar lo que digo, que involuntariamente sufrieron flujo de sangre, de ese, digo, sangre que no heredará el reino de Dios (I Cor. XV, 50). Porque quien comete pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII, 34): ni podrá contenerse por su propia virtud, incluso cuando quiera. Por lo tanto, a este no le conviene en absoluto acercarse a Cristo por sí mismo, sino tocar, si encuentra, su borde, es decir, considerar a aquel hombre que vea más humilde [o mejor], y el más bajo en la Iglesia, que es la vestidura de Cristo; a aquel, digo, que eligió ser despreciado en la casa de Dios, debe considerar; porque este es verdaderamente el borde puesto en el borde de la vestidura, al cual ciertamente desciende toda la abundancia del ungüento espiritual desde la cabeza. Si lo toca con algún beneficio, o con humilde súplica, o con pura confesión, para mover su afecto hacia él, para compadecerse de él; tenga fe, y sin duda será sanado. Sin embargo, sepa que el borde no ha salido de sí mismo, sino de Cristo, quien también protesta que es tocado en el

borde. Ahora les he expresado, tanto como pude, qué tipo de súplica es necesaria para el alma.

3. Pero ya habiendo recibido la virtud de la continencia, se acerca seguro, quien es consciente de sí mismo, buscando perdón por los delitos pasados; y usa la oración, que ciertamente es la razón de la boca, cuando ya habla con su Dios con su propia boca. De ahí que María Magdalena, aunque no menos humilde que aquella hemorroísa, no teme así acercarse, sino que riega con lágrimas los pies, los seca con sus cabellos, los unge con ungüento, los besa con devoción (Luc. VII, 38). De donde queda claro que ya había propuesto en su corazón abstenerse de pecado en adelante: y como si el flujo se hubiera detenido. Si ya has conseguido esto, lo primero es que, hablando con el Señor en oración, recuerdes tus años en la amargura de tu alma.

4. Luego, después de perseverar algún tiempo en los lamentos de la penitencia, concibiendo cierta alegría y confianza en el perdón, acércate ya a las peticiones; para que, seguro, como recibido en la gracia del Señor, te atrevas a pedir para ti y para tus compañeros lo que conviene. Pero tal vez preguntes, de dónde o cómo podrás saber si ya has conseguido este perdón. Así, ciertamente, por la gracia de conservar la humildad, la divina piedad suele ordenar que cuanto más progresa alguien, menos se considere a sí mismo haber progresado. Pues hasta el último grado del ejercicio espiritual, si alguien ha llegado hasta allí [o ha progresado], algo de la imperfección del primer grado se le deja, para que apenas le parezca haber alcanzado el primero. Sin embargo, sé lo que hoy se ha leído en el Evangelio. Jesús había dicho al paralítico: Confía, hijo, tus pecados te son perdonados: y se le reputó como blasfemia. Pero él, a quien ciertamente la mente del hombre confiesa: ¿Por qué, dice, pensáis mal en vuestros corazones? Me blasfemáis, y como para excusar la virtud de la curación visible, decís que usurpo lo invisible. Pero yo os convenzo más bien de ser blasfemos, probando con un signo visible el poder invisible. Para que sepáis, dice, que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados (entonces dice al paralítico): Levántate, toma tu camilla, y anda (Mat. IX, 2-7). Y tú, por tanto, si ya te levantas con deseo de lo celestial, si tomas tu camilla, es decir, elevando el cuerpo de los placeres terrenales, para que ya no sea llevado el alma por sus concupiscencias, sino que más bien ella, como es digno, lo gobierne y lo lleve a donde no quiere: si finalmente andas, olvidando lo que queda atrás, y extendiéndote hacia lo que está delante, con deseo y propósito de progresar, no dudes que has sido curado. Porque no podías levantarte, si no se hubiera aliviado en algo la carga; ni tomar la camilla, a menos que estuvieras más descargado; porque tampoco es posible andar en el fervor de la conversación con el peso grave de los pecados.

5. Por lo cual ya puede pedir con confianza quien es de este tipo: solo tenga cuidado de no pedir lo que no debe ser pedido; o pedir demasiado lo que debe ser pedido a Dios; o buscar con tibieza lo que debe ser buscado con todo afecto, y en todo tiempo. Pedís, y no recibís, dice Santiago, porque pedís mal, para gastar en vuestras concupiscencias (Sant. IV, 3). Así actúa todo aquel que busca cosas terrenales más allá de la necesidad, que persigue la gloria mundana, o el placer. Tal es también lo que suelen pedir los hombres seculares en sus oraciones, la muerte de sus enemigos, y otras cosas semejantes que no conviene. Pero las cosas temporales, si faltan, deben ser pedidas, en cuanto la necesidad humana lo requiere; pero, según la sentencia del bienaventurado Gregorio, no deben ser buscadas con demasiada insistencia. En este género también están aquellas cosas espirituales, sin las cuales, no obstante, la salvación puede mantenerse, como el don de la palabra, la gracia de las curaciones, y todas aquellas de las que no tenemos certeza de que nos convengan: por ejemplo, si te fatiga una tentación, debes suplicar para que sea apartada de ti, pero no demasiado insistentemente, porque en tales cosas siempre se debe recordar aquella sentencia

apostólica: Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene (Rom. VIII, 26); y confiar más en Dios, que definir temerariamente algo por nosotros mismos. Estas cosas, sin embargo, deben ser pedidas con todo afecto, y en todo tiempo; estas son, por las que tus deseos deben clamar a Dios sin cesar y tan fervientemente como puedan: para que tengas su buena gracia, y puedas agradar en los ojos de su piedad, y vivas en él, y mueras en él, para que merezcas ver su gloria, y disfrutar de él para siempre. De estas cosas se ha dicho: Orad sin cesar (I Tes. V, 17). De donde también el Profeta: Mi corazón te ha dicho: Busca mi rostro; tu rostro, Señor, buscaré; y en otro lugar: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida (Sal. XXVI, 8, 4).

6. Ahora bien, al cuarto tipo de oración, que es la acción de gracias, creo que muy pocos llegan; y cuanto más raro, más precioso es. Encontrará ciertamente mucha gracia ante Dios, quien según su promesa es escuchado antes de ser invocado (Isa. LXV, 24): y el Espíritu que tiene de Dios dará testimonio a su espíritu, de que su deseo ha sido escuchado, de modo que ya seguro no ore, sino que dé gracias. Así lo tienes en la resurrección de Lázaro, donde el Señor, aunque no había orado antes: Padre, dice, te doy gracias porque me has escuchado (Juan XI, 41). La primera, es decir, la súplica, se haga con afecto reverente. La segunda, que propiamente llamamos oración, con afecto puro: para que no disimulemos los pecados, no nos halaguemos, sabiendo que así encontrará misericordia ante Dios, si se encuentra duro juez en sí mismo. La tercera, es decir, la petición, busca un afecto amplio, y la amplitud de la confianza, como está escrito: Pero pida con fe, no dudando nada (Sant. I, 6). Creo que por eso se ha dicho: Todo lugar que pise la planta de vuestro pie, será vuestro (Josué I, 3); que tanto obtendremos, cuanto extendamos el pie de la fe. La cuarta, que es la acción de gracias, debe estar llena de devoción, y rebosante de delicias.

7. Ahora bien, sobre la reverencia de la oración, en lo que se ha leído en el capítulo, la autoridad de la misma Regla os ha preocupado ahora (Reg. S. Benedicti, cap. 20), por cuya ocasión he pensado que debía decir algo sobre la oración. Sin embargo, brevemente digo, algunos, según creo, experimentan a veces en la oración sequedad, y cierta torpeza de mente: de modo que orando solo con los labios, no atienden suficientemente ni a lo que dicen, ni a quién hablan, porque se acercaron como por costumbre, con menos reverencia y cuidado. ¿Qué otra cosa debe pensar el hermano que entra a la oración, que aquella profética: Entraré en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios? (Sal. XLI, 5.) Ciertamente es necesario que en el tiempo de la oración entremos en la corte celestial, aquella corte, en la que el Rey de reyes se sienta en el trono estrellado, rodeado por el innumerable e inefable ejército de espíritus bienaventurados. De donde también él que lo vio, porque no encontró un número mayor: Mil millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él (Dan. VII, 10). ¿Con cuánta reverencia, con cuánto temor, con cuánta humildad, debe acercarse allí la vil ranita que sale y se arrastra desde su ciénaga? ¿Cuán tembloroso, cuán suplicante, cuán humilde, cuán finalmente solícito, y con toda la mente atenta a la majestad de la gloria, podrá el miserable hombrecito estar de pie en presencia de los ángeles, en el consejo de los justos y en la congregación de los santos?

8. En todas nuestras acciones, por tanto, se necesita mucha vigilancia del alma, pero especialmente en la oración. Pues, como leemos en nuestra Regla (Reg. S. Benedicti, cap. 19), aunque en todo momento y en todo lugar los ojos del Señor [en otras versiones se añade y los ángeles sobre; en otras solo, sobre] nos observan, especialmente en la oración. Aunque siempre somos vistos, pero entonces también nos presentamos y mostramos, como hablando cara a cara con Dios. Aunque Dios está en todas partes, sin embargo, debe serorado en el cielo, y allí debe ser pensado en el tiempo de la oración: para que nuestra mente no sea retenida por el techo del oratorio, ni por el espacio del aire, ni por la misma densidad de las

nubes, según la forma que nos ha sido dada por Cristo, donde dice: Así oraréis: Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI, 9). Pues el cielo, por cierta prerrogativa, también se llama sede o trono de Dios; porque en comparación con ella, en la que los ángeles santos y las almas de los elegidos ven a Dios, nosotros, miserables y peregrinos sobre la tierra, apenas parecemos tener solo el nombre. Así, por tanto, ore quien ora, como si fuera asumido y presentado ante él, que se sienta sobre el trono excelso en los ángeles, que no cayeron; y elevado en los hombres, a quienes levantó del polvo a los pobres, y erigió del estiércol a los necesitados: así, digo, considérese a sí mismo y así atienda, como presentado al Señor de la majestad, para que diga con Abraham: Hablaré a mi Señor, siendo polvo y ceniza (Gen. XVIII, 27). Y porque por tu precepto advertido, por tu institución formado, eso presumo, Señor fuente de piedad.

SERMO XXVI. Sobre someter nuestra voluntad a la voluntad divina.

1. Habéis escuchado ahora de nuestra Regla (Reg. S. Benedicti, cap. 7), hermanos, sobre la sentencia de Cristo [en otras versiones falta de Cristo]: a la cual, cada vez que se lee, quiero que estéis atentos con todo el alma. Pues es insensato y loco, quienquiera que confíe en otros méritos de vida, quienquiera que confíe en otra religión o sabiduría, si no es en la sola humildad. Ante el Señor, hermanos, no podemos tener derecho, porque en muchos ofendemos todos; pero tampoco engañarlo: pues él conoce los secretos del corazón: ¿cuánto más las obras manifiestas? ciertamente tampoco resistir con fuerzas, porque es omnipotente. ¿Qué queda, entonces, sino huir con toda la mente a los remedios de la humildad, y suplir con ella lo que nos falta en otras cosas? Pero, ¡oh extraña vanidad! ¡oh extraña necesidad de nuestro corazón! cuya elevación [en otras versiones, elevación] no basta reprimir perfectamente, cuyos movimientos obstinados no basta domar por completo, con tanta materia de humildad, que aún se enorgullece la tierra y la ceniza.

2. Ahora bien, toda la suma de la humildad parece consistir en esto, si nuestra voluntad está sujeta a la voluntad divina, como es digno, como dice el Profeta: ¿No estará mi alma sujeta a Dios? (Sal. LXI, 1) Sé que toda criatura, quiera o no, está sujeta al Creador; pero de la criatura racional se busca la sujeción voluntaria, para que ofrezca voluntariamente sacrificio al Señor, y confíese su nombre: no porque es terrible y santo, no porque es omnipotente, sino porque es bueno. Pero esta sujeción debe ser triple: para que lo que es seguro que Dios quiere, lo queramos nosotros por completo; y lo que es seguro que él no quiere, lo aborrezcamos igualmente nosotros; lo que es incierto si lo quiere o no, no lo queramos del todo, ni tampoco no lo queramos por completo. Aquí ciertamente, hermanos, en este medio está todo el peligro de los religiosos, mientras desgraciadamente nos halagamos a nosotros mismos, y engañándonos nos seducimos a nosotros mismos. De aquí sucede que dis simulamos buscar la voluntad del Señor, mientras queremos hacer la nuestra, y tener alguna excusa de ignorancia. Pues, ¿quién es ese monje tan infeliz, que se atreva a no querer lo que está seguro que Dios quiere; o lo que está seguro que él no quiere, se atreva a quererlo? Pero en el medio está el peligro para aquellos que ya han salido del mundo, habitan en el lugar de la conversión, como en el paraíso de la delicia: como en medio del paraíso estaba puesto el árbol de la transgresión, en el que transgredieron los primeros padres; el árbol del conocimiento del bien y del mal; no solo del bien, o solo del mal, sino del bien y del mal.

3. Por eso les ruego, hermanos, que presten atención diligente, porque no se me ocurre nada más útil que puedan escuchar. Donde la voluntad de Dios es clara, la nuestra debe seguirla completamente, es decir, en aquellas cosas sobre las cuales encontramos algo cierto en las Escrituras, o el mismo Espíritu clama manifiestamente en nuestros corazones qué debemos

sentir, como la caridad, la humildad, la castidad, la obediencia y otras virtudes; aprobemos y deseemos sin dudar estas cosas que sabemos que agradan a Dios sin duda alguna. Así también debemos odiar completamente aquellas cosas que sabemos con certeza que Dios odia, como la apostasía, la fornicación, la iniquidad, la impaciencia. En aquellas cosas sobre las cuales no podemos encontrar nada cierto, nuestra voluntad no debe definir nada con certeza; más bien, debe permanecer en suspenso entre ambas partes, o al menos no adherirse demasiado a ninguna de ellas, pensando siempre que tal vez una parte agrade más a Dios; y estemos preparados para seguir su voluntad, hacia la parte que sepamos que se inclina. Nadie debe dudar sobre lo que es cierto; nadie debe aceptar lo dudoso como cierto; nadie debe reclamar juicio en lo dudoso, ni precipitarse en el juicio; y experimentaremos lo que está escrito: Mucha paz tienen los que aman tu ley, Señor, y no hay para ellos tropiezo (Salmo 118, 165). ¿De dónde vienen los escándalos, de dónde la turbación [o tribulación], sino de que seguimos nuestra propia voluntad, y definiendo temerariamente en nuestro corazón lo que queremos, si de alguna manera eso se prohíbe o se impide, inmediatamente caemos en la impaciencia, en la murmuración y en el escándalo: no atendiendo a que todas las cosas cooperan para bien a los que son llamados según su propósito; y el mismo, que nos parece un caso fortuito, es una palabra de Dios, indicándonos su voluntad? Pero cualquiera que no haya puesto nada cierto en su corazón sobre estas cosas, no podrá escandalizarse hacia la parte que se convierta después. O si piensa hacer algo, de lo cual no tiene un mandato cierto, si mantiene su voluntad en suspenso, hasta que pregunte a su superior, y de él busque la voluntad del Señor, a quien obedece en su lugar, no se turbará, sea lo que sea que se le ordene; porque verdaderamente mucha paz tienen los que aman la ley del Señor, y no hay para ellos escándalo.

4. Además, lo que dije, que mantenga su voluntad en suspenso, o que someta su voluntad a la divina; no hablo de las concupiscencias de los deseos, ni de las afecciones. Eso es imposible, mientras el alma esté detenida en este cuerpo de pecado, en este cuerpo de muerte. ¿Qué sería otra cosa que la vida eterna, seguir con toda afección la voluntad divina en todo? Pero es necesario someter nuestro consentimiento a la voluntad divina, si deseamos tener paz eterna, si deseamos tener paz presente, como está escrito: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan 14, 27). Señor, dice el Profeta, en la luz de tu rostro caminarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día (Salmo 88, 16, 17). Otro camina en la luz de su propio rostro, ansioso de hacer su voluntad, y considerando el beneplácito de su corazón. Otro camina en la luz del rostro humano, siempre atento a lo que agrada a los hombres, a lo que juzga el mundo: de quien habla el profeta de Dios: No deseé el día del hombre, Señor, tú lo sabes (Jeremías 17, 16). Destrucción y miseria hay en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz, no hay temor de Dios ante sus ojos (Salmo 13, 3). Porque quien siempre tiene el temor de Dios ante sus ojos, sus caminos son caminos hermosos, y todas sus sendas son pacíficas (Proverbios 3, 17). Venid a mí, dice, todos los que trabajáis y estáis cargados, a quienes oprime la dura servidumbre de vuestra propia voluntad o de la ajena; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera (Mateo 11, 28-30). Cuanto más benigna y dulce es la clemencia divina que cualquier hombre, tanto más suave es manifiestamente su yugo que las demás cargas. Por eso, los hombres que se esfuerzan por agradarse a sí mismos o a otros hombres, quedan confundidos: pero los que caminan en la luz de tu rostro, Señor, pensando solo en cómo hacer tu voluntad, y esforzándose con todo el corazón por agradarte, ahora ciertamente se regocijarán en tu nombre todo el día, y no habrá para ellos escándalo, sino que finalmente serán exaltados en tu justicia, cuando salgan de sus debilidades, y entren en tus poderes, recordarán solo tu justicia, para que entonces la mantengan sin esfuerzo, la cual ahora se esfuerzan por seguir.

SERMO XXVII. Contra el pésimo vicio de la ingratitud.

1. Grande es sobre nosotros, amadísimos, muy grande la misericordia de nuestro Dios, quien con tan inefable virtud de su Espíritu, con tan inestimable don de su gracia nos ha rescatado de nuestra vana conversación de este siglo, en el cual estábamos alguna vez como sin Dios, o ciertamente, lo que es más execrable, incluso contra Dios, no teniendo ignorancia de Él, sino desprecio. ¡Ojalá que la imagen horrible de esa vida, o más bien muerte, (Porque el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel 18, 4, 20), frecuentemente se presente ante los ojos de nuestro corazón! ¡Cuánta ceguera, cuánta perversidad había en ella! para que, considerando con meditación diligente el peso de la miseria, aunque no tan perfectamente como es, al menos podamos estimar de alguna manera la magnitud de la misericordia liberadora. Ahora bien, si alguno de nosotros no descuida considerar diligentemente, no solo de dónde ha sido rescatado, sino también dónde ha sido colocado; no solo qué ha evitado, sino también qué ha recibido; no solo de dónde ha sido llamado, sino también a dónde ha sido llamado: encontrará sin duda que la magnitud de esta misericordia excede completamente la medida de la cantidad anterior. Porque no ha hecho tal cosa con toda nación, no solo manifestándoles sus juicios, sino también sus consejos; sino que ha engrandecido completamente su obra con nosotros, no solo asumiéndonos como siervos, sino también eligiéndonos como amigos. Porque no lo elegimos a Él, sino que Él nos eligió a nosotros, y nos puso para que vayamos y llevemos fruto: fruto, digo, no solo no perecedero, que pertenece al juicio, conocido también por los siervos; sino tampoco perecedero, que es del consejo, y se revela a los amigos.

2. En esto ciertamente estamos puestos, para que no sirvamos al pecado (porque ese es el trabajo perecedero), ni tampoco al mundo, como aquellos que vemos sometidos a cuidados terrenales, aunque no a culpas; implicados en oficios corporales, aunque no en flagicios, y trabajando en la figura pasajera de este mundo para su propia sustentación presente y la de los suyos: cuyo trabajo, aunque no para condenación, sin embargo, no pertenece a la salvación; de modo que, aunque conserven el fundamento, sin embargo, sufran pérdida, pereciendo lo que habían sobreedificado; ellos mismos serán salvos, pero así como por fuego. Pero ¿qué se nos dice a nosotros? ¿Qué consejo se da a los amigos? Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna (Juan 6, 27). Y no cesamos de trabajar por este alimento, incluso cuando estamos ocupados en obras terrenales, ya sea por obediencia dictada, o por la mirada de la caridad fraterna: porque nuestra intención es diferente de la de aquellos cuyo trabajo predijimos que perecería. Por lo tanto, adherido a una raíz diferente, el trabajo similar no perece de la misma manera; porque está enraizado en aquello que nunca perece, la eternidad.

3. Finalmente, si tal vez, no siguiendo cosas ilícitas, pero tampoco convenientes, habiendo dejado quizás la fornicación anterior, nos hubiéramos mantenido en la castidad del matrimonio, no tomando lo que sabemos que se da como consejo sobre la vida célibe; pero absteniéndonos de robos y fraudes, usaríamos lícitamente nuestras propias cosas, sin haber alcanzado aún la perfección evangélica, como está escrito: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes; y ven, sígueme (Mateo 19, 12, 21): esto mismo, ¡cuánta piedad sería, si de tantos crímenes, en los cuales muchos de ustedes estaban envueltos, teniendo solo en sí mismos la respuesta de muerte y el juicio de condenación cierta, se les hubiera dado al menos respirar en algún grado inferior? Ciertamente, el hijo pródigo temía aspirar al número de los hijos, considerándose afortunado si acaso mereciera ser recibido en el número de los jornaleros: sin embargo, no pudo satisfacer la piedad paterna, a menos que le exhibiera una misericordia tan copiosa, que incluso el hijo mayor, que nunca se había apartado del padre, pudiera envidiarle (Lucas 15, 11, 32). Así también nosotros, amadísimos, con la misericordia de nuestro Dios abundantemente derramada sobre nosotros, de hijos de ira y desconfianza no

solo nos recibió en el número de los elegidos, sino que nos llamó al colegio de los perfectos. Porque aunque tal vez la negligencia de algunos no ascienda a la perfección, ellos verán qué excusa pueden ofrecer; porque todos hemos profesado la vida apostólica, todos hemos dado nuestros nombres a la perfección apostólica [o profesión]. Lo cual ciertamente no diría de esa gloria de santidad, que no solo para ellos, sino para todo el mundo merecieron recibir, como está escrito: Reciban los montes paz para el pueblo, y los collados justicia (Salmo 81, 3): sino más bien de su profesión, de la cual Pedro habla por todos, diciendo: He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido (Mateo 19, 27).

4. Pero ya me mueve completamente, hermanos míos, qué significa que ahora la divina clemencia parezca menos liberal con nosotros, a quienes tanto nos concedió sin pedirlo, sin desearlo, incluso tal vez rechazándolo, ahora que oramos, suplicamos, pedimos muy a menudo, incluso continuamente, parece negarnos cosas mucho menores. ¿Qué pensamos, amadísimos? ¿Se ha acortado la mano del Señor, o acaso se han agotado los tesoros de la gracia? ¿Qué, digo, pensamos, ha cambiado la voluntad, o se ha disminuido [o cambiado] la capacidad? No es lícito pensar ninguna de las dos cosas de Él, ni es permitido creer ninguna de las dos cosas de la majestad omnipotente e inmutable. ¿Qué significa entonces, que orando, suplicando, pidiendo incesantemente, no somos escuchados, a quienes tanto y tan gratuita misericordia nos ha otorgado? Porque si alguien responde lo que se respondió al apóstol Pablo, que la gracia de Dios nos basta (2 Corintios 12, 9): claramente se equivoca, ya que por ella principalmente se hacen todas nuestras oraciones, súplicas y peticiones, para que no andemos en cosas grandes, ni en cosas maravillosas sobre nosotros, orando para que se nos dé humildad, cuanta conviene, no digo a los santos, sino a los monjes pecadores: suplicando que se nos conceda paciencia, cuanta no digo que se encontró en los mártires, sino que es necesaria para nuestra profesión; pidiendo caridad, cuanta no digo a los ángeles, sino a nuestros padres, que fueron hombres semejantes a nosotros, pasibles, incluso pecadores, reconocemos que les fue otorgada por don divino según el testimonio de las Escrituras.

5. ¡Ay de esta generación miserable por su imperfección, a la que le parece suficiente su insuficiencia, o más bien tanta pobreza! ¿Quién parece aspirar siquiera a aquella perfección que las Escrituras transmiten? No sin razón, ciertamente, aunque tengamos los mismos comienzos de conversión que los padres, se encuentra un progreso de vida muy diferente: de modo que, aunque leamos que ellos progresaron de día en día, y completaron su carrera, entre nosotros se consideraría grande si alguien al menos conservara los mismos principios de su conversión, para que no pareciera menos humilde o temeroso, no menos solícito y circunspecto, no menos ferviente en espíritu, no menos paciente y manso en medio que al principio. Porque cuántos vemos que parecen haber olvidado de sí mismos y de sus pecados, también de Dios y de sus beneficios, así no redimen, sino que pierden el tiempo, de modo que de sus costumbres y afectos apenas se hace mención al final. ¿Qué diría que hacen estos, que no consideran las palabras de escurridades y detracciones, de jactancia e impaciencia; fácilmente entristecen a los prójimos, incluso al Espíritu de Dios que está en ellos; desprecian los escándalos de los pequeños, parecen dormir por negligencia ante la reprensión de otros, o se inflaman con las llamas de la ira; y con estos, como si fueran una nación que ha hecho justicia, se acercan libremente a la iglesia; cantan con otros, pero no con espíritu ni con mente; en el tiempo de oración meditan no sé qué tonterías; y ni siquiera temen participar del sacramento del Cuerpo del Señor, que es temido por los ángeles? ¿Qué, digo, hacen estos, sino que ya seguros de la gracia de su Señor, presumen confiadamente de esa familiaridad que han merecido por largo tiempo? Esto es lo que se dice en el proverbio vulgar: El amo familiar nutre al siervo necio. Pero, ¿dónde está, amadísimos, lo que tantas veces cantan: Porque soy un extranjero ante ti y peregrino, como todos mis padres (Salmo 38, 13). ¡Ay, ay!

No se encuentra quien regrese y dé gracias a Dios, sino este extranjero. ¿No fueron diez los que fueron limpiados? ¿Y los nueve dónde están? Recuerdan, creo, que estas son las palabras del Salvador, reprochando la ingratitud de esos nueve. Porque ciertamente se lee que oraron, suplicaron, pidieron bien, quienes alzaron la voz, diciendo: Jesús, hijo de David, ten misericordia de nosotros (Lucas 17, 18, 17, 13). Pero les faltó la cuarta, que el Apóstol añadió, la acción de gracias (1 Timoteo 2, 1), porque no regresaron, ni dieron gracias a Dios.

6. También vemos a muchos hasta hoy pidiendo con bastante importunidad lo que saben que les falta; pero conocemos a muy pocos que parezcan dar gracias dignas por los beneficios recibidos. No es reprehensible que pidamos insistentemente; pero claramente la ingratitud niega el efecto a la petición. Y tal vez esto también parece ser de clemencia, negar a los ingratos lo que piden: no sea que nos suceda que seamos juzgados tanto más gravemente por la ingratitud, cuanto más ingratos seamos probados por los beneficios acumulados. Por lo tanto, es asunto de misericordia en esta parte retirar la misericordia, así como de ira e indignación, exhibir misericordia, esa ciertamente, de la cual el mismo Padre de misericordias habla por el profeta, diciendo: Tengamos misericordia del impío, y no aprenderá a hacer justicia (Isaías 26, 10). Porque cuántos vemos y lamentamos hermanos, que, con tal de que permanezca el hábito y la tonsura, consideran que todo está a salvo para ellos? no considerando los miserables, cómo el gusano de la ingratitud corroe interiormente, solo disimulando perforar la corteza que ven, para que tal vez reflexionen y se avergüencen, y con esa misma vergüenza se enmienden. Que así a veces en algunos se presume que todo lo interior está consumido, que no teme sacar la cabeza venenosa incluso a lo que aparece externamente: a menos que tal vez pensemos que aquellos que vemos apostatar manifiestamente de Dios, de repente se vuelven los peores; y no más bien que han decaído poco a poco, cuando los extraños han devorado su fuerza, y no lo supieron.

7. Ves, entonces, que no a todos les beneficia ser limpiados de la lepra de la conversación secular, cuyos pecados son manifiestos: sino que en algunos surge una úlcera de ingratitud más peligrosa en secreto, que es tanto más peligrosa cuanto más interior. Y bien el Salvador en el Evangelio pregunta por esos nueve dónde están, porque la salvación está lejos de los pecadores. Así también interroga al primer hombre después del pecado dónde está (Génesis 3, 9); y en el juicio profesará no conocer a los obradores de iniquidad (Lucas 13, 27), cuando leemos en el Salmo: Porque el Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá (Salmo 1, 6). No sin razón se encuentran en el número nueve, quienes no regresan al Salvador: en el cual ciertamente se une el número cuatro al cinco; y no es buena mezcla de sensualidad corporal y tradición evangélica. Lo cual suele suceder cuando queremos obedecer a los cuatro Evangelios, de modo que también queremos deleitar los cinco sentidos del cuerpo.

8. Feliz aquel samaritano, que reconoció que no tenía nada que no hubiera recibido: y por eso guardó el depósito, y con acción de gracias regresó al Señor. Feliz, que por cada don de gracia regresa a aquel en quien está la plenitud de todas las gracias: a quien, mientras no nos mostramos ingratos por lo recibido, hacemos lugar en nosotros para la gracia, para que merezcamos recibir aún mayores. Porque ciertamente solo nuestra ingratitud nos impide el progreso de la vida, mientras de alguna manera el dador considera perdido lo que el ingrato recibió, y se cuida de dar más, no sea que pierda más cuanto más dé al ingrato. Feliz, por lo tanto, quien se considera extranjero, incluso por los más mínimos beneficios no deja de dar grandes gracias, no dudando ni disimulando que es gratuito lo que se otorga al extraño y desconocido. Pero nosotros, miserables y desdichados, cuando al principio, mientras aún nos consideramos extraños, nos encontramos bastante temerosos, bastante devotos y humildes; tan fácilmente después olvidamos cuán gratuito es todo lo que hemos recibido, y

presumiendo no bien de la familiaridad de Dios, no advertimos que merecemos oír, que los enemigos del Señor son sus domésticos (Mateo 10, 36). Porque más fácilmente entonces lo ofendemos; como si no supiéramos que lo que cometemos entonces debe ser juzgado más gravemente, cuando leemos en el salmo: Porque si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado (Salmo 54, 13). Por eso les ruego, hermanos míos, que nos humillemos más y más bajo la poderosa mano de Dios, y nos esforcemos por alejarnos de este tan grande, tan malvado vicio de la ingratitud, para que, dedicándonos con toda devoción a la acción de gracias, conciliemos para nosotros la gracia de nuestro Dios, que solo puede salvar nuestras almas. Y no solo de palabra o de lengua, sino de obra y de verdad mostrémonos agradecidos; porque el dador de gracias, nuestro Señor Dios, que es bendito por los siglos, exige de nosotros más la acción de gracias que la palabra. Amén.

SERMO XXVIII. Sobre lo que se lee en Job (5, 19): «En seis tribulaciones te libraré, y en la séptima no te tocará el mal.»

1. Es muy digno, y la razón de la equidad lo exige por completo, que aquellos para quienes el reino ha sido preparado desde la creación del mundo, no descuiden prepararse a sí mismos para el reino: no sea que, al estar el reino preparado, se encuentren ellos, que habrían de reinar, desprevenidos. Así leemos sobre cierta cena, donde el Señor dice que la cena estaba preparada, pero los que fueron llamados no eran dignos (Mateo XXII, 8). Por tanto, buscamos cómo deben prepararse los futuros reyes para el reino preparado. Y si buscamos piadosamente con el Profeta del Señor, ciertamente escucharemos del Señor con el Profeta: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿o quién descansará en tu monte santo? El que entra, dice, sin mancha (Salmo XIV, 1, 2). Pero esta preparación, dirás, parece convenir solo a Cristo. Pues nadie entre todos los demás está libre de mancha, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 4, según la LXX). Por lo tanto, solo entrará aquel que es el único cordero sin mancha, el único que no pudo ser acusado de pecado, que no fue cometido por él ni encontrado en él. Mi sumo pontífice, en efecto, no fue contaminado ni en padre ni en madre, como dice la ley (Levítico XXI, 1, 2): pues tiene por padre a Dios, y por madre a una virgen. Por eso, solo él entra en el Santo de los santos, y nadie sube al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III, 13).

2. ¿Qué haremos entonces nosotros? ¿Desesperaremos de inmediato? Al contrario, esperaremos, y más aún por esto. Aunque solo él, ciertamente entrará todo él, y no se quebrará ni un hueso de él. No se encontrará la cabeza sin miembros en el reino, si los miembros son conformes y coherentes, es decir, con su cabeza; conformes ciertamente en costumbres, coherentes en fe. Pues incluso la menor edad tiene la conformidad que puede, y tiene la coherencia, mientras se planta en la semejanza de su muerte por aquella triple inmersión, y recibe la fe en un envoltorio que aún no es capaz de desplegar. Sin duda, el Espíritu de sabiduría es benigno: y a quien la culpa heredada había atado, la justicia concedida lo libera. Pero no liberará así en adelante la maldición de sus labios: Porque al que peca voluntariamente después de haber conocido la gracia, no le queda sacrificio por el pecado (Hebreos X, 26). Pero tampoco liberará de sus propios labios la maldición, como lo hace de los labios ajenos. La maldición, hermanos, es una mancha grave, y sabemos que no lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca (Mateo XV, 11). De ahí, pues, la mancha, de ahí la maldición de sus labios, pero no siempre de los propios. Pues la culpa original no procede del cuerpo o del corazón propio en el niño pequeño, en quien no puede haber consentimiento, ni siquiera sentido alguno del pecado. Sin embargo, ¿cómo no libera el Espíritu la maldición de sus labios, o no queda sacrificio para los que pecan voluntariamente, sino porque Cristo no es crucificado de nuevo para él, ni es plantado de

nuevo en la semejanza de su muerte por el bautismo? Ahora se le exige su propio torrente de lágrimas, es necesario que lleve su propia cruz, que mortifique sus propios miembros, y que ofrezca su propio sacrificio. En vano diría de otra manera: Creo. Es necesario que la maldición de sus propios labios sea expiada por sus propios labios. Porque es necesario entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones (Hechos XIV, 21); y nadie entra sino a través de tribulaciones, ya sean propias o ajenas.

3. Solo la tribulación del segundo Adán purga a aquellos que fueron contaminados por la ofensa del primero. No porque la satisfacción propia pueda ser suficiente para alguien. Pues, ¿qué es toda nuestra penitencia, sino que si no sufrimos con él, de ninguna manera podemos reinar con él? Lo que falta en nosotros, él mismo lo suple. Sin embargo, ese pequeño esfuerzo que es nuestro, no permite que se reserve. Si la coherencia de la fe sin la conformidad de las costumbres no salva a los adultos, mucho menos podrán salvar las obras sin fe. Pues es más fácil que un miembro adherido a la cabeza, si es deforme, sea reformado, que uno separado, por muy similar que sea, sea unido. Y aun lo que es deforme, o se hace conforme a la imagen de su Hijo y su cabeza, o ciertamente al final debe ser arrancado de él, y ser anatema de Cristo; para que en aquella plenitud de su cuerpo no se encuentre nada indecoroso.

4. Donde hay mancha propia, también se requiere con justicia la purgación propia: y si la contaminación es múltiple, se necesita también una tribulación múltiple. ¿De dónde, pues, la tribulación, sino mientras se resiste a la contaminación, se opone a la concupiscencia? ¿Qué, en verdad, en el hombre puede encontrarse puro de esta mancha, inmune de este contagio? Desde dentro mana, del corazón sale el virus pestilente, y luego ocupa todo el cuerpo: afecta la mente con deseos, infecta los miembros con seducciones. De ahí el prurito de los oídos, la petulancia de los ojos; de ahí el placer de oler, de ahí en la garganta una delectación tan desordenada, de ahí en todo el cuerpo el sentido de la blandura, y la libido perniciosa de tocar; de ahí dentro del alma la embriaguez de los deseos, y un horno de ambición, avaricia, envidia, contumacia, malicia, y en definitiva, de todos los vicios encendidos con vehemencia. Pues cuantas seducciones tiene el cuerpo, cuantas delicias parece tener el mundo; tantas tribulaciones sufre, tantas tentaciones soporta el hombre justo. Y así como quien camina en la carne se deleita con el placer de los sentidos, y considera que las delicias están bajo los espinos; así también todo el que desea sembrar en el espíritu, se esfuerza por erradicar, más que propagar, las espinas y abrojos que su propia tierra germina por la maldición; pues se convierte en su aflicción, cada vez que es herido por una espina.

5. ¿Qué tribulación, pues, para resistir a esta plaga tan variada? Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en mí salud. Todo lo ha infectado la concupiscencia, la ley del pecado se encuentra en todos los miembros. Por todas partes la muerte intenta entrar por las ventanas, y dentro, el fomento de toda maldad actúa más peligrosamente, más cruelmente. Sin embargo, no debemos desfallecer en esta lucha tan múltiple, ni ceder por desesperación. Aunque abundan las tribulaciones por Cristo, también abundan las consolaciones por él. Finalmente, escucha la consolación. El pecado está en la puerta: si no abres, no entrará. El apetito en el corazón pica, pero está bajo tu dominio (Génesis IV, 7): si no cedes voluntariamente, no te dañará. Escucha la consolación. Reprime el consentimiento, para que no prevalezcan estas cosas: y serás inmaculado, para que entres sin mancha a habitar en el tabernáculo, y descansar en el monte santo de tu Señor Dios. Pues si no te dominan, entonces serás inmaculado, y serás limpiado del gran delito (Salmo XVIII, 14). Un gran delito, ciertamente, que ocupa todo el hombre interior y exterior. Escucha aún la consolación. En seis, dice, tribulaciones serás liberado, y en la séptima no te tocará el mal. Si eres un niño hebreo, servirás seis años, saldrás libre en el séptimo. Seis tribulaciones tienes contra los deseos del corazón, y cinco contra el placer dividido de la sensualidad corporal; pero en estas seis serás

liberado de la séptima, no para que no venga, sino para que no te dañe, no te perjudique, no te toque el mal. Vendrá ciertamente la muerte: pues ella es la séptima tribulación; pero será un sueño para los amados del Señor, y he aquí su herencia. Será la puerta de la vida, será el inicio del refrigerio, será la escalera de aquel monte santo, y la entrada al lugar del tabernáculo admirable, que Dios ha fijado, y no el hombre. En la séptima, por tanto, no te tocará el mal. Un mal triple, ciertamente, que espera a aquellos en la séptima, que en las seis tribulaciones no se esfuerzan por ser perfectamente liberados, ni se purifican completamente en las seis tinajas, para ser presentados en las bodas del esposo sin mancha ni arruga. Pues les espera el horror en la salida, el dolor en el tránsito, la vergüenza en la presencia de la gloria del gran Dios.

6. ¿De dónde nos viene esta disimulación, hermanos míos? ¿De dónde esta tibieza tan perniciosa? ¿De dónde esta seguridad maldita? ¿Por qué nos engañamos, miserables, a nosotros mismos? ¿Acaso ya nos hemos hecho ricos, acaso ya reinamos? ¿No es cierto que los horribles espíritus acechan la puerta de nuestra casa? ¿No es cierto que las caras espectrales esperan nuestra salida? ¿Qué terror será ese, oh alma mía, cuando, dejando todo lo que te es tan agradable en presencia, tan grato en aspecto, tan familiar en cohabitación; entrando sola en una región completamente desconocida, veas a esas monstruosidades horribles precipitarse en tropel hacia ti? ¿Quién te asistirá en un día de tanta necesidad? ¿Quién te protegerá de los rugientes preparados para devorarte? ¿Quién te consolará? ¿Quién te guiará? Hijitos míos, recordemos estos nuestros últimos días, para que no pequemos. Pues también debemos pasar por el fuego: y la obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará. Allí nuestro oro se convertirá en escoria, allí se revelará toda impureza, allí la Verdad misma, tomando el tiempo que ahora despreciamos, juzgará las justicias. ¿Qué serán allí todas nuestras justicias, sino como un trapo de menstruación? ¿Cuánto sufrimiento infligirá la llama vengadora a todo lo que ahora pasamos por alto, cubrimos con caricias, descuidamos con disimulo? Ojalá alguien diera a mi cabeza aguas, y a mis ojos una fuente de lágrimas: pues tal vez el fuego abrasador no encontraría lo que la lágrima fluyente habría disuelto.

7. ¿Crees que después de ese fuego, quedará algo en nosotros? ¿O será suficiente para que nos atrevamos a ofrecerlo ante el rostro de la majestad; o para estar así ante su presencia? ¿Qué vergüenza será esa, qué confusión, aparecer tan tibios, tan imperfectos, tan vacíos ante el rostro del Señor nuestro Dios después de tantos beneficios? Adán huía para esconderse de él, después de haber probado un solo fruto prohibido (Génesis III, 8): ¿qué presumiremos nosotros después de tantos crímenes, después de tantas iniquidades? ¿Cuándo se purificará de esta confusión el ojo del corazón, al que ahora descuidamos dar atención, para que con mirada sin deslumbramiento pueda contemplar los rayos de aquel verdadero sol? Como se derrite la cera ante el fuego, así perecerán los pecadores ante el rostro de Dios (Salmo LXVII, 3). Que la putrefacción entre en mis huesos, y brote debajo de mí, para que descansen en el día de la tribulación (Habacuc III, 16) de esta séptima, y en ella no me toque el mal. Este mal triple, de horror, dolor y vergüenza. Feliz el alma que hablará confiadamente a sus enemigos en la puerta. ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? Nada en mí, funesto, encontrarás. Más feliz aquel cuya obra no arderá, a quien el examen encontrará haber edificado oro, plata, piedras preciosas. Felicísimo aquel que, sin nube alguna de confusión, contemplando con rostro completamente revelado la gloria del Señor, será transformado en la misma imagen, y será semejante a él, viéndolo tal como es, ciertamente sobre todo Dios bendito, y alabado, y glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXIX. Sobre el triple amor de Dios [también conocido como Sobre amar a Dios].

1. No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la ambición del siglo, no son del Padre (1 Juan II, 15, 16). ¿Qué, entonces? ¿Hay algo del Padre que nos recompense por estas cosas? Ciertamente hay, cosas mucho más dulces y amables que estas; pero no se confían a los siervos, mucho menos a los enemigos. Cualquiera que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios. A los amigos se les confía el consejo, a quienes se les dice: Porque todo lo que he oído de mi Padre, os lo he dado a conocer (Juan XV, 15). El bienaventurado Gregorio expone que el amor mismo es conocimiento. Hay, por tanto, un triple amor, que excluye esas tres cosas que no son del Padre. Y por eso, creo, Pedro es interrogado tres veces: ¿Me amas, me amas, me amas? (Juan XXI, 15-17). Pero tal vez estos son los que en la ley se ordena: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu fuerza (Deuteronomio VI, 5), es decir, amarás dulcemente o afectuosamente, amarás prudentemente, amarás fuertemente. Pues el amor del corazón tiene algo similar al amor carnal; ya que las afecciones se dicen propiamente del corazón. El alma, sin embargo, suena ya algo más elevado, por lo que se dice sede de la sabiduría, de modo que parece que debe atribuirse a ella amar prudentemente a Dios.

2. Ciertamente, para ese amor afectuoso del corazón que decimos, mucho vale la consideración de la Encarnación de Cristo, pero también de toda la dispensación que llevó a cabo en la carne, y especialmente de la pasión. Pues viendo Dios que los hombres estaban completamente inclinados a lo carnal, les mostró tal dulzura en la carne, que es de corazón muy duro quien no lo ama con todo afecto. Queriendo, en efecto, recuperar a la noble criatura humana: Si, dice, lo obligo a la fuerza, tendré un asno, no un hombre; ya que no vendrá de buena gana, ni espontáneamente, para que pueda decir: Voluntariamente te sacrificaré (Salmo LIII, 8). ¿Acaso daré mi reino a los asnos? ¿O acaso a los bueyes les importa Dios? Para tenerlo voluntario, lo aterrará, si acaso se convierte y vive. Y amenazó con las cosas más amargas que se pueden imaginar: tinieblas eternas, gusanos inmortales, fuego inextinguible. Pero cuando ni así el hombre se volvía, dijo: No solo es temeroso, sino también codicioso; le prometeré lo que parezca más deseable. Los hombres desean oro, plata y cosas similares; pero sobre todo desean la vida. Esto es manifiesto, y muy manifiesto. Si, dice, desean tanto esta vida miserable y laboriosa y momentánea, ¿cuánto amarán la vida tranquila, eterna, bienaventurada? Prometió, por tanto, la vida eterna; prometió lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre.

3. Pero viendo que nada lograba: Queda aún una cosa. En el hombre no solo hay temor y codicia, sino también amor, y nada en él es más vehemente para atraer. Vino, pues, en carne, y se mostró tan amable, que nos dio esa caridad, que nadie tiene mayor, que dar su vida por nosotros. Ciertamente, quien no quiera convertirse ni por esto, con razón escuchará: ¿Qué debía hacer por ti, y no lo hice? (Isaías V, 4). Y verdaderamente en nada así Dios recomienda su caridad, como en el misterio de su Encarnación y pasión; en nada así se revela su piedad, en nada así aparece su benignidad, como en la humanidad, según el testimonio del Apóstol, que dice: Apareció la benignidad y humanidad de nuestro Salvador Dios (Tito III, 4). Pues su poder ciertamente fue ocultado, ya que vino en debilidad. De donde Habacuc: Allí, dice, estaba escondida su fortaleza, sin duda en la cruz, cuyos cuernos están en sus manos (Habacuc III, 4). La sabiduría también fue ocultada e encarnada; pues le agradó salvar a los creyentes por la locura de la predicación. ¿No se había hecho de algún modo necio, quien entregó su vida a la muerte, y llevó los pecados de muchos, y pagaba lo que no había robado? ¿No estaba ebrio de vino de caridad, y olvidado de sí mismo, contra el consejo de Pedro, que decía: Ten compasión de ti mismo? (Mateo XVI, 22). Así que su fortaleza estaba oculta, y su

sabiduría velada y encarnada: pero su benignidad no pudo ser más declarada, no más abundantemente expresada, no más evidentemente recomendada.

4. Esto lo dijimos que pertenece al amor afectuoso del corazón. Pues se puede ver a los hombres tan afectados hacia estas cosas, que apenas pueden escucharlas o recordarlas sin lágrimas. Este amor, por tanto, es contra la concupiscencia de la carne. ¿Qué dulzura puede haber en la carne para quien tanta dulzura hay en la pasión de Cristo? Pero esta dulzura puede ser engañosa si falta la prudencia; y ya será difícil evitar el veneno en la miel. Es necesario, por tanto, que esté presente la prudencia, para que podamos investigar diligentemente los misterios interiores, para que estemos preparados para dar razón a todo el que lo pida. Este amor prudente excluye la curiosidad. Pues el alma atenta a estas cosas no podrá ser curiosa de las temporales, diciendo con el Profeta: ¡Cuánto amo tu ley, Señor! todo el día es mi meditación (Salmo CXVIII, 97).

5. El tercero es que cada uno ame con fortaleza, de modo que así como no puede ser engañado, tampoco pueda ser forzado, estando dispuesto a sufrir todo por la justicia. ¿Quién no sabe que quien es rey del cielo no ambiciona los reinos terrenales ni el honor, sino que más bien los rechaza? Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 10). Por tanto, ahora Pedro es interrogado sobre estas tres cosas, porque antes había sido hallado con menos. Al oír por primera vez sobre la pasión del Señor, no pudo soportarlo, como quien ama dulcemente; pero dijo: ¡Lejos de ti!, como quien ama insensatamente. Por lo cual mereció oír: ¡Apártate de mí, Satanás, porque no entiendes las cosas que son de Dios! (Mat. XVI, 22, 23). Algo similar había en los apóstoles, a quienes se les decía: Si me amarais, ciertamente os alegraríais, porque voy al Padre (Juan XIV, 28); pero en verdad, porque aman, se entristecen. Y aman, y no aman; aman dulcemente, pero no aman sabiamente. En la misma noche en que el Señor iba a ser entregado, Pedro amaba tanto dulcemente como prudentemente, cuando decía: Estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte (Luc. XXII, 33); pero no amaba con fortaleza; porque quien cayó, no estaba en un paso firme (BOET. de Consol. phil. lib. I. vers. 1). Aún no había llegado la virtud de lo alto, que al recibirla no negó, sino que usó de voz libre: Vosotros juzgad si es justo obedecer más a Dios que a los hombres (Hech. V, 29). ¿No es congruente que se requiera amor de quien es puesto a pastorear el rebaño? Pues debe presidir sobre otros quien, embriagado con el vino de la caridad, arde, olvidándose de sí mismo; para que no busque lo que es suyo, sino más bien lo que es de Jesucristo. Y nota que cuando se le preguntó a Pedro si amaba más que estos, solo respondió que amaba, no atreviéndose a afirmar lo que antes había dicho temerariamente, y tal vez por eso se entristeció. Pues había dicho antes: Aunque todos se escandalicen de ti, yo no (Mat. XXVI, 33).

SERMO XXX. Sobre la madera, el heno y la paja.

1. No hay seguridad en ninguna parte, hermanos, ni en el cielo, ni en el paraíso; mucho menos en el mundo. Pues en el cielo cayó el ángel bajo la presencia de la divinidad; Adán en el paraíso desde el lugar de delicias; Judas en el mundo desde la escuela del Salvador. Digo esto para que nadie se engañe a sí mismo por este lugar, porque se dice: Este lugar es santo; porque no el lugar santifica a los hombres, sino los hombres al lugar. También entre nosotros hay tres tipos de personas, y son bastante incongruentes tanto con el orden como con el hombre que ha emprendido este camino. Hay quienes comenzaron bien, pero inmediatamente fallaron. Y hay quienes nunca comenzaron, sino que permanecieron en su blandura, y permanecen. Y hay quienes son arrastrados por el espíritu de ligereza, lentos para escuchar, rápidos para hablar, muy dispuestos a enumerar apresuradamente lo que hacen, si es que

hacen algo. ¿Acaso Dios los rechazará? No, si permanecen en el fundamento: pero serán salvos, aunque así como por fuego. ¿Por qué fuego? Dice el Apóstol: Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús. Si alguien edifica sobre este fundamento con madera, heno, paja; sufrirá pérdida: pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego (I Cor. III, 11, 12, 15). El fundamento es Cristo; la madera es frágil, el heno es blando, la paja es ligera. La madera son aquellos que comenzaron con fuerza, pero al romperse no se vuelven a unir. El heno son aquellos que, debilitados por la blandura que debe evitarse, no quieren tocar con la punta del dedo, como se dice, los trabajos arduos. La paja son aquellos que, sopladados por los movimientos de ligereza, nunca permanecen en el mismo estado.

2. Y ciertamente hay que temer por estos, pero no desesperar; porque si tienen a Cristo como fundamento, es decir, si terminan su vida en este camino, serán salvos, aunque así como por fuego. El fuego tiene tres cosas: humo, luz, ardor. El humo provoca lágrimas, la luz cercana ilumina, el ardor quema. Así también quien es de este tipo, debe tener humo, es decir, amargura, en su mente, porque es tibio, porque es remiso, porque es ligero; porque, en cuanto depende de él, subvierte y perturba el orden. Pero también debe tener luz en la boca, para que tal como es en la mente, así se declare en la confesión y lo llore, para que la lengua afíe la conciencia, y la conciencia acuse a la lengua. También es necesario que sienta el ardor en el cuerpo, es decir, la tribulación de la penitencia, aunque no de muchas maneras, alguna sin embargo. ¿Crees que rechazará a aquellos compungidos de corazón, confesados de boca, fatigados de cuerpo, quien quiere que todos los hombres se salven y no quiere que nadie perezca? También hay otros que edifican sobre este fundamento con oro, plata y piedras preciosas; que comienzan con vehemencia, progresan con más vehemencia, y se perfeccionan con la mayor vehemencia, no atendiendo a lo que la carne puede, sino a lo que el espíritu quiere.

SERMO XXXI. Sobre el cuidado diligente de los pensamientos.

1. Nos advierte el bienaventurado Benito, hermanos, que seamos diligentes con respecto a nuestros pensamientos (Regla cap. 7), siguiendo ciertamente el consejo del Sabio, que aconseja guardar el corazón con toda diligencia, porque de él mana la vida (Prov. IV, 23). Por tanto, se me presentan tres tipos de pensamientos, de los cuales es necesario cuidarse con mucha diligencia aquellos que se convierten al corazón, y se apresuran a presentar un templo digno de Dios en sí mismos. Pues hay algunos pensamientos a veces completamente ociosos, y que no pertenecen al asunto: que el alma puede rechazar tan fácilmente como recibir, siempre que habite consigo misma en el corazón, y asista al Señor de toda la tierra.

2. También hay otros pensamientos más violentos y adherentes, que pertenecen a las necesidades de la naturaleza, y como si fueran tomados del mismo limo del que también nosotros fuimos hechos; si se asientan un poco, no pueden ser arrancados sin lesión y dificultad. Pues a menudo nos afecta tanto el pensamiento carnal sobre la comida, la bebida o el vestido, que apenas puede ser erradicado de nuestros corazones: lo cual no es por otra razón, sino porque siendo también limoso y viscoso de alguna manera, ha encontrado una tierra igualmente limosa y pegajosa. No sin razón se dice que el hombre fue formado no de cualquier tierra, sino de limo (Gen. II, 7). Pues ve cuán limoso es el cuerpo, que incluso al espíritu se adhiere tan fuertemente y casi indisolublemente, que apenas puede separarse alguna vez con mucha aflicción. ¿Qué hacer, entonces, cuando ese pensamiento limoso ha invadido la mente? Sin duda, debemos exclamar con el santo Jacob, y decir: Rubén, mi primogénito, no crezcas: porque subiste al lecho de tu padre (Gen. XLIX, 3, 4). Pues tal concupiscencia carnal y sanguínea es roja: que entonces sube a nuestro lecho, cuando no solo

toca la memoria con el pensamiento, sino que también entra en el mismo lecho de la voluntad, y lo contamina con mala delectación. Pero bien se dice que nuestro primogénito es ese apetito carnal, que ciertamente desde el mismo inicio de nuestra vida brota en nosotros, mientras que los demás vicios se contraen con el tiempo por la milicia de este mundo y diversas ocasiones. Por tanto, es necesario reprimir el apetito que no podemos extinguir: para que tan pronto como entre en nuestro lecho, no permitamos de ninguna manera que crezca, sino que esté bajo nosotros, como dice la Escritura: Bajo ti estará tu apetito, y tú lo dominarás (Gen. IV, 7).

3. Ahora bien, el tercer tipo de pensamientos es demasiado inmundo y fétido, que no debemos admitir de ninguna manera, sino prever el hedor desde lejos, y repelerlo con toda nuestra fuerza, rechazarlo con todo nuestro ánimo, y volviéndonos inmediatamente a los gemidos, invocando con lágrimas y suspiros al Espíritu, que ayude a nuestra debilidad. Así, ciertamente, al retirarse confuso, el enemigo maligno no se atreverá tan fácilmente a ofrecer o traer algo similar a nosotros que resistimos virilmente. Digo, pues, esos pensamientos completamente inmundos y fétidos, que pertenecen a la lujuria, a la envidia y a la vana gloria, y a los demás vicios detestables. Pues es necesario, si queremos conservar nuestras almas puras, que nos opongamos con mucha indignación a los pensamientos de este tipo que aún están lejos, y los expulsemos de nosotros, para que no se les dé acceso. Y el primer tipo de pensamientos, es decir, los ociosos y que no pertenecen al asunto, es lodo, pero lodo simple, es decir, no adherente ni fétido, a menos que permanezca en nosotros por mucho tiempo, y por nuestra negligencia y descuido se convierta en otro tipo de pensamientos: lo cual experimentamos diariamente. Pues al despreciar los pensamientos ociosos como si fueran mínimos, nos deslizamos hacia lo torpe y deshonesto. Pero el segundo tipo de pensamientos, no es lodo simple, sino, como ya dijimos, viscoso y limoso. Pues el tercero debe ser evitado, no como lodo o limo, sino como el cieno más inmundo y fétido.

SERMO XXXII. Sobre el triple juicio, propio, humano y divino.

1. Así debe considerarnos el hombre como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios. El ministro de Cristo debe comportarse de tal manera que, a partir de las costumbres del hombre exterior que se ve, se estime la composición del ánimo interior que no se ve, para que no pueda ser juzgado ni por otro, ni por sí mismo, sino que diga con el mismo apóstol: Para mí es de poca importancia ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; pero ni aun yo me juzgo a mí mismo; quien me juzga es el Señor (I Cor. IV, 1, 3, 4). En estas palabras deben notarse tres juicios: el humano, el propio de cada uno, y el divino. Y el humano puede juzgar sobre las cosas exteriores, que se perciben con los sentidos del cuerpo; pero no puede sobre las interiores. De ahí que esté escrito: ¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? (I Cor. II, 11). Por lo tanto, sobre las cosas que están en el hombre, puede juzgar el espíritu del hombre que está en él; pero mucho más excelentemente juzga Dios sobre estas mismas cosas, cuyo juicio el Apóstol aún no se confiesa haber evadido, aunque ya hubiera trascendido el humano y el propio. Por cierto, despreciaba el humano quien decía: Para mí es de poca importancia ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano. Pero tampoco temía el propio quien decía: Pero ni aun yo me juzgo a mí mismo. Pues nada me reprocha mi conciencia. Solo quedaba el divino, del cual dice: Quien me juzga es el Señor.

2. Sin embargo, cada uno debe, en la medida de lo posible, presentarse irreprochable, primero ante Dios, pero también ante los hombres. Esto es lo que en otro lugar dice el mismo apóstol, diciendo: Proveed lo bueno no solo ante Dios, sino también ante los hombres (Rom. XII, 17). Proveemos lo bueno ante los hombres de tres maneras, es decir, con el hábito, la acción, la

palabra: con el hábito, para que no sea notable; con la acción, para que no sea reprehensible; con la palabra, para que no sea despreciable. También de tres maneras ante Dios, con el pensamiento, el afecto y la intención. Pues el pensamiento debe ser santo, de donde está escrito: El pensamiento santo te guardará; y el afecto puro; y la intención recta. Pero estos tres, es decir, el pensamiento, el afecto y la intención están en el alma. Pero también en ella parecen estar cada uno en sus propios lugares. Pues el pensamiento está en la memoria, el afecto en la voluntad, la intención en la razón.

3. Y para ver más claramente su uso y diferencia, tomemos un ejemplo de las cosas exteriores. En los cuerpos, si cualquier color deforme solo mancha la piel, el cuerpo se vuelve más feo, pero no se le quita nada de su salud. Pero si alguna podredumbre o tumor lívido se asienta en la carne, ya no solo se perturba la belleza del cuerpo, sino también su salud. Pero si la enfermedad, tal vez avanzando, ocupa con la misma carne también los huesos hasta la médula, entonces ciertamente se puede desesperar de la vida. De la misma manera en el alma, si el pecado es sugerido a la memoria por el pensamiento, pero ni la voluntad le da afecto, ni la deliberación misma le da consentimiento: confieso que es una deformidad, y el alma no merece oír por el momento: Toda hermosa eres, amiga mía (Cant. IV, 7). Sin embargo, aunque es una mancha, no es una enfermedad. Pero si la voluntad también, prevenida por el sentido de la delectación, se afecta, pero aún resiste la deliberación de la razón; se debilita, pero aún no muere el alma: sin embargo, es necesario clamar: Sáname, Señor, y seré sanado (Jer. XVII, 14). Pero se dice que muere cuando incluso la razón misma se inclina al pecado por la intención. Entonces consiente; y de tal se dice: El alma que pecare, esa morirá (Ezeq. XVIII, 4). David deploró este triple grado desde la persona del pecador [o, de Adán], diciendo al Señor que lo expulsaba del paraíso a la amplia vagancia de este mundo: Has afirmado tu mano sobre mí. Y porque los deseos carnales son el castigo del pecado: No hay salud en mi carne a causa de tu ira. Y ya no hay fuerza en la razón: No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados (Sal. XXXVII, 3, 4). Quien nuevamente canta esos mismos grados desde la persona del justo, diciendo: Me acordé de Dios, y me deleité, y me ejercité (Sal. LXXVI, 4). Pues se deleitó por la voluntad, se ejercitó por la razón.

4. Para que la multitud de muchas cogitaciones que suelen fluir como vil plebe en el atrio no expulse a Dios de la memoria, póngase en su puerta un portero, cuyo nombre es la recordación de la propia profesión; para que cuando el ánimo se sienta agobiado por pensamientos torpes, se increpe a sí mismo, y se diga: ¿Debes tú pensar estas cosas, que eres sacerdote, que eres clérigo, que eres monje? ¿Debe el cultivador de la justicia admitir en sí algo iniquo? ¿Conviene al siervo de Cristo, amante de Dios, meditar algo así siquiera por un momento? Diciendo estas cosas, excluirá el flujo del pensamiento ilícito por la recordación de la propia profesión. De igual manera, en la puerta de la voluntad, donde suelen residir los deseos carnales, como en la casa la familia doméstica; colóquese un portero, que se llama la recordación de la patria celestial. Pues este puede expulsar el deseo torcido, como una cuña expulsa a otra cuña, y recibir sin demora a aquel que dice: He aquí, estoy a la puerta y llamo (Apoc. III, 20). Ahora bien, al tálamo de la razón debe ponerse un guardián tan feroz y fuerte, que no perdone a nadie: sino que a cualquier enemigo, ya sea que intente entrar en secreto o abiertamente, lo rechace lejos; y este sea la recordación del infierno. Pues en los demás, es decir, en la memoria y la voluntad, no es tan intolerable si la memoria recibe alguna vez un pensamiento vago, o la voluntad un afecto impuro: pero esto es gravísimo y completamente dañino, si alguna vez la razón pierde la rectitud de la intención.

SERMO XXXIII. Sobre las palabras del salmo XXIII, «¿Quién subirá al monte del Señor?»

1. Es una palabra de exhortación, hermanos míos, que ya que todos nos esforzamos por ascender, todos tendemos hacia lo alto, todos aspiramos hacia arriba, todos intentamos subir: procuremos ascender allí donde sea bueno que estemos, donde sea seguro que estemos, de donde no debamos caer, donde podamos permanecer. Y no solo para provocar el deseo, el Profeta busca al ascensor de este monte; sino también para enseñar al que desea ascender el modo de ascender. Feliz quien ha dispuesto en su corazón las ascensiones de este monte, deseando y desfalleciendo en los atrios del Señor. Pues este monte es un monte fértil, cúmulo de todos los bienes, monte de la eterna felicidad, casa de Dios. Y bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5). Escucha al testigo fiel, porque este monte es esa casa: Oh Israel, ¡cuán grande es la casa del Señor, y cuán vasto el lugar de su posesión! grande, y sin fin, elevado e inmenso (Baruc. III, 25, 25). En verdad, no solo es un monte, sino también un monte de montes, muchas mansiones en él, muchos montes. De hecho, también sus fundamentos están en los montes santos (Sal. LXXXVI, 1).

2. Y tampoco calló esto el santo Isaías: Será, dice, el monte de la casa del Señor preparado en la cima de los montes, y se elevará sobre los collados (Isa. II, 2). ¿Por qué no un monte de montes, fundado en la alegría de toda la tierra, donde hay una tan múltiple abundancia de todas las cosas deleitables, donde hay una sola plenitud de todas las abundancias? Pues será un monte de paz, un monte de gozo, un monte de vida, un monte de gloria: y todos estos montes son un solo monte de felicidad consumada. ¿No es acaso un monte de paz, paz sobre paz, paz que sobrepasa todo entendimiento? Claramente un gran monte, paz en el corazón, paz en la carne, paz de los hombres inicuos, paz con todos los prójimos, paz de los mismos demonios, paz con Dios; y la paz no tendrá fin. Habrá gozo, pero tal como el Señor dice, gozo pleno, gozo seguro, que nadie nos quitará (Juan XVI, 24, 22). Pero también tendremos vida, y la tendremos en abundancia, para que no sea ineficaz la venida de tan gran pastor, que vino precisamente para esto a las ovejas, como él mismo testifica, para que tengan vida, y la tengan en abundancia (Juan X, 10). ¿No te parece también un monte el eterno peso de gloria sobre manera en sublimidad? Pues de todas estas cosas, y si se pueden pensar otras igualmente deseables, hay una medida de bienaventuranza buena, apretada, remecida, rebosante (Luc. VI, 38): como si juntaras muchos montes, uno de oro, otro de plata, otro de jacintos y esmeraldas, y de la gloria de todas las gemas; otro también de carmesí, púrpura y lino fino, y otras riquezas semejantes, y los redujeras a un solo monte. Pues todo nos será devuelto multiplicado. Y quien haya edificado sobre el fundamento con oro y plata, piedras preciosas, verá maravillado cómo su edificio humilde ha crecido en inmensos montes; y de una pequeña semilla cosechará grandes no tanto manojos, como montones de manojos.

3. ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿O quién estará en su lugar santo? El que es inocente de manos y puro de corazón. Bienaventurado aquel, si es que existe tal persona. Pero, ¿quién se gloriará de tener manos inocentes o un corazón puro? Nadie está limpio de impureza, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 4 según la LXX). Solo hay uno inocente entre los culpables, puro entre los impuros, uno libre entre los muertos, y no se considerará a otro aparte de él. Él es de quien has leído: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III, 13). Porque era inocente de manos, quien no cometió pecado, sino que hizo muchas obras buenas, y decía libremente a los judíos: ¿Quién de vosotros me convence de pecado? (Juan VIII, 46). ¿O quién duda que su corazón era purísimo, unido personalmente a la Sabiduría, en la cual nada impuro entra; y que alcanza todo debido a su pureza? Pero no recibió en vano su alma, quien solo tuvo el poder de poner su alma y volverla a tomar (Juan X, 18). No recibió en vano al nacer, no la puso en vano al morir, no la recibió en vano al resucitar.

4. Pero, ¿cómo no juró con engaño a su prójimo, cómo no recibió en vano su alma, cómo no hizo en vano todas esas cosas, si solo él recibe la bendición? ¿Era necesario que Cristo padeciera, resucitara y así entrara en su gloria? (Lucas XXIV, 26). Era suya. ¿Qué utilidad hay en su sangre, mientras todos descendemos a la corrupción? ¿Qué verdad hay en la promesa, si, como recordamos antes, nadie sube al cielo, sino el que descendió del cielo? Supongamos que él recibe la bendición: ¿por qué la misericordia? Pero no solo él la recibirá, o ciertamente no solo para sí mismo, si prestas atención. Sigue las sagradas palabras proféticas y ve cómo, de manera oculta, introduce a la multitud. Hablaba de uno y decía: Este recibirá; pero inmediatamente transfirió a esta generación, y dijo: Esta es la generación de los que buscan: para que en uno no entiendas la singularidad de la persona, sino la unidad del espíritu. Sin duda, este es el esposo, y esta es la esposa; y sabemos quién dijo: Ya no son dos, sino una sola carne (Mateo XIX, 6). Así, pues, él subirá, él recibirá la bendición; pero también subirán con él, o más bien en él, porque de él recibirán la bendición. Escucha esto del Profeta: Porque el legislador dará bendición, irán de virtud en virtud (Salmo LXXXIII, 8). Y esto es por lo que era necesario que Cristo padeciera y resucitara de los muertos; para que se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados (Lucas XXIV, 46, 47); y el arrepentimiento se atribuya a la inocencia, la remisión a la pureza. Bienaventurado, no en quien no encontró, sino a quien el Señor no imputará pecado (Salmo XXX, 2). Encontré, dice, un hombre conforme a mi corazón (Hechos XIII, 22). ¿Acaso para que pueda gloriarse de tener un corazón puro? No; porque las estrellas no son puras a sus ojos (Job XXV, 5); pero un corazón contrito y humillado Dios no despreciará (Salmo L, 19). Un corazón contrito es cercano al corazón puro; y esto es estar conforme al corazón de Dios: ya que está cerca de los que tienen el corazón atribulado. El samaritano es el prójimo de aquel que cayó en manos de ladrones (Lucas X, 30-36). No jurará con engaño a este prójimo suyo, sino que hará lo que prometió: En verdad os digo, os sentaréis juzgando (Mateo XIX, 28).

5. Seamos, pues, también nosotros, amadísimos, en la medida de nuestras posibilidades, seguidores de la inocencia de manos y la pureza de corazón. Sobre todo, preocupados, aunque no podamos evitar completamente por la fragilidad humana, tanto como podamos apartarnos del mal, no solo de la acción, sino también del pensamiento. Además, para que no hayamos recibido en vano nuestras almas racionales, ejercitémonos en buenas obras y usemos el consejo de la razón. ¿Cómo no recibe en vano el alma humana quien, como uno de los animales irracionales, se entrega a los placeres corporales, siguiendo solo el apetito de la carne? También añadió el Profeta: Ni juró con engaño a su prójimo. Así como conviene observar la pureza en nosotros, la inocencia hacia el prójimo; así también en nosotros y hacia el prójimo deben ejercitarse las obras de virtud, las obras de piedad. No seamos, pues, inútiles para nosotros mismos, para que no hayamos recibido en vano nuestras almas; no seamos inútiles para nuestro prójimo, para que no se demuestre que le hemos jurado en vano. El Espíritu que hablaba por el Profeta conoce nuestra fragilidad, y no quiso simplemente advertirnos sobre la utilidad del prójimo. Nos conviene sobre el juramento, para que reconozcamos la deuda, para que temamos invalidar la fe prometida. Todos estamos jurados a nuestros prójimos, con quienes hemos venido a la unidad de la Iglesia. Y esta es la profesión de la fe cristiana, para que quien vive, ya no viva para sí mismo, sino para aquel que murió por todos.

6. Y que nadie me diga: Viviré para él, pero no para ti: ya que él no solo vivió por todos, sino que también murió por todos (II Cor. V, 15). ¿Cómo vive para él quien descuida a los que él amó tanto? ¿Cómo vive para él quien no cumple su ley, quien no guarda su mandamiento? ¿Buscas la ley? ¿Buscas el mandamiento? Este es, dice, mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado (Juan XIII, 34); y el Apóstol: Llevad los unos las cargas de los

otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gálatas VI, 2). No pienses, pues, que el bien que haces al prójimo es gratuito, para que puedas incluso disimular si quieres. Eres deudor por la garantía del sacramento, y estás obligado por tu propia profesión. Este, pues, recibirá la bendición del Señor, y misericordia del Dios de su salvación. Este, porque uno recibe el premio. Pero para que no pienses que es un solo hombre, esta es la generación de los que buscan al Señor. Este recibirá la bendición, porque la cabeza y el cuerpo son uno en Cristo. Pero esta es la generación, porque en la medida de la edad de la plenitud de Cristo todos juntos nos encontraremos (Efesios IV, 13).

7. Y tal vez el mismo Señor es el monte del Señor, del cual se dice: ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿O quién estará en su lugar santo? Sin duda, él es la piedra cortada sin manos, que creció en un monte inmenso (Daniel II, 34, 35, 45): él que, exaltado de la tierra, atrae todo hacia sí (Juan XII, 32), monte coagulado, monte fértil. ¿Por qué vosotros, judíos, por qué sospecháis del monte coagulado, del monte en el que Dios se complace en habitar? (Salmo LXVII, 16, 17). En Beelzebub, dicen, príncipe de los demonios, expulsa demonios. ¡Sospecha execrable y blasfemia reprochable! Cristo es el príncipe, y gran príncipe, cuyo principado ni siquiera los mismos demonios pueden eludir. Pero el reino de ellos, dividido en sí mismo, será desolado (Mateo XII, 24, 25): su reino es íntegro y perfecto, y su reino no tendrá fin (Lucas I, 33). Hay, pues, diferencia entre el príncipe y los príncipes, ni hay comparación alguna entre el monte coagulado y fértil, y los montes solo coagulados. Este vuestro Beelzebub es un monte coagulado, pero no fértil, más bien maldito por su perpetua esterilidad. Monte, porque es elevado: coagulado, porque escama se une a escama, y su corazón está coagulado como la leche.

8. Cristo el Señor es un monte, monte coagulado, y monte fértil. Es un monte por su altura, coagulado por la multitud reunida, fértil por la caridad. Y ahora ve cómo atrae todo hacia sí, cómo todo se une a él con unidad sustancial, personal, espiritual, sacramental. Tiene en sí al Padre, con quien es una sola sustancia; tiene al hombre asumido, con quien es una sola persona; tiene al alma fiel adherida a él, con quien es un solo espíritu; tiene a la Iglesia esposa, una de todos los elegidos, con quien es una sola carne. Y tal vez esta unión carnal podría parecer que debería llamarse; pero preferí llamarla sacramental, considerando este término más digno, especialmente dado que el Apóstol dice: Este es un gran sacramento; pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efesios V, 32). Un monte muy fértil y abundante, en el que Dios se complace en habitar: ya que por eso lo ungió con el óleo de la alegría más que a sus compañeros. Monte de aromas celestiales, monte de carismas espirituales, no recibiendo el espíritu por medida, sino obteniendo toda la plenitud de las gracias. Gran monte, en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento, en el que toda la verdad de la humanidad, toda la plenitud de la divinidad habita; alto e inmenso: en el que se restauran todas las cosas que están en los cielos y en la tierra, para que Dios sea todo en todos.

9. Venid, subamos a este monte, hermanos: y si el camino nos parece arduo, descarguémonos; si estrecho, no escatimemos vaciarnos; si largo, apresurémonos tanto más; si laborioso, clamemos a él: Atráenos tras de ti, correremos en el olor de tus ungüentos (Cantar de los Cantares I, 3). Feliz quien así corra, que alcance, más bien que él mismo sea alcanzado, y merezca ser admitido en esa amplitud del monte y plenitud del cuerpo de Cristo. Feliz quien suba a ese monte beatífico con tanto deseo y perseverancia, que recibiendo un lugar en el lugar santo, aparezca ante Dios Padre en su santo, y vea su poder y gloria (Salmo LXII, 3), no otra ciertamente que el mismo monte de los montes, monte coagulado y fértil, Jesucristo nuestro Señor. En quien ciertamente por predestinación desde la eternidad aparecimos ante él que nos amó, y nos gratificó en el amado Hijo suyo, en quien nos eligió

antes de la fundación del mundo (Efesios I, 4). Pero ya entonces conoceremos, como también somos conocidos, cuando más plenamente y perfectamente exaltado ese altísimo y abundantísimo monte atraiga todo hacia sí, quien es sobre todo bendito por los siglos. Amén.

SERMO XXXIV. Sobre las palabras de Orígenes en Levítico X, 9.

1. Pueden ser perjudiciales, como temo, tal vez para algunos las palabras que ayer se leyeron a vosotros, de la homilía de Orígenes sobre aquel capítulo de la ley, donde Aarón y sus hijos son prohibidos de beber vino cuando van a acercarse al altar: si las reciben simplemente, tal como parecen sonar. "Mi Salvador," dice, "llora aún ahora por mis pecados, y está en tristeza mientras persistimos en el error." También muchas otras cosas en este sentido, tal vez más abundantemente de lo que es prudente, y no tan sobriamente como elocuentemente. ¿Qué significa este gruñido inusual? ¿O quién entre vosotros murmura algo? Sé que los doctos en la ley divina se ríen de tales palabras; pero no obstante, también me confieso deudor a los menos sabios. Y ahora no se trata del entendimiento de Orígenes. Tal vez pudo hablar hiperbólicamente: él verá, no nos importa. Aunque tampoco creo que deba callarse que la autoridad de los santos Padres transmite que evidentemente escribió algunas cosas contra la fe, y por eso aconsejan leerlo con precaución. Pero en el presente no buscamos lo que él pensó, sino que deseamos que todos vosotros, sintiendo lo que pertenece a la sana doctrina, no os mováis por esas palabras.

2. Porque, ¿cómo podría creerse que hay lugar para la tristeza en el cielo, como tampoco para la culpa? Nadie puede pecar allí, nadie puede llorar: como tampoco habría habido castigo en la tierra, si no hubiera precedido la iniquidad. En el cielo ciertamente solo hay justicia, y también solo hay alegría; en el infierno solo hay pecado, y el castigo del pecado: pero en medio se encuentran ambos, y por eso ninguno está consumado. En muchos tropezamos, porque todos tropezamos en muchas cosas (Santiago III, 2). Porque no podía haber lugar para la pasión o el dolor en el cielo, por eso el Unigénito de Dios Padre, al redimir al hombre con su pasión, así como asumió la carne en la que sufriría (quien no podía sufrir en la divinidad), así también fue visto en la tierra, y conversó con los hombres (Baruc III, 38), para humillarse incluso a sí mismo en el lugar de la aflicción. Aquí, pues, se dignó turbarse, también temer y cansarse, tentado en todo según la semejanza, pero sin pecado. En la tierra, digo, Jesús verdaderamente lloró, verdaderamente se entristeció, verdaderamente sufrió, verdaderamente murió, verdaderamente fue sepultado; pero cuando resucitó, las cosas viejas pasaron. No busques más a tu amado en tu lecho: ha resucitado, no está aquí. Es la voz de la esposa: En mi lecho busqué al que ama mi alma; lo busqué, y no lo hallé (Cantar de los Cantares III, 1). María fue quien buscó al Señor en el lecho, lo buscó en el sepulcro, y no lo halló. Más bien, los vigilantes la encontraron, y dijeron: ¿Por qué buscas al que vive entre los muertos? (Mateo XXVIII, 5; Lucas XXIV, 5). Estuvo entre los muertos, pero ya no está: estuvo entre los muertos, pero incluso entonces fue libre. Porque él mismo se turbó, él mismo puso su alma; porque él quiso, fue ofrecido (Isaías LIII, 7). Toda su debilidad fue de voluntad, no de necesidad. Por eso, lo que era débil en Dios, era más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25): para que incluso entonces, entre los pequeños, fuera grande, entre los débiles, fuerte, entre los muertos, libre.

3. Parece que también en nuestras tribulaciones hay alguna libertad, cuando, por ejemplo, por los pecados de los prójimos soportamos el trabajo de la penitencia con caridad libre y generosa, llorando por ellos, ayunando por ellos, recibiendo golpes por ellos, y pagando lo que no robamos. Por eso también Pablo dice: Siendo libre de todos, me hice siervo de todos (I Cor. IX, 19). Sin embargo, esto no tiene nada que ver con la libertad de aquel que no tuvo ningún pecado propio, que no debía nada a la muerte, que no mereció ninguna tribulación.

Porque de nosotros, incluso esas tribulaciones voluntarias, aunque el prójimo tal vez no pueda exigir las con derecho, Dios sí las exige: y si al prójimo parece que alguien le devuelve más de lo que debe, sin embargo, nadie ha devuelto jamás a Dios todo lo que debía. Para mí, dice el Apóstol, es de muy poca importancia ser juzgado por vosotros, o por un día humano; pero ni siquiera me juzgo a mí mismo (I Cor. IV, 3). Nota que en otro lugar dice: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados (I Cor. XI, 31); y también: El hombre espiritual juzga todas las cosas (I Cor. II, 15). No puso aquí juzgar, sino discernir: lo cual ciertamente es discernir y probar, como también dice: Bienaventurado el que no se juzga a sí mismo en lo que aprueba (Rom. XIV, 22). Por lo tanto, para él era de muy poca importancia ser juzgado por ellos, a quienes sabía que no les había sustraído ningún deber, que no había pecado contra nadie, sino que más bien había prestado a todos, tanto que con una conciencia segura podía hablar abiertamente: ¿Quién se debilita, y yo no me debilito? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29). Porque también a los judíos se hizo judío, para ganar a los judíos, y a los que estaban sin ley, como sin ley: finalmente, se hizo todo para todos, para salvar a todos (I Cor. IX, 22). Con razón, pues, para él era de muy poca importancia ser juzgado por ellos, a quienes se había mostrado tan sin ofensa, entre quienes había honrado tanto su ministerio. Pero tampoco se juzgaba a sí mismo en lo que aprobaba, cumpliendo perfectamente incluso consigo mismo lo que debía, la castidad del cuerpo, la misericordia del alma, y toda la solicitud de custodia para su corazón, para que tampoco en sí mismo se encontrara consciente de pecado. Pero no en esto, dice, he sido justificado: quien me juzga es el Señor (I Cor. IV, 4). Porque de su juicio no puedo escapar; y si soy justo, no levantaré mi cabeza, porque todas mis justicias son como un trapo de inmundicia ante él (Isaías LXIV, 6). No hay quien se justifique en su presencia, no hay ni uno solo.

4. Porque de los demás, no hay nadie que no deba decir a Dios: A ti he pecado; pero grande es quien puede decir en verdad: A ti solo (Salmo L, 6). Solo él fue completamente libre entre los muertos, quien no cometió pecado, cuya justicia es como los montes de Dios. Pero ya no está entre los muertos, sino que ha sido asumido de ellos, cambiado en cuerpo, cambiado también en corazón, ha entrado en las potencias del Señor, y privado de toda debilidad, despojado ciertamente de aquellas vestiduras sucias, con las que apareció primero vestido ante el profeta Zacarías (Zacarías III, 3), y vestido de espléndidas, como dice en el salmo: Has rasgado mi saco, y me has ceñido de alegría (Salmo XXIX, 12). Porque habiendo asumido la verdadera sustancia de la carne y el alma humana, la verdadera naturaleza de ambos; no le faltaron las pasiones del cuerpo, ni del alma; pero ahora ya ha sido glorificado en ambos. Creo, sin embargo, que el profeta comprendió la glorificación de ambos en un breve versículo, diciendo: El Señor reina, se ha vestido de majestad, el Señor se ha vestido de fortaleza (Salmo XCII, 1). Ciertamente majestad en el cuerpo de gloria, fortaleza en el estado imperturbable de la mente. Finalmente, mi alma está triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 38). Por eso, inclinando la cabeza, dijo: Consumado es (Juan XIX, 30); para que no se pueda sospechar de él ninguna debilidad en adelante.

5. Pero dice este: «Si el Apóstol de él mismo lamenta a algunos que pecaron antes y no hicieron penitencia por lo que hicieron (II Cor. XII, 21): ¿qué diré de él, que es llamado Hijo del amor?» Y luego: «Entonces, si buscó lo que es nuestro, ahora ya no nos busca, ni piensa en lo que es nuestro, ni se duele de nuestros errores, ni llora nuestras pérdidas y contriciones, él que lloró sobre Jerusalén? (Luc. XIX, 41.) También: "Ahora," dice, "porque el Señor es misericordioso y compasivo, con mayor afecto que su apóstol, llora con los que lloran, y lamenta a aquellos que pecaron antes. Pues no se debe pensar que Pablo llora por los pecadores y llora, pero mi Señor se abstiene de llorar." Aceptar esto de esta manera, ¿por qué no diría que todavía busca al amado en el lecho? El muerto no sabe buscar fuera de la tumba,

el enfermo fuera de la cama, el niño fuera de la cuna, a quien ama su alma. Pero él, como recordamos antes, no menos glorificado en el corazón que en el cuerpo (más aún, tanto más cuanto el alma es más amplia y capaz de gloria que la carne), así como no puede descuidar a los suyos, tampoco puede llorar por ellos. Pero, ¿cuándo podrá la fragilidad humana comprender tal afecto, que sin miseria tenga misericordia, y así ame, y ame intensamente a quien duele, o a quien está en peligro, de modo que él mismo no sufra ni se turbe en absoluto? Sin embargo, aunque esto está lejos de nuestra experiencia, para Dios nada es imposible. Por lo tanto, puede no solo para sí mismo, sino también para todos los suyos, a quienes despojó de la debilidad de la carne y revistió de virtud, e introdujo en poderes, conferirles ese amor que se regocija con los que se alegran, pero no llora con los que lloran; y así unir a aquellos a quienes ama de manera más eficaz y afectuosa, de modo que él mismo permanezca imperturbable. No hay duda de que ese amor es mucho más excelente, al igual que la medicina, si es que existe tal, se considera más valiosa, que cura las heridas de tal manera que ni su virtud ni su sustancia se disminuyen en absoluto durante la curación; que aquella que cura de tal manera que se agota o se corrompe al curar. Aunque el Señor lloró sobre Jerusalén, ya no llorará en absoluto: así como murió, pero resucitando de entre los muertos ya no muere (Rom. VI, 9): así como estuvo en el lecho, pero al levantarse ya no se encuentra en el lecho.

6. Sin embargo, incluso ahora tiene un afecto más amplio e inefable y más eficaz que aquellos que lloran por los delincuentes, o que ponen sus vidas por los hermanos: aunque él mismo, habiendo consumado su obra, no hará ninguna de las dos cosas en adelante. Esto es propio de nuestra debilidad, de aquellos cuya red aún se arrastra en el mar, y recoge de todo tipo de peces, sin discernir en absoluto. Porque él, y no solo él, sino también los apóstoles y los demás santos que están con él, ciertamente han llegado a la orilla, y no han puesto los peces mezclados en vasijas, sino solo los elegidos y buenos: porque ciertamente han arrojado fuera a los malos (Mat. XIII, 47, 48). Cuántos peces malos me veo obligado a arrastrar mientras tanto, cuántos ansiosos y molestos he reunido en mi red, cuando mi alma se adhirió a vosotros. Me congratulo con los que progresan; es un afecto agradable, es un buen pez. Me compadezco de los que decaen, lloro con los que lloran, me angustio por los que están en peligro, me debilito con los débiles, me quemo con los escandalizados. Estas son cosas graves y amargas, ciertamente peces malos. Sin embargo, los llamaría malos, no por culpa, sino por pena. Que Dios haga que no seamos abrumados por la multitud de peces malos con pusilanimidad de espíritu y tempestad, hasta que lleguemos al puerto deseado de la orilla, donde separemos y excluyamos a los malos de los buenos, para que en adelante no haya luto, ni clamor, ni dolor alguno, ni siquiera temor en nuestros confines, sino acción de gracias y voz de júbilo.

SERMO XXXV De los tres órdenes de la Iglesia, pronunciado ante los padres en el capítulo.

1. Este mar grande y espacioso (en el que ciertamente se designa nada más que el presente siglo amargo y fluctuante) es accesible de tres maneras a tres tipos de hombres, para que pasen liberados. Porque son tres: Noé, Daniel y Job (Ezequiel XIV, 14): de los cuales el primero pasa en un barco, el segundo por un puente, el tercero por un vado. Además, estos tres hombres representan tres órdenes de la Iglesia. Noé ciertamente dirigió el arca para no perecer en el diluvio, donde inmediatamente reconozco la forma de los rectores de la Iglesia: Daniel, hombre de deseos, dedicado a la abstinencia y la castidad, es el orden de los penitentes y continentes que se dedica solo a Dios: Job, también, administrando bien la sustancia de este mundo en el matrimonio, designa al pueblo fiel que posee lícitamente lo terrenal. Por lo tanto, debemos hablar del primero y del segundo, ya que están presentes venerables hermanos y coabades nuestros del número de prelados; también están presentes

monjes del orden de los penitentes: del cual, sin embargo, ni nosotros los abades debemos considerarnos ajenos, a menos que, lo que Dios no quiera, por la gracia de nuestro oficio, olvidemos nuestra profesión. Por lo tanto, paso más brevemente sobre el tercero, el orden de los casados, como menos pertinente a nosotros. Es el que principalmente atraviesa el gran mar por un vado, teniendo un viaje laborioso y peligroso, incluso largo, ya que no busca atajos en el camino. Porque es evidente que el camino es peligroso, ya que lamentamos que tantos perezcan en él, y vemos, como es necesario, que tan pocos lo atraviesan. Porque es muy difícil, especialmente en estos días, en los que la maldad ha prevalecido demasiado, evitar entre las olas de este siglo [o del mundo], el abismo de los vicios y las trampas de los pecados criminales.

2. Pero el orden de los continentes ciertamente pasa por un puente; lo cual es un camino más corto y más fácil, y también más seguro, nadie lo ignora. Pero omito las alabanzas, muestro más bien los peligros: porque esto es mucho mejor y más útil. Vuestro camino es recto, carísimos, y más seguro que el de los casados, pero no completamente seguro. Hay que temer un triple peligro; es decir, que tal vez alguien quiera igualarse a otro, o mirar hacia atrás, o ciertamente quedarse o sentarse en medio del puente. Porque la estrechez del puente no permite ninguno de estos tres, y el camino angosto que lleva a la vida. Contra el primer peligro, oremos cada uno con el Profeta: No venga a nosotros el pie de la soberbia, porque allí cayeron los que obran iniquidad (Salmo XXXV, 12, 13). Porque del que pone su mano en el arado y luego se vuelve atrás, es seguro que cae de inmediato, y el mar cubre su cabeza. Pero también el que quiera quedarse, no dejando el orden, pero disimulando progresar en él, necesariamente caerá, empujado y derribado por los que le siguen. Porque el camino es angosto; y es un obstáculo para los que quieren avanzar. De ahí que continuamente reprendan y censuren, porque no pueden soportar la pereza de su tibieza, porque como con ciertos estímulos lo urgen y empujan con las manos: de modo que es necesario uno de dos, o avanzar, o ciertamente decaer. Por lo tanto, no conviene detener el paso; tampoco es conveniente mirar hacia atrás, o igualarnos a otros; sino que debemos correr y apresurarnos con toda humildad, no sea que aquel que salió como un gigante para recorrer el camino, se aleje mucho de nosotros; a quien, si somos sabios, previendo siempre ante nosotros, y atraídos por su fragancia, correremos más fácil y rápidamente.

3. Ni tampoco se encontrará demasiado angosto el camino del puente para los que quieran correr en él. Porque está compuesto de tres maderas: para que quienes quieran apoyarse perfectamente en ellas, no resbale su pie en el camino. Estas son, el castigo del cuerpo, la pobreza de la sustancia mundana, y la humildad de la obediencia. Porque es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de los cielos (Hechos XIV, 21); y: Los que quieren enriquecerse en este siglo, caen en tentación y en el lazo del diablo (I Tim. VI, 9); y a quien la desobediencia expulsó de su Dios, sin duda por la obediencia, regresa a él por el camino recto. Por lo tanto, es necesario que estas cosas estén unidas entre sí. Porque el castigo del cuerpo, ni entre riquezas es estable, ni sin obediencia puede ser fácilmente discreto; y la pobreza en el placer y la propia voluntad no tiene ningún mérito, ni puede tener ningún valor ante Dios; y la obediencia en las riquezas y el placer no es estable, ni gloriosa.

4. Pero, con estas cosas bien dispuestas, mira si no has evitado perfectamente los tres peligros de este mar; la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida. Bien dispuestas, digo, para que en el castigo evites el nudo de la impaciencia, en la pobreza el escrúpulo de la codicia, en la obediencia la mancha de la propia voluntad. Porque los que murmuraron, perecieron por las serpientes (I Cor. X, 9); y los que quieren enriquecerse (no dice: los que son; sino, los que quieren ser), caen en tentaciones y en el lazo del diablo. Pero, ¿qué importa si, lo que Dios no quiera, no buscas riquezas, sino que desees

con tanto afecto las cosas mismas de la pobreza, o incluso más ardientemente, que los hombres seculares desean las riquezas? ¿Qué diferencia hay en que se desee cualquier sustancia, mientras el afecto esté igualmente corrompido; salvo que puede parecer más tolerable desear mucho lo que de alguna manera parece ser de mayor valor? Además, cualquiera que abiertamente o en secreto se esfuerza para que lo que tiene en su voluntad, eso le ordene su padre espiritual; se engaña a sí mismo, si acaso se halaga como si fuera por obediencia. Porque en esa cosa no obedece al prelado, sino que más bien el prelado le obedece a él.

5. Sin embargo, porque según la sentencia del Salvador, con la medida con que midamos, se nos medirá (Marcos IV, 24): es bueno para el hombre dar esto como cúmulo, para que sea del número de aquellos a quienes darán medida buena, apretada, remecida y rebosante en sus regazos. Porque basta para la salvación soportar pacientemente las molestias del cuerpo; pero es un cúmulo, también abrazarlas con gusto en el fervor del espíritu. Puede ser suficiente no buscar lo superfluo, ni murmurar por lo necesario si acaso falta; pero es un cúmulo también regocijarse y buscar con gusto, cómo otro tenga más lo necesario, y uno mismo padezca penuria. También basta para la salvación, si ni por impaciencia, ni por alguna simulación, desear inclinar la voluntad del prelado a lo que desear; pero es un cúmulo también huir de aquellas cosas en las que sientes que tu propia voluntad se deleita, tanto como sea posible con buena conciencia.

6. Por otro lado, los prelados son los que descienden al mar en barcos, haciendo obra en muchas aguas. Porque no están restringidos por un camino cierto de puente o vado, para que puedan libremente correr por todas partes, y acudir a cada uno como conviene, y dirigir el camino del puente o investigar el vado, ordenar a los que caminan, investigar y evitar los peligros, despertar a los tibios, sostener a los pusilánimes. En definitiva, suben hasta los cielos, y descienden hasta los infiernos; ahora tratando cosas espirituales y sublimes, ahora juzgando hechos infernales y horribles. Pero, ¿qué barco se podrá encontrar que soporte tan inmensos oleajes, y pueda estar seguro en tan gran peligro? Ciertamente fuerte como la muerte es el amor, dura como el infierno es la emulación, porque, según tienes en otro lugar: Muchas aguas no podrán apagar el amor (Cantar de los Cantares VIII, 6, 7). Es necesaria, y completamente necesaria, esta nave para los prelados, compuesta de tres lados, que es ciertamente la forma de los barcos, para que sea según la doctrina de Pablo: Caridad de corazón puro, y buena conciencia, y fe no fingida (I Tim. I, 5). El prelado debe tener la pureza del corazón, para que desee beneficiar, no presidir: para que no busque su propio provecho, ni el honor del siglo, ni otra cosa suya en la prelación, sino solo el beneplácito de Dios, y la salvación de las almas. Pero con intención pura, también es necesaria una conversación irreprochable, para que hecho forma del rebaño comience a hacer y enseñar: y según la Regla de nuestro maestro (S. BENED. en Reg., cap. 2), lo que enseñe a los discípulos que es contrario, lo indique en sus actos como no a hacer: no sea que el hermano a quien reprende murmure, y diga: Médico, cúrate a ti mismo (Lucas IV, 23). Tal ocasión, es gran condenación del prelado, gran perdición de los súbditos. No porque yo lo evite bien, por eso hablo así: sino que la Verdad clama igualmente a mí y a todos, porque es necesario que el que preside sea irreprochable (I Tim. III, 2), de modo que con segura conciencia responda al Señor a los que le reprochan la palabra: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Juan VIII, 46). No porque pueda estar completamente sin pecado en esta miserable vida; sino que lo que reprende en los discípulos, debe evitarlo sumamente el maestro.

7. Por esto, como es en la conversación, así debe ser también en el pensamiento oculto; no sea que exteriormente humilde, interiormente sea altivo en su corazón, presumiendo de su sabiduría, o virtud o santidad: que es sin duda fe fingida, cuando no, como muestra la

humildad de la conversación, confía solo en la piedad del Señor. Y mira cuán propiamente a estas tres, la pureza del corazón, la buena conciencia, y la fe no fingida, parecen convenir también otras palabras del mismo Apóstol diciendo: Para mí es de muy poca importancia ser juzgado por vosotros, o por juicio humano, etc. No me juzgo, dice, porque no soy consciente de nada mío, que busque algo mío, sino lo que es de Jesucristo. Pero también es de muy poca importancia para mí ser juzgado por vosotros, por la buena conciencia, y la conversación irreprochable [o vida irreprochable]. Pero el que me juzga, dice, es el Señor (I Cor. IV, 3, 4); para que también enseñara que solo en él tenía puesta su esperanza, humillado bajo la poderosa mano de Dios. Pero también juzga si puede aplicarse convenientemente a estas la triple pregunta de Pedro, para que esto sea decir: ¿Me amas, me amas, me amas? (Juan XXI, 15, 17.) ¿Tienes caridad de corazón puro, y buena conciencia, y fe no fingida? Con razón, ciertamente, se pregunta a la nave si tiene caridad, para ser constituido pescador de hombres.

SERMO XXXVI. De la altura y bajeza del corazón.

1. A Dios, por lo que se dijo recientemente, que mira a unos hacia arriba, a otros hacia abajo (Serm. 12 de Divers. n. 2); tengo aún algo que no debo callar a vuestra caridad. Porque de esos pensamientos que expresamos entonces, si bien recordáis, aunque uno sea más perfecto que otro, ambos son útiles. Pero hay quienes de otro modo tienen el corazón hacia arriba, como Dios hizo al hombre recto, y responden con seguridad a la voz del presbítero exhortante: «Lo tenemos hacia Dios.» Y hay otros, que semejantes a los animales brutos inclinados hacia abajo, se hacen objeto de burla para los espíritus inmundos, que ciertamente claman burlándose: Incurvaos para que pasemos (Isaías LI, 23). Sabéis que en la congregación de muchos es imposible que todos sean de una misma fortaleza, ya sea de cuerpos, ya sea de costumbres: porque la autoridad de nuestra Regla nos advierte a soportar pacientemente ambas debilidades (Reg. S. Bened. cap. 72), y la caridad manda condescender en algo a ambas. Esto lo ve otro, y tal vez comienza a envidiar a quien debería haber compadecido. De aquí sucede que a menudo lo beatifica en su corazón por esa cosa, de la que él se considera miserable, llevando con molestia su necesidad. Por lo tanto, se prueba a sí mismo estar inclinado y de corazón bajo, saboreando la carne, en quien ni siquiera la miseria carece de envidia. Pero a las dispensaciones que el prelado otorga con cierta consideración de caridad a la necesidad ajena, tales personas ponen su corazón, buscan cosas similares, murmuran contra quien niega irracionalmente al que pide. De aquí surgen sospechas, detracciones y escándalos.

2. No hablo de esto, carísimos, como si tuviera mucho de qué quejarme de vosotros sobre este asunto: pero he considerado necesario advertiros y protegeros por los muchos que entre vosotros son tiernos y delicados, a quienes la edad o la enfermedad exige que se modere en algo el rigor de la regla común. Gracias a él de cuyo don viene; porque veo aquí a muchos, cuya mente atenta a Dios, se ha alejado tanto de ese pensamiento bajo, que ignoran por completo a los más débiles que tienen cerca, y se quejan de hacer menos que todos. Sin duda porque siempre atienden a los superiores, con el Apóstol olvidando lo que queda atrás, y extendiéndose hacia lo que está adelante (Filip. III, 13). ¿Cuánto crees que los admiro, cuánto los venero en mi corazón, cuánto los abrazo con afecto de caridad, que como si no conocieran a los que ven diariamente con ellos: uno o dos, o incluso más, a quienes han visto en mayor fervor de espíritu, se eligen de entre todos; y aunque ellos mismos sean tal vez mejores, siempre se anteponen y proponen para sí mismos los santos estudios y ejercicios corporales, o incluso espirituales, de aquellos en el Señor?

3. Recuerdo haber dicho ya en otra ocasión, pero no me importará repetirlo, cuán elevada fue la meditación a la que un monje [o hermano] laico dedicó todo el tiempo de las vigiliat. Pues bien, al amanecer me llevó al auditorio y, postrado a mis pies, dijo: «¡Ay de mí, porque he considerado a un monje en las vigiliat, en el cual he contado treinta virtudes; de las cuales no encuentro ni una sola en mí (Ver Vida de S. Bern. lib. VII, cap. 23). Y tal vez él no tenía ninguna tan grande como esta misma humildad de emulación religiosa. Que este sea, pues, el fruto de nuestro sermón, que siempre atiendas a lo más alto de los demás, porque en ello reside la plenitud de la humildad. Pues si acaso en alguna cosa te parece que se te ha concedido una gracia mayor que a algún hermano; pero en muchas, si eres un buen emulador, podrás juzgarte inferior. ¿Qué importa si acaso puedes trabajar o ayunar más que él, y él te supera en paciencia, te precede en humildad, te sobrepasa en caridad? ¿Por qué durante todo el día te ocupas con pensamientos insensatos en lo que crees tener? Sé más diligente en saber qué te falta. Ojalá, hermanos, fuéramos tan ávidos de la gracia espiritual como los hombres mundanos lo son del dinero temporal. Ciertamente debimos, y mucho debimos, vencer el mal con el bien, y desearlo tanto más cuanto más precioso es lo que deseamos: pero ojalá al menos pudiéramos ser iguales. Gran es la confusión, muy grande, que ellos desean con más ardor lo pernicioso que nosotros lo útil; se apresuran más rápidamente hacia la muerte que nosotros hacia la vida. ¿Quién puede explicar con cuánto deseo de dinero se atormenta el avaro, con cuánto apetito de gloria se consume el ambicioso, cuán violentamente lo arrastra el placer a cada uno? Ciertamente los ves despreciar lo que han conseguido, no considerar con cuánto esfuerzo y deseo apenas lograron alcanzarlo; porque todo se les hace vil ante el deseo de una cosa menor, que han comenzado a envidiar a otro.

4. Y tú, por tanto, no pienses mucho en lo que crees tener, a menos que sea a veces, para poder dar gracias y reconocerte deudor de quien te lo dio: o bien por gracia de consolación, cuando sea necesario, para que no te entristezcas por cualquier causa. Por lo demás, atiende siempre más a lo que otro tiene y tú no tienes: porque este pensamiento te guardará en la humildad, te alejará del descenso a la tibieza, y más aún te encenderá en el deseo de progresar. Pero observa cuántos males engendra el pensamiento contrario, cuando constantemente te ocupas en lo que crees tener y consideras que otro no tiene. De aquí te elevas a la soberbia, mientras te antepones al otro; de aquí descuidas progresar, mientras te crees alguien grande; de aquí finalmente comienzas a decaer, mientras te parece que has hecho demasiado en comparación con otro: y así caes en la tibieza y comienzas a actuar con menos fervor. Sabemos, sin embargo, que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV, 6); y que maldito es el que hace la obra de Dios negligentemente (Jer. XLVIII, 10). Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque si por el espíritu mortificamos las obras de la carne, viviremos; si vivimos según la carne, moriremos (Rom. VIII, 13).

1160 SERMO XXXVII. En el trabajo de la siega, sobre las palabras del salmo XXIII, 6: «Esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob.»

1. Cansado de las diversas multitudes de hombres que buscan cosas diferentes, ¡con cuánto deseo me acerqué hoy a este grupo para refrescar mi espíritu! Gracias a Dios, no me he visto defraudado de mi deseo, ni frustrado en mi esperanza. Anhelé ver: vi, y mi alma se derretió. Estoy lleno de consuelo, reboso de alegría, todo mi ser interior bendice el nombre del Señor, y todos mis huesos dicen: Señor, ¿quién como tú? (Sal. XXXIV, 10.) Al acercarme, confieso que me pareció ver corporalmente a aquellos que el Profeta había previsto en espíritu: y de inmediato vino a mi mente lo que él había expresado con su boca, para que cantara con él, diciendo: Esta es la generación de los que buscan al Señor.

2. Muchas son las generaciones de los hombres, y, si no me equivoco, esta es la tercera generación, que ahora florece y aparece en vosotros. La primera generación, en efecto, ni buscaba aún al Señor, ni fue buscada por el Señor: cuando en el olvido de la mente y en la culpa de la iniquidad cada uno fue engendrado por su madre. La segunda, por tanto, de inmediato, como era necesario, nos ofreció un remedio apresurado del agua y del espíritu: y fue esa generación no aún de los que buscan, pero sí de los buscados; porque aún sin saber buscar al Señor, ni poder, él nos buscó. Nos buscó, pues, y nos adquirió en la segunda generación, para que fuéramos ya un pueblo de adquisición. Si acaso el hermano mayor murmura, y se consume de envidia, se le dice que era necesario celebrar y alegrarse, porque este tu hermano estaba perdido, y ha sido hallado (Luc. XV, 32).

3. Sin embargo, el Señor nos buscó de inmediato para que fuera buscado en el tiempo oportuno, cuando ya pudiera ser buscado, pudiera también ser hallado. ¡Ay de nosotros, porque tanto tiempo hemos disimulado y descuidado buscar la vida, buscar a aquel que es el único bueno para los que lo buscan, al alma que espera en él! ¡Ay de ti, generación perversa y provocadora, generación mala y adúltera, que hasta hoy busca la mentira, y ama la vanidad, sin guardar la fe a la que fuiste desposada con la verdad! ¿No necesita tal generación nacer de nuevo, ser generada de nuevo? Y más aún. Pues hechos generación de víboras, tanto más ahora es necesario entrar de nuevo en el vientre de la madre gracia y renacer, cuando se sabe que sus postreros hechos son peores que los primeros. Gracias a la misma gracia, y, si se puede decir, a la misericordia más que gratuita, que nos abruma con beneficios no solo inmerecidos, sino extremadamente mal merecidos e ingratos. Gracias a él, que os ha regenerado también esta vez en la esperanza de vida, para que recibáis la adopción de hijos. Voluntariamente ahora os ha engendrado, por supuesto, con la palabra de verdad. Pues lo que antes os engendró con el sacramento de la piedad, aunque voluntario para el que engendra, no pudo ser voluntario para los engendrados, en quienes aún no había uso de voluntad, ni ejercicio de razón; y por tanto, ningún reconocimiento de la generación misma, ningún conocimiento de tan gran generador. Ahora finalmente la generación voluntaria ofrece un sacrificio voluntario, según aquello: Voluntariamente te sacrificaré, y confesaré tu nombre, Señor, porque es bueno (Sal. LIII, 8).

4. Esta es la generación de los que buscan al Señor. ¿De los que buscan, o de los que tienen, diré? De los que tienen y buscan: de lo contrario, no podrían buscar los que no tienen. Pero, ¿qué tienen, o qué buscan? o más bien, ¿cómo tienen, cómo buscan? Engendrados por la palabra, tienen la Palabra. ¿No es acaso la Palabra el Señor? Escucha a Juan: Y la Palabra era Dios (Juan I, 1). ¿Qué más busca, entonces, la generación de los que buscan [o tienen] al Señor? Considera lo que sigue en el salmo: Esta es, dice, la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob. Por tanto, tienen y buscan al mismo tiempo, porque uno y el mismo es la palabra del Padre, y el esplendor de la gloria paterna. Y él, ciertamente, puede ser tenido sin ser buscado; pero no puede ser buscado sin ser tenido. Finalmente, es la misma Sabiduría la que habla de sí misma: El que me come, aún tendrá hambre (Eclo. XXIV, 29). Él es capaz de ofrecerse incluso al que no lo busca, quien, como hemos mostrado antes, busca y previene con la abundancia de su gracia y la bendición de su dulzura a los que aún no pueden buscarlo. Nadie, sin embargo, es apto para buscar antes de tener; porque nadie, dice, viene a mí, si mi Padre no lo atrae (Juan VI, 44). Está presente, pues, quien atrae, y de algún modo aún no está presente, quien no atrae sino hacia sí mismo. Nunca, en efecto, ni en ningún lugar está el Padre presente sin el Hijo por la fe, para atraer hacia la visión. ¿Cómo, entonces, no se regocija ahora mi espíritu? ¿Cómo no se alegra sin medida en esta generación de los que buscan al Señor? Sin duda, el hambre misma tan vehemente es un testimonio muy creíble de la sabiduría gustada. Para mí es una prueba

certísima e indudable argumento, porque tenéis a quien así buscáis, y habita en vosotros, quien tan poderosamente os atrae hacia sí mismo. No es, en efecto, de posibilidad humana este curso: su diestra hace la virtud, a quien siempre es necesario que claméis: Atráenos tras de ti, correremos en el olor de tus ungüentos (Cant. I, 3). No, digo, de hombre es esta forma de vida: ni buscamos otro testimonio de que Cristo habita en vosotros, que el hecho de que así buscáis a Cristo.

5. Veis, hermanos, qué espíritu habéis recibido, el espíritu que es de Dios, para que sepáis las cosas que os han sido dadas por Dios. Hemos oído el grado apostólico, hemos oído también el profético, incluso el angélico, a los cuales no creo que pueda aspirarse a nada más sublime. Ciertamente, de cada uno me parece encontrar algo, y algo grande en vosotros. ¿Quién temería llamar vida célibe, vida celestial y angélica? O aquello que en la resurrección serán todos los elegidos, ¿cómo no sois ya ahora, como los ángeles de Dios en el cielo, absteniéndolos completamente de las nupcias? Abrazad, hermanos, la perla preciosísima, abrazad la santidad de vida, que os hace semejantes a los santos, y domésticos de Dios, diciendo la Escritura: La incorruptibilidad hace al hombre cercano a Dios (Sab. VI, 20). Así, pues, no por vuestro mérito, sino por la gracia de Dios sois lo que sois: en lo que respecta a la castidad y santidad, ángeles terrenales, o más bien ciudadanos del cielo; pero por ahora peregrinos en la tierra. Pues mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor.

6. ¿Qué diremos de la profecía? La ley y los profetas hasta Juan (Luc. XVI, 16). La Verdad lo dice. Sin embargo, no era adversario, sino discípulo de la Verdad, quien decía también después de Juan: Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Cesó, pues, la profecía, porque ya conocemos: pero aún no ha cesado del todo, porque aún en parte. Cuando venga lo perfecto, dice, lo que es en parte se acabará (I Cor. XIII, 9, 10). Pues antes de Juan, los profetas profetizaban ambos advenimientos del Señor: y como ninguna de las partes de la salvación estaba aún en conocimiento, sino ambas en profecía. Gran género de profetizar, al que veo que os dedicáis; gran estudio de profecía, al que veo que os entregáis. ¿Qué es eso? Sin duda, según el Apóstol, no considerar las cosas que se ven, sino las que no se ven (II Cor. IV, 18), es sin duda profetizar. Caminar en el espíritu, vivir por la fe, buscar las cosas de arriba, no las de la tierra; olvidar las cosas que están detrás, y extenderse hacia las que están delante, es en gran parte profetizar. De lo contrario, ¿cómo, si no es por el espíritu de profecía, nuestra conversación está en los cielos? Así, ciertamente, los profetas de antaño no estaban como entre los hombres de su tiempo, sino que, con la virtud y el ímpetu del espíritu, saltando aquellos días, se regocijaban por ver el día del Señor; y lo veían, y se alegraban en él.

7. Pero también escuchemos la profesión apostólica. He aquí que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido (Mat. XIX, 27). Si se nos permite gloriarnos, tenemos gloria: pero si somos sabios, procuraremos tenerla ante Dios. Esta es la verdadera gloria, que el que se gloria, se gloríe en el Señor. Pues no es nuestra mano la que ha hecho estas cosas, sino el Señor. Él ha hecho grandes cosas por nosotros, quien es poderoso, para que con razón nuestra alma magnifique al Señor. Por su gran don se ha hecho, que sigamos magníficamente aquel gran propósito, del que se gloriaban los grandes apóstoles. Tal vez también si en esto quiero gloriarme, no seré insensato; pues diré la verdad; que aquí hay algunos que han dejado más que la nave y las redes. ¿Qué es eso? Que los mismos apóstoles dejaron todo, pero para seguir al Señor presente en la carne. No es nuestro decir; más seguro es escuchar al mismo Señor. Porque me has visto, dice, Tomás, creíste: bienaventurados los que no vieron, y creyeron (Juan XX, 29). Tal vez también el género de profetizar parecerá más excelente, no atendiendo a cosas temporales y pasajeras, sino a las espirituales y eternas; y no obstante, en

el vaso de barro el tesoro de la castidad es más ilustre; y en la carne frágil, la virtud es en alguna parte más probable.

8. ¿Dónde, pues, se encuentra la conversación angélica en este cuerpo, la expectativa profética en el corazón, la perfección apostólica en ambos? ¿Cuán grande es este cúmulo de gracias? ¿Qué retribuiréis al Señor por todos los beneficios que os ha dado? Alto grado, pero más peligrosa es la caída. ¿No son tres los cielos que hemos ascendido? Por tanto, el que está de pie, mire que no caiga. Veía, dice, a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). Cayó desde lo alto: fue quebrantado y destrozado, su herida es desesperada; se convirtió en un espíritu que va y no regresa. ¿Acaso también vosotros queréis ir? Satanás cayó: ¿acaso caeréis también vosotros con él? ¿Cuánto más saludable es para vosotros permanecer en los caminos del Señor, permanecer en la gracia en la que estáis? Pues bienaventurado el varón que no anduvo en el camino de los pecadores: más bienaventurado aquel cuyo auxilio está en ti, Señor. Porque tales irán de virtud en virtud, para ver al Dios de dioses en Sion, para ver en la bondad de tus elegidos, para que seas alabado con tu heredad. Ellos son, en efecto, la heredad; ellos son dioses, y todos hijos del Altísimo.

9. Así que, hermanos míos, puesto que verdaderamente y con toda certeza esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob, ¿qué os diré sino lo que el mismo Profeta dice: Alégrense el corazón de los que buscan al Señor: buscad al Señor y fortaleceos; buscad su rostro siempre? (Sal. CIV, 3, 4.) Y lo que dice otro: Si buscáis, buscad (Is. XXI, 12). ¿Qué significa, Si buscas, buscad? Buscadlo con sencillez de corazón (Sab. I, 1). No como si fuera otra cosa, no aparte de él, no después de él. Buscadlo con sencillez de corazón. La naturaleza simple requiere la sencillez de corazón. Pues también su conversación es con los simples. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos (Sant. I, 8). No puede ser hallado por aquellos que creen por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se apartan. Es eternidad: que si no se busca con perseverancia, de ninguna manera se encuentra. ¡Ay también del pecador que entra en la tierra por dos caminos (Eccl. II, 14). Pues nadie puede servir a dos señores (Luc. XVI, 13). Ni siquiera esta duplicidad ama aquella integridad, aquella perfección, aquella plenitud. Es indigno de ella, que se ofrezca a ser hallada, si no la buscas con un corazón perfecto. Pues si es odioso el perro que vuelve a su vómito, y la cerda lavada a revolcarse en el lodo (II Ped. II, 22); pero también a aquel que encuentra tibio, Dios comienza a vomitarlo de su boca (Apoc. III, 16): ¿dónde aparecerán el simulador y el traidor? Si maldito es el que hace la obra de Dios negligentemente; el que la hace fraudulentamente, ¿qué merece? Evitemos esta duplicidad, carísimos, y cuidémonos de toda manera del fermento de los fariseos. Dios es verdad, y busca tales buscadores, que lo busquen en espíritu y en verdad. Si no queremos buscar al Señor en vano, busquémoslo verdaderamente, busquémoslo frecuentemente, busquémoslo con perseverancia: para que no busquemos otra cosa por él, ni con él otra cosa, ni nos convirtamos de él a otra cosa. Pues es más fácil que pasen el cielo y la tierra, que el que así busca no encuentre, el que así pide no reciba, el que así llama no se le abra.

1163 SERMO XXXVIII. II. En el trabajo de la siega, sobre aquello del Apóstol, «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.» (Rom. VIII, 28.)

1. Parecemos pobres, y lo somos: pero si hemos recibido el espíritu que es de Dios, para que sepamos [o somos, sabemos, sabemos sin embargo qué cosas, etc.] las cosas que nos han sido dadas por Dios; gran gloria [o gracia] nos ha sido conferida, gran poder nos ha sido otorgado. A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). ¿No es potestad de los hijos de Dios esta, cuando todas las cosas nos sirven también a nosotros? Pues el mismo Apóstol sabía que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien. Pero tal

vez alguno de vosotros diga: ¿Qué tiene esto que ver conmigo? y en la pusilanimidad de su corazón medite tales cosas: Ciertamente se glorían de la potestad de los hijos de Dios, en quienes arde el amor filial hacia él, y presumen que todas las cosas les ayudan a bien, quienes aman a Dios en verdad: pero yo soy mendigo y pobre, carezco de afecto filial, estoy falto de devoción digna. Pero atiende a lo que sigue. Pues no dejó lugar a la desesperación en su Escritura, quien en otro lugar habla así: Para que por la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanza (Rom. XV, 4). Pues aquel afecto que buscas, es paz, no paciencia; está en la patria, no en el camino; ni es necesario que la Escritura consuele a los que son de tal manera.

2. Por tanto, a través de la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza, aunque aún no podamos alcanzar la paz. Por eso, después de haber dicho que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien, añadió sabiamente: A los que conforme a su propósito son llamados santos. En esta palabra, no te asuste el nombre de santidad, ya que no llama santos según el mérito, sino según el propósito, no según la afección, sino según la intención, como dice el Profeta: Guarda mi alma, porque soy santo (Salmo LXXXV, 2). Pues esa santidad que piensas, ni siquiera Pablo, aún cargado con un cuerpo corruptible, consideraba haberla alcanzado. Pero una cosa, dice, olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta del supremo llamamiento (Filipenses III, 13, 14). Ves que, aunque aún no había alcanzado el premio, ya tenía la santidad del propósito y el propósito de la santidad. Y así, si propones en tu corazón apartarte del mal y hacer el bien, mantener lo que has comenzado y siempre avanzar hacia lo mejor; pero también si alguna vez actúas menos rectamente, como es la fragilidad humana, no persistas en ello, sino arrepiéntete y corrige cuanto puedas: sin duda serás santo tú también, pero a quien mientras tanto aún le sea necesario clamar: Guarda mi alma, porque soy santo.

3. ¿Quieres entonces saber cómo todas las cosas cooperan para bien de estos santos? No me detengo en cada detalle, porque la hora no permite prolongar el discurso. Debemos irnos: ya hemos oído la campana, ya ha llegado el tiempo de la oración vespertina. Escuchad, pues, la palabra abreviada de cómo todo nos sirve, todo coopera para bien. Que nuestros enemigos sean jueces. Pues si ellos están a nuestro favor, ¿quién contra nosotros? Si nuestros enemigos actúan a nuestro favor, ¿cómo no todo junto con ellos?

4. Además, como es evidente, dos tipos de enemigos nos adversan; a saber, el doble mal que hacemos y el que sufrimos. Estos, para hablar más claramente, son la culpa y la pena. Así que, aunque ambos nos sean contrarios, si queremos, ambos serán a nuestro favor: para que uno nos libere del otro, y también contra este nos ayude aquel, y no poco. Pues nos sentimos compungidos en nuestros corazones y en el lecho de la conciencia por los delitos pasados: pero esta penitencia, y la pena voluntaria que sufrimos, alivia la conciencia y, triturando los dientes de los pecados que nos corroen, nos devuelve a la esperanza del perdón. No solo repele los pasados, sino también los futuros, pues también rechaza los vicios que nos tientan, y algunos los elimina de tal manera que rara vez, o nunca, se atreven a levantar su cabeza venenosa. Así, la pena actúa a nuestro favor contra la culpa, para que o bien no exista, o sea menor. La culpa, sin embargo, actúa de manera que o bien no exista, o sea menor la pena: no para que no exista en absoluto, o se reduzca de su cantidad, lo cual no sería conveniente; sino para que no sea pena, o sea menor la pena, es decir, para que o bien no exista, o sea menos onerosa. Pues quien haya sentido perfectamente el peso del pecado y la lesión del alma, ciertamente sentirá poco o nada la pena corporal exterior, ni considerará un trabajo aquello que sabe que borra los pecados pasados y previene los futuros. Así, el santo David no

consideró injurias las de un siervo que lo insultaba, recordando a su hijo que lo perseguía (II Samuel XVI, 11).

SERMO XXXIX. III. En el trabajo de la cosecha: Sobre las dos mesas, o sobre el riego superior e inferior.

1. Este trabajo, hermanos, nos recuerda nuestro exilio y pobreza, ciertamente también nuestra iniquidad. ¿Por qué, entonces, somos afligidos por la muerte todo el día, en muchos ayunos, en vigiliabundantes, en trabajos y penas? ¿Acaso fuimos creados para esto? ¡De ninguna manera! Pues aunque el hombre haya nacido para el trabajo, no fue creado para el trabajo. El nacimiento está en la culpa, por eso también en la pena. Todos debemos gemir con el Profeta, diciendo: En iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo L, 7). La primera creación es ajena a ambos; porque así como Dios no hizo la culpa, tampoco hizo la pena. La Escritura lo testifica claramente sobre la mayor de todas, a saber, la muerte: Por la envidia del diablo, la muerte entró en el mundo (Sabiduría II, 24): y en otro lugar: Dios no hizo la muerte (Sabiduría I, 13). Así como las manos que trabajan no cierran el ojo por ello, ni el oído se abstiene de oír; así, y mucho mejor, mientras el cuerpo trabaja, la mente misma esté atenta a su obra, y no desocupada. Que en el trabajo considere la causa del trabajo, para que la misma pena que sufre represente la culpa por la que sufre: y mientras ve la ligadura de las heridas, medite las mismas heridas bajo los vendajes. Con tal pensamiento nos humillamos bajo la poderosa mano de Dios, y la mente llena de una cierta dulce piedad se muestra miserable ante sus ojos. De aquí nos advierte la Escritura: Ten misericordia, dice, de tu alma agradando a Dios (Eclesiástico XXX, 24). Y no hay duda de que la miseria que agrada a Dios puede fácilmente obtener su misericordia. Y no digamos, de qué debemos tener misericordia de nuestras almas. Pues si no lo disimulamos insensatamente, muchas cosas dignas de misericordia podrán encontrarse en ellas.

2. Sin embargo, digo una cosa, para que parezca que os he dado ocasión, y también consideréis las demás de manera similar. ¿No estamos como puestos entre dos mesas, mirando festines de un lado y del otro mientras ayunamos? Así somos completamente, así somos. Entonces, ¿de dónde la risa para quienes están así, de dónde la broma, de dónde la ligereza, de dónde la soberbia, de dónde la altivez de los ojos? ¿Acaso no reconocemos las mesas, no consideramos los festines, no vemos las delicias? De aquí me vienen aquellos que veo viviendo deliciosamente en todos los bienes de este mundo sensible - de allí contemplo a otros, a quienes Cristo dispuso el reino, para que coman y beban sobre su mesa en el reino de su Padre (Lucas XXII, 29). En ambos lados veo a hombres semejantes a mí, mis hermanos; y, ¡ay de mí! no puedo extender la mano hacia ninguno. De ambas mesas estoy prohibido: de esta por la profesión, de aquella por el vínculo del cuerpo; de modo que no me atrevo a acercarme ni a la inferior, ni puedo a la superior. ¿Qué queda entre esto, sino comer el pan del dolor, para que mis lágrimas sean mi pan día y noche, si acaso alguno de los comensales celestiales, movido por la misericordia, deja caer en la boca del perrito que ladra bajo la mesa algunos fragmentos de aquellas delicias? Pues la consideración inferior, con la que nos compadecemos de nosotros mismos en comparación con aquellos que sabemos que viven deliciosamente en este siglo, es aún de un alma débil, y tal afecto no me agrada en un alma espiritual. Pues está más lejos del juicio de la verdad quien considera bienaventurados a aquellos que debería llorar como miserables, quienes pecan y no hacen penitencia: y se considera a sí mismo miserable no por el consenso del juicio, sino por el sentimiento del afecto, porque no es como ellos, quienes más bien deberían desear que todos fueran como él.

3. Sin embargo, esto solo es loable en tal pensamiento, si decide soportar pacientemente la misma miseria que considera, por amor o temor de Dios, y con cierta piedad dice a Dios: Por

las palabras de tus labios yo guardé caminos duros (Salmo XVI, 4). Y este pensamiento es de los principiantes, como la leche de los niños. Pero cuando el alma comienza a progresar, y a seguir con afecto el juicio de la razón; sin duda considerará todo como pérdida, y como estiércol lo considerará, llorando con el profeta sobre aquellos que abrazaron el estiércol (Lamentaciones IV, 5). Él mismo, con una cierta santa y humilde soberbia, despreciará todas estas cosas, y colocado en gran altura de ánimo, no dirá bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas, sino miserable claramente, bienaventurado en cambio, aquel cuyo Señor es su Dios. Pero mientras aquí se compadece de ellos en comparación consigo mismo, encontrará sin duda de quienes compadecerse en comparación consigo mismo, si mira hacia las riquezas celestiales, y las delicias en la diestra del Señor hasta el fin. De modo que quien antes lloraba derramando lágrimas del riego inferior, diciendo: Porque por ti somos muertos todo el día (Romanos VIII, 36), ahora emite llantos más abundantes del riego superior, diciendo: ¡Ay de mí, porque mi morada se ha prolongado (Salmo CXIX, 5).

SERMO XL. De los siete grados de confesión.

1. Me has dado a conocer los caminos de la vida, me llenarás de alegría con tu rostro, delicias en tu diestra hasta el fin (Salmo XV, 11). A ti ciertamente nos acercamos con gusto, Señor Jesús, discípulos al maestro, enfermos al médico, siervos al Señor. Pues tú eres maestro y señor, cuya escuela está en la tierra, la cátedra en los cielos. Tú eres aquel médico excelso, que con solo una palabra restauras todas las cosas. Muéstranos, Señor, tus caminos, y enséñanos tus sendas (Salmo XXIV, 4): Pues tus caminos son caminos hermosos, y todas tus sendas son pacíficas (Proverbios III, 17). Bienaventurados los que caminan en tu camino, Señor de las virtudes: más bienaventurados los que corren el camino de tus mandamientos, los que corren en el olor de tus ungüentos. Pues te regocijas como un gigante para correr el camino (Salmo XVIII, 6): y no solo corriendo, sino también saltando en los montes, y brincando sobre las colinas. Se regocijaron los gigantes filósofos no para correr tu camino, sino para buscar vana gloria, desvaneciéndose en sus pensamientos, no en la humildad o en tus virtudes, sino en las suyas. Pues no conocieron el camino de la sabiduría, ni recordaron sus sendas. No fue oída en Canaán, ni vista en Temán (Baruc III, 22). Malditos los que dijeron al Señor Jesús: Apártate de nosotros; no queremos el conocimiento de tus caminos (Job XXI, 14). Nosotros te buscamos día tras día, y queremos conocer tus caminos.

2. Tus caminos principales son dos: confesión y obediencia. En la confesión todo se lava; en la obediencia se consolidan las virtudes. La confesión es un buen ornamento del alma, que purga al pecador y hace al justo más puro. Si hay pecados, en la confesión se lavan; si hay bienes, la confesión los recomienda. Cuando confiesas tus males, ofreces a Dios un sacrificio de espíritu contrito, cuando los beneficios de Dios, inmolas a Dios un sacrificio de alabanza. Sin confesión, el justo es juzgado ingrato, y el pecador es considerado muerto. La confesión, por tanto, es la vida del pecador, la gloria del justo. Veo a David diciendo, He pecado; y oyendo, El Señor ha quitado tu pecado de ti, y no morirás (II Samuel XII, 13). Considero a María, si no con palabras, al menos con obras confesando públicamente sus crímenes, y al Señor respondiendo por ella: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho (Lucas VII, 47). Miro al príncipe de los apóstoles negando tímidamente, llorando amargamente, a Cristo mirándolo (Lucas XXII, 56-62). Veo a aquel ladrón feliz acusándose a sí mismo, excusando a Cristo, y al Señor prometiéndole: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 40-43). ¡Oh cuán sublime es esta confesión, por la cual del patíbulo al reino, de la tierra al cielo, de la cruz el ladrón condenado y crucificado ascendió al paraíso! Gloriosa confesión, que liberó al apóstol Pedro del crimen de la triple negación, y no permitió que cayera del culmen del apostolado! Institución fiel, que perdonó mucho a María que amó mucho, y la unió al cuerpo de los discípulos con el título de gran amor! Misericordia preclara,

que limpió al rey y profeta de la inundación de múltiples crímenes, y lo condujo de regreso a la gloria de su antigua dignidad! Este es el camino que nunca engañó a su viajero, que nunca abandonó sino al que la abandona.

3. De este camino hay muchas sendas, múltiples y difíciles de encontrar, difíciles de mantener, inexplicables de enumerar. La primera senda, y el primer grado en este camino es el conocimiento de uno mismo. Esta sentencia cayó del cielo: Conócete a ti mismo, hombre. Mira si no es el mismo Esposo en el Cantar de los Cantares de amor quien habla a la esposa. Si no te conoces, dice, oh hermosa entre las mujeres, sal y vete (Cantar de los Cantares I, 7), etc. El conocimiento de uno mismo consiste en tres cosas, para que el hombre conozca qué hizo, qué mereció, qué perdió. ¿Qué hay más vil, oh noble criatura, imagen de Dios, semejanza del Creador, que desfigurar tu carne con las lujurias carnales, y por un breve placer perder el torrente de la voluptuosidad? ¿Qué hay más furioso, que dejarse llevar por la ira, exaltarse con la soberbia, ser atormentado por la envidia, y ser torturado por la ansiedad? ¿Tú que fuiste nutrido en púrpura, por qué abrazas el estiércol? Recuerda también qué mereciste. Que venga a tu memoria la olla infernal, el horno de hierro de la gran Babilonia, la casa de la muerte, el domicilio de la ansiedad, la bola de llamas, la acritud del frío, las tinieblas eternas. Considera el orden de los tormentos, los rostros de los torturadores, el cambio de penas, la infinitud de las miserias; y recorre esto con los ojos intelectuales, y podrás decir: Mejor me hubiera sido no haber nacido. Vuelve los ojos, y observa qué perdiste. Recuerda cómo es la ciudad gloriosa, la morada celestial, el lugar de la vida, el palacio de la suavidad, el esplendor de la gloria, la magnitud de la gracia, la claridad infinita. Atiende al orden de los gozos, los rostros de los que se alegran, la vicisitud de las recompensas, la multitud de las delicias, y podrás exclamar: quien te perdió, lo perdió todo, Señor Dios. Si atas tu alma con este triple cordón, entenderás y advertirás que el principio de la salvación es el conocimiento del pecado (SÉNECA epístola 28).

4. El segundo grado es el de la penitencia. Estos dos están tan unidos entre sí, que no puede conocerse a sí mismo sin que se arrepienta; no puede arrepentirse sin conocerse a sí mismo. Arrepiéntase, pues, el alma, herida por el dardo de la compunción, con una triple penitencia; porque perdió la inocencia, no buscó lo perdido, y descuidó la paciencia de Dios. Sé, Señor Jesús, que nos devolviste la primera estola de la inocencia en el bautismo: y vestidos de blanco como candidatos, reinstalados en el trono de la justicia, pronto nos apartamos del camino que nos mostraste, y gastamos la porción de la sustancia que nos correspondía, con el hijo pródigo en la región de la disimilitud. Vinieron a nosotros los más viles espíritus, y los reyes de los fuegos eternos; a los purificados los impuros, a los salvados los condenados, los torcidos a los rectos, y dijeron a nuestra alma: Inclínate para que pasemos (Isaías LI, 23). Los escuchamos, y nos inclinamos: pasaron por nosotros, y perdimos la inocencia. Si es culpa haberla perdido, ¿qué, crees, será no haber buscado lo perdido? Alguien pierde algo en esta mortalidad; busca jueces, convoca amigos, lleva a juicio, no deja nada sin intentar, hasta que o bien encuentra lo perdido, o se le restituye lo robado, y guarda lo restituido: ¿nosotros perdimos nuestra herencia incorruptible, inmarcesible, incontaminada en los cielos, por las artimañas de aquel insaciable homicida y no la buscamos! ¿y nos inclinó, y no nos levantamos? Levantémonos y vayamos a nuestro Padre, diciéndole; Padre, hemos pecado contra el cielo y ante ti. Y recorriendo todo el texto de la lectura evangélica, ofrezcamos al Padre la penitencia de la mente, la contrición del corazón, si acaso, cuando aún estamos lejos, el Padre nos vea, y se mueva a misericordia, y corriendo caiga sobre nuestro cuello, y nos bese con el beso de su boca. Quizás ordenará que se traiga la primera estola de la inocencia, y nos vista con vestiduras de virtudes, y se nos dé el anillo de los secretos en nuestra mano, y se calcen nuestros pies en la preparación del evangelio de la paz. Quizás mandará que se traiga

el becerro cebado, y se sacrifique en satisfacción de los que regresan, se celebre y se exulte, y en sinfonía y coro se nos lleve a los gozos de la ciudad celestial (Lucas XV, 11, 32), donde hay gozo ante los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente. Sabemos, Señor Jesús, que no privarás de bienes a los que caminan en la inocencia (Salmo LXXXIII, 13), pero tampoco a los que caminan en la penitencia. Pues aunque solo uno cometió el pecado; bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado (Salmo XXXI, 2). Todo lo que él mismo haya decidido no imputarme, es como si no hubiera sido. Considera también cuánta soberbia has usado, o más bien abusado, de la paciencia de Dios. Te veía pecar, y disimulaba, como si no viera; te llamaba, y no escuchabas; te amenazaba, y no temías; te prometía, y despreciabas, ni atraído por las promesas, ni golpeado por el terror. ¿Ignoras que la paciencia de Dios te llevó al arrepentimiento? Teme con gran temor, no sea que hayas atesorado para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Romanos II, 4, 5), y recuerda que es horrendo caer en manos del Dios vivo (Hebreos X, 31). Ata, pues, con este triple emplasto de penitencia la herida de tu alma, y di: Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo; sáname (Salmo VI, 3), etc.

5. El tercer grado es el dolor; pero también está conectado con una triple misión.

Verdaderamente, después del conocimiento y el arrepentimiento, mi dolor se ha renovado, y en mi meditación el fuego se ha encendido, porque ofendí al Creador, no temí al Señor, desprecié al benefactor. ¿Acaso no sois como el barro en manos del alfarero, también vosotros en mi mano, dice el Señor (Jeremías XVIII, 6)? Si Él te hizo un vaso de honor, ¿por qué te atreviste a hacerte de deshonra? ¿Acaso dice la creación al creador: ¿Por qué me hiciste así? (Romanos IX, 20). ¿Te atreviste a provocar al Creador, obra al artífice, criatura al Creador? Recuerda, vilísima vasija, que si caes sobre esta piedra, te romperás; si Él cae sobre ti, te triturará con una destrucción temible, de modo que no quede ni el más mínimo rastro. Pero tú mezclaste sangre con sangre, ofendiendo al Creador y sin temer al Señor. Eras siervo de ese Señor, cuya ira nadie puede resistir; y en sus mandamientos habías recibido su voluntad. No quisiste entender para obrar bien, sino que, resistiendo al mandato del soberano, decidiste vivir bajo tu propia ley dentro de su república. ¿Acaso escuchaste qué sentencia recibe el siervo malvado, que conociendo la voluntad del Señor y no haciéndola, es reservado para muchos azotes? (Lucas XII, 47). Los ángeles están presentes para escuchar la voz de sus palabras (Salmo CII, 20); las estrellas son llamadas y dicen: Aquí estamos (Baruc III, 35); los vientos y el mar le obedecen (Mateo VIII, 27), y todo mantiene la ley establecida con firmeza inquebrantable; ¿tú solo eres peregrino y no te preocupas por los decretos imperiales de la majestad? Escucha que puede enviarte a las tinieblas exteriores, donde el llanto y el crujir de dientes se multiplican con perpetua infelicidad. Si no te conmueve la ofensa al Creador, la reverencia al poder, al menos que te conmueva la ingratitud, por haber despreciado a un benefactor tan grande en tantos beneficios. ¿Dónde encontrarás un benefactor similar, que te proporciona el curso de los astros, la templanza del aire, la fecundidad de la tierra, la abundancia de frutos? Finalmente, para agregarte la suma de todos los beneficios de la vida, no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros (Romanos VIII, 32): entregando al Unigénito por los adoptivos, al Señor por los siervos, al justo por los impíos. ¿Qué más debía hacer por ti y no lo hizo? Si con este dolor te dolieras, podrías decir con el Profeta: Me duele el vientre, me duele el vientre, los sentidos de mi corazón están turbados (Jeremías IV, 19).

1168 6. El cuarto grado es la confesión de la boca. Después del conocimiento de sí mismo, después del arrepentimiento de la mente, después del dolor del corazón, sigue la confesión de la boca. En todo esto se cree con el corazón para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X, 10). Pero también esta es triple, si alcanza la virtud de la

salvación. Debe ser verdadera, desnuda y propia. El Altísimo busca la verdad: ¿y dónde quiere ser engañado quien no pretende engañar? Conocemos a muchos y hemos experimentado, que al venir a la gracia de la confesión, regresaron a su conciencia más cargados que liberados de pecados. Dicen, si son clérigos, lo que hicieron en el conflicto literario; si son soldados, lo que hicieron en el conflicto gladiatorio: para introducir el orgullo bajo el manto de la humildad, condenándose en un signo tan grande, bajo el cual consiste la suma de toda la salvación humana. También hay otros, a quienes el miedo impulsa a la confesión; otros, a quienes la simulación conduce. Confiesan para al menos parecer confesados en apariencia. ¿Acaso crees que esa es la verdadera confesión, que el miedo extorsionó o la simulación hizo, cuando el Espíritu Santo de la disciplina huye del fingido (Sabiduría I, 5), y el Omnipotente busca la satisfacción gratuita? Esa es la verdadera confesión, que descendiendo de la contrición de la mente, no es forzada por el miedo, ni cubierta por la ficción; sino que en espíritu contrito profiere lo que siente. Debe ser desnuda, despojada del velo de toda ocultación. ¿De qué sirve decir parte de los pecados y ocultar parte; limpiarse en parte y servir a la inmundicia en parte? ¿Acaso de un mismo vaso puede brotar dulce y amargo, sabroso e insípido? Todo está desnudo y abierto a los ojos de Dios (Hebreos IV, 13): ¿y tú le ocultas algo a quien ocupa el lugar de Dios en tan gran sacramento? Muestra y desnuda todo lo que desgarras tu corazón; descubre la herida, para que sientas la obra del médico. En la simplicidad del corazón debes buscar al Señor (Sabiduría I, 1), no en la duplicidad; porque ¡ay de aquellos que hablan con doblez de corazón y caminan por dos caminos (Eclesiástico II, 14). Debe ser también propia. Hay muchos que enumeran con gran gravedad los pecados de otros, y hablan de los excesos de sus compañeros con multiforme declamación: no conocen los suyos, pero han encomendado los ajenos a la memoria perpetua. Infelices y miserables, a quienes se les ha dado llorar por los ajenos, ¡dejar los suyos! ¿Acaso no has leído que el justo es en el principio del discurso acusador de sí mismo? (Proverbios XVIII, 17). De sí mismo, dice la Escritura, no de otro. ¿Acaso has olvidado al apóstol Santiago diciendo: Confesaos unos a otros vuestros pecados? (Santiago V, 16). Dijo vuestros, no ajenos. Mi iniquidad yo la reconozco, y mi pecado está siempre ante mí (Salmo L, 5). Dijo el Profeta mi, no tuya.

7. El quinto grado es la mortificación de la carne; pero también está consagrada con el número ternario. Conviene que se haga en secreto, con licencia, discretamente. Rompe tus tiernos miembros, criados en exquisitas delicias, con un martirio prolongado, para que sepas abstenerte de lo lícito tanto como recuerdes haber perpetrado lo ilícito. Esto debe hacerse en secreto, para que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha (Mateo VI, 3). No debe ser la custodia de tan gran bien en boca de los hombres, sino en lo oculto de tu corazón, para que tu gloria sea el testimonio de tu conciencia (II Corintios I, 12). No decimos esto para que tu luz no brille ante los hombres, para que glorifiquen a tu Padre que está en los cielos (Mateo V, 16), sino para que no escondas tu intención en la brevedad de la gloria vil. Nada es más infeliz que mortificar aquí la carne con ayunos, afligirla con vigiliass, y recibir aquí la gloria, allí el infierno. Debe hacerse con licencia, porque todo lo que se hace con la licencia del pastor es más grato a los ojos de Dios; y el Altísimo acepta singularmente esa ofrenda que no es de la propia voluntad, sino que se ofrece por mandato del que manda. Mucho vale para refutar el orgullo la exclusión de la propia voluntad: que no puede extirpar quien ama la vanidad de este mundo. La discreción debe mantenerse en esta severidad, para que no perdamos la salud al querer flagelarnos demasiado; y al buscar someter al enemigo, matemos al ciudadano. Considera tu cuerpo y la capacidad de tu cuerpo, observa la complexión de la carne, impón un límite a tu severidad. 1169 Mantén tu cuerpo íntegro para el servicio del Creador. Hemos visto a muchos que al principio golpearon tanto su carne, y rompieron las

barreras de la discreción, que se volvieron incapaces de los solemnes actos de alabanza, y fueron cuidados con un aparato más lujoso durante largos tiempos.

8. El sexto grado es la corrección de la obra; pero también está consagrado con el número de la trinidad, a saber, que no te hagas mal a ti mismo, no dañes a otro, ni consientas al que daña. Has experimentado cuán frágil es la inmersión en los placeres, ¿y tú vuelves allí? Has advertido que el placer pasó, y el pecado permaneció. Reprime tu pie de los caminos infames de la lujuria más inmundada. Somete tu cuello a los mandamientos del Altísimo, para que no haya iniquidad en tus manos. Corta las comidas solemnes y las conversaciones vanas de la gula desenfrenada. Aparta tus ojos para que no vean la vanidad (Salmo CXVIII, 37), cierra tus oídos para que no escuchen la sangre (Salmo XXXIII, 15); y entonces podrás decir: Me castigó el Señor, me castigó (Salmo CXVII, 18). ¿De qué sirve contener tus obras dentro de la línea de rectitud, si deseas dañar a otros? Quien no hizo mal a su prójimo, y no aceptó reproche contra sus vecinos, descansará en el monte santo de Dios (Salmo XIV, 3), recibiendo bendición del Señor, y misericordia de Dios su salvador (Salmo XXXIII, 5). No te presumas inocente, a menos que con toda la autoridad que puedas, reprendas a los impíos y a los que caminan contra la virtud, y te opongas como un muro por la casa de Israel, castigándote a ti mismo, no dañando a otro, ni consintiendo al que daña. Es verdadera esa sentencia: Quien, pudiendo corregir, lo descuida, sin duda se constituye partícipe del delito. Pues cuando la causa de Dios se ventila en medio, y la falsedad se antepone a la verdad, quien no resiste por la persona que representa, será condenado por su silencio.

9. El séptimo grado es la perseverancia; pero también está dedicada a la santificación del número ternario. La perseverancia la hacen la imitación de los santos, la brevedad de los tiempos, la fragilidad de los cuerpos. ¿Qué no puedes soportar, cuando ves a jóvenes, niños, vírgenes, ancianas, ancianos, decrepitos, no solo aceptar, sino buscar diversos tormentos por Cristo? Considera la edad de los niños, el fuego de los jóvenes, la ternura de las vírgenes, la fragilidad de las ancianas, la debilidad de los ancianos, la imposibilidad de los decrepitos: y dondequiera que vuelvas tus ojos, encontrarás en estas edades una multitud de ejemplos que han corrido valientemente hacia la palma del martirio. ¿Acaso no fuiste formado del mismo barro y animado por el mismo espíritu? Y tal vez no hay persecución para que sufras martirio; ni eres condenado si sirves a Cristo: al contrario, eres alabado y proclamado por todos. Pero si también se avecina la persecución, debe ser despreciada por su brevedad. Bien nos ha provisto la naturaleza, que demuestra que ningún dolor es largo o grande. Si es grande, no puede ser largo. La unión del cuerpo y el alma no soporta tormentos prolongados, sino que, sacudida por la magnitud del estupor, se disuelve con gran rapidez. Es de gran ánimo despreciar grandes tormentos, que en breve producen tal cambio, que hacen volar al paciente del trabajo al descanso, de la miseria a la gloria. También debe considerarse la fragilidad del cuerpo, que a menudo algún caso muy leve, o la acumulación de una fiebre ardiente, pueden sofocar en breve momento. Concede, pues, a la virtud, si es necesario, lo que alguna vez debes a la necesidad, obteniendo por breve peligro una recompensa eterna.

10. Ves, pues, cuán difícil es el camino de la confesión para correr, cuán múltiples son las sendas para mantener. Es verdad lo que dijo aquel gran maestro de la Iglesia: «Más fácilmente encontré a quienes conservaron la inocencia, que a quienes hicieron una penitencia adecuada (S. AMBROSIO, libro II de Penitencia, capítulo 10).» Hemos hablado de la vía de la confesión según nuestra medida, reservando los pesos de las sentencias más sublimes para los más sublimes. Sin embargo, intentaremos abrir el camino de la obediencia bajo otro principio del discurso, para que nunca lleguen a ser tediosas las palabras del Señor Salvador, que es bendito por los siglos.

1170 SERMON XLI. De la virtud de la obediencia, y sus siete grados.

1. No podemos pensar algo de nosotros mismos, como si fuera de nosotros, sino que nuestra suficiencia es de Dios (II Corintios III, 5). ¿Qué puede pensar el espíritu encerrado en este vaso de barro y fragilidad de la complexión humana, encerrado en la cárcel del espíritu, corrompido por el pecado, deprimido por lo terrenal? Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma; y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15). Sin embargo, el Espíritu de sabiduría es benigno (Sabiduría I, 6), que ilumina al espíritu encerrado, sana al corrompido, y levanta al deprimido. Es el Espíritu de piedad, que libera a los encadenados, ilumina a los ciegos, y levanta a los abatidos. Es también el Espíritu de verdad, que nos enseña toda la verdad; no solo enseña, sino que también sugiere (Juan XIV, 26). Sugiere para que busquemos, enseña para que entendamos. Él es, a quien el Señor Jesús, después de la obediencia al Padre hasta la muerte de cruz, envió a sus apóstoles, sus obedientes. ¿No te parece que han alcanzado el pináculo de la obediencia singular, quienes, habiendo recibido la licencia de permanecer en la ciudad, encerrados dentro de los límites de una pequeña casa, perseveraban unánimes en oración? (Hechos I, 14). Entendiste que los apóstoles iban gozosos del consejo, porque fueron considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hechos V, 41). ¡Oh, cuán grandes fuerzas de obediencia sostienen, quienes se alegran de ser llevados al consejo por Cristo, consideran dignidad ser azotados por Él, buscan la gloria de morir por Él! Bienaventuradas almas, y abundantes en la majestad del Espíritu: para quienes la vileza es sublimidad; la afrenta, gloria; la paciencia, victoria, con admirable mutabilidad. Su alma está llena de oprobio para los abundantes, y de desprecio para los soberbios (Salmo CXXII, 4). Ves cómo con frente libre irrumpen en el rostro de los pontífices, en el ceño de los fariseos, en el tumulto del pueblo diciendo: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos V, 29). Observa esas dos grandes luminarias, Pedro y Pablo, y todo el orden del senado apostólico; y allí verás la firmeza de la obediencia que ha permanecido valientemente entre la multitud de tormentos. ¿No fue el mismo Hijo del rey, rey de aquella región que resplandece con gozos continuos, obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, y aprendió la obediencia por lo que padeció? Escuchaste la miseria, escucha también la corona; viste el peligro, ve el premio, atendiste la debilidad, atiende el poder. Por lo cual, dice, Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses II, 8, 9).

2. Pero callemos por ahora sobre esa obediencia, que está cerrada y sellada con prerrogativa singular. Que salga a la luz aquel gran patriarca, luz de la fe, forma de la obediencia, príncipe de la justicia. Escucha del Omnipotente: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre; y ven a la tierra que te mostraré (Génesis XII, 1): y a la voz de un solo mandato, huye de su patria, deja a sus padres, abandona su herencia, y entra como nuevo huésped en tierras ajenas. Gran cosa, y consagrada con el privilegio de la dignidad primitiva en el padre de muchas naciones. Primero renuncia a sus facultades, y recorre el camino de la obediencia con infatigable velocidad. Finalmente, cuando había recibido un hijo en su vejez, en quien se había acumulado la bendición de todo el mundo, Dios le dice: Toma a tu hijo único, a quien amas, Isaac, y ofrécelo a mí en holocausto (Génesis XXII, 2). ¡Oh cuánta amargura en estas palabras, cuánta separación de piedad del corazón del padre! Se le ordena matar a su hijo, hueso de sus huesos, y carne de su carne; hijo de gran promesa, de extrema vejez, de su propia mujer; hijo prometido maravillosamente, nacido felizmente, educado inocentemente. Y para que nada falte, para que el incendio del dolor más tierno arda dentro de las entrañas paternas, se añade, único. Hay muchos hijos, pero no únicos. Este es hijo, y también único. Este único para el padre, único para la madre, reservado para la herencia. No mires a Ismael, porque, nacido en servidumbre y de una esclava, no pertenecía a la libertad ni a la herencia.

Porque hay muchos hijos y únicos, 1171 pero no amados; para aumentar la tribulación en el corazón del padre, y comprobar la obediencia en la mente del justo, el Señor añade, a quien amas. Para que la ternura del padre recrudezca con el recuerdo del nombre amado, y toda la piedad interior arda al sonido de la voz querida, el niño es nombrado por su nombre, que fue llamado por el Señor antes de ser concebido en el vientre. Ves cuántos martillos de tribulación golpean la piedad de Abraham, a quien se le ordena tomar a su hijo, matar al único, a quien ama, inmolar a Isaac. Mucho tentado, mucho probado, mucho quemado. Dulce relación del hijo al padre, del padre al hijo: Abraham olvida esta dulzura y todos los afectos de las relaciones necesarias; ensilla su asno, prepara la leña, enciende el fuego, saca el cuchillo. No pregunta al Señor, por qué; no murmura, no se queja, ni siquiera muestra el rostro de un doliente; sino que, ignorante de todo lo que se le ordena, se apresura con piedad cruel a la muerte de su hijo. Por eso, la virtud de la obediencia suprema y admirable en Abraham, y digna de ser alabada con elogios de singular excelencia.

3. La obediencia verdadera es una virtud muy poderosa, y no puede penetrar en el alma a menos que esté completamente limpia de las manchas de este mundo. Para que su camino sea más claro, expliquemos, en la medida de lo posible, qué es la obediencia especial a Dios, la obediencia propia al hombre y la obediencia común entre Dios y el hombre. Hay ciertos males supremos y ciertos bienes supremos. Los bienes supremos son amar a Dios, amar al prójimo, decir la verdad, no robar, no dar falso testimonio, no cometer adulterio, y muchos otros que la brevedad del discurso impide enumerar. Los males supremos son lo contrario de estos y similares a ellos. Dios nos manda hacer el bien y nos ordena abstenernos del mal. La autoridad santa e inmutable de este mandato no puede ser refutada de ninguna manera, porque está sellada con el carácter de aquel que dice: Yo soy el Señor, y no cambio (Malaquías III, 6). Si, por lo tanto, el hombre que Dios ha puesto sobre nuestras cabezas desea pensar de otra manera, llamando a la oscuridad luz y a la luz oscuridad, para ordenar que abandonemos los bienes mencionados o que nos aferremos a los males antes mencionados, debemos rechazar audazmente el mandato del que ordena y decir con voz libre: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos V, 29). Esta es la obediencia especial a Dios, que de ninguna manera debe ser ajustada al juicio del hombre, sino mantenida con un propósito inmutable. Por lo tanto, mantén una regla segura, para que no abandones los bienes mencionados ni cometas males por mandato de los superiores. Entre los males supremos y los bienes supremos, hay ciertas cosas intermedias que, dependiendo de cómo se manejen, asumen el nombre de bien o mal. Las cosas intermedias son caminar, sentarse, hablar, callar, comer, ayunar, vigilar, dormir, y otras similares: si se hacen con el permiso del pastor, esperan una gran recompensa. En estas cosas intermedias debemos ser sumisos y obedientes al mandato de los superiores, sin preguntar nada por causa de la conciencia (I Cor. X, 25); porque en estas cosas Dios no ha fijado ninguna obra, sino que las ha dejado al mandato de los superiores para que las dispongan. No te dejes perturbar por un maestro inexperto o un poder indiscreto; recuerda que no hay poder sino de Dios; y quien resiste al poder, resiste a la ordenación de Dios (Rom. XIII, 1, 2). Esta es la obediencia propia del hombre, que debemos al hombre al que estamos sujetos. Esta obediencia también es común entre Dios y el hombre; porque cualquier obediencia que se muestre a los superiores, se muestra a aquel que dice: Quien a vosotros oye, a mí me oye (Lucas X, 16). Por lo tanto, decimos que debemos caminar con gran cautela por este camino; porque hay muchos escalones ocultos allí, de los cuales, quien deje uno, retendrá los demás sin recompensa.

4. El primer escalón es obedecer de buena gana. Toda edad, desde su juventud, se inclina al mal (Gén. VIII, 21), y cada uno sigue la voluntad de su corazón perverso. Desde la angustia de la primera transgresión, el amor a la propia voluntad ha nacido en el hombre, que, al

abandonar la voluntad de su Creador, se sometió a la servidumbre donde quiso dominar. Por lo tanto, es difícil abandonar la propia voluntad y servir a la voluntad de otro. Sin embargo, por muy difícil que sea, no puede ascender al primer escalón de la obediencia quien no haga suya la voluntad del que manda. En su voluntad, el justo se gloria de confesar al Señor. Por eso dice: Voluntariamente te sacrificaré (Sal. LIII, 8). Solo la voluntad es la que adorna el efecto de toda obra, sin la cual nada se hace bien, aunque parezca bueno. Por lo tanto, los mandatos de los superiores deben ser aceptados con voluntad, y el corazón debe ser apartado de sus reflexiones voluntarias, hasta que la propia voluntad, sacrificada, ame el mandato del que manda. Esto es obedecer de buena gana, cumplir voluntariamente la voluntad de los superiores.

5. El segundo escalón es obedecer sencillamente. Quien camina sencillamente, camina con confianza (Prov. X, 9). Salomón ofreció todo con alegría en la sencillez de su corazón; y la Escritura muestra que debemos buscar al Señor con sencillez de corazón (Sab. I, 1). Vemos a muchos que, después del mandato del que ordena, hacen muchas preguntas: ¿Por qué, para qué, por qué razón?, preguntan con frecuencia; repiten quejas constantes; preguntan: ¿Por qué manda esto? ¿De dónde viene esto? ¿Quién aconsejó esto? De ahí surge la murmuración, palabras que suenan a murmuración e indignación, y que huelen a amargura. De ahí la frecuente excusa, la simulación de imposibilidad, la invocación de amigos. No así Abraham. Escucha lo que el Señor dice sobre el pueblo sencillo. En el oído, dice, me obedeció (Sal. XVII, 45): para mostrar que, en un mismo momento, surgieron tanto el mandato del que ordena como la obediencia del que obedece. No os engañéis, Dios no puede ser burlado (Gál. VI, 7). ¿Murmuras contra el superior en la tienda de tu cuerpo? Él levanta su mano para derribarte con la diestra de Dios. Camina, pues, sencillamente en los mandatos de la obediencia, añadiendo a la voluntad la sencillez, a la intención la iluminación. Porque la fortaleza del sencillo es el camino del Señor (Prov. X, 29), que es la obediencia. Por lo tanto, se revisten de fortaleza quienes son obedientes y caminan sencillamente.

6. El tercer escalón es obedecer con alegría. Dios ama al dador alegre. No con tristeza, dice el Apóstol, ni por necesidad (II Cor. IX, 7). La serenidad en el rostro, la dulzura en las palabras, colorean mucho la obediencia del que obedece. Por eso, aquel poeta pagano dice: "Sobre todo, los buenos rostros se añadieron" (OVID. Metam. lib. VIII). ¿Qué lugar hay para la obediencia donde se ve la tristeza? A menudo, los signos exteriores muestran la voluntad del alma, y es difícil que no cambien el rostro quienes cambian de voluntad. La composición nublada del cuerpo y el rostro oscurecido por las sombras de la tristeza indican que la devoción ha abandonado el alma. Mira a David saltando alegremente ante el arca del Señor, y cómo reprime sabiamente la indignación de la mujer orgullosa. Jugaré, dice, y seré aún más vil ante el Señor (II Sam. VI, 14-22). Ves, pues, cuán necesaria y conveniente es la alegría en la ejecución de la obediencia. ¿Quién manda de buena gana a alguien que exhala tristeza? Si quieres ser perfecto, recibe el mandato del que ordena con alegría y gran vivacidad en el rostro, para que añadas la alegría del rostro a la voluntad del corazón y a la sencillez de la obra.

7. El cuarto escalón es obedecer rápidamente. La palabra de Dios corre rápidamente (Sal. CXLVII, 15), y desea tener un seguidor rápido. Ves con qué rapidez corre aquel que dice: Corrí por el camino de tus mandamientos (Sal. CXVIII, 32). El fiel obediente no conoce demoras, huye del mañana, ignora la tardanza, se adelanta al que manda, prepara los ojos para ver, los oídos para oír, la lengua para hablar, las manos para obrar, los pies para caminar; se recoge todo a sí mismo para recoger la voluntad del que manda. Mira al Señor mandando apresuradamente, y al hombre obedeciendo apresuradamente: Zaqueo, dice, baja rápidamente, porque hoy debo quedarme en tu casa. Y bajó rápidamente y lo recibió con

alegría. Observaste que bajó apresuradamente y lo recibió con alegría. Escuchaste la obediencia, escucha también la recompensa de la obediencia. Porque hoy ha llegado la salvación a esta casa. Observa también, a partir de esta obediencia, el gran misterio de la conclusión y la sentencia sellada con el sello de la misericordia: Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lucas XIX, 5, 6, 9, 10). ¿No has leído que se ordena a los hijos de Israel que coman el cordero apresuradamente? (Éxodo XII, 11). La comida apresurada del verdadero Cordero está destinada a cumplirse; porque las palabras que dio a través de la ley, que presentó en persona, que dejó para ser transmitidas por los superiores de la Iglesia, deben ser cumplidas con obediencia rápida. Y tú, por lo tanto, cuando hayas unido la voluntad al corazón, la sencillez a la obra, la alegría al rostro, añade también la rapidez; para que seas, según el apóstol Santiago, rápido para escuchar (Santiago I, 19), y más rápido para cumplir.

8. El quinto escalón es cumplir con valentía. Actuad con valentía, y fortalezca vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor (Sal. XXX, 25). No es fortaleza ir hacia la desobediencia, sino no ser apartado de la obediencia. Si la tribulación resuena, si la persecución responde, si los pecadores te tienden una trampa, si los malvados obstaculizan tu camino; no abandones el camino de la obediencia, sino di: Estoy preparado, y no estoy turbado, para guardar tus mandamientos (Sal. CXVIII, 60). ¿Qué utilidad tienen las cosas enumeradas anteriormente si falta la fortaleza, que coloca las virtudes en la cima de la constancia y las protege con un muro al que no puede aspirar el ímpetu de los furiosos? ¿Has extendido tu mano hacia lo fuerte? Debes actuar con insistencia y obedecer con constancia; y no debes abandonar tan regia senda ante la aspereza de las palabras o los golpes, sino que debes retenerla con fervor más tenaz. Y para concluir brevemente las cualidades de la fortaleza, es la virtud que guarda y protege las virtudes. Une, pues, la fortaleza a la rapidez, la constancia a la insistencia, y entonces cantarás seguro: La mano del pecador no me moverá (Sal. XXXV, 12).

9. El sexto escalón es obedecer humildemente. En nuestra humildad, se acordó de nosotros quien nos hizo (Sal. CXXXV, 23). La humildad es una gran virtud, sin cuya obtención la virtud de la fortaleza no solo no es virtud, sino que también estalla en el vicio de la soberbia. ¡Cuán valientemente corría Saúl cuando era pequeño a sus propios ojos! ¡Cuántos ejércitos de filisteos derribaba! ¡Con cuánta fuerza blandía la espada! Pero cuando la soberbia lo tomó y pasó al afecto del corazón, se volvió débil e impotente, y cayó fácilmente bajo las armas de los incircuncisos. Mira al rey en quien la humildad sublime y la sublime humildad brillan con feliz composición. Señor, dice, no se ha exaltado mi corazón, ni se han levantado mis ojos (Sal. CXXX, 1): y recorre con atención todo su itinerario; y dondequiera que vuelvas los ojos, encontrarás que está salpicado de flores de humildad. Escucha en otro lugar lo que dice: Guardaré mi fortaleza para ti (Sal. LVIII, 10). ¡Cuán verdaderamente habla el justo ejecutor de la justicia! Hay muchos que no guardan su fortaleza para Dios, sino para la vana gloria; que confían en su propia fuerza; que se glorían de las virtudes recibidas, como si no las hubieran recibido, haciendo injuria al Creador, de quien proviene todo buen regalo y todo don perfecto (Santiago I, 17). Para que la fortaleza no se convierta en soberbia, debe ser sazónada con la sal de la humildad; porque de nada servirá obedecer valientemente si se llega a enorgullecerse desafortunadamente. Por lo tanto, guardan su fortaleza para Dios quienes, cuando han hecho lo que deben hacer, pueden decir: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer (Lucas XVII, 10).

10. El séptimo escalón es obedecer sin cesar. No el que comienza, sino el que persevera, este será salvo (Mateo X, 22). Comenzar es de muchos; perseverar es de pocos. La perseverancia es la hija singular del rey supremo, el fruto de las virtudes, su consumación, el depósito de

todo bien; virtud sin la cual nadie verá a Dios, ni será visto por Dios: es el fin para justicia de todo creyente, en el cual el conjunto de virtudes ha consagrado su reverendo tálamo. ¿De qué sirve correr y desfallecer antes de la meta? Corred de tal manera que obtengáis, dice el Apóstol (I Cor. IX, 24). ¡Oh, cuán perseverantemente había completado su carrera quien decía: He acabado la carrera! (II Tim. IV, 7). ¡Oh, cuán largo recorrido completó aquel ladrón feliz, quien, consumado en breve, cumplió muchos tiempos! (Sab. IV, 13). Finalmente, el Señor de los profetas habla a través del profeta: Si el justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, no recordaré ninguna de sus justicias (Ezequiel XVIII, 24). Ves, pues, cuán profundamente se sepultan en el olvido aquellas virtudes que no están marcadas por la perseverancia. Solo ella introduce al amante de la obediencia en la cámara del rey, para que lo vea en su esplendor, en quien los ángeles desean mirar (I Pedro I, 12). En este camino, en el que caminamos, los soberbios han escondido un lazo para mí (Sal. CXXXIX, 6). Este camino es difícil y pesado con giros espinosos, anudado con vínculos de múltiples ataduras. ¿Piensas que allí está el fruto de la obediencia cuando el súbdito escucha la obediencia que había deseado con muchos votos, cuando se le ordena algo que huele a dignidad, fluye con gozo y alegría, se apoya en la imagen del poder? ¿O, por el contrario, asignas mérito a esa obediencia que, procediendo con adversidad, aterroriza el ánimo del oyente, es pesada de escuchar, más pesada de cumplir, y pesadísima de mantener? No es así. Debemos separarnos de la prosperidad en el ánimo y abrazar la adversidad en el ánimo; si queremos seguir a aquel que huyó del reino (Juan VI, 15) y vino voluntariamente a la pasión (Isaías LIII, 7).

11. Observas, pues, que estos caminos son caminos de vida, que conducen a la vida. Bienaventurados los mansos (Mateo V, 4), porque los mansos enseñará el Señor sus caminos (Sal. XXIV, 9): porque les sucederá lo que sigue: Me llenarás de alegría con tu rostro (Sal. XV, 11). Porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6), estamos lejos de la faz de Dios, del rostro de la gloria, de la contemplación de la majestad, a menos que a menudo el Señor misericordioso y compasivo ilumine su rostro sobre nosotros. Esto sucede cuando, removida aquella nube que se oponía para que no pasara la oración, nos acercamos a él y somos iluminados, contemplando la gloria del Señor con rostro descubierto (II Cor. III, 18). No debemos entender tan propiamente con rostro descubierto, ya que aún vemos por espejo y en enigma, y estamos retenidos en el cuerpo carcelario: dice revelada en cuanto a la oscuridad de los cuerpos. Por lo tanto, este espíritu creado a veces emerge hacia el Creador espíritu, y al adherirse a él se convierte en un solo espíritu con él. Sin embargo, esta contemplación no tiene ningún momento; porque el espíritu, rodeado de las prisiones corporales, es frecuentemente golpeado por el contacto de la carne, y, colocado sobre la creación, se encuentra inmediatamente por debajo de las cosas más viles. Pero también el Creador Espíritu, cuyas obras son grandes, exquisitas en todas sus voluntades (Sal. CX, 2), a veces se acerca sin que lo sepamos, a veces se aleja sin que lo sepamos; porque no sabemos de dónde viene ni a dónde va (Juan III, 8). Y a menudo, cuanto más se busca, más rápidamente se aleja, según lo que él mismo dice a la esposa: Aparta tus ojos de mí, porque ellos me han hecho volar (Cant. VI, 4). También sucede que cuando no se busca, viene; cuando se busca, huye, como la esposa en los Cantares muestra que buscó muchas veces y no encontró (Cant. III, 2). Sin embargo, este rostro no es haber encontrado el rostro de la gloria del Señor, que está sobre los querubines; porque a la totalidad de los ángeles se muestra purísimo y clarísimo; pero a nosotros se nos adumbra con imágenes especulares y sombrías.

12. Porque aquí no podemos ver el rostro de Dios tal como es; no tenemos la plenitud de la alegría hasta que nos atraiga hacia sí mismo, y la cabeza se una al cuerpo, y Dios sea todo en todos. Allí habrá plenitud, aquí hay un gusto. Porque aquí gustamos y vemos que el Señor es bueno; pero este gusto no se convierte en bebida, porque aunque veamos, no penetramos. En

el gusto es bueno, en la plenitud es maravilloso. Las almas de los santos, despojadas de sus cuerpos terrenales, que ya han volado a las moradas celestiales, aunque beben, no se llenan, no se embriagan. Aunque disfrutan de mucha bienaventuranza, esperan la resurrección de los cuerpos muertos, para que cuando posean el doble en su tierra, sean colmados de alegría eterna (Isaías LXI, 7). Ahora se les han dado a cada uno vestiduras blancas; y se les ha ordenado que esperen un poco más de tiempo (Apoc. VI, 11), hasta que los impíos sean destruidos con doble destrucción, y ellos sean coronados con doble bienaventuranza. Por lo tanto, como aún no tienen lo que desean tener, no pueden embriagarse, pero tienen una visión del vino: para que así como se bebe sin esfuerzo, también descansen sin esfuerzo, hasta que se sacien cuando aparezca su gloria. Pero cuando resucitemos en un hombre perfecto, en la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efes. IV, 13), y aquella gloriosa ciudad sea adornada con perlas, y como la morada de todos los que se alegran esté en ella; entonces nos llenará de alegría con su rostro (Sal. XV, 11), porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Entonces nos embriagaremos de la abundancia de su casa, y nos dará de beber del torrente de su delicia (Sal. XXXV, 9), y nos dirá: Bebed y embriagaos, amados míos (Cant. V, 1); porque tanto el alma poseerá la iluminación, como el cuerpo la glorificación con derecho perpetuo.

13. Sigue: Delicias en tu diestra para siempre (Sal. XV, 10). La izquierda de Dios es la vida presente. Y porque consideramos como sin importancia todo lo que no nos preocupa mucho, la vida presente se toma por la izquierda, en la cual el Señor permite que sus elegidos sean azotados por los impíos, incluso hasta permitir que sean asesinados. ¿No te parecen olvidados aquellos que dicen: Por tu causa somos muertos todo el día; somos considerados como ovejas para el matadero? ¿Por qué apartas tu rostro, olvidas nuestra miseria? (Sal. XLIII, 22, 24). Por la derecha se señala aquella vida bienaventurada que no conoce más que alegrías, de la cual no podemos decir nada más, sino que gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 3). Allí están aquellas delicias que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). En la izquierda, tribulaciones; en la derecha, delicias. ¿Hasta cuándo? Hasta el fin. ¿Cuál es este fin? Fin para justicia, Cristo para todo creyente (Rom. X, 4). Ese fin del que la Sabiduría dice: Alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente (Sab. VIII, 1). Porque ver a Dios es el fin consumado. Él es el fin, al que cuando lleguemos, no tendremos más sed, Jesucristo, esposo de la Iglesia, que es bendito por los siglos. Amén.

SERMO XLII. De cinco negociaciones y cinco regiones.

1. Verbo del Padre, Unigénito de Dios, Sol de justicia, el supremo comerciante, desde los confines del cielo ha traído el precio de nuestra redención. Fiel es este comercio y digno de toda aceptación, en el cual el Rey, hijo del Rey, se convierte en mercancía, se da oro por plomo, por el pecador se entrega al justo. ¡Oh cuán inmerecida misericordia, cuán gratuita y así probada es la devoción, cuán inesperada dignación, cuán asombrosa dulzura, cuán invicta mansedumbre, cuán vil comercio, donde el Hijo de Dios es entregado por el siervo, el Creador es muerto por la criatura, el Señor es condenado por el esclavo! Estas son tus obras, Cristo, que descendiste de la luz del cielo a las tinieblas del infierno, de la diestra de la majestad a la miseria de la humanidad, de la gloria del Padre a la muerte de la cruz, iluminando el infierno, redimiendo al hombre, superando la muerte y al autor de la muerte. Eres único, y no tienes segundo: a quien para redimirnos te invitó tu propia bondad, te atrajo la misericordia; la verdad que prometiste venir te obligó, la pureza del vientre virginal te acogió, salvando la integridad de la virginidad, la potencia te sacó, la obediencia te condujo en todo, la paciencia te armó, la caridad te manifestó con palabras y milagros. Aléjense los comerciantes de la tierra de Temán, retrocedan los hijos de Agar, que buscaron la prudencia;

aléjense de mí los gigantes nombrados desde el siglo, que desde el principio fueron, de gran estatura, conocedores de la guerra. No a estos eligió el Señor, ni merecieron el camino de la disciplina, por eso perecieron: pero la dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado. Porque escondiste estas cosas, Señor, de los sabios y prudentes, de los gigantes y nombrados, que se hicieron grandes a sus propios ojos, y las revelaste a tus pequeños y humildes (Mat. XI, 25). Con gusto abrazo tu comercio, porque es mi negocio. Mi alma rumia estas mercancías con suma suavidad. No solo las rumia, sino que también recuerda tu rumia, porque entiende lo que ama, y encomienda a la memoria lo que elige. En estos comercios ordenas que esté mi alma, para que se convierta en nave de mercader que trae de lejos su pan. Comerciaré hasta que vengas, feliz te encontraré al venir, y ojalá escuche: Bien, siervo bueno (Mat. XXV, 21, 23). Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra; en tus regiones comerciaré seguro, teniéndote solo a ti como guía en el camino, protector en los peligros, compañero en la tribulación.

2. Tus regiones son cinco, por las que transitan tus mercaderes para comerciar, donde te buscan tus amados, y te encuentran tus elegidos. La primera región es la región de la disimilitud. Aquella noble criatura fue fabricada en la región de la similitud, porque fue hecha a imagen de Dios, cuando estaba en honor, no entendió, y descendió de la similitud a la disimilitud. Gran disimilitud, de paraíso a infierno, de ángel a bestia, de Dios a diablo. ¡Execrable conversión, convertir la gloria en miseria, la vida en muerte, la paz en lucha con perpetua cautividad! ¡Maldita es la caída, descender de la riqueza a la pobreza, de la libertad a la servidumbre, y del descanso al trabajo! Miserables nosotros, y miserablemente nacidos; a quienes se nos dio nacer en tristeza, vivir en trabajo, morir en dolor. De pecador pecadores, de deudor deudores, de corrupto corruptos, de sometido sometidos, somos engendrados y engendrados. Gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, semilla perversa, hijos malvados, añadiendo prevaricación. He aquí que como si no fuéramos, así estamos ante él, como nada y vacío considerados (Isa. XL, 17), pensando que somos algo, cuando no somos nada. Estamos heridos al entrar al mundo, al vivir en el mundo, al salir del mundo: desde la planta del pie hasta la cabeza no hay salud en nosotros. Conocía esto aquel sublime profeta, que deplorando el estado de la miseria humana, exclamó: Pesado yugo está sobre los hijos de Adán desde el día de su salida del vientre de su madre hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Ecli. XL, 1).

3. En esta región de disimilitud, ¿qué comerciamos, Señor Dios? Veo al género humano desde el nacimiento del sol hasta el ocaso recorrer los mercados de este mundo; unos buscando riquezas, otros ansiando honores, otros siendo arrastrados por la suavidad del favor popular. Pero, ¿qué de las riquezas? ¿No se adquieren con trabajo, se poseen con temor, se pierden con dolor? Atesoras y no sabes para quién las reunirás (Sal. XXXVIII, 7). Mira cuánto trabajo has asumido por riquezas percederas. Cruzas mares, y te abres otro mundo navegando, según el Sabio, a tres dedos de la muerte; huyes de la patria, dejas a los padres, te separas de la esposa, no conoces a los hijos, y olvidado de todos los lazos, buscas para adquirir, adquieres para perder, pierdes para dolerte. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo de corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? (Sal. IV, 3.) ¿Qué es esta locura, hijos de Adán, de recorrer los mares, atravesar tierras, ser arrastrados fuera del mundo, en muchos trabajos, en muchas vigiliass, en frecuentes ayunos, en muertes a menudo? He aquí qué riquezas. Pero, ¿qué de los honores? Estás en un lugar elevado, te han constituido líder. Mira si no serás juzgado por todos, observado por todos, lacerado por todos. Si eres soldado, vigilas ante las puertas del príncipe, para adquirir el principado, y vestido con armadura de hierro, estás más cerca de la herida que del honor, de la muerte que de la vida, del peligro que de la recompensa. Si eres de la suerte del Señor, ¿no teme el obispo al pontífice romano, el archidiácono o diácono al obispo? Mira también si has sacudido tus

manos de todo regalo, no sea que con Simón escuches: No tienes parte ni suerte en este asunto; porque quisiste poseer el don del Espíritu Santo con dinero (Hech. VIII, 21). No nos corresponde juzgar a los rectores de la Iglesia: que lo vean ellos, amigos del Esposo, cuando comience a exigir cuentas de la esposa, quien juzga al mundo en equidad. ¿Acaso en el honor sin dolor, en la prelación sin tribulación, en la sublimidad sin vanidad puede alguien estar? He aquí qué honores. Pero, ¿qué de la gloria? ¿De dónde te viene la gloria, polvo fétido, lodo de la tierra, vaso para deshonra? No a ti, no a ti, sino al nombre del Señor cede la gloria. Permítele a él su gloria, quien es glorioso en sus santos. Alábale a él, a quien alaban los ángeles en las alturas. ¿Acaso también la vana gloria, que no es más que una vana inflación de los oídos, que difícilmente puede tenerse sin envidia? Mira a quienes precedes, y piensa que a todos has proporcionado semillas de envidia. Todos, por tanto, se inflaman contra ti con miradas torvas, se atormentan con tu felicidad, se queman con tu gloria. He aquí de donde glorioso, de allí odioso; de donde sublime, de allí humilde; de allí solícito, de donde seguro. Considera que si corres por la gloria, incurrirás en envidia; si sigues la felicidad, serás corrompido por la infelicidad. Ves, por tanto, que en vano se turba todo hombre (Sal. XXXVIII, 12). Estas son las mercancías que se encuentran en la región de la disimilitud. Por tanto, el prudente comerciante, que ve en las riquezas el trabajo, en los honores el castigo, la envidia en la gloria, hace su carga, el desprecio del mundo, y huye.

4. La segunda región es el paraíso claustral. Verdaderamente el claustro es un paraíso, una región fortificada con el vallado de la disciplina, en la cual hay una fecunda fertilidad de mercancías preciosas. Gloriosa cosa es que los hombres de un mismo modo habiten en una casa (Sal. LXVII, 7); bueno y agradable es que los hermanos habiten juntos en unidad (Sal. CXXXII, 1). Verás a uno llorando sus pecados, a otro exultando en las alabanzas de Dios, a este sirviendo a todos, a aquel instruyendo a otros, a este orando, a aquel leyendo; a este compadeciéndose, a aquel castigando los pecados; a este ardiendo en caridad, a aquel sobresaliendo en humildad; a este humilde en la prosperidad, a aquel sublime en la adversidad; a este trabajando en lo activo, a aquel descansando en lo contemplativo; y podrás decir: Estos son los campamentos de Dios (Gen. XXXII, 2). ¡Cuán terrible es este lugar! no es otra cosa que la casa de Dios, y la puerta del cielo (Gen. XXVIII, 17). ¿Qué, pues, tienes tú, alma fiel, que considerar en estos mercados? Recorre las virtudes de los que habitan en la casa del Señor de las virtudes, y haz de allí tu carga, la forma de vivir. Tú que antes habitabas en la región de la sombra de muerte, pasa a la región de la vida y la verdad.

5. La tercera región es la región de la expiación. Hay tres lugares que las almas de los muertos obtienen según sus méritos: el infierno, el purgatorio, el cielo. En el infierno los impíos, en el purgatorio los que deben ser purgados, en el cielo los perfectos. Los que están en el infierno no pueden ser redimidos; porque en el infierno no hay redención. Los que están en el purgatorio esperan la redención, primero siendo atormentados, ya sea por el calor del fuego, el rigor del frío, o la gravedad de algún dolor. Los que están en el cielo, se alegran con gozo en la visión de Dios, hermanos de Cristo en la naturaleza, coherederos en la gloria, semejantes en la eternidad gozosa. Porque los primeros no merecen ser redimidos, los terceros no necesitan redención, queda que pasemos a los del medio por compasión, a quienes fuimos unidos por la humanidad. Iré a esta región, y veré esta gran visión, cómo el piadoso Padre deja a los hijos que serán glorificados en manos del tentador, no para la muerte, sino para la purificación; no para la ira, sino para la misericordia; no para la destrucción, sino para la instrucción: para que ya no sean vasos de ira preparados para la destrucción, sino vasos de misericordia preparados para el reino. Me levantaré, pues, en ayuda de ellos; intercederé con gemidos, imploraré con suspiros, intercederé con oraciones, satisfaré con un sacrificio singular: para que si acaso el Señor vea, y juzgue, convierta el trabajo en descanso, la miseria

en gloria, los azotes en corona. Con estos y semejantes oficios puede ser acortada su penitencia, terminado el trabajo, destruido el castigo. Recorre, pues, cualquier alma fiel, la región de la expiación, y ve lo que se hace en ella; y en estos mercados haz tu carga, el afecto de compadecer.

6. La cuarta región es la región infernal. ¡Oh región dura y grave, región temible, región que debe ser evitada! tierra del olvido, tierra de aflicción, tierra de miserias, en la que no hay orden, sino que habita el horror eterno. Lugar mortal, donde el fuego arde, donde el frío es riguroso, el gusano es inmortal, el hedor es intolerable, los martillos golpean, las tinieblas son palpables, la confusión de los pecados, la atadura de los vínculos, las horribles caras de los demonios. Tiemblo y me horrorizo al recordar esta región, y todos mis huesos están sacudidos. ¿Cómo caíste, Lucifer, que nacías por la mañana? (Isa. XIV, 12.) Toda piedra preciosa era tu cobertura (Ezeq. XXVIII, 13): ahora debajo de ti se extiende la polilla, y el gusano es tu cobertura (Isa. XIV, 11). Oh Dios, cuánta distancia hay entre la cobertura de la piedra preciosa, y la cobertura del gusano; entre las delicias del paraíso, y la polilla que corroe el infierno. Sé que ese fuego está preparado para el diablo, y sus ángeles (Mat. XXV, 41), y para los hombres semejantes a él; donde sin fin serán terminados, sin muerte morirán, serán atormentados sin cesar. Por tanto, desciende vivo al infierno; recorre con los ojos mentales las oficinas de los tormentos, huye de los crímenes y vicios, por los cuales los hombres criminales y viciosos perecieron. Ten odio a la iniquidad, y ama la ley del Señor, y en estos mercados tan temibles haz tu carga, el odio al pecado.

7. La quinta región es el paraíso supercelestial. ¡Oh región bendita de las virtudes celestiales, donde la bendita Trinidad es vista cara a cara por los bienaventurados, donde aquellos sublimes ejércitos con sublime aplauso de alas, Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos (Isa. VI, 3), no cesan de clamar! Es un lugar de deleite, donde los justos son saciados con el torrente de deleite; un lugar de esplendor, donde los justos brillan como el resplandor del firmamento; un lugar de alegría, donde la alegría eterna está sobre sus cabezas; un lugar de abundancia, donde nada falta a los que lo ven; un lugar de suavidad, donde el Señor aparece suave a todos; un lugar de paz, donde en paz está su lugar; un lugar de admiración, donde son admirables sus obras; un lugar de saciedad, donde seremos saciados cuando aparezca su gloria; un lugar de visión, donde se verá la gran visión. ¡Oh región sublime, llena de riquezas! desde el valle de lágrimas suspiramos hacia ti, donde la sabiduría sin ignorancia, la memoria sin olvido, el entendimiento sin error, la razón sin oscuridad brillará. Región en la que el Señor pasando servirá a sus elegidos, es decir, se mostrará tal como es. Allí será Dios todo en todos, donde el universo maravillosamente ordenado dará gloria al Creador, alegría a la criatura. Corre, pues, alma espiritual, con los ojos del deseo por esta región, y ve al Rey de la gloria en su esplendor glorioso, rodeado de legiones de ángeles, adornado con ejércitos de santos, derribando a los soberbios, exaltando a los humildes, condenando a los demonios, redimiendo a los hombres, y di: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5). Cuando, pues, hayas percibido con la mente tan preciosos mercados, mercancías tan ilustres, construye tu carga, el amor de Dios. Has visto las regiones, has observado los mercados, has construido la carga, y eres bienaventurado. Negocia, pues, mientras venga el Señor tu Dios, para que puedas decirle: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco he ganado; y merezcas escuchar: Entra en el gozo de tu Señor (Mat. XXV, 20, 21), esposo de la Iglesia, que es bendito por los siglos. Amén.

SERMO XLIII. De magnanimitate, longanimitate, unanimitate.

1. San Lucas nos recomienda en pocas palabras una triple virtud en la Iglesia primitiva, donde después de la ascensión del Señor los describe perseverando unánimes en oración (Hech. I, 14), esperando la consolación celestial, de la cual habían recibido la promesa. Con magnanimidad digna de alabanza, el pequeño rebaño, privado del consuelo del pastor, no dudaba en absoluto de que él se preocupaba por ellos, sino que llevaba una solicitud paternal por ellos, golpeando con devotas súplicas el cielo, seguro de que las oraciones de los justos lo penetrarían, ni las súplicas de los pobres serían despreciadas por el Señor, o regresarían sin copiosa bendición. Pero tampoco sin longanimidad persistían incansables, según lo profético: Si tarda, espéralo, porque viniendo vendrá, y no tardará (Habac. II, 3). Por lo demás, la unanimidad está claramente expresada, ya que solo esta merece los dones del espíritu divino. Porque Dios no es de disensión, sino de paz (I Cor. XIV, 33); ni hace habitar sino a los de un mismo modo en casa (Sal. LXVII, 7).

2. Con razón, pues, la preparación de su corazón fue escuchada por el oído divino; ni los confundió en su expectativa, quienes eran magnánimos, longánimos y unánimes. Porque estos son testimonios certísimos de fe, esperanza y caridad. Y ciertamente la esperanza produce longanimidad, la caridad unanimidad. ¿Acaso también la fe hace magnánimo? Y solo ella. Porque todo lo que se presume sin fe, no es esa sólida magnitud de ánimo, sino una cierta hinchazón ventosa, y un tumor vano. ¿Quieres escuchar a un hombre magnánimo? Todo lo puedo en aquel que me fortalece (Filip. IV, 13). Imitemos esta triple preparación, hermanos, si deseamos obtener la medida sobreabundante del Espíritu. Porque a todos, excepto a Cristo, se da el Espíritu con medida; pero el cúmulo de la medida sobreabundante parece de algún modo haber excedido la medida. Fue evidente la magnanimidad en nuestra conversión: que haya también longanimidad en la consumación, haya unanimidad en la conversación. Porque a tales almas desea ser restaurada aquella Jerusalén celestial, a las que no les falta la magnitud de la fe en asumir la carga de Cristo, ni la longitud de la esperanza en perseverar; ni la unión de la caridad, que es el vínculo de la perfección.

SERMO XLIV. De aquellos en los que los misterios de Cristo aún no parecen cumplidos.

1. Todo lo que leemos sobre el Salvador son medicinas para nuestras almas. Veamos, pues, no sea que alguna vez se diga de nosotros: Curamos a Babilonia y no ha sido sanada (Jer. LI, 9). Que cada uno considere cuánto operan en él tan saludables medicinas. Porque hay quienes aún no ha nacido Cristo, hay quienes aún no ha padecido, hay quienes no ha resucitado hasta ahora. A otros tampoco ha ascendido; a otros aún no ha enviado el Espíritu Santo. ¿Cómo opera su humildad, quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7)? ¿Cómo, digo, opera la humildad de Dios en el hombre soberbio? ¿Qué huellas de esa humildad hay en aquellos que aún con todo deseo ansían las riquezas y honores terrenales? ¿No se alegra ahora vuestra conciencia, hermanos míos, de que podéis decir: Un niño nos ha nacido? (Isa. IX, 6). Hay quienes aún no ha padecido Cristo: quienes huyen de los trabajos, y temen la muerte hasta ahora, como si él no hubiera vencido tanto soportando trabajos como muriendo.

4. Hay quienes aún no ha resucitado, quienes en la ansiedad de los trabajos y la aflicción de la penitencia mueren todo el día, aún no recibida la consolación espiritual. Pero si aquellos días no hubieran sido acortados, ¿quién podría soportar? A otros ha resucitado Cristo, pero aún no ha ascendido; más bien con ellos aún mora con piadosa dulzura en la tierra, a saber, con aquellos que están en devoción todo el día, lloran en oraciones, suspiran en sus meditaciones, y todo es festivo y alegre para ellos, y durante todos esos días se canta un continuo Aleluya. Pero es necesario que se les retire la leche, para que aprendan a alimentarse con alimento

sólido; y les conviene que Cristo se vaya, y esta devoción temporal se retire. Pero, ¿cuándo podrán comprender esto? Se quejan de estar desiertos por el Señor, privados de gracia. Pero que esperen un poco, que se sienten en la ciudad, hasta que sean revestidos de una cierta virtud más sólida desde lo alto, y reciban mayores dones del Espíritu Santo; así como los apóstoles fueron promovidos a un grado más alto, y entraron en un camino de caridad más eminente, ya no preocupados por cómo llorar un poco, sino por cómo con una gran victoria triunfar sobre el adversario común, y pisotear a Satanás bajo sus pies. 1180 Siguen Sermones, comúnmente llamados Pequeños, que Horstius añadió a los Sermones de Diversis, rechazando algunos entre las Sentencias. Tal vez Bernardo pedía a Pedro-Cellense los "Flores de palabras" en las cartas 96 y 97 de Juan de Salisbury.

SERMO XLV. De la variada Trinidad, de Dios y del Hombre.

1. La bienaventurada y sempiterna Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios, es decir, suma potencia, suma sabiduría, suma bondad, creó una cierta trinidad a su imagen y semejanza, a saber, el alma racional: que en ella lleva un vestigio de aquella suma Trinidad, que consiste en memoria, razón y voluntad. La creó de tal manera que, permaneciendo en ella, participando de su bienaventuranza: apartada de ella, dondequiera que se dirigiera, permanecería miserable. Pero esta trinidad creada eligió más bien caer por el movimiento de su propia voluntad, que permanecer por la gracia del Creador [alias, creación] mediante el libre albedrío. Cayó, pues, por la sugestión, el deleite, el consentimiento, de aquella suma y hermosa Trinidad, a saber, potencia, sabiduría, pureza, en una cierta trinidad contraria y fea, a saber, debilidad, ceguera, impureza. Pues la memoria se hizo impotente y débil, la razón imprudente y oscura, la voluntad impura. Además, la memoria, que pensaba en la potencia de la simple divinidad estando firme, al caer de ella y como si se precipitara sobre las rocas, se rompió en tres partes, a saber, en pensamientos afectuosos, onerosos, ociosos. Llamo afectuosos a aquellos en los que ella misma se ve afectada, como en las preocupaciones de las cosas necesarias, de comer, beber y otras similares [alias, innumerables]; onerosos, como en las administraciones exteriores y ocupaciones duras; ociosos, en los que ni se ve afectada ni sobrecargada, y sin embargo se distrae de la contemplación de las cosas eternas por ellos; como si pensara, por ejemplo, en un caballo corriendo, o un ave volando.

2. También la razón tiene una triple caída. Pues le correspondía discernir entre el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo conveniente y lo inconveniente; en los cuales discernimientos ahora se ve cegada por tal oscuridad, que a menudo lleva a un juicio contrario, tomando el mal por bien, lo falso por verdadero, lo nocivo por conveniente, y viceversa. Nunca se equivocaría en esto, si nunca se privara de la luz de la que fue creada. Pero como también ella cayó de allí, sin duda no encontró otra cosa que las tinieblas de su ceguera. De ahí que perdiera también el instrumento con el que administraba, a saber, aquel trivium de la sabiduría, ética, lógica, física: que podemos llamar con otros nombres ciencia moral, especulativa y natural. Pues por la ética se elige el bien, se rechaza el mal; por la lógica se conoce lo verdadero y lo falso; por la física lo conveniente y lo inconveniente, es decir, qué debe tomarse para el uso, qué debe rechazarse.

3. Sigue la voluntad, cuya ruina es igualmente tripartita. Pues debía adherirse a la suma bondad y pureza, y amarla solo a ella; por su propia iniquidad, caída de las cosas superiores a estas inferiores, amó las cosas terrenales por la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la ambición del mundo. ¿Qué puede considerarse más infeliz que esta caída, donde pereciendo la memoria, la razón, la voluntad, toda la sustancia del alma se destruye?

4. Sin embargo, esta caída tan grave, tan oscura, tan sucia de nuestra naturaleza fue reparada por aquella bienaventurada Trinidad, recordando su misericordia, olvidando nuestra culpa. Vino, pues, el Hijo de Dios enviado por el Padre, y dio la fe: después del Hijo fue enviado el Espíritu Santo, y dio y enseñó la caridad. Así que por estos dos, es decir, la fe y la caridad, se hizo la esperanza de regresar al Padre. Y esta es la trinidad, a saber, fe, esperanza, caridad; por la cual, como por un tridente, aquella inmutable y bienaventurada Trinidad devolvió de la profundidad del lodo a la bienaventuranza perdida a la trinidad mutable, caída y miserable. Y la fe iluminó la razón; la esperanza levantó la memoria; la caridad purificó la voluntad. Cuando, pues, vino, como se ha dicho, el Hijo de Dios y se hizo hombre, quien era Dios; como buen médico dio preceptos, por los cuales, observados, se reformaría la salud perdida. Para dar fe a los preceptos, mostró signos; para persuadir de la utilidad de los mismos preceptos, prometió bienaventuranza.

5. Hay, pues, una fe de los preceptos, otra de los signos, otra de las promesas: es decir, por la cual creemos en Dios, por la cual creemos a Dios, por la cual creemos a Dios. Por la fe de los preceptos creemos en Dios. Creer en Dios es esperar en él y amarlo. Por la fe de los signos creemos a Dios, que puede tales cosas, y todo lo puede. Por la fe de las promesas creemos a Dios, que todo lo que promete, lo cumple verdaderamente. De igual manera, la esperanza es triple, y procede de la triple fe antes mencionada. Pues de la fe de los preceptos surge la esperanza del perdón; de la fe de los signos, la esperanza de la gracia; de la fe de las promesas, la esperanza de la gloria. La caridad también se recoge en número ternario, de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida (I Tim. 1, 5). Debemos pureza al prójimo, conciencia a nosotros mismos, fe a Dios. La pureza es que todo lo que se hace, se haga para la utilidad del prójimo o para el honor de Dios. Pero sobre todo debe mostrarse al prójimo, porque somos manifiestos a Dios; pero al prójimo no podemos, sino en cuanto le abrimos nuestro corazón. Dos cosas hacen en nosotros una buena conciencia, la penitencia y la continencia; cuando, a saber, castigamos los pecados cometidos por la penitencia, y por la continencia no cometemos de nuevo lo que debe ser castigado: y esto lo debemos a nosotros mismos. Después de esto queda la fe no fingida, que debe mostrarse vigilante a Dios, para que ni por el prójimo, a quien le dedicamos la caridad, ofendamos a Dios; ni por la conciencia, que queremos guardar en humildad mediante la penitencia y la continencia, cumplamos menos la obediencia a los mandamientos de Dios: y esta es la fe no fingida. No fingida se pone en diferencia de la fe muerta y fingida. La fe muerta es la que está sin obras: la fe fingida, la que cree por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se retira; de ahí que también se llame fingida, es decir, frágil.

6. Todo esto podemos resumirlo más brevemente, para que se recuerde más fácilmente. Digamos, pues: Hay una Trinidad creadora, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la cual cayó la trinidad creada, memoria, razón y voluntad. Y hay una trinidad por la cual cayó, a saber, por la sugestión, el deleite, el consentimiento. Y hay una trinidad en la que cayó, a saber, impotencia, ceguera, impureza. Nuevamente, la trinidad que cayó, es decir, memoria, razón, voluntad. Cada una de ellas tuvo una caída tripartita. La memoria cayó en tres tipos de pensamientos, afectuosos, onerosos, ociosos. La razón en triple ignorancia: de lo bueno y lo malo, de lo verdadero y lo falso, de lo conveniente y lo inconveniente. La voluntad en la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la ambición del mundo. Hay una trinidad por la cual resurge, a saber, fe, esperanza, caridad. Que tienen subdivisiones de tres miembros. Pues hay fe de los preceptos, de los signos, de las promesas; hay también esperanza de perdón, de gracia, de gloria; y hay caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida.

SERMO XLVI. De la conexión entre la virginidad y la humildad.

Ave, María, llena de gracia. La plenitud de la gracia no podía consistir solo en la virginidad: pues no todos pueden recibir de ella. Felices los que no han manchado sus vestiduras, y con nuestra reina se glorían en el privilegio de la virginidad. Pero, ¿tienes solo una bendición, oh Señora? Y te ruego que me bendigas a mí también. Esa virtud ha perecido en mí, ya no puedo ni aspirar a ella. Me he corrompido en mi estiércol, y me he hecho como una bestia; pero, ¿no habrá algo para mí también contigo? ¿No habrá un lugar donde pueda estar contigo, ya que ya no puedo seguirte a donde vayas? El ángel busca a la doncella que el Señor ha preparado para el hijo de su señor. Él mismo bebe de tu cántaro, deleitándose con la virtud afin; pero, ¿no darás también de beber a las bestias? El ángel bebe, porque no conoces varón: que las bestias beban de lo que te glorías singularmente en la humildad. El Señor ha mirado, dice, la humildad de su sierva (Luc. I, 28, 48). Pues la virginidad sin humildad tal vez tenga gloria, pero no ante Dios. El Altísimo siempre mira a los humildes, y a los altos los conoce de lejos (Sal. CXXXVII, 5). Da gracia a los humildes, resiste a los soberbios (Jac. IV, 6). Pero tal vez ni siquiera en estas dos medidas está llena tu cántaro: es capaz de una tercera, para que no solo el ángel y las bestias, sino que ya beba el maestro de ceremonias. Este es el buen vino que hemos guardado hasta ahora, el ángel ministro lo saca, pero para llevarlo al maestro de ceremonias (Juan II, 6-10). Hablo del Padre, que es el principio de la Trinidad, llamado con razón maestro de ceremonias. Dice ciertamente el ángel, recomendando la fecundidad de María, que es la tercera medida: Lo que nacerá de ti, Santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35): como si dijera: Solo con él tienes esta generación en común.

SERMO XLVII. De la cuádruple soberbia.

Ave, María, llena de gracia. Bien llena; porque es grata a Dios, a los ángeles y a los hombres. A los hombres por la fecundidad, a los ángeles por la virginidad, a Dios por la humildad. En esto tercero se testifica que fue mirada por el Señor (Luc. I, 28, 48), quien mira a los humildes, y a los altos los conoce de lejos (Sal. CXXXVII, 5). Pues así como los ojos de Satanás ven todo lo sublime, así los ojos del Señor contemplan a todo humilde. De ahí que diga en el Cantar de los Cantares: Vuélvete, vuélvete, Sunamita; vuélvete, vuélvete, para que te contemplemos (Cant. VI, 12). Dice cuatro veces, vuélvete, por la cuádruple soberbia, por la cual apartada del Señor no era vista. Pues hay soberbia del corazón, soberbia de la boca, soberbia de la obra, soberbia del hábito. La soberbia del corazón es cuando el hombre es grande a sus propios ojos. Contra la cual el Sabio ora, diciendo: No me des la altivez de mis ojos (Ecli. XXIII, 5). Y en otro lugar: ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos! (Isa. V, 21). La soberbia de la boca o de la lengua, que también se llama jactancia, es cuando el hombre no solo siente grandeza de sí mismo, sino que también lo habla. De ahí el Salmista: Destruya el Señor todos los labios engañosos, y la lengua que habla con arrogancia (Sal. XI, 4). La soberbia de la obra es cuando el hombre actúa con una cierta soberbia exterior, para parecer grande. De la cual el mismo Salmista dice: No habitará en medio de mi casa el que hace soberbia (Sal. C, 7). La soberbia del hábito es cuando el hombre, para parecer glorioso, se adorna con vestiduras preciosas. De ahí Pablo: No con vestidura preciosa (I Tim. II, 9). Y el Señor: Los que visten con ropas delicadas están en las casas de los reyes (Mat. XI, 8), donde abunda la soberbia. Hay, sin embargo, cinco cosas que el Señor ha puesto como remedio a esta peste tan mortal para el alma racional, el lugar, el cuerpo, la tentación del diablo, la predicación de Cristo, y su conversación. El lugar, porque es exilio; el cuerpo, porque es oneroso; la tentación, porque inquieta; la predicación de Cristo, porque edifica, y su conversación, porque informa. Con estos cinco sentidos Dios obra la humildad en el alma. Así como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida del alma: y así como el cuerpo está muerto, que no es vivificado por el alma a través de los cinco sentidos, así el alma está muerta, que no es humillada por el Señor a través de estos.

SERMO XLVIII. De la pobreza voluntaria.

Jesús entró en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa (Luc. X, 38). La aldea, donde Cristo entró, es la pobreza voluntaria, que hace seguros a sus habitantes de la doble impugnación, con la que los amantes de este mundo son atacados, a saber, la envidia propia y la ajena. Pues la pobreza, mientras se considera miserable, carece de la envidia ajena: y porque es voluntaria, no envidia a nadie. Estas dos hermanas significan dos vidas de los amantes de la pobreza. Algunos, con Marta, solícitos al Señor Jesús, preparan dos guisos, a saber, la corrección de la obra con el condimento de la contrición, y la obra de piedad con el condimento de la devoción. Aquellos que, con María, se dedican solo a Dios, considerando qué es Dios en el mundo, qué en los hombres, qué en los ángeles, qué en sí mismo, qué en los réprobos; contemplan que Dios es el rector y gobernador del mundo, el libertador y ayudador de los hombres, el sabor y adorno de los ángeles, en sí mismo principio y fin, el terror y horror de los réprobos. Admirable en las criaturas, amable en los hombres, deseable en los ángeles, incomprensible en sí mismo, intolerable en los réprobos.

SERMO XLIX. De la triple Palabra.

El día al día emite palabra. El día al día, el ángel a la Virgen. Día el ángel por la bienaventuranza; Virgen día por la virtud de la integridad. Y la noche a la noche indica ciencia. La serpiente noche por la malicia: la mujer noche por la ignorancia. El día al día emite palabra. La deidad a la virginidad, del seno de la majestad paterna, en el seno de la integridad materna. De otra manera: El día al día emite palabra; Dios Padre al alma racional iluminada por la fe. Y la noche a la noche indica ciencia (Sal. XVIII, 3); la criatura racional al alma racional aún no iluminada por la fe. De ahí el Apóstol: Las cosas invisibles de Dios, por las que han sido hechas, se entienden y se contemplan desde la creación del mundo. De ahí que digamos palabra indicada, palabra inspirada, palabra emitida. La primera hizo conocimiento; la segunda, conversión; la tercera vivificación. La primera fue perjudicial, la segunda no fue provechosa, la tercera vivificó. La primera fue perjudicial; porque, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como Dios, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón se oscureció (Rom. I, 20, 21). La segunda no fue provechosa; porque no se dio la ley que pudiera vivificar. La tercera vivificó; porque por la cruz redimió. La primera totalmente exterior; la segunda exterior e interior; la tercera totalmente interior. Y nota que, lo que se emite, se produce de la plenitud del que emite con un cierto sabor de su propia sustancia. Y por eso la Sabiduría encarnada se dice que tiene en sí toda plenitud (Juan I, 16), en los milagros conocimiento, en la doctrina conversión, en la pasión vivificación. De ahí que el profeta diga: Venid y volvamos al Señor: porque él ha herido, y nos sanará; nos herirá, y nos curará. Nos vivificará después de dos días, a saber, de conocimiento y conversión: en el tercer día nos resucitará, con la voz del Verbo encarnado por su primera resurrección: y viviremos en su presencia, vivificados por la pasión, más serenamente iluminados por el conocimiento de los milagros; y lo seguiremos para conocer al Señor (Oseas VI, 1-3), instruidos por la conversión de la doctrina.

SERMO L. De las afecciones correctamente ordenadas.

1. Salid, hijas de Sion, y ved al rey Salomón. No dice Eclesiastés o Idida. Pues también con estos nombres fue llamado aquel rey: y significa a Jesús Cristo nuestro verdadero Salomón, que es Salomón, es decir, pacífico, en el exilio; Eclesiastés, es decir, predicador, en el juicio; Idida, es decir, amado del Señor, en el reino; en todas partes rey. En el exilio rector de costumbres, en el juicio discreto de méritos, en el reino distribuidor de premios. En el exilio

manso, en el juicio justo, en el reino glorioso. En el exilio amable, en el juicio terrible, en el reino admirable. En la diadema con que lo coronó su madre (Cant. III, 11). Esta es la corona de misericordia, y en esto imitable. Lo coronó también su madrastra con la corona de miseria, y en esto despreciable. Hablo de la Sinagoga, que no se mostró a él como madre, sino como madrastra. Lo coronará su familia con la corona de justicia, y en esto terrible; lo corona su Padre con la corona de gloria, y en esto deseable. Vean, pues, a él los pecadores en la corona de miseria, es decir, de espinas, y se compunjan; vean a él las hijas de Sion, almas afectuosas, en la corona de misericordia, y lo imiten; lo verán los impíos en la corona de justicia, y perecerán; lo verán los santos en la corona de gloria, y se alegrarán perpetuamente.

2. Salid, hijas de Sion, almas delicadas, del sentido de la carne al entendimiento de la mente; de la servidumbre de la concupiscencia carnal a la libertad de la inteligencia espiritual; y ved al rey Salomón en la diadema con que lo coronó su madre. También son coronados otros imitadores de él, pero esto con esfuerzo ayudados por la gracia. Solo este fue coronado por su madre, porque solo con las afecciones ordenadas como esposo salió del tálamo del vientre de su madre. Estas afecciones son cuatro muy conocidas. amor y alegría, temor y tristeza. Sin estas no subsiste el alma humana; pero para algunos son en corona, para otros en confusión. Pues purificadas y ordenadas hacen al alma gloriosa en la corona de virtudes; desordenadas por la confusión la hacen abatida y vergonzosa. Se purifican así. Si se aman las cosas que deben amarse, si se aman más las que deben amarse más, si no se aman las que no deben amarse, el amor será purificado. Así también con las demás. Se ordenan así. Al principio el temor, luego la alegría, después la tristeza, en la consumación el amor. La composición de las cuales es tal. Del temor y la alegría nace la prudencia, y el temor es causa de la prudencia, la alegría fruto. De la alegría y la tristeza nace la templanza, de la cual la tristeza es causa, la alegría fruto. De la tristeza y el amor nace la fortaleza, y la tristeza es causa de la fortaleza, el amor fruto. Se cierra el círculo de la corona. Del amor y el temor nace la justicia, y el temor es causa de la justicia, el amor fruto.

3. Considera, pues, cómo estas afecciones ordenadas son virtudes; desordenadas, perturbaciones. Si al temor le sigue la tristeza, genera desesperación; si al amor le sigue la alegría, genera disolución. Que al temor le siga la alegría, porque el temor prevé el futuro, la alegría se regocija en el presente, la alegría posee el fin de la cautela prudente. Que la alegría pruebe, pues, el temor. El temor probado no es otra cosa que prudencia. Que la tristeza acompañe a la alegría, porque quien recuerda las tristezas, abraza moderadamente las alegrías. Que la tristeza, pues, modere la alegría. La alegría moderada no es otra cosa que templanza. Que el amor se una a la tristeza, porque quien desea lo que debe ser amado, soporta valientemente las tristezas. Que el amor, pues, fortalezca la tristeza. La tristeza fortalecida no es otra cosa que fortaleza. Que el amor se una al temor, porque quien no descuida lo que debe temerse, se adhiere ordenadamente a lo que debe amarse. Que el amor, pues, ordene el temor. El temor ordenado no es otra cosa que justicia. Dos afecciones, alegría y tristeza, no se extienden a otros: en nosotros nos alegramos, y en nosotros nos entristecemos. El amor y el temor se extienden a otros. El temor es una afección natural, que nos une al superior por la parte inferior; y se refiere solo a Dios. El amor es una afección que nos une al superior, al inferior y al igual; y se refiere a Dios y al prójimo. En estos dos consiste la justicia perfecta, para que temamos a Dios por su poder, lo amemos por su bondad, y al prójimo por la sociedad de la naturaleza.

SERMO LI. De la Purificación de María y la Circuncisión de Cristo.

¿Qué es lo que decimos que la bienaventurada María se purifica? ¿Y qué es lo que decimos que el mismo Jesús se circuncida? En verdad, ella no necesitaba de esa purificación, como tampoco él de la circuncisión. Por nosotros, pues, él es circuncidado y ella purificada, ofreciendo ejemplo a los penitentes, para que, absteniéndonos de los vicios, primero seamos circuncidados por la misma continencia, y luego purificados de los cometidos por la penitencia. ¿Qué es, además, lo que María lleva a Jesús en el vientre, José en el hombro, yendo y regresando de Egipto; Simeón lo lleva en los brazos? Estos significan tres órdenes de los elegidos: María, los predicadores; José, los penitentes; Simeón, los buenos obradores. Porque quien evangeliza a otros, lleva a Jesús en el vientre, para que lo dé a luz a otros, o más bien, para que otros nazcan para él. De tales era el bienaventurado Pablo, quien decía: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Quienes se fatigan en trabajos por Cristo, quienes sufren persecuciones, quienes no infligen mal a nadie, sino que soportan pacientemente los males infligidos por otros, con razón se dice que lo llevan en los hombros: a quienes la misma Verdad dice: Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Luc. IX, 23), etc. Si hay alguien que ofrezca pan al hambriento, bebida al sediento, y diligentemente realice otras obras de misericordia al necesitado, ¿no parece que lo lleva en los brazos? A tales, el Señor dirá en el juicio: Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40).

SERMO LII. De la casa de la Sabiduría divina, es decir, la Virgen María.

1. La Sabiduría se edificó una casa (Prov. IX, 1), etc. Dado que la sabiduría se entiende de muchas maneras, es necesario preguntar qué sabiduría se edificó una casa. Se dice, en efecto, sabiduría de la carne, que es enemiga de Dios (Rom. VIII, 7); y sabiduría de este mundo, que es necedad ante Dios (I Cor. III, 19). Ambas, según el apóstol Santiago, son terrenales, animales, diabólicas (Sant. III, 15). Según esta sabiduría se dice que son sabios para hacer el mal, pero no saben hacer el bien (Jerem. IV, 22); y en su misma sabiduría son reprendidos y perdidos, como está escrito: Atraparé a los sabios en su astucia (I Cor. III, 19); y: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes (I Cor. I, 19). Y ciertamente, a tales sabios me parece que se les aplica digna y adecuadamente lo dicho por Salomón: Hay una maldad que he visto bajo el sol, un hombre que parece ser sabio a sus propios ojos. Ninguna de estas sabidurías, ya sea de la carne o del mundo, edifica, sino que destruye cualquier casa que habite. Hay, pues, otra sabiduría que es de lo alto; primero pura, luego pacífica (Sant. III, 17). Esta es Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios, de quien el Apóstol dice: Quien se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención (I Cor. I, 30).

2. Esta sabiduría, que era de Dios y era Dios, viniendo a nosotros desde el seno del Padre, se edificó una casa, a saber, su misma madre, la virgen María, en la cual talló siete columnas. ¿Qué es tallar en ella siete columnas, sino prepararse a sí misma una morada digna con fe y obras? Sin duda, el número tres se refiere a la fe por la santa Trinidad; el número cuatro se refiere a las costumbres por las cuatro virtudes principales. Que en la bienaventurada María estuviera la santa Trinidad (digo que estuvo por la presencia de la majestad), donde solo el Hijo estaba por la asunción de la humanidad, lo testifica el mensajero celestial, quien revelándole los misterios ocultos, le dice: Salve, llena de gracia, el Señor está contigo; y poco después: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 28, 35). He aquí que tienes al Señor, tienes el poder del Altísimo, tienes al Espíritu Santo; tienes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Porque no puede estar el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Espíritu Santo sin ambos, procediendo de ambos, como dice el mismo Hijo: Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; y de nuevo: El Padre que mora en mí, él

hace las obras (Juan XIV, 10). Es manifiesto que en el corazón de la Virgen estaba la fe de la santa Trinidad.

3. Ahora bien, si también poseyó las cuatro virtudes principales como cuatro columnas, parece digno de investigación. Primero, veamos si tuvo fortaleza. ¿Cómo podría faltarle esta virtud, que, desechando las pompas seculares y despreciando los placeres de la carne, propuso vivir solo para Dios en virginidad? Si no me equivoco, esta es la Virgen que se lee en Salomón: Mujer fuerte, ¿quién la hallará? Su precio está muy por encima de las perlas (Prov. XXXI, 10). Fue tan fuerte que aplastó la cabeza de la serpiente, a quien el Señor dijo: Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia: ella te aplastará la cabeza (Gén. III, 15). Además, que fue templada, prudente y justa, lo comprobamos con claridad a partir de la conversación del ángel y su propia respuesta. Saludada tan venerablemente por el ángel: Salve, llena de gracia, el Señor está contigo, no se exaltó, como quien es bendecida por un privilegio singular de gracia, sino que guardó silencio; y pensó en su interior qué clase de saludo era este tan inusual. ¿Qué fue sino templada en esto? Pero cuando fue instruida por el mismo ángel sobre los misterios celestiales, preguntó diligentemente cómo concebiría y daría a luz, siendo que no conocía varón: y en esto, sin duda, fue prudente. Lleva el distintivo de la justicia, donde se confiesa sierva del Señor (Luc. I, 28-38). Porque la confesión es de los justos, lo testifica quien dice: Sin embargo, los justos confesarán tu nombre, y los rectos habitarán en tu presencia (Sal. CXXXIX, 14). Y en otro lugar se dice a los justos: Y diréis en confesión: Todas las obras del Señor son muy buenas (Eclo. XXXIX, 21).

4. Fue, pues, la bienaventurada virgen María fuerte en propósito, templada en silencio, prudente en interrogación, justa en confesión. Con estas cuatro columnas de costumbres, y las tres de fe antes mencionadas, la Sabiduría celestial edificó en ella su casa; que llenó tanto su mente, que de la plenitud de la mente se fecundó la carne, y la virgen, por una gracia singular, dio a luz a la misma Sabiduría revestida de carne, que primero había concebido con mente pura. Nosotros también, si queremos ser casa de la misma Sabiduría, es necesario que seamos edificadas con las mismas siete columnas, es decir, que nos preparemos con fe y costumbres. Y en las costumbres, creo que solo basta la justicia, aunque sostenida por las demás virtudes. Así, para que no se engañe por el error de la ignorancia, que la prudencia le preceda: que la templanza y la fortaleza estén a ambos lados, para que no caiga, desviándose hacia la derecha o hacia la izquierda.

SERMO LIII. De los nombres del Salvador.

1. Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de paz (Isa. IX, 6). Es Admirable en el nacimiento, Consejero en la predicación, Dios en la operación, Fuerte en la pasión, Padre del siglo venidero en la resurrección, Príncipe de paz en la bienaventuranza perpetua. Estos nombres también pueden asignársele adecuadamente en la obra de nuestra salvación. Pues primero se le llama Admirable en la conversión de nuestra voluntad, que es una mutación de la sola diestra del Altísimo. Luego se le llama Consejero en la revelación de su voluntad, cuando revela qué debe seguirse a los ya convertidos. De ahí que Pablo, convertido, decía: Señor, ¿qué quieres que haga? (Hech. IX, 6). Los convertidos, además, deben ser compungidos por los delitos pasados, en cuya remisión se le llama Dios, de quien es propio perdonar los pecados. De ahí que cuando nuestro Salvador en la tierra perdonaba pecados, los judíos decían que blasfemaba (Mat. IX, 3), como quien asumía para sí lo que era solo de Dios. En cuarto lugar, se le llama Fuerte: según la sentencia del Apóstol, es necesario que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús sufran persecución (II Tim. III, 12).

2. Pero, ¿quién lo soportaría, si él no ayudara? De ahí que David dice: Si el Señor no me hubiera ayudado, pronto habría habitado mi alma en el infierno (Sal. XCIII, 17). Cuando, pues, nos protege en la tribulación, cuando aleja y repele de nosotros las mismas potestades aéreas, ¿qué otra cosa se puede decir en esta obra, sino Fuerte? De ahí que se dice: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla (Sal. XXIII, 8). Y puesto que esta conversión y nuestra vida en Cristo debe llevarse a cabo no por la mirada de las cosas temporales, sino por la esperanza de los bienes futuros, por eso en quinto lugar se pone, Padre del siglo venidero. Padre, a saber, en la regeneración de nuestros cuerpos. Porque todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51), para discernir la transformación de los justos de la resurrección de los inicuos, se pone en sexto lugar, Príncipe de paz. Obtenida esta, se cumple toda la perfección, y ya no queda nada más que desear. Esta es, en cuya exultación canta el salmista, diciendo: Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion: porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti, quien ha puesto paz en tus confines (Sal. CXLVII, 12-14). La secuencia y virtud de estos seis nombres la comprende breve y elegantemente el ángel hablando a José: Y llamarás su nombre Jesús. Explicando la razón de este nombre: Porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mat. I, 21).

SERMO LIV. De la aparición de Cristo.

El Hijo de Dios apareció para ayudarnos y enseñarnos: lo cual puede hacer, porque es poder del Padre y sabiduría. El poder ayuda, la sabiduría enseña e informa. La debilidad necesita ayuda: la ceguera necesita enseñanza y doctrina. Enseñó, ciertamente, haciéndonos renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, para que vivamos sobria, justa y piadosamente (Tit. II, 12). La impiedad era incredulidad, porque ni creíamos en Dios ni lo adorábamos. Porque así como es piadoso adorar a Dios, así es impío negarlo. Los deseos mundanos son la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la soberbia de la vida: que nos arrastran e inclinan al amor del mundo. Renunciando a estos, el hombre vive sobriamente, refrenando la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la soberbia de la vida. Después de que comienza a ser sobrio, contra la doble embriaguez pone una doble sobriedad. La embriaguez exterior es la efusión de los placeres, la interior es la ocupación de las curiosidades. En cambio, la sobriedad exterior es el refrenamiento de los placeres, la interior es la exclusión de las curiosidades. Así vive el hombre sobriamente en cuanto a sí mismo, justamente en cuanto al prójimo, a quien le ofrece lo que es justo. La justicia está en dos cosas, en la inocencia y en la beneficencia. La inocencia inicia la justicia, la beneficencia la consuma. Piadosamente en cuanto a Dios. La piedad está en dos cosas, que no presumamos de nosotros mismos, sino que confiemos perfectamente en Dios, para que por él venzamos todos los impedimentos del mundo. En Dios no se debe desconfiar, sino que se debe actuar con seguridad y confianza. Él, como médico piadoso y laudable, primero bebió la poción que preparaba para los suyos, es decir, soportó la pasión y la muerte; y así recibió la salud de la inmortalidad y de la impasibilidad, enseñando a los suyos a beber con confianza la poción, que genera salud y vida: y quien después de la pasión vive en vida eterna, nos da esperanza para que esperemos lo mismo de él con seguridad.

SERMO LV. De las seis tinajas espirituales.

1. Había allí seis tinajas de piedra, según el rito de la purificación de los judíos (Juan II, 6). Entendamos que estas seis tinajas allí colocadas son seis observancias propuestas a los siervos de Dios, en las cuales, como judíos, deben purificarse. Estas son, el silencio, la salmodia, las vigiliass, el ayuno, el trabajo manual, la pureza de la carne. En la tinaja del

silencio nos purificamos de los pecados que contraemos por la verbosidad. De este vicio hay ocho especies. Es, en efecto, palabra necia, vana, mentirosa, ociosa, engañosa, maledicente, impúdica, excusatoria. Esta plaga nace de la locuacidad, y por la censura del silencio o se destruye por completo, o al menos se reprime para que no cause mucho daño. En la salmodia se hace una doble confesión, donde el pecador se compunge por las culpas, y se alaban a Dios por los juicios de su justicia. En esta tinaja, pues, cualquiera que se confiesa correctamente, se purifica del espíritu inmundo de blasfemia, al que antes de la conversión estaba sujeto. Porque mientras se alababa a sí mismo y acusaba a Dios, ¿qué otra cosa era sino blasfemo? ¿No son blasfemos los que dicen: No es recto el camino del Señor? (Ezequiel XVIII, 25). ¿No es blasfemo el insensato que dice en su corazón: No hay Dios? (Sal. LII, 1). Ahora bien, convertido y confesado, e instruido con cánticos divinos, corrige su vida y sus palabras; acusándose a sí mismo, se atribuye los males; alabando a Dios, lo bueno que ve en sí, no se lo aplica a sí mismo, sino a él: y todo esto se hace en la salmodia. Por salmodia entiende todo lo que se hace a Dios con melodía del alma, ya sean salmos, himnos, o cualquier cántico.

2. La tercera tinaja que mencioné anteriormente son las vigiliias. Estas siempre deben ir acompañadas de la insistencia en la oración. De ahí que el Señor en el Evangelio se lee que pasó la noche en oración (Luc. VI, 12); y exhortando a sus discípulos, unió ambas cosas, diciendo: Velad y orad, para que no entréis en tentación (Mar. XIV, 38). Tales vigiliias nos purifican de las inmundicias que contraemos por la somnolencia, cuando por una especie de olvido nos enfiamos y entorpecemos en el camino de la salvación. La cuarta tinaja es el ayuno, ¿quién duda de que también purifique? Es verdadera la sentencia: Las cosas contrarias se curan con sus contrarios. Si, pues, pecamos por la gula y la glotonería, ¿qué queda sino que por la abstinencia seamos reparados? No solo se purifica este vicio por el ayuno; además, se adquiere virtud para expulsar demonios, diciendo el Señor: Este género no sale sino con oración y ayuno (Mar. IX, 28).

3. Sigue la quinta tinaja, que se llama trabajo manual: en el cual, si se pregunta si hay alguna purificación, fácilmente se puede encontrar por muchas razones. Pues, para pasar por alto muchas cosas, ¿quién puede estimar dignamente cuánto es de alabanza y gracia que cada uno se sostenga con su propio trabajo, y no desee nada de nadie? Y para que nadie piense que digo esto más declamatoriamente que con verdad, escuche al mismo nuestro maestro en la fe y la verdad, el apóstol Pablo, escribiendo a los Tesalonicenses, enseñando y ordenando estas mismas cosas. Os rogamos, hermanos, que abundéis más y os esforcéis por vivir en paz, y que os ocupéis de vuestros propios asuntos, y trabajéis con vuestras manos, como os hemos mandado; y que andéis honestamente para con los de fuera, y no deseéis nada de nadie (I Tes. IV, 10, 11). Escuche al mismo haciendo lo que enseñaba. Porque vosotros mismos sabéis cómo debéis imitarnos, porque no fuimos desordenados entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con fatiga y esfuerzo, noche y día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros. Escuche también enseñando lo que hacía. Cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: que si alguno no quiere trabajar, tampoco coma (II Tes. III, 7, 8, 10). ¿Ves cuán cuidadosamente el Doctor de las naciones ordenó observar el trabajo manual? ¿Por qué se preocupó tanto por esto, sino porque, como buen y diligente pastor, previó que esto era de gran utilidad para la salvación de las ovejas?

4. Restat la última, la pureza de la carne. En esta se realiza la purificación de aquella tentación quintuple del cuerpo: la vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto. Y las demás cosas mencionadas anteriormente, es decir, el silencio, la salmodia, las vigiliias, el ayuno, el trabajo manual, pueden ejercitarse sin esta; pero si los lomos no están ceñidos, es decir, si falta la pureza de la carne, ¿de qué servirán las lámparas encendidas? De aquí se deduce, por tanto,

que es necesaria la purificación de esta vasija, que por sí sola obtiene una fuerza de salvación equivalente a todas las mencionadas anteriormente. Y es de notar que en todas estas observancias debemos las cuatro primeras a nosotros mismos, la quinta al prójimo, la sexta a Dios. Pues el silencio, la salmodia, las vigiliat, el ayuno, cada uno debe ejercitarlos por sí mismo, es decir, por su propia disciplina: el trabajo manual por el prójimo, para no ser una carga para nadie, sino más bien tener de dónde dar al necesitado: la pureza de la carne por Dios, para agradarle y hacer su voluntad. De donde está escrito: Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación, que os abstengáis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación y honor (I Tes. IV, 3, 4). Pero el hecho de que esas vasijas se llamen de piedra, significa que no pueden observarse sin alguna dificultad, y que el camino que conduce a la vida es duro y áspero. O ciertamente se llaman de piedra por su fortaleza, para que no se rompan o disuelvan fácilmente, y se derrame el licor de gracia que contienen: lo cual ciertamente podría suceder rápidamente, si fueran de barro, de madera, o de cualquier otro material frágil. O también de piedra, es decir, cristianas, de la piedra que es Cristo, para que se hagan en la fe de Cristo.

SERMO LVI. De las vasijas místicas llenas de triple temor.

1. Cada una con capacidad de dos o tres medidas. Aquí primero se debe saber que estas vasijas a veces están vacías, a veces están llenas. Sin embargo, están llenas a veces de veneno, a veces de agua, a veces incluso de vino. Están vacías y vacuas cuando se hacen por vana gloria o por algún beneficio temporal. Están llenas de veneno si se llevan a cabo con murmuración y rencor del alma. Se dice que están llenas de agua cuando se observan por temor de Dios: ya que por el agua se entiende el temor. De donde también se lee en Salomón: El temor del Señor es fuente de vida (Prov. XIV, 27). Pero están llenas de vino cuando el temor se convierte en amor; cuando la caridad excluye el temor; cuando lo que antes se observaba por temor al castigo, ahora se ejerce por deleite y amor a la justicia. El Señor no quiere que estén vacías o infectadas de veneno; el Señor manda que se llenen de agua; pero que el agua se convierta en vino, eso lo hace el Señor. ¿Pero a quiénes manda el Señor llenar las vasijas de agua? A los ministros, a quienes también constituyó sobre su familia, para que les den a su tiempo la medida de trigo: a quienes, sin embargo, María primero sugirió, diciendo: Haced lo que él os diga. Con este ejemplo se insinúa que el oficio de la predicación no deben usurparlo para sí mismos, sino aquellos a quienes María, es decir, la madre de la gracia, primero instruyó. De lo contrario, se les dirá: Reinaron, pero no por mí; príncipes se levantaron, y yo no lo supe (Ose. VIII, 4). Así que los ministros llenan las vasijas de agua; predicán maravillas sobre la dulzura del reino, amenazan con horrores sobre el terror del castigo; se produce en los oyentes un gran temor de ambos, para que no se vean privados de uno ni castigados por el otro; y así las vasijas contienen dos medidas. ¿Pero qué es eso de tres? Añádase a esos dos un tercer temor, y las vasijas contienen tres medidas. Y esos dos temores mencionados del futuro son muy útiles; pero hay otro temor del presente mucho más probable, por el cual el hombre teme, y siempre está temeroso, de que la gracia interna lo abandone. Cualquiera que esté lleno de este temor, ciertamente ha añadido tres medidas a las dos.

2. Sin embargo, se debe notar que cuando las vasijas se llenaron hasta el borde, entonces el agua se convirtió en buen vino; porque ciertamente el orden de la razón es que si el temor es el principio de la caridad, la plenitud de la perfección también sigue. De donde también el maestra sala dice al esposo: Todo hombre pone primero el buen vino; y cuando ya han bebido mucho, entonces el que es inferior: pero tú has guardado el buen vino hasta ahora (Juan II, 6, 10). Es costumbre de los hombres mundanos que cuando desean obtener algún honor, primero se ganan a los demás por amor. Pero cuando lo han obtenido, elevados por el poder,

luego los someten a aquellos mismos por temor, a quienes antes, privados, no les mostraban terror, sino amor. Estos ponen primero el buen vino, es decir, el amor: y cuando ya han bebido mucho, entonces el que es inferior, es decir, el temor. Nuestro esposo hace lo contrario. Siempre guarda el buen vino para el final: lo que en comparación con él es inferior, lo ofrece antes, diciendo: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, permanece en el temor (Ecli. II, 1). Si por temor te haces su siervo, te hará su amigo por caridad. Y así el agua del temor se cambiará en el vino del amor. Para esto te purificas en esas seis vasijas de aguas de temor, para esto te acercas a él en temor, como un siervo a su señor, para que de siervo seas promovido a hijo.

SERMO LVII. De los siete sellos desatados por Cristo.

1. He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el libro y desatar sus siete sellos (Apoc. V, 5). Los siete sellos son: el nacimiento temporal, la circuncisión legal, la purificación de la madre, la huida a Egipto, la necesidad de la carne, el bautismo, la pasión. Estos son ciertamente algunos verdaderos signos de humanidad, con los que la Sabiduría de Dios encarnada quiso ser retenida y ligada. Ella es, en efecto, la segunda persona en la Trinidad: y aunque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo realizaron juntos la encarnación; sin embargo, ni el Padre ni el Espíritu Santo se encarnaron, sino solo el Hijo. El Padre y el Espíritu Santo llenaron ciertamente la carne del Hijo, de la cual ninguno de ellos podía separarse; pero la llenaron con majestad, no con asunción. Por lo tanto, el Hijo mostró en la carne el poder del Padre a través de las obras, exhibió la bondad del Espíritu Santo perdonando los pecados; y lo que era suyo, o más bien lo que él mismo era, es decir, la Sabiduría, se ocultó a través de esos sellos mencionados. Por lo tanto, se hizo algo maravilloso y asombroso. La suma virtud se debilitó, y (por así decirlo, si se me permite decirlo, aunque lo digo con reverencia) la sabiduría se hizo como insensata. No me avergüenza decir lo que no se avergonzó de enseñar el Doctor de los gentiles. Así lo creyó, así lo enseñó, así lo dejó escrito. Nosotros, dice, predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles locura; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios; porque lo que es locura de Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es debilidad de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. 1, 23-25).

2. Sin embargo, esta virtud debía ser ocultada, y perfeccionada en humildad; para que se cumplieran todos los oráculos de los profetas. Sufrió, por tanto, en la cruz el Dios impassible, y en nuestra carne mortal murió y fue sepultado el inmortal Hijo de Dios. Pero he aquí que al tercer día resucitó de entre los muertos: y, quien había sido cordero en la pasión, se hizo león en la resurrección. Se levantó y venció el león de la tribu de Judá; porque la muerte, que sufrió por nuestra debilidad, la pisoteó resucitando por su poder. Porque resucitando de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él (Rom. VI, 9). Resucitando y ascendiendo al cielo, abrió el libro, porque ciertamente por la autoridad de la Sagrada Escritura, se manifestó claramente que era Dios. De donde está escrito: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. CVII, 6): También desató los siete sellos del mismo libro, cuando reveló a las mentes de los fieles el entendimiento del sagrado discurso: y todo lo que la ley y los profetas habían predicho bajo alegorías sobre sus misterios, de lo que temporalmente realizó como hombre; estas cosas predichas sobre él, y cumplidas en él y por él, las indicó con claridad de luz.

SERMO LVIII. De las tres mujeres que ungieron al muerto, es decir, mente, mano, lengua, cuidando la salvación del prójimo.

1. ¿Qué es lo que después de su muerte aquellas tres santas mujeres compraron aromas, para ungirlo en el sepulcro? ¿Qué nos dejaron en su acción para imitar? Pues el hecho realizado, como dice el beato Gregorio, significa algo que debe hacerse en la santa Iglesia (Homil. Pascua). Y nosotros también, si sentimos que Cristo está muerto, es decir, la fe de Cristo muerta en el corazón de algún hermano, debemos esforzarnos para acercarnos con aromas comprados a ungir el cuerpo muerto. Las tres mujeres significan tres eficiencias en nosotros, que se procuran aromas adecuados. ¿Cuáles son esas? Mente, mano, lengua. Pues todo el que compra, da y recibe algo: y lo que da, lo pierde, para poseer lo que recibe. Da, por tanto, la mente la moneda de la propia voluntad y adquiere el afecto de la compasión, el celo de la justicia, la discreción del consejo. Da la mano la obediencia, y compra en la tribulación la paciencia, en la obra la perseverancia, en la carne la continencia. Da la lengua la moneda de la confesión, y recibe el modo en la corrección, la abundancia en la exhortación, la eficacia en la persuasión.

2. Con estos ungüentos compuestos, cuando llegan juntas al sepulcro, se dicen unas a otras: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? (Marcos XVI, 1, 3). Esta piedra es, o bien una tristeza excesiva, o pereza, o dureza: que, mientras obstruye la entrada del corazón, en vano viene la mente, o la mano, o la lengua con cualquier aroma a ungir al muerto. Pero como está escrito: La preparación de su corazón la escuchó tu oído (Sal. IX, 17), ven la piedra removida, entran en el sepulcro: y al que querían ungir muerto, lo oyen resucitado. ¿Quién lo indica? ¿Quién lo proclama? El ángel, ciertamente, testigo de la resurrección. Se ve, en efecto, en aquel en quien Cristo ha resucitado, un rostro más alegre, un aspecto más hermoso, un discurso más puro, un andar más modesto, y un espíritu más dispuesto para toda buena obra. ¿Qué son todas estas cosas sino un alegre mensajero de la resurrección interna? Las demás cosas también, que se hicieron o se dijeron en la resurrección de Cristo, como el hallazgo del sudario, y el mismo Señor visto en Galilea, y otras que contiene la historia evangélica, pueden ciertamente interpretarse según la tropología comenzada: para que lo que históricamente precedió en la cabeza, se crea consecuentemente que se realiza moralmente en su cuerpo.

SERMO LIX. De los tres panes del hombre espiritual.

Amigo, préstame tres panes (Lucas XI, 5). Viniendo a ellos de camino nuestro amigo, es decir, cualquier prójimo convertido, debe ser alimentado con tres panes. El primer pan es la continencia, con la cual se restringe el cuerpo, para que no se deslice de nuevo por mortíferas voluptuosidades. El segundo es la humildad, con la cual se instruye el alma, para que no se enorgullezca de su propia continencia. El tercero es el fervor de la caridad, con el cual se enciende el espíritu, para que guarde perseverantemente a ambos, es decir, al cuerpo y al alma, en castidad y humildad. Con estas tres virtudes, es decir, castidad, humildad, caridad, como con tres panes, se alimenta y fortalece el hombre de Dios; para que, según el Apóstol, en el día de la venida del Señor, sea íntegro espíritu, alma y cuerpo (I Tes. V, 23). Llamo espíritu a la gracia que, según el mismo apóstol, ayuda a nuestra debilidad (Rom. VIII, 26), para que no desfallezcamos, hasta que a su tiempo cosechemos el bien que hemos sembrado (Gál. VI, 9). Se llama el primer pan carnal o corporal; el segundo, racional; el tercero, espiritual. Estos panes, cuando faltan, deben ser pedidos a Dios. Con razón se buscan tres, porque vienen tres a ser alimentados: el alma como el hombre, la carne como la esposa, el espíritu como el siervo de ambos. Y es de notar que no dice: Da; sino: Préstame tres panes, como si fuera a devolverlos; porque el sacerdote al pecador convertido debe ciertamente impetrar la gracia de Dios, pero el fruto de esa gracia no debe atribuírselo a sí mismo, sino devolverlo a Dios.

SERMO LX. Del descenso y ascenso de Cristo y también del nuestro.

1. Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 13). Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, queriendo enseñarnos cómo subir al cielo, hizo lo que enseñó, subió al cielo. Y puesto que no podía subir, a menos que primero descendiera; sin embargo, su simplicidad divina no permitía que descendiera o subiera, ya que no puede disminuir ni aumentar, ni de ningún modo cambiar: asumió en la unidad de su persona nuestra naturaleza, es decir, la humana, en la cual descendiera y subiera; y nos mostrara el camino por el cual también nosotros subiéramos. Todo esto lo indican las palabras del santo Evangelio propuestas. En lo que se dijo: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió, se expresa la asunción de la naturaleza humana: en lo que se añade, que está en el cielo, se muestra la inmutabilidad de su divinidad. En estas palabras también se insinúa que él mismo es el camino por el cual subimos; él mismo es la patria donde permanecemos: camino para los que pasan, patria para los que llegan. Permaneciendo, por tanto, lo que era en su naturaleza, descendió y ascendió por nosotros en la nuestra: alcanzando ciertamente desde el fin hasta el fin con fortaleza, y disponiendo todas las cosas con suavidad (Sab. VIII, 1). Descendió, en efecto, a donde no era digno; ascendió a donde no podía más alto: y realizó ese descenso con fortaleza, porque era poder; dispuso el ascenso con suavidad, porque era sabiduría. Se dijo, sin embargo, que descendió, no que cayó; porque quien cae, se precipita sin escalón; pero quien desciende, pone el pie gradualmente.

2. Hay, por tanto, grados en el descenso, hay en el ascenso. En el descenso, el primer grado es desde el cielo supremo hasta la carne; el segundo, hasta la cruz; el tercero, hasta la muerte. He aquí hasta dónde descendió. ¿Podía más? Ciertamente ya podía decir nuestro rey, y clamar como con cierto afecto de obra: ¿Qué más debía hacer, y no lo hice? (Isaías V, 4). Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). Vimos el descenso, veamos también el ascenso. Pero también este es triple, y su primer grado es la gloria de la resurrección; el segundo, el poder del juicio; el tercero, el asiento a la derecha del Padre. Y ciertamente mereció la resurrección de la muerte; el poder del juicio de la cruz: para que, puesto que en ella fue injustamente juzgado, de ella obtuviera la justa censura del juez, diciendo él mismo después de la resurrección: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mateo XXVIII, 18). Y elevó la misma forma de siervo, es decir, la carne, en la cual sufrió y murió, resucitada sobre todos los cielos, y sobre todos los coros de ángeles, hasta la derecha del Padre. ¿Qué disposición más suave que esta, donde la muerte es absorbida en victoria, donde la ignominia de la cruz se convierte en gloria? para que de ella digan los santos: ¡Lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo! (Gál. VI, 14); donde también la misma humildad de la carne pasa de este mundo al Padre. Nada más sublime que esta ascensión, nada más glorioso que este honor puede decirse o pensarse. Así, por el misterio de su encarnación, descendió y ascendió el Señor, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas.

3. Tomemos también nosotros del misterio de él ejemplo para nuestras costumbres. Porque quien dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo (I Juan II, 6). Descendamos por el camino de la humildad, y póngase para nosotros el primer grado de ella, es decir, el primer progreso, no querer dominar; el segundo, querer someterse; el tercero, en esa misma sujeción soportar con ecuanimidad cualquier injuria y afrenta recibida. Del primer grado careció en el cielo aquel Lucifer que dijo en su corazón: Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono: me sentaré en el monte del testamento, en los lados del norte: subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 13, 14). Diciendo esto, cayó irreparablemente del cielo: y esto tal vez porque es totalmente intolerable la soberbia de querer dominar. Del segundo grado carecieron los primeros hombres en el paraíso, quienes,

aunque prefirieron abusar de su propia voluntad que someterse al Creador, no obstante no presumieron dominar a los demás de su misma condición. Por eso su culpa y castigo fueron muy diferentes de la soberbia y caída del diablo: de donde también merecieron ser restaurados alguna vez por la divina clemencia. No tienen el tercer grado quienes creen por un tiempo, pero en el tiempo de la tentación se apartan.

4. Decimos esto para que sepamos de quiénes debemos apartarnos en la imitación. Pues tanto el diablo como el hombre, ambos quisieron ascender de manera desordenada; este a la ciencia; aquel al poder; ambos a la soberbia. No queramos ascender así; más bien escuchemos al Profeta preguntando cómo se debe ascender. ¿Quién, dice, subirá al monte del Señor? o ¿quién estará en su lugar santo? El inocente de manos y puro de corazón, que no ha tomado en vano su alma, ni ha jurado con engaño a su prójimo (Sal. XXIII, 3, 4). Donde se debe notar que establece un triple grado de ascensión. El primer grado es la inocencia de la obra; el segundo, la pureza del corazón; el tercero, el fruto de la edificación. Estos grados los encontramos de manera admirable en los grados superiores de la ascensión. Allí, en efecto, el tercer grado fue la tolerancia de las injurias. Ella es la que prueba el primer grado de esta ascensión, es decir, la inocencia de la obra. Allí el segundo fue la paciencia de la sujeción: y ella misma obra la pureza del corazón, que es el segundo grado de la ascensión. Para esto tenemos doctores prelados, para que purifiquen el corazón, diciendo el Señor: Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado (Juan XV, 3). Allí también el primer grado fue el desprecio de la dominación; aquí el tercero es el fruto de la edificación. Quien no desea dominar, ciertamente preside fructuosamente a los demás para instruirlos.

SERMO LXI. De los cuatro montes que deben ser ascendidos.

1. ¿Quién subirá al monte del Señor? (Sal. XXIII, 3). Cristo subió una vez corporalmente a la altura de los cielos; pero ahora sube diariamente espiritualmente en los corazones de los elegidos. Si, por lo tanto, queremos subir con Él, debemos ascender a los montes de las virtudes desde los valles de los vicios. Hay, sin embargo, una doble naturaleza de estos vicios. Algunos nos dañan a nosotros, otros a nuestros prójimos; aquellos se llaman crímenes, estos se llaman fechorías: y todos ellos se denominan valle de lágrimas, porque la vida de los pecadores debe llorarse con todo río de llanto. Del valle de los crímenes se asciende al monte de la castidad con una triple continencia: de los miembros, de los sentidos, de los pensamientos. En la primera continencia se contiene el acto, en la segunda se evita la vista, en la tercera se corta el afecto. Asimismo, del valle de las fechorías se asciende al monte de la inocencia. Aquí se erige una escalera: Lo que no quieres que te hagan a ti, no lo hagas a otro (Tob. IV, 16): y en ella se coloca un triple grado de temor; ya sea del que sufre, para que no devuelva el mal; o del poder superior, para que no imponga venganza; o del juez interno que da a cada uno según sus obras. Cuando hayan ascendido a este monte, ya son justos, y viven por la fe, pero es necesario que, según el Apóstol, sufran persecución (II Tim. III, 12).

2. Por lo tanto, es necesario refugiarse del monte de la inocencia al monte de la paciencia: y aquí también se erige una escalera de triple grado. El primero es la pasión del Señor; el segundo, la fortaleza de los mártires; el tercero, la magnitud de la recompensa. Estos grados pueden llamarse grados de pudor; así como en la inocencia hubo grados de temor. Y nota que este monte de la paciencia es arduo, espinoso, árido según estos grados. Arduo, por la dificultad de imitar la pasión del Señor; espinoso, por los agujones de las tentaciones que son múltiples: pérdidas de bienes, injurias de palabras, tormentos del cuerpo, en los cuales son examinados los santos mártires; árido, por la retribución de las recompensas, que no se espera en este siglo, sino en el futuro. Después de este monte, le queda otro monte por ascender, el

monte de los montes; al cual, cuando haya llegado, ya en él descansa Dios. De donde está escrito: Su lugar se hizo en paz (Sal. LXXV, 3). Pero también en este monte de la paz se erige la escalera de la caridad: de donde el Señor dice: Todo lo que queráis que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros a ellos (Mat. VII, 12). Queremos, en efecto, que se nos retribuya, queremos que se nos perdone, queremos que se nos dé gratuitamente.

1194 SERMO LXII. De la variada y verdadera secuela de Cristo.

El que me sirve, que me siga (Juan XII, 26). Algunos no siguen a Cristo, sino que huyen; otros no siguen, sino que preceden; algunos siguen, pero no alcanzan; otros siguen y alcanzan. No siguen, sino que huyen, los que aún no dejan de pecar, de los cuales está escrito: Todo el que obra mal, odia la luz (Juan III, 20); y el profeta: He aquí que los que se alejan de ti, perecerán (Sal. LXXII, 27). No siguen, sino que preceden, los que prefieren sus propias opiniones a las de los maestros. De los cuales Pedro tenía la imagen, cuando increpó al Señor que quería sufrir por nuestra salvación, diciendo: Lejos de ti, Señor, esto no te sucederá (Mat. XVI, 22). Siguen, pero no alcanzan, los que actúan con pereza y negligencia, o no perseveran hasta el fin y se vuelven a mitad del camino. A tales, el Apóstol dice: Levantad las manos caídas y las rodillas debilitadas, y haced caminos rectos para vuestros pies, para que no se desvíe el cojo, sino que más bien se sane (Heb. XII, 12, 13). Siguen y alcanzan, los que imitan perseverantemente el camino de la humildad con devoto afecto de mente. Estos verdaderamente siguen al Señor. El que me sirve, que me siga, es decir, que me imite. ¿Con qué fruto? Para que donde yo esté, dice, allí esté también mi servidor (Juan XII, 26). El fruto de esta imitación es la morada de la bienaventuranza eterna.

SERMO LXIII. De los tres medios prescritos por Cristo para recuperar la bienaventuranza en aquello de: «El que quiera venir en pos de mí,» etc. (Luc. IX, 23)

El que quiera, venga en pos de mí, por mí, a mí. En pos de mí, porque soy la verdad; por mí, porque soy el camino; a mí, porque soy la vida. El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Cristo, la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, el ángel del gran consejo, propuso tres cosas al alma racional hecha a imagen de la Trinidad, a saber, servidumbre, vileza, aspereza. En la abnegación de sí mismo, servidumbre; en la tolerancia de la cruz, vileza; en la imitación de Cristo, se designa aspereza: para que, lo que por desobediencia cayó del estado de triple felicidad, se levante por la obediencia humillada de la triple miseria. Cayó, en efecto, de sí misma, de la sociedad de los ángeles, de la visión de Dios; es decir, de la libertad, de la dignidad, de la bienaventuranza. Escuche, pues, el consejo, para que negándose a sí misma, es decir, a su propia voluntad, recupere su libertad: tomando su cruz, es decir, crucificando su carne con sus vicios y concupiscencias, recupere por el bien de la continencia la sociedad de los ángeles; siguiendo a Cristo, es decir, imitando su pasión, recupere la visión de su claridad; porque si sufrimos con Él, también reinaremos con Él (Rom. VIII, 17).

SERMO LXIV. De la preciosa vida y muerte de los santos.

1. Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15). La muerte preciosa a los ojos del Señor de sus santos la hace a veces la vida, a veces la causa, a veces la vida junto con la causa. En los confesores, que mueren en el Señor, la hace preciosa la vida. En los mártires, que mueren por el Señor, la hace preciosa a veces solo la causa, a veces la causa junto con la vida. Y aquella muerte es preciosa, la que la vida recomienda; más preciosa, la que la causa hace; la más preciosa, la que la vida junto con la causa precede.

2. Además, hay tres cosas que hacen santa la vida del hombre: una vida sobria, un acto justo, un sentido piadoso. La vida será sobria, si vivimos continentes, socialmente, obedientemente, es decir, castamente, caritativamente, humildemente. Pues por la continencia se adquiere la castidad, por la socialidad la caridad, por la obediencia la humildad. Y esta es la virtud, que hace vivir segura al alma perfectamente sometida a Dios bajo la sombra de sus alas. El acto será justo, si es recto, discreto, fructuoso. Recto por la buena intención, discreto por la medida de la posibilidad, fructuoso por la utilidad de los prójimos. El sentido será piadoso, si nuestra fe siente a Dios sumamente poderoso, sumamente sabio, sumamente bueno: para que por su poder, creamos que nuestra debilidad es ayudada; por su sabiduría, creamos que nuestra ignorancia es corregida; por su bondad, creamos que nuestra iniquidad es diluida. Hay tres cosas que hacen preciosa la muerte de los santos, el descanso del trabajo, el gozo de la novedad, la seguridad de la eternidad.

SERMO LXV. De la conexión de la triple parábola en Mateo XIII, 44-48: «El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo,» etc.

1. La triple parábola de una sola lectura nos recomienda un triple grado. El campo es el cuerpo. Mientras aún dominan en él las pasiones de los deseos, yace inculto, y sujeto a la maldición, produce espinas y abrojos; se ignora lo que yace oculto en él. ¿Quién en ese tiempo lo consideraría apto para dar frutos dignos de penitencia? ¿Por qué expones tan insensatamente, alma, tu cuerpo? ¿No sabes lo que está escondido en él? ¿Qué, sino el reino de los cielos? En él se encuentran las obras de salvación, con las cuales podrás adquirir el reino de los cielos. Compra, pues, el campo, y reivindica para ti tu cuerpo de las concupiscencias, dando ciertamente el precio de las ocasiones de las mismas concupiscencias.

2. Cuando hayas desenterrado el tesoro, sé ya comerciante, y busca perlas preciosas. Si encuentras una muy preciosa, incluso entonces vende todo lo que tienes, y cómprala. ¿Cuál es, sin embargo, una tan preciosa? No es de extrañar si por el tesoro vendió todo lo que tenía, es decir, por las riquezas de la salvación abandonó tanto los pecados como los fomentos del pecado. Esto es lo único que tenía antes. Ahora bien, cuando ha encontrado este tesoro, ¿cómo busca buenas perlas, y por una vendió todo? Yo creo que esta única no es otra cosa que la unidad. Busca, pues, buenas perlas, quien en la obra de su salvación no se contenta con los bienes inferiores, sino que busca los más altos y excelentes. No encontrando nada más precioso que la unidad, no escatime todo lo demás por ella: a los ayunos, vigiliias, oraciones, prefiera audazmente la unidad.

3. Quiero, sin embargo, que en ella permanezca así, no como uno entre todos, sino como uno con todos. Extienda ampliamente su seno, cierre dentro de sus entrañas de todo género de afectos, hágase todo para todos, y esté dispuesto a alegrarse y a compadecerse: alegrarse con los que se alegran, llorar con los que lloran. Porque cuando llegue a la orilla, excluirá de la red de la caridad a los peces malos, y todo lo que sea molesto será echado fuera.

SERMO LXVI. De las ocho bienaventuranzas opuestas a otros tantos pecados.

1. En el mismo orden en que precedió la culpa, también siguió la medicina de la culpa. El primer pecado se cometió en el cielo por la soberbia del ángel transgresor, que dijo en su corazón: Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono: me sentaré en el monte del testamento, en los lados del norte: subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Is. XIV, 13, 14). Se enorgulleció en sí mismo, y expulsado de la suerte de los espíritus bienaventurados, perdió el reino de los cielos. Contra este pecado se dijo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). El segundo pecado se cometió por la desobediencia de la mujer en el paraíso (Gen. III, 6). De este pecado la carne se hizo rebelde al espíritu, para que, como su espíritu no fue sujeto al Creador, tampoco la carne lo fuera al espíritu. Contra esto se dijo: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4). De estos dos pecados comprendió el Señor la medicina, diciendo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). El tercer pecado fue que la misma mujer también arrastró al hombre con ella a la culpa (Gen. III, 6). Debió, en verdad, llorar su pecado, y no añadir pecado a pecado; pero en esto pensó encontrar consuelo, si hacía al hombre partícipe de su pecado. Pues de algún modo es natural que cada uno quiera, ya sea en vicios, ya sea en virtudes, asociarse un compañero. Contra este pecado está este remedio: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5).

2. El cuarto pecado lo cometió Adán, que consintió (Gen. III, 6). Pues Adán, como dice el Apóstol, no fue seducido; la mujer, en cambio, seducida, cayó en la transgresión (I Tim. II, 14). Ella pecó por ignorancia, él pecó por debilidad. Pero pecó amando demasiado a su esposa, no porque hizo su voluntad, sino porque la prefirió a la voluntad divina. Por lo cual el Señor le dijo: Porque obedeciste a la voz de tu esposa más que a la mía, maldita será la tierra por tu obra (Gen. III, 17). Era justo, en efecto, que hiciera más la voluntad de aquel a quien más debía. ¿Quién duda que debía más al Creador que a la esposa? Pues a la esposa estaba ligado solo por amor, a Dios, sin embargo, por temor y amor a la vez. Más, por lo tanto, debieron valer dos vínculos para mantenerlo en el precepto de Dios, que uno solo en el afecto de la esposa. Contra este cuarto pecado se aplicó el remedio: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Adán, en verdad, tenía justicia, creado justo por el justo Dios; pero porque no la dirigió por libre albedrío, fácilmente se apartó de ella por el mismo libre albedrío. Contra lo cual se dice por el Salmista de Cristo: Amaste la justicia y odiaste la iniquidad (Sal. XLIV, 8). El quinto pecado igualmente lo cometió, quien desvió su propia culpa hacia su esposa, cuando dijo: La mujer que me diste por compañera, me dio del árbol, y comí (Gen. III, 12). Primero, ciertamente, cruel consigo mismo, que excusó su pecado; segundo, con su esposa, a quien acusó. Y ciertamente fue suficiente y digna venganza del pecado, cuando acusó a aquella por cuyo amor pecó. Contra este pecado se dijo: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. V, 7).

3. El sexto pecado lo cometió Eva, que, cuando fue increpada por el Señor por qué lo había hecho, le respondió: La serpiente me engañó, y comí (Gen. III, 13). Así también ella se desvió en palabras de malicia, para excusar excusas en pecados (Sal. CXL, 4), devolviendo la culpa a la serpiente, como si fuera inmune de crimen, cuando la sugestión de la serpiente no hubiera sido de ningún daño, si ella hubiera negado el consentimiento de su propia voluntad: y tal vez precedió en ella algún movimiento de soberbia, por el cual mereció ser seducida por la serpiente. ¿Contra qué se dijo? Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). El séptimo pecado se cometió fuera del paraíso, cuando Caín se levantó contra Abel su hermano, y lo mató (Gen. IV, 8). Desde entonces ya se ha envejecido que los malos se levanten contra los buenos, y los opriman. El remedio de este pecado es aquel: Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Pero si los inicuos no quieren cesar de la infestación, los justos los toleren pacientemente, escuchando la consolación que sigue, y dice: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 9, 10). He aquí cuán necesario fue el advenimiento de Cristo, que sometiera la carne al espíritu, pacificara al hombre consigo mismo, reconciliara a Dios con el hombre.

SERMO LXVII. De los dobles preceptos de la ley, morales y figurativos.

1. La ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I, 17). Encuentro en la ley antigua un doble género de preceptos. Hay, en efecto, algunos morales, como: No codiciarás; No cometerás adulterio; Honra a tu padre (Éxodo XX, 17, 14, 12), y otros semejantes. También hay algunos figurativos y sombríos, como es la inmolación de toros, y la sangre de machos cabríos. Sin embargo, aquel pueblo carnal no podía cumplirlos, ni obtener en ellos la salvación. Por lo cual el Salvador en el Evangelio reprocha a los fariseos los preceptos de la ley, porque por sus tradiciones invalidaban los mandamientos de Dios (Marcos VII, 13), sin duda aquellos en los que había edificación de costumbres. Pues de los demás Él mismo habla por el profeta: Les di preceptos no buenos (Ezequiel XX, 25): ciertamente aquellos en los que había sombra de lo futuro. ¿Qué consecuencia de razón, pues, que al pecar el hombre se multara al carnero, y dijera con el profeta: Lo que no robé, entonces lo devolvía? (Sal. LXVIII, 5.) Con razón, ciertamente, no buenos preceptos recibió un pueblo no bueno, diciendo el Profeta: Con el santo serás santo, y con el perverso te pervertirás (Sal. XVII, 26). Pues conocía los corazones carnales de los judíos: por lo cual también les entregó sacramentos carnales, que no podían, según la conciencia, hacer perfecto al que servía en las justicias de la carne. Vino, por tanto, lleno de gracia y verdad Cristo nuestro Señor, para que desde ahora ya los morales se cumplan por la gracia: y lo que fue sombrío y místico, revelada la verdad, de aquí en adelante no se observe según la letra, sino que se entienda espiritualmente según el espíritu. Por eso ya no se sacrifica carnero o toro cuando el hombre peca, sino que la viva hostia del cuerpo, sacrificio racional y aceptable, en ayunos y trabajos merece a la vez perdón y gracia.

Sermón 68, o 29 de los Pequeños, como no difiere en nada del sermón 32 de los Diversos, aquí se omite deliberadamente.

SERMO LXIX. De la triple renovación de la triple vejez.

1. Así como llevamos la imagen del hombre terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV, 49). Hay dos hombres, el viejo y el nuevo: Adán viejo, Cristo nuevo. Aquel terrenal, este celestial; la imagen de aquel es vejez, la imagen de este es novedad. Hay, sin embargo, una triple vejez, y por el contrario una triple novedad. Hay, en efecto, vejez en el corazón, en la boca, en el cuerpo: en los cuales tres modos pecamos, con pensamiento, con palabra y con obra. En el corazón están los deseos carnales y mundanos, es decir, el amor de la carne, y el amor del mundo. De igual manera en la boca hay una doble vejez, arrogancia y detracción. También doble en el cuerpo, crímenes y fechorías. Todo esto es imagen del hombre viejo, y todo esto debe renovarse en nosotros. Si no hubiera vejez en el corazón, no diría el Apóstol: Renovad el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad de la verdad (Efes. IV, 23, 24). Asimismo, si no hubiera vejez en la boca, no diría la Escritura: Aparta de tu boca las palabras viejas (I Sam. II, 3). Y el apóstol dice: Ninguna palabra mala salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación de la fe, para que dé gracia a los oyentes (Efes. IV, 29). Pero también hace mención de la vejez del cuerpo, cuando dice: Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para iniquidad. De cuya renovación también añade: Así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación (Rom. VI, 19).

2. Renuévase, pues, nuestro corazón de los deseos carnales y mundanos; para que, excluidos estos, se introduzca el amor de Dios, y el amor de la patria celestial. Aparten de nuestra boca la arrogancia y la detracción; y sucedan por ellos la verdadera confesión de nuestros pecados, y la buena estimación de los prójimos. Por los crímenes y fechorías, que son la vejez del

cuerpo, asúmase la continencia y la inocencia, para que, con virtudes contrarias, se expulsen los vicios contrarios. Esta renovación mencionada la hace Cristo habitando en nosotros por la fe, como Él mismo dice: He aquí que hago nuevas todas las cosas (Apoc. XXI, 5). Por lo cual también habla a la esposa en los Cantares: Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant. VIII, 6). Habitante, pues, en el corazón es la sabiduría, habitante en la boca es la verdad, habitante en el cuerpo es la justicia.

SERMO LXX. De la vigilancia y la solicitud del cuidado de la salvación.

Nos hemos convertido en un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres (I Cor. IV, 9). Así es, tanto para los malos como para los buenos por igual. A aquellos les mueve la pasión de la envidia, a estos la compasión de la misericordia, para que nos observen constantemente: aquellos deseando nuestra caída, estos nuestro progreso. Sin duda estamos a prueba, situados temporalmente entre el paraíso y el infierno, como entre el claustro y el mundo. Se observa cuidadosamente desde ambos lados lo que hacemos, y desde ambos lados se dice: ¡Ojalá pase a nuestro lado! con intenciones ciertamente diferentes, pero quizás con una voluntad no tan dispar. Si los ojos de todos están puestos en nosotros, ¿a dónde han ido los nuestros, o por qué se han apartado de nosotros? Siendo observados con tanto interés desde la derecha y la izquierda, somos los únicos que no nos preocupamos por examinar nuestra vida, los únicos que nos descuidamos en mirarnos a nosotros mismos: ni tememos a los espíritus engañosos, ni respetamos al menos a los administradores. Me esperan los justos, hasta que me recompense (Sal. CXLI, 8). Y también: Me han esperado los pecadores para perderme (Sal. CXVIII, 95). De un lado se me prepara el infierno, del otro la corona, y entre uno y otro me gusta perder el tiempo, me deleita bostezar. ¿No me atrae el deseo, ni me aterra el peligro, ni soy codicioso ni temeroso, en lo que más sería necesario: insensiblemente pernicioso hacia ambos? Levantémonos alguna vez, hermanos, y no recibamos en vano nuestras almas, por las cuales otros velan con tanto celo, ya sea para bien o para mal. No es cosa pequeña, aquello que los enemigos persiguen así, y que los ciudadanos esperan con tanto anhelo.

SERMO LXXI. Comparación de la servidumbre egipcia con la servidumbre del diablo.

1. La moralidad íntegra y perfecta consiste principalmente en dos cosas: evitar los vicios y buscar las virtudes; ya que no basta con abstenerse del mal, si no hacemos también el bien. De ahí el salmista: Apártate del mal y haz el bien (Sal. XXXVI, 27). Evitemos, pues, los vicios, abracemos las virtudes. Tomando brevemente las historias, recojamos los frutos de la moralidad. El hambre obligó a Israel a entrar en Egipto (Gen. XLII, XLVI): inmediatamente encontró allí un nuevo amo, y de libre se convirtió en esclavo. Por habitar en aquella región, quedó bajo el poder del faraón, quien ordenó matar a los varones y dejar con vida a las mujeres. Israel fue duramente afligido con trabajos de barro y ladrillo (Éxodo 1); el faraón proporcionaba paja a los trabajadores: el hambre obligó.

2. No el hambre de pan, ni la sed de agua, sino el deseo de escuchar la palabra de Dios, obliga a muchos a entrar en Egipto. Esta palabra de Dios es la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). De ahí el salmista: El precepto del Señor es claro, ilumina los ojos (Sal. XVIII, 9). Quien sigue esta luz, no camina en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida. De la luz de los preceptos se pasa a la luz de las recompensas. Quien sufre la escasez de esta palabra divina, se ve obligado a entrar en Egipto, es decir, en las tinieblas. Se envuelve en las tinieblas de la ignorancia y está bajo el dominio del faraón, es decir, del diablo, que es el príncipe de Egipto, esto es, de las tinieblas, según el apóstol: No tenemos

lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efesios VI, 12). Bajo el yugo del faraón se realizan obras de barro, es decir, disolutas y sucias. De él se reciben las pajas, es decir, pensamientos ligeros. Las pajas se encienden fácilmente y se consumen en un instante. Así también los malos pensamientos, introducidos por el diablo, se encienden rápidamente en nuestras mentes, con el consentimiento de la debilidad de la carne. Pero si nos esforzamos valientemente en resistir, con la ayuda de Dios, se extinguen de inmediato. Con las pajas encendidas se cocía el barro y se solidificaba en ladrillos: y los pensamientos perversos, que son barro, se encienden con las pajas de la delectación. Cuando pasan a la acción, entonces se cuecen; cuando se convierten en costumbre, entonces se solidifican.

SERMO LXXII. Del camino de los impíos y el camino del Señor.

1. Bienaventurado el hombre que no anduvo en el consejo de los impíos (Sal. I, 1). Piadosos son los que creen en Dios y lo adoran. Pues la piedad es el culto a Dios (Job XX, según los LXX). Este culto consiste en tres cosas: fe, esperanza y caridad, que son invisibles. De estas tres carecen los impíos, que no lo adoran; y cuyo consejo es anteponer lo visible a lo invisible, lo terrenal a lo celestial. Su cabeza y príncipe es el diablo, quien primero se apartó de la piedad, y hecho impío, también arrojó con su engaño a los hombres puestos en el paraíso, queriendo tenerlos como compañeros de su error y partícipes de su iniquidad. Él sedujo a Eva, y ella sometió a su marido. De manera similar, el demonio sugiere a la carne, la carne al espíritu, y se forma el consejo de los impíos. Se dicen entre sí: Tengamos todos una sola bolsa (Prov. I, 14). Así, cada uno deposita en la memoria, como en una bolsa, su óbolo: el demonio, la sugestión; la carne, la delectación; el espíritu, el consentimiento. De ahí, como de un fondo común, obtienen su sustento: la carne, la combustión, es decir, el fuego que no se apaga; el espíritu, la mala conciencia, es decir, el gusano que no muere; el demonio, en cambio, compra la sangre de ambos.

2. Se va al consejo de los impíos de cuatro maneras. Algunos son arrastrados contra su voluntad, otros son atraídos seducidos, otros son engañados ignorantes, otros siguen voluntariamente. A estos les son necesarias cuatro virtudes, con las cuales armados resistan para no ir al consejo. A los que son arrastrados contra su voluntad, les es necesaria la fortaleza, para resistir hasta la muerte las amenazas, los tormentos y las pérdidas. Aquellos que son atraídos seducidos, necesitan la templanza, que reprime los deseos ilícitos, no cede a las promesas, ni se ablanda con halagos. A los que son engañados ignorantes, les es necesaria la prudencia, que distingue lo útil de lo inútil, y enseña qué debe ser retenido y qué rechazado. Los que siguen voluntariamente necesitan la justicia. La justicia es la rectitud de la voluntad, que ni ama pecar, ni consiente en el pecado. La justicia y la fortaleza tienen su sede en la voluntad; porque la voluntad debe ser justa y fuerte. La justicia está ordenada de este modo, rechazando lo malo, prefiriendo lo mejor a lo bueno. Esta no parece haberla tenido Adán, quien consintiendo en lo malo, abandonó lo que era útil. La prudencia y la templanza tienen su sede en la razón; porque la razón debe ser prudente y templada. La prudencia es la razón instruida, es decir, por la gracia, para evitar los contagios de la injusticia por la justicia. Evita no solo la injusticia abierta, sino también aquellas cosas que son de algún modo contrarias a la justicia, atendiendo no a lo que es lícito, sino más bien a lo que conviene: evitando las riquezas y algunas otras cosas, no porque sean ilícitas, sino porque suelen ser impedimentos para la justicia. Pero debido a algunos que hacen esto por hipocresía, se añade, por la justicia. La justicia es la perfección del alma racional. Las otras virtudes son para su adquisición o conservación, la fortaleza, la templanza, la prudencia, que conservan la justicia, para que no se pierda o disminuya. Pero una vez que la justicia es

perfecta, y pasa al afecto del corazón, es lo mismo que aquellas tres; porque es fuerte, prudente, templada.

3. Que no anduvo. Andar se refiere a aquellos que son inconstantes, y pueden ser fácilmente impulsados. Algunos, queriendo evitar esto, se vuelven evidentemente obstinados, no aceptando el consejo de nadie, manteniendo su propósito inamovible: y por eso se añade, y no se detuvo; es decir, que no sea ni ligero, ni obstinado. El camino de los pecadores es el mundo, o la propia voluntad, que es la soberbia, de la cual todos los males, como de un bien común, provienen. Y en la silla de pestilencia no se sentó. Se sienta quien enseña con su ejemplo, haciendo pecar a otros. Esta es una silla, y se sostiene sobre cuatro patas. La primera pata es la malicia; la segunda, el desprecio de Dios; la tercera, la irreverencia; la cuarta, la astucia. La malicia es amar el mal, y tener el sabor del mal; y amar el mal porque es mal, como hace el diablo, y algunos inicuos. Pero como a veces sucede que tales temen a Dios, no con buen temor, sino para no incurrir en la pérdida de bienes o en el castigo corporal: para que se vuelvan más malos, desprecian incluso a Dios; y se convierte en la segunda pata, el desprecio de Dios. También podría suceder que amaran el mal, despreciaran a Dios, pero los inhibiera la vergüenza de los hombres con quienes habitan: por eso, para aumentar el mal, sigue la tercera pata, la irreverencia, para que ni teman a Dios, ni respeten a los hombres. Para la consumación de la malicia está la cuarta pata, la astucia, para que sepan usar las tres anteriores, mezclando veneno con aceite, y vinagre con miel. La parte prominente de la silla, a la que se adhiere el que se sienta, es el poder. Pues si es poderoso quien tiene lo anterior, entonces hace mucho daño: o si puede atraer a un poderoso, a quien seduce con su consejo, y lo impulsa al mal. Luego se añade un cojín, para que se siente cómodamente. El cojín se hace de plumas ligeras de aves, significando la vana gloria y el favor popular, con los cuales los hombres, deleitados, se exaltan. Se coloca un escabel bajo los pies, para que no toquen la tierra. Tales no realizan acciones terrenales, sino que simulan las espirituales, para engañar más. Su doctrina es como una pestilencia, ocupando y devastando muchos lugares.

4. Sino que en la ley del Señor está su voluntad. En el verso anterior se dijo qué debe ser rechazado; en este se dice qué debe ser buscado. En aquel se dijo como apártate del mal; en este, y haz el bien (Sal. XXXVI, 27); lo cual es caminar en la ley. Pero como este camino no se recorre con el paso del cuerpo, sino con el afecto de la mente; por eso se dice: En la ley del Señor está su voluntad. Pues querer, según el bienaventurado Gregorio, es ir con la mente. Por este camino avanzan, y como en un cierto curso, tres tipos de hombres, el siervo, el mercenario, el hijo. Pero el mismo carro es tirado por bestias, cuyos nombres son, amenaza y promesa. Sobre la amenaza se sienta el siervo, sobre la promesa el mercenario. Ambos tiran del carro, uno por temor, otro por codicia; y ambos son impulsados por sus propios estímulos. Solo el hijo, que no es sacudido por el temor, ni es atraído por la codicia, sino que es movido por el espíritu de amor, se transporta sin esfuerzo ni daño en el carro: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14). Además, ese carro tiene cuatro ruedas, aquellas cuatro conocidas afecciones del alma, amor y alegría, temor y tristeza. Pues los réprobos aman las cosas temporales, y se alegran cuando hacen el mal; pero a este amor y a esta alegría les sigue el temor y la tristeza eterna. Los elegidos, a quienes se dice: El mundo se alegrará, pero vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (Juan XVI, 20); ponen las primeras ruedas el temor y la tristeza, las posteriores el amor y la alegría. Pues a ellos se les cambia el temor en caridad, la tristeza en alegría eterna.

5. Pero es de notar que este camino de la ley del Señor se completa en seis días. Y el primero se llama gemido del corazón; el segundo, confesión de la boca; el tercero, largueza de la propia posesión; el cuarto, trabajo del cuerpo; el quinto, abnegación de la propia voluntad; el

sexto, desprecio de la muerte. En el séptimo hay descanso de todas las cosas anteriores, esperando el octavo de la resurrección. Y en su ley meditará de día y de noche. En cualquier estado en que se encuentre el hombre, nunca debe apartarse de la ley del Señor, sino que siempre en el día de los bienes no olvide los males, y en el día de los males recuerde siempre los bienes. También puede entenderse por día y noche la vida contemplativa y activa, que ambas están contenidas en la ley del Señor.

SERMO LXXIII. De la insensatez de los hombres que no temen ni aman a Dios.

Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios (Sal. XIII, 1). Dios, aunque es uno, y es uno, sin embargo, no por su variedad, sino por el cambio de nuestro ánimo, parece tener diferentes sabores para quienes lo prueban. Sabe al que teme, justicia y poder; sabe al que ama, bondad y misericordia. De ahí que en otro lugar diga el mismo profeta: Una vez habló Dios, dos cosas oí; que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia (Sal. LXI, 12, 13). Lo mismo es oír esto que gustar; porque ambos se hacen con una mente única y simplicísima. Así que Dios habló una vez, porque engendró una Palabra. Sin embargo, nosotros por una Palabra oímos o saboreamos dos cosas, que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia. Pero aquel es completamente insensato, a quien Dios no sabe ni a temor ni a amor. Aprenda cuanto quiera; yo no lo llamaría sabio, mientras no tema ni ame a Dios. ¿Cómo diremos que está consumado en sabiduría, a quien veo ni siquiera iniciado? Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal. CX, 9); la consumación es el amor: la esperanza se reserva para sí misma. A quien, por tanto, Dios no sabe a justicia por el temor, ni a misericordia por el amor; ese claramente dice en su corazón: No hay Dios. Pues no cree en Dios, a quien no considera ni justo ni piadoso.

SERMO LXXIV. De la corrupción de los hombres.

Se han corrompido, y se han hecho abominables en sus obras; no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo (Sal. XIII, 1). El alma tiene su corrupción, y el cuerpo tiene la suya. La corrupción del alma es tripartita; la del cuerpo es cuadripartita. Pues el cuerpo consta de cuatro elementos: el alma subsiste en una triple fuerza. Es racional, concupiscible, irascible. La racional, cuya salud es el conocimiento de la verdad, se corrompe por la soberbia. Corrompida, se engaña de dos maneras: en el conocimiento de sí misma y en el conocimiento de Dios. La concupiscencia la corrompe la vanagloria, la ira la envidia. La corrupción del cuerpo se llama abominación; y se produce de cuatro maneras, según los cuatro elementos de los que consta. Cuatro son las cosas que corrompen el cuerpo, la curiosidad, la locuacidad, la crueldad, la voluptuosidad. Hay cuatro partes del cuerpo, en las cuales cada uno de los elementos predomina. Pues en los ojos está el fuego: en la lengua, que forma la voz, el aire: en las manos, cuyo sentido es el tacto, la tierra: en los órganos genitales, el agua. Estas cuatro partes las corrompe esa plaga cuadripartita: los ojos, la curiosidad; la lengua, la locuacidad; las manos, la crueldad; los genitales, la voluptuosidad. Así se hacen los hombres corruptos y abominables, corruptos en el alma, abominables en el cuerpo; corruptos ante Dios, abominables ante los hombres. No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Hay cuatro tipos de hombres, de los cuales ninguno hace el bien, salvo uno. Pues hay quienes ni entienden a Dios, ni lo buscan; y estos están muertos. Otros entienden, pero no lo buscan; y estos son impíos. Otros lo buscan, pero no entienden; y estos son necios. Otros entienden y lo buscan; y estos son santos: de los cuales solamente se puede decir que son los que hacen el bien.

SERMO LXXV. De la penitencia que no debe diferirse hasta la muerte.

Se han multiplicado sus enfermedades, después se apresuraron. ¿Por qué los hombres disimulan en su vida hacer penitencia, y presumen de la confesión en el último momento? ¿Cómo piensan que se pueden reunir en el instante de una hora todos los miembros del alma, cuyos deseos y concupiscencias están esparcidos por todo el mundo, y se mantienen en todas partes como con una especie de liga? No digo, dice el Señor, que no salve también a algunos de estos; pues soy capaz de reunir todo en un momento: pero no reuniré sus asambleas de entre las sangres (Sal. XV, 4), es decir, aquellos que perseveran en la sangre, hasta que, multiplicadas las enfermedades, sean abandonados por los pecados, antes de que los abandonen. No reuniré grandes asambleas de tales. Si bien recuerdo, en todo el canon de las Escrituras encontrarás un ladrón salvado de esta manera. No te fíes, pues, de esta expectativa tan peligrosa. Y ciertamente el espíritu no solo sopla donde quiere, sino cuando quiere (Juan III, 8); ni le es difícil dar de repente una perfecta contrición del corazón, que otros apenas logran en mucho tiempo: pero ¿cómo sabes que entonces querrá socorrerte así, a quien tú mientras tanto rechazas? El espíritu de sabiduría es benigno: pero no librará al maldito de sus labios (Sab. I, 6). Escucha quién es: Maldito el que peca en la esperanza.

SERMO LXXVI. De la necesidad y recomendación de la gracia divina.

Le has precedido con bendiciones de dulzura (Sal. XX, 4). Nos es necesaria una triple bendición, la que precede, la que ayuda, y la que consuma. La primera es de misericordia, la segunda de gracia, la tercera de gloria. La misericordia precede a la conversión, la gracia ayuda a la conversión, la gloria perfecciona la consumación. A menos que Dios otorgue esta triple bendición, nuestra tierra no podrá dar el fruto de la salvación. Pues no podemos ni comenzar el bien, hasta que seamos prevenidos por la misericordia; ni hacer el bien, hasta que seamos ayudados por la gracia; ni ser consumados en el bien, hasta que seamos llenos de gloria. Sin embargo, entre estas tres, no sin razón, es más dulce la que no solo a los inmerecedores, sino también a los mal merecedores precede: para que mientras aún somos hijos de la ira, y obramos las obras de la muerte, él piense sobre nosotros pensamientos de paz, y no a los que piden, sino incluso a los que impiden, no a los que invocan, sino a los que provocan; no a los que interceden, sino incluso a los que rechazan, les otorgue el buen espíritu, el espíritu de vida, el espíritu de adopción. ¿Qué le sabe dulce a aquella alma, a quien tanta misericordia no le sabe? Con razón, por tanto, se llama bendición de dulzura a la que precede; porque la que ayuda, es de fortaleza; la que consuma, es de plenitud.

SERMO LXXVII. De la diversa suerte de los hombres que conocen y no conocen a Dios, y también de los conocidos y no conocidos por Dios.

El pueblo que no conocí, me sirvió (Sal. XVII, 45). No sería de gran admiración si un pueblo conocido por Dios le sirviera. Pero cuando un pueblo desconocido le sirve y obedece al oír su voz, es digno de gran alabanza. De este tipo de conocidos y desconocidos, y de conocedores y no conocedores, hay cuatro diferencias. Algunos son conocidos por Dios y conocen a Dios: otros no son conocidos ni conocen: otros son conocidos, pero ellos no conocen: otros no son conocidos, y sin embargo conocen. Conocer de Dios es hacer feliz; conocer del hombre es dar gracias. Aquellos que son conocidos por Dios y conocen a Dios son los santos ángeles; quienes, hechos felices por Él, siempre se dedican a sus alabanzas y servicios. Aquellos que ni son conocidos ni conocen son los pobres necesarios; a quienes ni la abundancia de cosas temporales enriquece, ni la servidumbre divina beatifica. Pero aquellos que son conocidos, pero no conocen, son los ricos de este siglo; quienes, aunque abundan en bienes recibidos, oprimidos por los deseos carnales de este mundo, nunca elevan su corazón a las cosas celestiales. Aquellos que no son conocidos y conocen son los pobres voluntarios; a quienes ni

la tribulación, ni la angustia, ni cualquier otro peligro puede separar del amor de Dios. Y estos, sin duda, son probados de muchas maneras adversas y fatigados por duras tribulaciones, como está escrito: El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación a los hombres justos (Ecli. XXVII, 6). De cuya persona también habla el salmo: Dios mío, Dios mío, mírame; ¿por qué me has abandonado? ¿No parecen desconocidos aquellos que oran para ser mirados? Sin embargo, aunque parezcan abandonados, ellos conocen a Dios; y de la persona de los conocedores se añade inmediatamente en el mismo salmo: Dios mío, clamaré de día, y no escucharás; y de noche, y no para mi insensatez (Sal. XXI, 2, 3). De estos, por tanto, la voz divina dice: El pueblo que no conocí, me sirvió. Como si abiertamente dijera a sus ángeles: ¿Qué, si ustedes me sirven, a quienes hago felices, cuando aquellos me sirven, a quienes dejo en su pobreza? ¿Y qué, si ustedes me obedecen, que ven mi rostro, cuando también ellos obedecen, que solo me oyen y no ven? Los ángeles ven, los hombres oyen. Oyén, ciertamente, y obedecen, para que, hechos algún día semejantes a los ángeles, merezcan también ver. Así, el oír es el mérito de ver, la visión es la recompensa de oír. Y primero es oír, ver después, como está escrito: Oye, hija, y ve (Sal. XLIV, 11). Por tanto, quien desee ver a Dios en el futuro, es necesario que primero lo oiga en el presente, y obedezca al oír su voz.

SERMO LXXVIII De la diferencia del tabernáculo, el atrio, la casa.

Hay tres: tabernáculos, atrios, casas. En los tabernáculos están todos los justos viviendo y trabajando en la carne; porque los tabernáculos son de los que trabajan y militan. El tabernáculo tiene techo, pero carece de fundamento, y es portátil; porque los justos no están fundados en las cosas presentes, sino que buscan la ciudad que tiene fundamentos desde arriba. También su fe, que es el fundamento, no está en lo terrenal, sino en el Señor. Tienen techo, es decir, la protección de la gracia y la protección. Los atrios están cerca de la casa, teniendo amplitud. En ellos están las almas santas despojadas de sus cuerpos, que están en amplitud, habiendo dejado la angustia de la carne. Los atrios tienen fundamento, pero no techo; porque las almas que están en el amor de Dios no caen, de donde estaban nuestros pies firmes (Sal. CXXI, 2): pero no tienen techo, aún esperando el aumento, que no será sino en la resurrección de sus cuerpos. Después de esa resurrección estarán con los ángeles en la casa que tiene fundamento y techo. El fundamento es la estabilidad de la eterna bienaventuranza, el techo la consumación y perfección de la misma.

SERMO LXXIX De la voluntad siempre y en todo sometida a Dios.

Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado (Sal. LVI, 8). El camino real, hermanos, no se desvía ni a la derecha ni a la izquierda. Por lo demás, es encontrar a un hombre preparado una vez, no dos veces. Si Dios le dice, Echa fuera a la sierva y a su hijo (Gén. XXI, 10), digo, las obras de la carne, no duda. Si le dice, Sacrifica a tu hijo Isaac, a quien amas (Gén. XXII, 2), esto ya no puede escucharlo pacientemente, para que, por la utilidad o unidad fraterna, parezca soportar la pérdida del estudio espiritual. ¿Por qué no desearía fácilmente el siervo de Cristo cualquier cosa que pertenezca al placer corporal? Pero ser defraudado equitativamente de la alegría espiritual, cuando la obediencia lo obliga, o la razón de la caridad fraterna lo exige, esto es ciertamente una gran ofrenda y un holocausto grato a Dios. Recuerda, sin embargo, que no es Isaac en este sacrificio, sino el carnero de la obstinación el que debe ser degollado.

SERMO LXXX De la múltiple unidad.

1. He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad (Sal. CXXXII, 1). Hay unidad natural, unidad carnal, unidad virtual, unidad moral, unidad espiritual, unidad social, unidad personal, unidad principal. La unidad carnal es entre el cuerpo y el alma. La unidad carnal entre el hombre y la mujer, de la cual se ha dicho: Serán dos en una sola carne (Gén. II, 24). La unidad virtual es la que une al hombre consigo mismo, para que no se disperse en diversas direcciones, sino que, con el Profeta, pida una cosa al Señor (Sal. XXVI, 4). La unidad moral es la que nos une al prójimo. De donde el Salmista: Que hace habitar a los de un mismo parecer en una casa (Sal. LXVII, 7). La unidad espiritual es la que nos une a Dios. De donde el Apóstol: El que se une al Señor, un espíritu es (I Cor. VI, 17). La unidad social entre los ángeles, quienes de todas maneras quieren lo mismo, rechazan lo mismo. La unidad personal en Cristo. La unidad principal, que es también sustancial, está en la Trinidad.

2. He aquí cuán bueno y cuán agradable. Hay algunas cosas buenas y agradables; hay algunas ni buenas ni agradables; hay algunas buenas y no agradables; hay algunas agradables y no buenas. De las buenas y no agradables se llega a las buenas y agradables. De las agradables y no buenas se llega a las no buenas y no agradables. Buenas y no agradables son la continencia, la paciencia, la disciplina. Agradables y no buenas, el placer, la curiosidad y la vanidad. Ni buenas ni agradables, la envidia, la tristeza, la acedia. Buenas y agradables, la honestidad, la caridad y la pureza. Para obtener este bien y agradable es necesaria la unidad virtual y la unidad moral. La primera es perturbada por la pusilanimidad y la ligereza. La pusilanimidad hace abandonar el propósito, la ligereza cambiarlo. La otra es perturbada por la obstinación, la sospecha y la simulación. La obstinación no recibe al prójimo, la sospecha no cree al prójimo, la simulación no se une al prójimo. La esperanza de lo eterno expulsa la pusilanimidad, la humilde obediencia la ligereza. La obstinación es expulsada por la humildad, la sospecha y la simulación por la caridad.

SERMO LXXXI De la alabanza de Dios en la boca del pecador.

No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. XV, 9). Incluso la que está en la boca del pecador penitente no parece hermosa; porque aún sufre confusión por el recuerdo y la memoria del pecado, y frecuentemente se compunge por ello. Pero sin embargo, en él es útil y fructuosa la confesión, aunque no sea hermosa y decorosa la alabanza. Pero después de que, progresando por los beneficios de Dios, se adhiere a la alabanza divina, y en ella se deleita y progresa continuamente, de modo que nada más le agrada, entonces en su boca es hermosa la alabanza de Dios: a semejanza del agricultor, que mientras abona su campo, está todo en el lodo y el estiércol, y su labor no es hermosa, aunque sea fructuosa; cuando recoge los manojos de la cosecha, entonces la labor es hermosa y dulce.

SERMO LXXXII De la diligente custodia del corazón.

1. Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él mana la vida (Prov. IV, 23). De dos maneras procede la vida del corazón: o porque con el corazón se cree para justicia (Rom. X, 10); y el justo vivirá por la fe (Rom. I, 17); y por la fe se purifica el corazón (Hech. XV, 9); y con el corazón puro se ve a Dios (Mat. V, 8), es decir, se le reconoce; y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3); o porque Cristo, nuestra vida, que ahora habita por la fe en nuestros corazones (Efes. III, 17), será cuando aparezca, y nosotros con él apareceremos en gloria (Col. III, 4); y el que ahora está oculto en el corazón, entonces como del corazón al cuerpo procederá, cuando reforme el cuerpo de nuestra humillación, configurado al cuerpo de su gloria (Filip. III, 21).

De donde también otro apóstol dice: Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos (I Juan III, 2).

2. Pero debe considerarse cómo dice, Con toda diligencia guarda tu corazón. Suelen decir los hombres de este siglo: Buena fortaleza guarda quien guarda su cuerpo. Pero nosotros no así: sino que guarda un vil estercolero quien guarda su cuerpo, según el testimonio del Apóstol, Porque el que siembra en la carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna (Gál. VI, 8). Como si dijera, debe cultivarse y guardarse más bien la fortaleza del alma, porque de ella procede la vida eterna. Pero esta fortaleza, situada en tierra de enemigos, es atacada por todas partes; y por eso con toda diligencia, es decir, desde todas partes, debe ser defendida con vigilante solicitud, por debajo, por encima, delante y detrás, a la derecha y a la izquierda. Por debajo ataca la concupiscencia de la carne, que milita contra el alma; porque la carne desea contra el espíritu. Por encima amenaza el juicio de Dios: es horrendo caer en manos del Dios vivo (Heb. X, 31). Con bastante solicitud había guardado su corazón por este lado quien decía: Siempre temí a Dios como si sobre mí se levantaran olas (Job XXXI, 23). Detrás está el deleite mortal, que surge del recuerdo de los pecados pasados: delante, la insistencia de las tentaciones: a la izquierda, la inquietud de los hermanos arrogantes y murmuradores: a la derecha, la devoción de los hermanos obedientes. Pues también estos pueden, si no se tiene cuidado, dañar de dos maneras: o envidiando sus buenas acciones, o emulando su singular gracia.

3. Vele, pues, contra la carne el rigor de la disciplina: contra el juicio de Dios, el juicio de la propia confesión; y esto sea doble, manifiesto de lo manifiesto, oculto de lo oculto. De donde dice el Apóstol: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados (I Cor. XI, 31). Contra el deleite que procede del recuerdo de los pecados pasados, la frecuencia de la lectura: contra la insistencia de la tentación, la insistencia de la oración suplicante: contra la inquietud de los hermanos, la paciencia y la compasión: contra el fervor de los hermanos obedientes, la congratulación y la discreción. Pues la congratulación expulsa la envidia, la discreción la excesiva emulación.

SERMO LXXXIII De la alabanza humana recibida con cautela.

¿Has encontrado miel? No comas mucho, no sea que te sacies y la vomites (Prov. XXV, 16). No es incongruente entender en este lugar por miel el favor de la alabanza humana: y con razón no se nos prohíbe de todo, sino del excesivo consumo de esta miel. Pues es útil recibir las alabanzas humanas, al menos con la intención de la caridad fraterna, y para la salvación de aquellos que por ello nos escuchan más fácilmente. Guardada, pues, esta moderación, el consumo moderado de esta miel no hará daño. Pero si hay algo más, es malo, y se convertirá en perdición. Pues quien encuentra miel y la consume en exceso, poniendo su corazón en el favor de la alabanza humana, se infla, se engorda, se engrasa: de lo cual el santo Profeta se guarda, pidiendo al Señor que no lo unja con el aceite del pecador, no con miel, pero sí con una expresión cercana, refiriéndose al favor que mencionamos antes, donde dice: Que el aceite del pecador no unja mi cabeza (Sal. CXL, 5). ¿Quieres saber cuándo vomita el glotón immoderado el alimento de miel, que tomando hasta la saciedad, excedió el límite de la moderación? Sin duda, cuando escucha a otro ser alabado, se consume de envidia. Pues la mente entregada a la vanidad, y llena de arrogancia, considera la alabanza de otro como su propia deshonra.

SERMO LXXXIV De la constancia contra el diablo tentador.

1. Hay dos lugares para el alma racional: el inferior, que gobierna; y el superior, en el que descansa. El inferior, que gobierna, es el cuerpo; el superior, en el que descansa, es Dios. De ambos puede entenderse correctamente lo que está escrito, Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar (Ecle. X, 4): ya sea el inferior, gobernando; o el superior, descansando. Pero lo que dije primero, conviene a los rudos y aún imperfectos, a quienes el Apóstol dice: Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne. Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación (Rom. VI, 19). Pues el alma tiene tres cosas que hacer en el cuerpo, vivificar, sensibilizar, gobernar. Pero si se quita la vida, o se perturba el sentido, de ninguno de los dos es condenada. Pero si sucumbe vencida al tentador, esto le es imputado como pecado. Se le dice, pues, que no deje su lugar cuando el espíritu ascienda sobre ella, es decir, que no presente sus miembros como armas de iniquidad al pecado cuando la tentación sobrevenga.

2. Sin embargo, debe notarse que dice, Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti. Pues nada puede el maligno espíritu contra nosotros, a menos que sea enviado o permitido. De donde, aunque su voluntad sea siempre mala, su poder nunca es sino justo. Pues la voluntad mala le viene de sí mismo, pero el poder no lo tiene de otro que de Dios. Sin embargo, el Señor siempre modera ese poder, para que no castigue más de lo que merecen los que son castigados. Y esto se ha dicho del lugar inferior. Pero del lugar superior se entiende que no debe dejar la tranquilidad de la mente que tiene en Dios, cuando el diablo tienta, sino que, desde dondequiera que tienta, permanezca firmemente en Dios con constancia en la tranquilidad. Esta última sentencia conviene a los perfectos, que pueden decir con Elías, Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy (IV Reg. III, 14): y aquello de Juan el apóstol, que como él es, así somos nosotros en este mundo (I Juan IV, 17). Esta, digo, sentencia conviene a los perfectos, que ya en su conversación imitan de algún modo el estado de la eternidad.

SERMO LXXXV De la caída irrevocable del alma.

Ya sea al sur, ya al norte, donde caiga el árbol, allí quedará (Ecle. XI, 3). El calor y la suavidad del sur suelen tener en la Sagrada Escritura una buena significación: pero del norte se extiende todo mal (Jer. I, 14). Por otra parte, los hombres son como árboles, dijo alguien (Mar. VIII, 24). Pero el árbol es cortado en la muerte: y dondequiera que caiga, allí quedará; porque allí te juzgará Dios donde te encuentre. Allí, digo, estará inmutable e irrevocablemente. Mire, pues, hacia dónde caerá antes de que caiga; porque después de que haya caído, no añadirá para levantarse, ni siquiera para volverse. Pero si quieres saber hacia dónde caerá el árbol, observa sus ramas. De donde hay mayor abundancia de ramas y más peso, de allí caerá, si es que entonces es cortado. Nuestras ramas son nuestros deseos: con los cuales nos extendemos hacia el sur, si son espirituales; si son carnales, hacia el norte. Lo que prevalezca, el cuerpo medio lo indica. Pues prevalecen aquellas que arrastran consigo al cuerpo. Así como nuestro cuerpo está entre el espíritu al que debe servir, y los deseos carnales que militan contra el alma, o las potestades de las tinieblas, como si fuera una vaca entre el raptor y el campesino. Por mucho que amenace aquel, por mucho que intente, si no lleva la vaca, el campesino ha vencido. Así, por mucho que el maligno se ensañe, por mucho que los deseos perversos atormenten: si el alma se reivindica a sí misma, se debe considerar que ha vencido, para que, como dice el Apóstol, No reine el pecado en nuestro cuerpo mortal: sino que como presentamos nuestros miembros para servir a la iniquidad para iniquidad, así presentemos para servir a la justicia en santificación (Rom. VI, 12, 19).

SERMO LXXXVI De la creación en cierto peso, medida y número.

1. Todo lo hiciste con peso, medida y número (Sab. IX, 21). Se ha dicho en contraste con la esencia divina misma. Pues las criaturas fueron hechas con peso, medida y número: solo el Creador carece de todas estas cosas. El peso se considera en la dignidad de la cosa. En peso, pues, fue hecha, que es comparable a la cosa de su género, ya sea según lo mayor, lo menor o lo igual. Tiene peso, que puede ser estimado en cuanto a su valor. La medida, en cambio, se considera en el lugar y el tiempo. Pero si tomamos solo el lugar corporal, la medida de los incorpóreos será en el tiempo y no en el lugar. Pues el alma no puede estar en un lugar corporal; ni el cuerpo, del cual más parece, es el lugar del alma. ¿Cómo puede estar encerrada en el cuerpo, la que así vivifica lo exterior, como lo interior? Así está en la superficie de la piel, como en las entrañas más íntimas.

2. Así como por el afecto carnal y la costumbre de los cuerpos, el alma se equivoca al punto de no saber pensar en sí misma sino como corpórea. Porque donde está su tesoro, allí está también su corazón (Mateo 6, 21). Siente lo que ama. Atada y manchada por afectos terrenales, no puede considerar su propio rostro. Está hundida en el lodo del abismo y no se ve a sí misma, sino que cree que su forma es esa imagen de barro que lleva. Pero es completamente diferente: y la medida del alma se considera de otra manera según el lugar. El lugar, en efecto, para cada cosa, es el fin de su sustancia. La sustancia del alma está en la razón, en la memoria, en el consejo, en el juicio y en otras cosas similares: todas las cuales están también encerradas en su propio fin. Por lo tanto, todo espíritu está hecho en medida, excepto el divino: porque su razón, su memoria y todas las demás cosas tienen su medida. Todas las cosas están hechas en número, ya sea según la composición de las partes, como los cuerpos; o según la variedad y mutabilidad, como también las incorpóreas. Solo Dios es aquel en quien no cae ni peso, ni medida, ni número. Dios es uno, no tiene de su género con quien pueda compararse. Él es único y completamente inestimable, eterno e inmenso, indiviso y completamente invariable.

SERMO LXXXVII. Del beso del esposo, o la gracia de la contemplación.

1. Béseme con el beso de su boca (Cantar de los Cantares 1, 1). Hay tres besos: el primero, de los pies; el segundo, de las manos; el tercero, de la boca. Cuando primero nos convertimos, besamos los pies del Señor. Los pies del Señor son dos, la misericordia y la verdad. Dios imprime ambos pies en los corazones de los que se convierten, y cada pecador, si verdaderamente se convierte, abraza ambos pies. Porque si recibiera solo la misericordia sin la verdad, caería por presunción. Nuevamente, si recibiera la verdad sin misericordia, igualmente perecería por desesperación. Pero para ser salvo, se postra humildemente ante ambos pies; para que por la verdad condene los pecados, y por la misericordia espere el perdón: y este es el primer beso. El segundo beso se da cuando primero nos levantamos para hacer buenas obras. Entonces besamos las manos del Señor, cuando le ofrecemos nuestras buenas obras, o cuando recibimos de Él los dones de las virtudes. Pero el tercer beso se da cuando, ya consumido el duelo de la penitencia, ya recibidos los dones de las virtudes, el alma, inspirada por el deseo celestial, desea ser introducida en los gozos secretos de la cámara interior, impaciente de amor: con dulces suspiros, interrumpiendo la voz del alma, canta con piadoso afecto del corazón. Tu rostro, Señor, buscaré (Salmo 26, 8). Y así, por el vehemente deseo, se hace presente el Esposo, a quien así ama, a quien así anhela, por quien así suspira. El primer beso, por tanto, se da en la remisión de los pecados, y se llama propiciatorio. El segundo se da en los dones de las virtudes, y se llama muneratorio. El tercero se da en la contemplación de las cosas celestiales, y se llama contemplatorio.

2. Debe saberse que hay dos tipos de contemplación. Algunos ascienden y caen: otros son arrebatados y descienden. Ascienden como aquellos de quienes está escrito: Cuando conocieron a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. No le dieron gracias, porque atribuyeron a sus fuerzas e ingenio lo que Dios les reveló. Por eso sigue su caída: y se desvanecieron en sus pensamientos. Diciendo ser sabios, se hicieron necios (Romanos 1, 21-22). Los elegidos son arrebatados, como Pablo y sus semejantes. Pero también descienden, para hablar a los pequeños de lo que han visto en el éxtasis de la mente: de tal manera que puedan ser comprendidos por ellos. Pablo es arrebatado cuando dice: Si nos excedemos en la mente, es para Dios. Desciende cuando dice: Si estamos sobrios, es para vosotros (2 Corintios 5, 13). En este último tipo de contemplación, el alma perfecta desea ser arrebatada en los castísimos abrazos de su Esposo, diciendo: Bésame con el beso de su boca. Como si dijera: No puedo, por mis fuerzas, ni por mi industria, ni por mis méritos, elevarme a contemplar los gozos de mi Señor: sino que Él me bese con el beso de su boca, es decir, que sea por su gracia; no por doctrina, no por naturaleza, sino por su gracia, que me bese con el beso de su boca. De manera admirable expresó elegantemente la gracia del que obra, la obra y el modo de la obra. Pues al decir, bésame, se muestra la gracia del que obra: al añadir, con el beso, se designa la obra misma, es decir, la contemplación; y al añadir, de su boca, expresó claramente el modo de la obra, a saber, cómo se realiza la contemplación. Por la boca, en efecto, se entiende el Verbo.

3. La contemplación se realiza por la condescendencia del Verbo de Dios hacia la naturaleza humana por gracia, y la exaltación de la naturaleza humana hacia el mismo Verbo por amor divino. No debe parecer absurdo a nadie, si en la contemplación del Verbo de Dios distinguimos así: ya que el Evangelio testifica que la encarnación del mismo Verbo de Dios se hizo en el mismo orden. Allí, en efecto, se anticipa la gracia, cuando el ángel saluda a la Virgen: Salve, dice, llena de gracia. Y añade de quién es y cuán grande es esa gracia, diciendo: El Señor está contigo. También se introduce la obra de esa gracia, cuando se dice: Bendito el fruto de tu vientre. Porque el fruto de tu vientre es la encarnación del Verbo. El modo de tan gran obra se enseña donde se dice: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lucas 1, 28, 35). En estas obras del Verbo, ya sea en las que hemos tomado del Evangelio, o en las que hemos expuesto del Cantar de los Cantares, se establece claramente que esta encarnación se hizo por la sola abundancia de la gracia divina; ni aquella, es decir, la contemplación, puede provenir alguna vez de la voluntad humana, sino solo del don divino.

4. Y es de notar que esta misma contemplación se distingue de tres maneras según el diverso estado de los tiempos. Y primero se llama alimento; segundo, bebida; tercero, embriaguez. Por eso, en lo que sigue, los elegidos también son invitados por la voz del Esposo, diciendo: Comed, amigos, y bebed, y embriagaos, amados (Cantar de los Cantares 5, 1). Primero comen, mientras aún viven en la carne corruptible. Pero luego, despojados del cuerpo y trasladados al cielo, ya se dice que beben lo mismo que antes comieron; porque ya contemplan por visión sin trabajo lo que antes creyeron por fe, mientras estaban en el cuerpo y peregrinaban lejos del Señor, y comían su pan con el sudor de su rostro: así como nosotros tomamos más fácilmente lo que bebemos que lo que comemos; porque en aquellos hay algún trabajo, en estos el paso es ligero. En este estado, por tanto, los santos pueden beber, pero no pueden embriagarse; porque de alguna manera son retenidos de la contemplación más perfecta de la divinidad, mientras aún esperan la resurrección de su cuerpo al final del mundo. Una vez hecho esto, el cuerpo se adherirá a la mente, y la mente a Dios, de tal manera que ya no habrá nada que pueda apartarlos de la embriaguez interna de la contemplación. En la primera invitación, los que comen son llamados amigos, es decir,

queridos; en la segunda, porque beben, más queridos; en la tercera, porque se embriagan, queridísimos.

5. Porque mejores son tus amores que el vino (Cantar de los Cantares 1, 1). La esposa tiene dos pechos, uno de alegría, otro de compasión. Por eso el Apóstol, alimentando a los pequeños con estos dos, dice: Gozarse con los que se gozan, llorar con los que lloran (Romanos 12, 15). El vino se toma como el deseo mundano, del cual está escrito: El vino de ellos es veneno de dragones, y veneno mortal de áspides (Deuteronomio 32, 33).

6. Fragancia de los mejores ungüentos (Cantar de los Cantares 1, 2): insinúa que hay algunos ungüentos buenos, algunos mejores, a los cuales superan estos óptimos. Digamos, pues, que hay tres tipos de ungüentos. El primero se hace de la recordación de los pecados, cuando nos compungimos por ellos y pedimos perdón. Y este ungüento es bueno, porque un corazón contrito y humillado, Dios no desprecia (Salmo 50, 19). Se derrama a los pies del Señor, y allí recibe su recompensa, a saber, el perdón de los pecados, cuando el Señor dice: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho (Lucas 7, 47). El segundo ungüento se hace de la recordación de los beneficios de Dios. Y este se derrama correctamente sobre la cabeza; porque las virtudes no se refieren sino a Dios, de quien son. Este ungüento ya es más caro; porque de este está escrito: ¿Por qué se ha hecho esta pérdida de ungüento? Podía haberse vendido por más de trescientos denarios y darse a los pobres. Pero el Señor aprueba esta pérdida, cuando dice: Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. No solo lo aprueba, sino que también lo recompensa, cuando dice: En verdad os digo, dondequiera que se predique este Evangelio en todo el mundo, se dirá también lo que ella ha hecho en memoria de ella (Mateo 26, 8-13; Marcos 14, 4, 9). El tercer ungüento, por tanto, se compone de preciosos aromas, como está escrito de ciertas santas mujeres que compraron aromas para ir a ungir a Jesús (Marcos 16, 1). Pero de este tercer ungüento no se hace ninguna efusión o pérdida; porque el Señor no quiso que se derramara sobre su cuerpo muerto, sino que se guardara para su cuerpo vivo, es decir, la santa Iglesia, a la cual, sin duda, las mujeres que vinieron con los ungüentos son enviadas a evangelizar la resurrección. El primer ungüento se llama ungüento de compunción, y se consume en el fuego de la contrición; el segundo, de devoción, y se consume en el fuego de la caridad; el tercero se llama ungüento de piedad, que no se consume, sino que se conserva íntegro.

SERMO LXXXVIII. Del uso correcto de los dones de Dios.

1. Así como de Cristo hay dos cosas, una desconocida para nosotros, a saber, la generación divina, de la cual está escrito: ¿Quién contará su generación? (Isaías 53, 8) otra conocida, como la generación u obras humanas: así también del Espíritu Santo hay algo oculto a nuestras mentes, a saber, cómo procede del Padre y del Hijo, siendo igual y coeterno al mismo Padre y al Hijo; y otra cosa manifiesta por su enseñanza, a saber, de qué maneras obra su gracia en nosotros. Doble es, en efecto, la operación del Espíritu Santo. Obra en nosotros algo por nosotros; algo por los prójimos. Por nosotros, es decir, por nuestra utilidad, obra en nosotros primero la compunción, consumiendo los pecados: segundo, la devoción, ungendo y sanando las heridas: tercero, creando el entendimiento, como pan nos confirma y fortalece: cuarto, aumentando más abundantemente estas mismas cosas, e infundiendo amor, como vino nos embriaga. Los demás carismas, es decir, los consejos de sabiduría, y cosas semejantes, se nos dan para la utilidad de los demás. Por eso el Apóstol, cuando hablaba de la distribución de los dones, no dijo simplemente, A uno se le da sabiduría, a otro ciencia; sino que añadió diciendo, palabra de ciencia, palabra de sabiduría (1 Corintios 12, 8): para mostrar que tales dones se dan por los demás, a saber, para que otros sean edificados.

2. En estas obras hay que evitar un doble peligro: no sea que dividamos a los prójimos lo que se nos da por nosotros; o que reservemos para nosotros lo que es por los prójimos. Porque si retenemos solo para nosotros lo que hemos recibido para la utilidad de los demás, no tenemos caridad, y se nos dice: Sabiduría escondida y tesoro invisible, ¿qué utilidad hay en ambos? (Eclesiástico 20, 32). Nuevamente, si queremos dar a conocer a los hombres los dones de Dios, no agradar a Dios en lo oculto del corazón, perdemos la humildad, y con razón se nos reprende con aquella voz: ¿Qué tienes que no hayas recibido? (1 Corintios 4, 7). Así, de ambos modos nos ponemos en peligro, perdiendo aquí la humildad, allí la caridad. ¿Y quién puede salvarse sin humildad y caridad? El orden correcto de nuestro progreso es que nos esforcemos primero por llenarnos de esos dones, a saber, compunción y los demás; luego, si por la gracia del Espíritu Santo los demás abundan, es decir, sabiduría y ciencia, procuremos compartirlos con los prójimos. Así ciertamente obtendremos aquel don del Espíritu Santo, que se llama discreción de espíritus, si reservamos para nosotros lo que solo nos conviene, y compartimos con nosotros y con los prójimos lo que se confiere para la utilidad de los demás.

SERMO LXXXIX. Del beso deseado por la esposa, es decir, el Espíritu Santo.

1. Bésame con el beso de su boca (Cantar de los Cantares 1, 1). La boca del Padre se entiende como el Hijo. Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mateo 11, 27). Pero a quienquiera que se le haga esta revelación, ya sea del Padre o del Hijo, no se hace sino por el Espíritu Santo. De ahí que cuando Pedro dijo al Señor: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, Él respondió:

Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, que se interpreta, Hijo de la paloma; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mateo 16, 16-17). Y el Apóstol, cuando había dicho antes, que ojo no vio, ni oído oyó, y demás, inmediatamente añadió, pero a nosotros nos lo reveló Dios por su Espíritu (1 Corintios 2, 9-10). Por lo tanto, parece que la esposa tiene la gracia del Espíritu Santo, por la cual conoce al Hijo igual al Padre. Y no dice, Bésame con su boca, lo cual es propio de decir solo al Hijo, no a ninguna criatura, ya que de ninguna manera puede ser igual al Padre: sino, con el beso de su boca. Ahora bien, el beso es común al que besa y al besado. Si, por tanto, se besan mutuamente el Padre y el Hijo, ¿qué es su beso sino el Espíritu Santo?

2. Esto es lo que la esposa arde en besar: Bésame, dice, con el beso de su boca. Este beso también lo testifica Pablo que ella lo ha recibido, cuando dice: Porque sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando, Abba, Padre (Gálatas 4, 6). Este beso lo prometía también el mismo Salvador, cuando exhortaba a los discípulos a la oración: Si vosotros, dice, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas, es decir, Espíritu bueno, a los que le pidan? (Mateo 7, 11; Lucas 11, 13). De la impresión de este beso, el alma racional recibe de su mismo Esposo, el Verbo de Dios, el conocimiento y el amor de la verdad, que son dos labios que le imprime la misma virtud de Dios y la sabiduría de Dios. Pues la sabiduría confiere el conocimiento, la virtud confiere el amor. También el alma tiene igualmente dos labios, con los cuales besa a su Esposo, es decir, la razón y la voluntad. Es propio de la razón percibir la sabiduría, de la voluntad el amor de la virtud. Si solo la razón percibe el conocimiento de la sabiduría, y la voluntad no tiene el amor de la virtud, no es un beso pleno; o si solo la voluntad obtiene el amor, y la razón no percibe el conocimiento, igualmente es semipleno. Pero es pleno y perfecto cuando la sabiduría ilumina la razón, y la virtud afecta la voluntad.

SERMO XC. Del triple ungüento, de compunción, de devoción, de piedad.

1. Hay dos pies de Dios, la misericordia y el juicio. Con estos recorre y camina continuamente las mentes espirituales, exultando como un gigante para recorrer el camino (Salmo 18, 6): sí, sin embargo, son tales que con razón pueda decir: Habitaré en ellos, y andaré en ellos (2 Corintios 6, 16). Estos pies, por tanto, primero unge el alma pecadora con aquel primer ungüento, que se llama de compunción. De hecho, María, que era pecadora, ungió los pies de Jesús. Y ciertamente no debe parecer un ungüento mediocre este del que está escrito: Y la casa se llenó del olor del ungüento (Juan 12, 3). Y no es de extrañar, ya que incluso en los cielos se siente la fragancia de tal ungüento, atestiguando la Verdad que dice: Hay gozo en los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente (Lucas 15, 10). Sin embargo, por muy precioso que parezca este ungüento, comparado con el otro, que se llama de devoción, y se compone de la memoria de los beneficios divinos, con el cual también se unge la cabeza del Señor, se entiende vil y sin valor. De hecho, de aquel se dice: Un corazón contrito y humillado, Dios no despreciará (Salmo 50, 19): de este, en cambio, Sacrificio de alabanza me honrará (Salmo 49, 23). Unges la cabeza con él, cuando das gracias a Dios por sus dones; ya que la cabeza de Cristo es Dios (1 Corintios 11, 3). Por lo tanto, se toca la deidad en Cristo, cada vez que recordamos sus beneficios para alabarlo: así como no tanto la deidad como la humanidad es necesario que se piense, cuando no recordamos sus dones, sino nuestros pecados.

2. Pues en la ascensión de la carne se reconoce que tomó aquellos dos pies, es decir, la misericordia y el juicio, para que el pecador, que no tenía acceso a la cabeza, es decir, a la deidad, accediera a los pies, es decir, a la humanidad. Porque si aquel pie, que dijimos misericordia, no perteneciera al hombre asumido, Pablo no diría de él: Tentado en todo según nuestra semejanza, sin pecado, para que fuera misericordioso (Hebreos 4, 15). Y si el juicio no perteneciera igualmente al hombre, el mismo hombre Dios no diría de sí mismo: Y le dio autoridad para hacer juicio, porque es hijo del hombre (Juan 5, 27). Por lo tanto, a estos pies del Varón de dolores, y conocedor de la debilidad, el pecador no dudando en acercarse, habla confiadamente: Ahora, con confianza nos acercamos al trono de la gracia. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades (Hebreos 4, 16, 15). Por lo tanto, la pecadora se acerca a los pies, la justa a ungir la cabeza. Pero el ungüento de la cabeza debe estimarse tanto más precioso que el otro, que se aplica a los pies, cuanto las especies con las que se compone, se considera que son más preciosas. Estas, en efecto, las encontramos fácilmente y sin trabajo en nuestra región. Porque todos somos pecadores. Pero aquellas las recibimos difícilmente y de muy lejos, como traídas del paraíso de Dios. Porque todo buen regalo y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces (Santiago 1, 17). ¿Qué, en efecto, es más excelente que este ungüento, de cuya efusión se dice que incluso los Apóstoles murmuraron, diciendo: ¿Por qué esta pérdida? Podía haberse vendido y dado a los pobres.

3. Pero incluso ahora, cuando alguien parece dedicarse a Dios, con tal devoción y gracia que con razón se cree que está ungiendo la cabeza de Cristo, permaneciendo continuamente en santa quietud, acción de gracias y deleite divino de devoción, no faltan quienes llaman a esto perdición y, con un murmullo que consideran justo, se quejan de que quien podría beneficiar a muchos, descansa para sí mismo: no porque envidien la santidad, sino porque prevén la caridad. Sin embargo, la misma caridad, que es Dios, a menudo perdona a un alma de este tipo, que ve deleitarse en estudios espirituales, especialmente si la conoce como alguien que aún, por pequeñez de ánimo y debilidad, es como una mujer y no ha progresado hasta ser un hombre perfecto. Esto lo discierne mejor aquel que mira el corazón, que los hombres que solo ven la apariencia y juzgan según la apariencia, cuando evidentemente no consideran que no es igual de fácil descansar devotamente y ocuparse fructuosamente; someterse humildemente

y presidir útilmente; ser gobernado sin queja y gobernar sin culpa; obedecer voluntariamente y mandar discretamente; ser bueno entre los buenos y bueno entre los malos; incluso ser pacífico entre los hijos de la paz y mostrarse pacífico con quienes odian la paz. Sabiendo, pues, Jesús quiénes son y quiénes no son idóneos para implicarse en cuidados por un alma tan delicada, que por su aún tierna condición siente menos suficiente para tratar asuntos, contra quienes piensan de otro modo y por esto acusan su quietud como infructuosa, con buen celo pero no según ciencia, Él mismo responde en efecto: ¿Por qué molestáis a esta mujer? Pues aunque (lo que hay que admitir) es mejor aquello a lo que intentáis llevarla, sin embargo, es una buena obra lo que ha hecho en mí. Dejadla, pues, mientras tanto, hacer el bien que puede. Porque yo sé que aún es mujer. Pero cuando, por el cambio de la diestra del Altísimo, de mujer se haya hecho hombre (lo cual, cuando sea, no podrá ocultárseme, porque será promovida por mi provocación, y también sostenida por mi protección), entonces será mejor la iniquidad del hombre que ahora la mujer haciendo el bien (Ecli. XLII, 14). Por lo tanto, también espero eso mejor. Ni considero perdición la efusión de este ungüento, en el que se designa la devoción de la mujer y se prefigura mi sepultura. A esto se añade que difunde su fragancia tan ampliamente: por lo cual, dondequiera que se predique este Evangelio, también se dirá lo que ella ha hecho en su memoria (Mat. XXVI, 8-13).

4. Pasemos ya al tercer ungüento. Ciertamente, en la comparación de los dos primeros mencionados, el segundo se reconoce sin ambigüedad como mejor y mucho más excelente. Sin embargo, parece sorprendente si se puede encontrar un tercero que con justicia deba anteponerse a ambos, según lo cual la esposa se gloria de que sus pechos exhalen el mejor ungüento. De lo contrario, no son los mejores si no superan incluso a los mejores: así como verdaderamente no se llaman mejores, sino aquellos que superan a los buenos. Ahora bien, se ha encontrado que aquel segundo ungüento de tal excelencia, con el que se unge la cabeza, que apenas parece que alguna riqueza pueda no digo preferirse, sino ni siquiera compararse con él. Sin embargo, no creería que la esposa haya mentido; ya que tiene al esposo mismo, la Verdad, de quien habla aquí las palabras, quien ciertamente, así como no quiere engañar, tampoco puede ser engañado. De lo contrario, en vano desea y suspira unirse a los abrazos de la verdad, mintiendo a la verdad. Pues, ¿qué sociedad tiene la mentira con la verdad? Más bien, la verdad pierde a todos los que hablan mentira (Sal. V, 7).

5. Quizás, si buscamos en el Evangelio, encontraremos que también precedió una figura de esto. María Magdalena, y María de Jacobo, y Salomé compraron aromas para ir a ungir a Jesús (Mar. XVI, 1). ¿Ves en el primer plano del capítulo propuesto cuán valioso debe considerarse incluso este ungüento material, cuyos aromas no pudieron ser comprados por una o dos? Una primero, una también trajo el segundo ungüento. Para comprar y preparar este, tres se reunieron juntas, para que juntas compraran lo que por sí solas no podían, y así, viniendo, ungieron a Jesús. No solo los pies, ni solo la cabeza, sino, viniendo, dice, ungieron a Jesús, es decir, todo el cuerpo. Pero observa que Cristo no quiso que se perdiera este ungüento tan precioso: y por eso, al no encontrar el cuerpo, lo llevaron de vuelta, y se les ordenó ofrecerlo al vivo, lo que habían preparado para el muerto. Y lo hicieron, cuando inmediatamente, al anunciar la alegría de la resurrección, se preocuparon por aliviar los corazones tristes de los discípulos, que sin duda eran miembros de Cristo, y miembros vivos. Porque si Cristo no amara más a estos miembros que a aquel cuerpo crucificado, no lo habría entregado para ser crucificado por ellos. Está claro, por lo tanto, que este último ungüento supera a los dos anteriores tanto como Cristo [parece que debe leerse Cristo ED. P.] este su cuerpo, es decir, la Iglesia, a la que se ofrece, es más amado que aquel que quiso ser ungido, y que por la redención de este quiso ser entregado.

SERMO XCI. De las tres emisiones.

1. Tus emisiones son un paraíso (Cant. IV, 13). Voz de aquella Jerusalén celestial, que se regocija con esta que peregrina en la tierra. Hay, sin embargo, tres emisiones. La primera, de los casados penitentes en el mundo: la segunda, de los convertidos continentes en el claustro: la tercera, de los prelados predicadores y orantes por el pueblo de Dios. De la primera emisión, es decir, la penitencia, dicen los ángeles, quienes se alegran por un pecador que hace penitencia (Luc. XV, 10): ¿Quién es esta que sube por el desierto como una columna de humo, etc. Se dice que esta alma penitente asciende por el desierto, es decir, la tierra inhóspita y sin agua, recordando sus pecados. Asciende como una columna, confesando humildemente los mismos pecados. Esta confesión se dice correctamente que se hace como una columna de humo, porque a través de muchas especies de pecados, como el humo del incensario se deriva a través de muchos agujeros. Y se debe notar que aunque el humo nunca tiene esplendor; sin embargo, a veces puede tener olor. Que este humo de confesión tenga un cierto olor de piedad, se insinúa en lo que sigue: De los aromas de mirra e incienso, y de todo polvo de perfumista (Cant. III, 6). La confesión siempre debe ir acompañada de mirra e incienso, es decir, mortificación de la carne y oración del corazón. Porque uno sin el otro, o poco, o nada aprovecha. Pues si alguien mortifica la carne, y descuida orar, es soberbio y se le dice: ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos? (Sal. XLIX, 13.) Asimismo, si ora, y descuida mortificar su carne, oírás: ¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? (Luc. VI, 46.) y aquello: Quien aparta su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable (Prov. XXVIII, 9). Por lo tanto, cada uno ayuda al otro, ya que está claro que uno sin el otro es reprobado.

2. Sigue: Y de todo polvo de perfumista. Después del recuerdo y confesión de los pecados, después de la mortificación y oración, se debe mostrar el fruto de las limosnas. Que bien se llaman polvo, porque se hacen de sustancia terrena: y perfumista, porque emiten un olor suavísimo. De aquí que a Cornelio, que actuaba bien, se le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido (Hech. X, 4). O se dice de todo polvo de perfumista, porque no solo los grandes, sino también los más pequeños pecados deben ser triturados por la confesión, y lavados por la compunción. Estas cosas sobre la primera emisión son suficientes.

3. La segunda es la vida de los continentes en el claustro o en el crematorio. En esta emisión no se menciona el desierto, ni el humo o la penitencia; sino la luz, el esplendor y la virtud. De hecho, en su alabanza se canta con voz angelical: ¿Quién es esta que sube como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército en orden? (Cant. VI, 9.) En estas palabras se muestra su triple virtud, humildad, castidad, caridad. Pues el alba es el fin de la noche y el comienzo de la luz. La noche significa la vida del pecador, la luz significa la vida del justo. Por lo tanto, el alba que ahuyenta las tinieblas, anuncia la luz, con razón designa la humildad; porque así como aquella divide el día y la noche, así esta divide al justo y al pecador. Pues de aquí, es decir, de la humildad, comienza cualquier justo, y de allí progresa. Por lo tanto, también se dice el alba que surge, para que la estructura de las virtudes, surgiendo de la humildad, se erija como su propio fundamento. Por lo tanto, para mostrar su humildad se dijo: Como el alba que surge. Lo que sigue, Hermosa como la luna, demuestra la castidad. Pues se dice que la luna no tiene su esplendor de sí misma, sino que lo toma del sol: y cuanto más se opone a la vista del sol, tanto más de su parte es iluminada por la luz del mismo sol. De manera similar, la congregación, o cualquier alma fiel, si se ofrece a la vista del verdadero Sol, sin duda, de la visión de aquel, admite inmediatamente en sí misma un cierto decoro de belleza y la gracia de la castidad. De donde resulta que, creciendo y progresando en su luz, también se eleva a la perfección, para que se diga correctamente de ella lo que sigue:

4. Escogida como el sol. ¿Por qué como el sol? ¿Acaso porque los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre? (Mat. XIII, 43.) Pero, ¿de dónde brillarán como el sol, sino del esplendor del vestido nupcial? (Mat. XXII, 11.) Pues es este, con el que ciertamente en la tierra debían ser vestidos aquellos a quienes se les dijo: Pero vosotros permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto (Luc. XXIV, 49). Con esta virtud de la caridad, que significa aquel vestido nupcial, quienquiera que esté revestido, y lo ordene correctamente en sí mismo, será sin duda terrible para sus enemigos como un ejército en orden. Pues de las demás virtudes, por muchas que tenga sin caridad, los demonios no se preocupan. Pero cuando ven la caridad y ella misma ordenada en la línea de batalla, inmediatamente son llevados precipitadamente a la fuga. Puede entenderse en lo que se dice escogida como el sol, la perseverancia, que es solo de los elegidos. En lo que sigue, terrible como un ejército en orden, la discreción, madre de las virtudes, por la cual los demonios son aterrorizados y ahuyentados, las virtudes adquiridas y conservadas. También pueden entenderse y decirse muchas otras cosas en esta segunda emisión; pero basta con haber dicho estas pocas de muchas.

5. La tercera emisión conviene a los santos predicadores, de cuya vida y doctrina también se pronuncia aquella voz con admiración: ¿Quién es esta que sube del desierto, rebosante de delicias, apoyada en su amado? (Cant. VIII, 5.) En la primera emisión se había dicho, ¿Quién es esta que sube por el desierto; en esta, sin embargo, ¿Quién sube del desierto: porque allí los penitentes son punzados por las espinas por las que caminan; aquí, sin embargo, los doctores han pisoteado con mente sublime todo lo que pudieron arrebatarse del mundo. Por eso se dijo, del desierto rebosante de delicias. Pero se debe preguntar, ¿cuáles son esas delicias de las que se dice que rebosan; y quién es ese amado, o por qué se dice que se apoyan en él. Pues no deben considerarse pequeñas las delicias que son nombradas por los ciudadanos celestiales. Porque tales delicias son del alma, no del vientre; del espíritu, no de la carne; de la razón, no de la sensualidad; del hombre interior, no del exterior. Que para describirlas brevemente de alguna manera, son la abundante infusión de gracia espiritual. Bienaventurada el alma a la que se infunde tal gracia, que es prevenida con las bendiciones de la dulzura celestial, para que se convierta en templo de Dios y oráculo del Espíritu Santo. A tal alma no pueden faltarle las riquezas de la salvación, la sabiduría y la ciencia, y el mejor tesoro de la misma salvación, el temor del Señor. Con estas delicias, cuando haya abundado y se haya llenado, exalte ya al Señor en las iglesias, y en la cátedra de los ancianos lo alabe. Lo que oyó al oído en las cámaras, predíquelo ya sobre los tejados, y así rebosará de delicias. Pues se dijo que rebosa, insistiendo en la palabra de la doctrina, brillando con el ejemplo de la vida, ejerciendo con diligencia la obra espiritual.

6. Pero es necesario que en todas estas cosas no busque su propia gloria, sino la de su autor. Pues él es su amado, de quien está escrito: Yo soy de mi amado, y mi amado es mío (Cant. II, 16); y de quien el Padre: Este es mi Hijo amado; a él escuchad (Luc. IX, 35). Sobre quien se debe apoyar, para que se atribuya a la ayuda de su gracia la obra de él, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, y a quien son todas las cosas referidas. Pero, ¿por qué debe apoyarse en él, que el mismo amado que enseña al hombre la ciencia, nos enseñe más plenamente. Aquel dijo a los discípulos a quienes llenaba de tales delicias: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Como el sarmiento no puede dar fruto, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí: y de nuevo, Sin mí, dice, nada podéis hacer (Juan XV, 4, 5). Como si dijera abiertamente: Si queréis rebosar de delicias, apoyaros en mí. Pero veamos ya, cómo ellos rebosan y se apoyan. Que venga al medio uno por todos, aquel predicador insigne. Ea, beatísimo Pablo, rebosa de tus delicias. Ciertamente, cuando habías predicado el Evangelio desde Jerusalén por todo el circuito hasta Ilírico; cuando habías

puesto el mismo Evangelio sin costo; cuando los tesoros celestiales y el sacramento de la fe a griegos y bárbaros, sabios e insensatos, como prudente y fiel dispensador, habías distribuido; cuando habías llevado la mortificación de Jesús en tu cuerpo mortal; y entre muchas admirables virtudes tuyas, que tú pudiste hacer, nosotros apenas podemos narrar, incluso aquello con toda autoridad, sin toda arrogancia, siendo tú a tu juicio el menor de los apóstoles, sin embargo, te atreviste a decir: La gracia de Dios en mí no fue vana, sino que trabajé más que todos ellos. ¡Grandes, y, por así decirlo, deliciosas delicias! Pero para que no las pierdas, apóyate en tu amado. No obstante, yo, dice, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10). De nuevo rebosa; porque, para decir la verdad, tales delicias deleitan mucho. Todo lo puedo, dice. De nuevo apóyate. En aquel, dice, que me fortalece (Filip. IV, 13). También dice el Apóstol, El que se gloria, gloriése en el Señor (II Cor. X, 17): es decir, el que rebosa de delicias, apóyese en su amado.

7. Estas cosas sobre las tres emisiones en la significación de los tres géneros de hombres, que en esta vida contiene la santa Iglesia, que también en Ezequiel designan Noé, Daniel y Job (Eze. XIV, 14), con la ayuda del Señor hemos dicho; aunque en cada uno de los perfectos pueden no inconvenientemente asignarse. Y en estos también la primera emisión es la penitencia; la segunda, la justicia; la tercera, la doctrina. Primero, pues, convirtiéndose por la penitencia; segundo, viviendo bien ejercen la justicia; tercero, si han progresado bien, la misma justicia que sostienen con la vida, la enseñan con la palabra. Pero como las virtudes son acechadas por los vicios, y están tan cerca que quien se desvía de ellas, incurre en los lazos de estos, es necesario que la penitencia sea sin vergüenza, para que no se avergüence de confesar los pecados cometidos; la justicia evite la simulación, la prelación elimine la elevación. Pues donde hay grandeza de gracias, también hay grandeza de peligro.

SERMO XCII. De la triple introducción, en el jardín, en la bodega y en la cámara.

1. He venido a mi jardín, hermana mía, esposa (Cant. V, 1). En otro lugar se dice, Me introdujo el rey en su bodega (Cant. I, 3); en otro lugar se dice, en su cámara (Cant. III, 4). Esta triple introducción se hace al alma racional por su Esposo, es decir, el Verbo de Dios, según el triple sentido de las Escrituras, histórico, moral, místico. En el jardín está el histórico, en la bodega el moral, en la cámara el místico. En el jardín, es decir, en la historia, se contiene la triple operación de la Trinidad: creación del cielo y la tierra, renovación del cielo y la tierra, confirmación del cielo y la tierra. El Padre creó, el Hijo reconcilió, el Espíritu Santo confirmó. Y hay un tiempo para la creación, otro para la reconciliación, otro para la confirmación: así como en el jardín hay un tiempo para plantar, otro para recoger frutos, otro para comer. La creación y la reconciliación son del presente; la confirmación, del siglo futuro. Al principio del tiempo creó el Padre, en la plenitud del tiempo reconcilió el Hijo, después de todo el tiempo presente confirmará el Espíritu Santo. Del Padre dijo el Hijo: Mi Padre hasta ahora trabaja; y de sí mismo añadió: Y yo trabajo (Juan V, 17). De manera similar, el Espíritu Santo en la consumación del siglo podrá verdaderamente decir: El Padre y el Hijo hasta ahora trabajan; y desde ahora yo trabajo: cuando ciertamente ya haya hecho nuestros cuerpos espirituales, y el cuerpo se haya adherido al espíritu, y el espíritu a Dios; confirmando el mismo cuerpo por el mismo Espíritu Santo de tal manera que ya de aquí en adelante sin ningún momento de tiempo intermedio se haga lo que está escrito, El que se adhiere a Dios, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Del Padre nos instruye el Antiguo Testamento, y promete la reconciliación. La reconciliación la exhibe el Nuevo Testamento, y promete la confirmación.

2. La segunda introducción es al almacén. Este almacén contiene la ciencia moral y tiene tres estancias distintas. La primera se llama aromática; la segunda, frutal; la tercera, bodega de vino. En la primera están los que se comportan bien con los prelados; en la segunda, los que lo hacen con sus iguales; en la tercera, los que lo hacen con sus subordinados. Por lo tanto, la primera celda es de disciplina; la segunda, de naturaleza; la tercera, de gracia. Porque quien se esfuerza por alcanzar la cúspide de la conversación perfecta, primero se convierte en discípulo e ingresa en la celda de la disciplina, en la cual sus costumbres son compuestas por el maestro con diversas virtudes, como el perfumista compone los aromas con diferentes especies. Por eso esta celda se llama aromática, porque tales personas, al abrazar voluntariamente el trabajo de la disciplina, esparcen a otros con su ejemplo el mejor aroma de imitación. Luego, consecuentemente, ingresan en la segunda celda de la naturaleza, porque aquellos que han aprendido a quebrantar su propia voluntad bajo un maestro pueden fácilmente concordar con los demás compañeros. Y esta celda, donde se vive comúnmente con los demás, se llama adecuadamente celda de la naturaleza, porque todos los hombres son iguales por naturaleza, pero unos son puestos por encima o por debajo de otros por causa de sus méritos. También se llama frutal, porque es de gran utilidad si cada uno administra la gracia que ha recibido en beneficio mutuo, de donde está escrito: "El hermano que ayuda al hermano será exaltado como una ciudad fortificada" (Prov. XVII, 19). Y también dice el profeta: "¡Mirad cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en unidad!" (Sal. CXXXII, 1). Pero cuando han sido completamente perfeccionados en esta segunda celda de la naturaleza, entonces finalmente pueden ingresar en la tercera, que es de gracia, para que también puedan presidir sobre los demás que deben ser instruidos, aquellos que han vivido justamente y sin queja con los demás. Y esta celda también se llama bodega de vino, para que aquellos que presiden en el gobierno ardan en caridad. También se llama celda de gracia, un nombre que también puede ser común a las otras dos. Pues tanto la disciplina como la vida social son un don de gracia. Sin embargo, esta celda reclama ese título especialmente para sí misma, porque es muy fácil someterse o asociarse, pero es raro y difícil que alguien pueda ser transferido útilmente al gobierno de otros.

3. En estas tres celdas se contienen y forman las costumbres de todos los hombres. Todos los hombres son o prelados, o iguales, o subordinados. Así como se eligen de los jardines las mejores cosas y se colocan en los almacenes, donde también tienen lugares distintos en los que se conservan, así de la historia se toma y se guarda en el almacén el sentido moral, del cual se instruye toda la vida humana. Allí leen los prelados cómo deben comportarse con sus subordinados, cuando se les dice: "No dominando sobre el clero, sino siendo ejemplos del rebaño" (I Pedro V, 3); y aquello: "No porque dominemos sobre vuestra fe, sino que somos colaboradores de vuestro gozo" (II Cor. I, 23); y el Señor en el Evangelio: "El buen pastor da su vida por las ovejas" (Juan X, 11). También encuentran en la misma Escritura los iguales cómo deben comportarse entre sí, cuando leen: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gál. VI, 2); y aquello: "Honraos los unos a los otros" (Rom. XII, 10); y muchas cosas en este sentido. También tienen allí los subordinados lo que compone sus costumbres, cómo deben someterse a sus superiores, a quienes se les dice: "Obedeced a vuestros superiores y someteos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta" (Hebr. XIII, 17).

SERMON XCIII. Sobre las propiedades de los dientes, relacionadas con la profesión de la vida monástica.

1. Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas que suben del lavadero, todas con crías gemelas, y no hay estéril entre ellas (Cantar de los Cantares IV, 2). El Espíritu Santo, de cuya fuente más secreta emana el río de los Cantares, nos encomienda en estos dientes, según

entendiendo, no pequeños misterios. No son estos los dientes de los que se dice: "Dios quebrará sus dientes en su boca" (Sal. LVII, 7); ni de los que la voz divina proclama al hombre santo: "Alrededor de sus dientes hay terror" (Job XLI, 5); sino dientes más blancos que la leche; pues son de la esposa, cuya belleza ha deseado el Altísimo, que no tiene mancha ni arruga. Pues aunque toda ella es blanca, se prueba más blanca en los dientes. Sin embargo, con una comparación nueva e inaudita, se exalta en sus alabanzas, diciendo: "Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas". ¿Qué hay en esta, pregunto, similitud que sea digno de creer que ha descendido de los secretos celestiales? Algo grande, y que debe ser sentido magnánimamente. Pues es el Espíritu quien habla: quien cuando habla, no puede dejar pasar ni una jota vacía. Ciertamente hay algo envuelto en estos dientes, que al ser desenvuelto señala el sagrado misterio de la inteligencia.

2. Los dientes son blancos y fuertes: no tienen carne: carecen de piel: no pueden soportar nada dentro de sí: no hay dolor como su dolor: están cerrados por los labios para que no se vean: es indecente cuando se ven, salvo al reír: mastican el alimento para todo el cuerpo: no tienen sabor alguno: no se consumen fácilmente: están colocados en orden, algunos superiores y otros inferiores: y cuando los inferiores se mueven, los superiores nunca. Así, creo que estos dientes son los hombres de la profesión monástica, que eligiendo el camino más corto y seguro, parecen ser más blancos que todo el cuerpo de la Iglesia. ¿Qué hay más blanco que aquellos que, evitando las inmundicias de toda impureza, lamentan los pecados de sus pensamientos, así como de sus acciones? ¿Qué más fuerte que aquellos para quienes la tribulación es consuelo, la injuria es gloria, la pobreza es abundancia? Estos no tienen carne, porque en la carne olvidan la carne, escuchando del Apóstol: "Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu" (Rom. VIII, 9). Carecen de piel; porque no teniendo el brillo y la tensión de las preocupaciones mundanas, duermen y descansan en paz. No permiten que nada permanezca dentro de ellos; porque no consideran tolerable ni el más mínimo obstáculo, ni dentro de sí mismos, ni en las conciencias de cada uno. De ahí esa vuestra oportuna importunidad, con la que tan a menudo nos fatigáis, que muchas veces, incluso cuando no es necesario, gastáis mucho del día en estas cosas. No hay dolor como su dolor; porque nada es tan horrible y espantoso como el murmullo y la disensión en la congregación. Están cerrados por los labios para que no se vean: así también nosotros estamos rodeados de valles materiales, para que no estemos expuestos a los ojos y al acceso de los seculares. Es indecente si aparecen, salvo quizás a veces para reír; porque nada es más vergonzoso que un monje corriendo por ciudades y castillos, salvo cuando lo hace por aquello que la caridad, que cubre multitud de pecados, le obliga. Pues la caridad es risa, porque es alegre. Alegre, pero no disoluta. Los dientes mastican el alimento para todo el cuerpo; porque ellos están constituidos para orar por todo el cuerpo de la Iglesia, es decir, tanto por los vivos como por los muertos. No deben tener sabor alguno; porque no deben asignarse ninguna gloria a sí mismos, sino decir con el profeta: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria" (Sal. CIII, 1). No se consumen fácilmente; porque cuanto más viejos, más fervorosos; y cuanto más se acercan a la meta, más rápido corren. Están colocados en orden. Pues, ¿dónde hay algo ordenado, si no aquí, donde el alimento y la bebida, el vigilar y el dormir, el trabajar y el descansar, el caminar y el sentarse, y todas las demás cosas, se establecen en número, medida y peso? Hay superiores e inferiores; porque entre nosotros hay prelados y subordinados, y así los superiores se unen a los inferiores, para que los inferiores no discrepen de los superiores. Pero cuando los inferiores se mueven, los superiores nunca deben moverse; porque aunque los subordinados a veces se turben, es propio de los prelados permanecer con la mente compuesta. "Como un rebaño de ovejas esquiladas", dice. ¡Qué bien se comparan los monjes con las ovejas esquiladas! porque realmente están esquilados, a quienes no se les ha dejado ni corazones, ni cuerpos, ni nada mundano en propiedad. "Que

suben del lavadero". El lavadero es el Bautismo, del cual asciende quien se dirige a la altura de la vida más perfecta: desciende, sin embargo, quien se entrega a la vida deshonesta. "Todas con crías gemelas"; porque dan a luz tanto con la palabra como con el ejemplo. "Y no hay estéril entre ellas"; porque no hay ninguno infecundo.

SERMON XCIV. Sobre el proceso de la vida cristiana o espiritual, según la tropología de Elías huyendo de Jezabel.

1. Elías temió a Jezabel, y levantándose se fue a donde le llevó la voluntad; y llegó a Beerseba de Judá, y dejó allí a su criado, y se adentró en el desierto. Y cuando llegó bajo la sombra de un enebro, se sentó, se echó y se durmió. Y el ángel del Señor lo tocó y le dijo: Levántate y come. Y miró, y he aquí junto a su cabeza un pan cocido sobre las brasas y un vaso de agua. Comió, bebió y caminó con la fuerza de aquel alimento cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, Horeb (III Reyes XIX, 3-8). Por Elías, que se interpreta como "Señor" o "Señor fuerte", se entiende cualquier justo que sufre persecución por la justicia. De ahí aquello: "Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia" (Mat. V, 10). Quien temiendo a Jezabel, es decir, la malicia del mundo o la tiranía del diablo, se levanta de la tentación de los pecados y va a donde le lleva la voluntad otorgada por el Señor. Y llega a Beerseba de Judá, a la santa Iglesia, que se llama Beerseba, es decir, "Pozo séptimo", por la abundante gracia del Espíritu septiforme que allí se distribuye a los fieles; o "Pozo de saciedad", por la profundidad de los misterios de Dios y la refacción de las Sagradas Escrituras. De esta profundidad tenemos en el salmo: "Agua tenebrosa en las nubes del aire" (Sal. XVII, 12); y de nuevo: "Tus juicios son un abismo grande" (Sal. XXXV, 7). Ante la consideración de esto, el Apóstol, temblando y desfalleciendo de temor, se ve obligado a clamar: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios!" (Rom. XI, 33).

2. De esta saciedad lees en el salmo: "Me condujo junto a aguas de reposo" (Sal. XXII, 2); y también: "Se saciarán de la abundancia de tu casa" (Sal. XXXV, 9). Este tipo de embriaguez no induce hastío, sino que provoca un apetito indeficiente con ciertos deseos. En este mar de la sagrada lectura, el cordero camina y el elefante nada. En la mesa de la doctrina católica, según la medida de la inteligencia, se presentan suficientes manjares a cada uno. Este es el paraíso de las delicias, este es el jardín de todos los frutos. Llegando, pues, a Beerseba, a la santa Iglesia, como se ha dicho, corre a la confesión, que se nota por Judá: y deja allí a su criado, es decir, el sentido pueril o la debilidad de sus actos anteriores, y se adentra en el desierto, es decir, el desprecio de este mundo. Una vez que llega allí, se sienta, es decir, descansa del tumulto secular, cantando con el profeta: "Esta es mi morada para siempre" (Sal. CXXXI, 14). Se echa, es decir, se considera vil, renunciando a sus deseos, según aquello evangélico: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo" (Luc. IX, 23). Se duerme bajo la sombra del enebro, porque en los atrios de la casa de Dios, según los sentidos del cuerpo, se vacía por completo de todas las maldades, diciendo con el salmista: "En paz me acostaré y dormiré" (Sal. IV, 9). Entonces la visión angélica lo toca, incitándolo a obrar bien y a levantarse a cosas más altas. Mira a su cabeza, es decir, a Cristo, que es la cabeza de la Iglesia: y he aquí un pan cocido sobre las brasas, es decir, el alimento de la doctrina divina, externamente rudo, pero internamente inefablemente confortante y dulce; y un vaso de agua, esto es, una fuente de lágrimas con compunción del corazón. Come y bebe, es decir, cumple lo que oye: y avanza en fortaleza hacia el monte de Dios, a la altura de la bienaventuranza.

SERMON XCV. Sobre la amargura de la doctrina que debe ser templada por los predicadores.

1. Había hambre en la tierra, y los hijos de los profetas habitaban delante de Eliseo: a quienes hizo preparar un guiso. Y cuando probaron de la cocción, exclamaron: "¡Muerte en la olla, hombre de Dios!", y no pudieron comer. Pero él dijo: "Traed harina". Y la echó en la olla, y dijo: "Servid a la gente". Y comieron; y no hubo más amargura en la olla (IV Reyes IV, 38-41). Hambre en la tierra, penuria de la palabra de Dios en la mente humana: hijos de los profetas, hijos de los predicadores. Profeta se interpreta como "vidente". Y los santos predicadores no sin razón son llamados profetas: quienes contemplan los misterios ocultos de Dios, y según ven los modos de los hombres, aplican los modos de las curaciones. Eliseo se interpreta como "Salvación del Señor": con este nombre se designa adecuadamente a cualquier prelado y doctor de la Iglesia, cuya persuasión saludable anuncia la salvación del Señor a los pueblos, y al anunciarla, la imparte. Este tal, por deber de su oficio, pone ante sus súbditos una gran olla, que contiene hierbas agrestes, es decir, una admonición que trata de cosas graves, llena de aspereza, pero sin embargo encendida por el fuego del Espíritu Santo. Los súbditos, por lo tanto, horrorizados por la austeridad de los discursos, claman: "¡Muerte en la olla!"; y no pueden probarla.

2. El dispensador sabio, por lo tanto, no trae, sino que manda traer harina; porque no ofrece, sino que exhorta a tener caridad, cuyo condimento hace dulces las cosas que antes parecían amargas. Pues el predicador puede hacer resonar las admoniciones de salvación en los oídos de los presentes, pero nadie, sino solo Dios, puede infundir el sabor de la caridad en el paladar del corazón. De ahí Gregorio: "A menos que haya un Espíritu dentro que enseñe, la lengua del maestro trabaja en vano externamente" (Homil. 30 en Evang.). Otro es el sabor del cielo, otro es el sabor de la tierra. De ninguna manera puede agradarnos el sabor del cielo, mientras buscamos el sabor de nuestro cocinero. En el desierto se dan codornices y maná, es decir, en el lugar de la disciplina se dan los mandamientos mayores y menores. Cuando los hijos de Israel vieron el maná, se dijeron unos a otros: "¿Qué es esto?" Porque no sabían qué era. A quienes Moisés dijo: "Este es el pan que el Señor os ha dado para comer" (Éxodo XVI, 15). El misterio de este hecho se revela convenientemente en el Evangelio de Juan, donde el Señor dice: "En verdad, en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del Hombre, etc." Muchos de sus discípulos, al oír esto, dijeron: "Duro es este discurso; ¿quién puede escucharlo?" Desde entonces muchos se volvieron atrás (Juan VI, 54, 61, 67). De esta manera, cuando algunos simples vienen a la conversión, temen la severidad de la Regla. Si se les habla del desprecio del mundo, del conflicto de virtudes y vicios; si se les requiere la ansiedad de vigilar, la asiduidad de orar, la parquedad de ayunar, dicen quejándose entre sí: "¿Qué es esto? ¿Quién puede cumplir tantas y tan grandes cosas?" No saben cuánta es la virtud del orden asumido. Pero el pastor debe responderles consoladoramente y exhortarlos a traer harina.

SERMON XCVI. Sobre los cuatro manantiales del Salvador y las aguas que de ellos se extraen.

1. Sacaréis aguas con gozo de los manantiales del Salvador (Isa. XII, 3). En lugar del paraíso que perdimos, nos ha sido restituido Cristo Salvador. Así como de un solo manantial del paraíso se derivan cuatro ríos para regar el paraíso, así del arcano de su pecho proceden cuatro manantiales, de los cuales se extraen cuatro tipos de aguas, con las que se riega toda la Iglesia por todo el mundo. Son, pues, cuatro manantiales: verdad, sabiduría, virtud y caridad. De estos manantiales se extraen aguas, de cada uno de ellos una. Pues del manantial de la verdad se extraen las aguas de los juicios; del manantial de la sabiduría, las aguas de los consejos; del manantial de la virtud, las aguas de los auxilios; del manantial de la caridad, las aguas de los deseos. En las aguas de los juicios conocemos qué es lícito o qué no es lícito. En las aguas de los consejos discernimos qué es conveniente o qué no es conveniente. Pero como

a los hombres elegidos que avanzan rectamente por estos caminos no les faltan tentaciones, y son tentados de dos maneras: o por terrores, para que se conmuevan; o por halagos, para que se seduzcan; por eso deben ser armados contra los terrores con los auxilios de la virtud divina; contra los halagos, con los deseos de la caridad suprema. Pues los deseos de las cosas mejores superan, como dice un santo, los deseos de las cosas peores. O podemos proceder de esta manera. ¿De qué sirve conocer qué es lícito y conveniente (lo cual enseñan los juicios y los consejos), si no se puede llevar a cabo? Por eso, después de las aguas de los juicios y los consejos, deben buscarse las aguas de los auxilios. De nuevo, ¿de qué sirve poder hacer algo, si el fin de todo esto no es la caridad? Correctamente, pues, después de los juicios, después de los consejos, después de los auxilios, se extraen del manantial de la caridad los deseos, para que, en efecto, todo lo que sepamos o hablemos, todo lo que obremos o suframos, lo concluya el fin de la vida eterna.

2. Pero para que lo que se ha dicho sobre las fuentes y las aguas brille más claramente, creo que debe ser comprobado con testimonios de las Escrituras, y las similitudes del oro que hemos presentado deben ser adornadas con plata. Y primero, lo que se ha dicho, que esos cuatro manantiales fluyen del pecho de Jesús, no creo que nadie lo dude. Sin embargo, cómo de esas mismas fuentes se extraen las aguas mencionadas, es algo que debe ser elaborado. Que venga entonces David y diga que de la fuente de la verdad proceden los juicios. Esto ciertamente parece haber sentido cuando dijo: "De tu rostro salga mi juicio" (Salmo XVI, 2). Pues el hombre santo no diría que su juicio proviene del rostro de Dios, es decir, de la verdad, si no fuera así. Sabía que los elegidos de Dios son gobernados por los juicios de la verdad, como con una vara de hierro, y porque sentía que estaba bajo su gobierno, exultante cantaba: "Los juicios de Dios son verdaderos, justificados en sí mismos; más deseables que el oro y las piedras preciosas, y más dulces que la miel y el panal" (Salmo XVIII, 10, 11). Para que no se desvíen por descuido, escuchen la voz del Padre a través del mismo profeta advirtiéndolo: "Si no caminan en mis juicios, y no guardan mis mandamientos, visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados" (Salmo LXXXVIII, 31-33). Estos misterios del juicio divino los revelaba el portero del reino celestial cuando decía: "Es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero es con nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creyeron en el Evangelio de Dios?" (I Pedro IV, 17). Y esto se dijo de los elegidos. Sin embargo, hay otro juicio para los reprobados, que no obstante procede de la misma Verdad. Por eso también se dice a través de Pablo: "Sabemos que el juicio es según la verdad en aquellos que hacen tales cosas" (Romanos II, 2). Y ambos juicios los abarca la misma Verdad, diciendo: "Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos" (Juan IX, 39). Y ambos los distingue, cuando dice: "Y estos irán al castigo eterno; pero los justos, a la vida eterna" (Mateo XXV, 46).

3. Si hemos visto cómo de la fuente de la verdad se extraen los juicios, veamos cómo de la fuente de la sabiduría se dispensan los consejos. ¿Quién duda que el apóstol Pablo sea sabio, cuando incluso Pedro, su coapóstol, afirma que le fue dada sabiduría (II Pedro III, 15), y toda la serie de palabras del mismo apóstol no huele a otra cosa que a sabiduría? Que presente entonces los consejos, y a través de ellos nos enseñe qué conviene a los peregrinos que se apresuran hacia la patria celestial. "En cuanto a las vírgenes", dice, "no tengo mandamiento del Señor, pero doy consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor, para ser fiel. Considero, pues, que esto es bueno a causa de la necesidad presente, que es bueno para el hombre estar así", es decir, permanecer en virginidad. Si tuviera un mandamiento sobre las vírgenes, no se permitiría otra cosa que lo que se ordenara. Pero ahora, cuando ambas cosas son lícitas, casarse o no casarse, ¿qué podría decirse más concisamente que "es bueno para el hombre estar así"? especialmente cuando la urgencia de la necesidad suele sobrevenir

frecuentemente, y la misma brevedad del tiempo nos apremia a morir pronto, y la figura de todo el mundo pasa. Asimismo, cuando hablaba de la viuda: "Será más feliz", dice, "si permanece así", es decir, sin casarse, "según mi consejo". Y para que no pareciera que este consejo lo había sacado de su propio corazón, y no más bien de la fuente de la Sabiduría, añadió diciendo: "Creo que también yo tengo el Espíritu de Dios" (I Corintios VII, 25, 26, 40). Pero, ¿por qué me detengo en pocos ejemplos, cuando en sus palabras todo sexo, toda condición encuentra consejo, si busca diligentemente, para la salvación? Y si alguien quiere examinar más curiosamente si es verdad lo que se ha dicho, que los consejos manan de la sabiduría, que lea los libros que se titulan Sabiduría, donde todo el contexto del discurso parece preparar consejos. Pero si estudia más cuidadosamente y con más utilidad elegir la vida de allí, escuchará a la misma Sabiduría invitando saludablemente: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mateo XIX, 17). Preguntas de quién? "Teme a Dios", dice, "y guarda sus mandamientos" (Eclesiástico XII, 13). Escuche a la misma llamando con afecto maternal: "Dame tu corazón" (Proverbios XXIII, 26). ¡Oh, cuánto desearía yo también suspender mi corazón en su palabra, de cuya boca maravillosa escucho resonar tan dulces consejos de vida! ¡Ojalá pudiera también sumergir el cálamo de mi lengua en su fuente, para ser capaz de escribir útilmente también lo que resta de las dos fuentes, es decir, de la virtud y de la caridad!

4. Y puesto que estas cuatro fuentes se transfunden mutuamente su sabor, de modo que quien bebe de una es invitado con una cierta inefable dulzura de amor a otra, me complace ahora pasar de la sabiduría a la virtud, y mostrar, en la medida en que soy ayudado por la misma virtud, cómo de allí se extraen las aguas de los auxilios. Así como dije antes que los juicios de la verdad son dobles, porque determinan qué es lícito y qué no lo es; de igual modo, los de la sabiduría son dos, es decir, qué conviene y qué no conviene: así también aquí reconozcamos que del manantial de la virtud se extraen dobles aguas de auxilios, que o bien lavan a los elegidos de las culpas, o bien los refrescan en los tormentos. Tomemos ejemplo de ambos. El evangelista Lucas relata que una mujer que padecía flujo de sangre, habiendo gastado toda su sustancia en médicos sin poder curarse, se acercó por detrás y tocó el borde del manto del Señor, y al instante se detuvo el flujo de sangre: Jesús dijo: "¿Quién me ha tocado?" Y cuando los discípulos respondieron: "Las multitudes te aprietan y te oprimen, y dices: ¿Quién me ha tocado?", él repitió: "Alguien me ha tocado; porque yo sé que ha salido virtud de mí" (Lucas VIII, 43-46). He aquí qué aguas de auxilio extrajo la mujer de la fuente de la virtud, con las que fue lavada del flujo de sangre, que no podía ser sanada por ningún arte de los médicos. Pero si alguien objeta que el testimonio presentado no tiene nada que ver con el tema de la obra presente, ya que esa mujer no parece haber sido lavada de las culpas, sino solo de la enfermedad de la carne, sepa que es costumbre de la virtud divina sanar primero el corazón antes que el cuerpo. Por eso, en otro lugar, cuando le fue presentado un paralítico para ser curado, como buen y piadoso médico, queriendo sanar primero lo que era más importante, es decir, la mente antes que la carne, dijo al paralítico: "Confía, hijo, tus pecados te son perdonados". Así, sanada la conciencia, consecuentemente se sana el cuerpo, cuando se dice: "Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa" (Mateo IX, 2, 6). Así, pues, también el corazón de esta mujer fue primero lavado interiormente por el don de la fe, como está escrito: "Purificando sus corazones por la fe" (Hechos XV, 9), por la cual mereció obtener exteriormente la salud del cuerpo. Esto lo insinúa el mismo Señor, cuando dice: "Hija, tu fe te ha salvado, ve en paz" (Lucas VIII, 48). Que de esta misma fuente de la virtud se extraen aguas de auxilio en los tormentos, lo muestran también aquellos tres jóvenes puestos en el fuego del horno ardiente, a quienes la misma llama refrescó (Daniel III); y especialmente el ilustre mártir Vicente, quien, mientras era gravemente torturado, no solo soportó, sino que incluso provocó con constancia a su torturador con estas palabras:

"Levántate", dice, "y con todo el espíritu de maldad enfurece; verás que por la virtud de Dios puedo más mientras soy torturado, que tú que torturas". Se podrían decir muchas más cosas de esta fuente de la virtud, pero la paso brevemente, porque deseo más bien beber de la fuente de la virtud [alias, caridad] que escribir sobre ella.

5. A esta fuente somos invitados por la voz de nuestro Redentor que dice: "Si alguno tiene sed, venga y beba, y de su interior correrán ríos de agua viva". Y el Evangelista explicó a qué fuente nos invitaba, diciendo: "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él" (Juan VII, 37-39). ¿Qué Espíritu, sino el Espíritu de caridad, que el mundo no puede recibir, sino solo aquellos que verdaderamente creen en él? De esta fuente, pues, saquemos para nosotros aguas de deseos, y dividámoslas en dos corrientes, para que así como hay dos mandamientos de la misma caridad, así también haya deseos gemelos, con los cuales se cumplan esos mandamientos. Porque es diferente el deseo con el que se ama a Dios por sí mismo, y el deseo con el que se ama al prójimo en Dios, o por Dios. En el primero no hay medida, sino que se ama a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza; en el segundo, se prescribe una cierta medida, cuando se dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo XXII, 37, 39). Con el primero ardía el profeta cuando decía: "Como el ciervo anhela las corrientes de las aguas, así mi alma te anhela a ti, Dios" (Salmo XLI, 2); y también, "Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor" (Salmo LXXXIII, 3). Este lo mostraba el Apóstol a los Romanos, a quienes escribía: "Porque deseo veros, para impartiros algún don espiritual" (Romanos I, 11); y el Señor en el Evangelio a sus discípulos: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer" (Lucas XXII, 15).

6. Y es de notar que a ese deseo se excita la mente humana especialmente por tres afectos, y se promueve: por lo cual se manda amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza. El primero es dulce, el segundo prudente, el tercero fuerte. El primero lo tuvo Pedro, cuando disuadía al Señor de morir; pues lo amaba dulcemente de corazón, cuya pasión temía. Pero cuando oyó: "Apártate de mí, Satanás, no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres" (Marcos VIII, 33): instruido por estas palabras, y entendiendo qué bien había en la muerte de Cristo, comenzó a amar prudentemente con toda el alma, a quien antes solo amaba dulcemente con todo el corazón, pero aún no lo amaba con toda la fuerza. Si lo hiciera, no lo negaría por el peligro de la muerte. Pero después de la resurrección y ascensión, dado el Espíritu desde lo alto, entonces finalmente amó con toda la fuerza, por quien incluso no temió después sufrir el horrible suplicio de la cruz. También en la caridad hacia el prójimo se nos ejercita de tres maneras, ya sea para que se edifique la misma caridad donde no está, o ciertamente para que no perezca o disminuya donde está. Quienquiera que opere esto con puro afecto hacia el prójimo, sin duda alguna, merece más allá de esto la caridad que es Dios.

SERMO XCVII. De la suavidad de la palabra y el yugo de Cristo, duro por fuera, pero dulcísimo por dentro.

1. Miel y leche bajo su lengua (Cantar de los Cantares IV, 11). Esto es necesario. Pues lo que está en la lengua, suena duro. Las palabras del sabio son como agujones, y como clavos bien clavados (Eclesiastés XII, 11). Otro es aquel cuyos discursos son más suaves que el aceite (Salmo CXL, 5): pero que el aceite del pecador no unja mi cabeza. Que me corrija más bien el justo y me reprenda, pues esto es en misericordia, que aquel aceite unja mi cabeza, en el cual hay engaño. Pues bien, no se dice que los discursos del adulador o del consejero iniquo sean suaves, sino suavizados, porque en ellos no hay una verdadera y sólida, sino una dulzura superpuesta y simulada, ya que ellos son dardos (Salmo LIV, 22). Finalmente, ¿qué hay bajo su lengua? Escucha al Profeta: Trabajo y dolor (Salmo IX, 7). Pero bajo su lengua, miel y leche, quien según el mismo profeta finge trabajo en el precepto (Salmo XCIII, 20). Te

maravillas de que la Verdad finja: pues es lícito maravillarse, no dudar. Si buscas otro testigo, lee en el Evangelio, que fingió ir más lejos (Lucas XXIV, 28). ¿Por qué no habría de mostrar un fingimiento al fingimiento? Pues él conoce nuestro fingimiento, ciertamente impaciente del trabajo, no soportando la dilación, frágil en ambos sentidos; por lo tanto, piadosamente proveyó que la piedad tuviera la promesa de la vida presente y futura (I Timoteo IV, 8); y no impusiera un verdadero trabajo, sino que más bien fingiera en el precepto. Escucha cómo él mismo se revela fingiendo trabajo. "Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera" (Mateo XI, 29, 30). ¿Cómo no es fingido el trabajo, donde no se encuentra trabajo, sino descanso?

2. Así, pues, trabajo en la lengua, miel bajo la lengua. ¿Qué hay sobre la lengua? Inefables, que no es lícito al hombre hablar (II Corintios XII, 4). ¡Desdichados, que atendiendo solo a lo que sonó en la lengua, no pudieron captar lo que estaba escondido bajo la lengua, ni lo que estaba reservado sobre ella! "Dura es esta palabra", dicen (Juan VI, 61). Dura, ciertamente, pero sin embargo es la misma palabra de vida. "El que no lleva su cruz y me sigue, no es digno de mí" (Mateo X, 38). "Si alguno viene a mí y no odia a su padre y madre, aún más a su propia alma, no es digno de mí" (Lucas XIV, 26, 27). ¿Qué podría decirse más duro? No te equivoques. Parece piedra; es pan. Duro en la corteza, pero suavísimo en la médula. El Señor tu Dios te prueba. El ejercicio de la fe y la prueba del amor es este fingimiento de trabajo. Sin embargo, sea piedra. ¿Acaso crees tú lo que también creen los demonios? "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes". Todos sabemos quién dijo esto. No duda él que solo con decirlo (lo cual ciertamente es lo más fácil) puede hacer del piedra pan, a quien cree ser el Hijo de Dios. Es lícito ser enseñado incluso por el enemigo. Digamos también nosotros al Hijo de Dios: "Di que estas piedras se conviertan en panes". Pues aquel que vino para la salvación de los hombres, no de los demonios, así confutó a los adversarios, para instruir a los pequeños. No diciendo lo que él quería, sino lo que convenía que nosotros escucháramos, para que nuestra piedra se convirtiera en pan, no el de él. "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo IV, 3, 4).

3. ¿Qué dices tú a esto, enemigo de la verdad, murmuras? Lo que tú mismo confiesas, y no puedes negar en absoluto, el Hijo de Dios puede decir que las piedras se conviertan en panes. Entonces, ¿dónde dice de las palabras de Dios y lo dice en general, porque así se vive, y en tales cosas está la vida de mi espíritu (Isaías XXXVIII, 16); qué me susurras a cualquiera de ellas, diciendo: "Dura es esta palabra"? Lo que el Hijo de Dios dijo, y se hicieron alimentos de vida, ¿tú lo llamarías piedras, que no eres hijo de Dios? No soy yo quien te considere (lo que tú mismo temerariamente consideraste) ser igual a Dios, para que diciendo tú el pan se convierta en piedra. Quien no es hijo de Dios, en vano dices que estas piedras se conviertan en panes. Ni menos en vano me ofreces tu piedra por pan, escorpión por huevo, serpiente por pez. ¡Ay de aquellos que llaman pan piedra, piedra pan, poniendo luz por tinieblas, y tinieblas por luz (Isaías V, 20); considerando el yugo de Cristo áspero, y ser bajo espinas delicias! No quiero esas delicias. Prefiero gustar y ver que el Señor es bueno (Salmo XXXIII, 9). Pues no en vano aquel mismo que aconseja, se esforzó por experimentar. Finalmente dice: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!" (Salmo CXVIII, 103) y de nuevo, "¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen!" (Salmo XXX, 20). ¿Dónde crees que se esconde? Sin duda bajo su lengua, bajo su cabeza, que dice: "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará" (Cantar de los Cantares II, 6). Pues aunque en la promesa de la vida presente, la dulzura y la multitud de dulzura, y también grande, y muy grande sea la multitud; sin embargo, la perfección no es sino en la promesa futura. "Has perfeccionado", dice, "a los que esperan en ti en presencia de los hijos de los hombres" (Salmo XXX, 20). ¿Qué ha perfeccionado? No es esta palabra en la lengua, sino

sobre la lengua. Por eso el oído no oye, porque ni la lengua ha pronunciado lo que Dios ha preparado para los que le aman. Ni ciertamente en lo oculto será esa consumación, sino en presencia de los hijos de los hombres. Apropiadamente, pues, no dice aún perfecto, sino ya perfeccionado con los que esperan: "Porque en esperanza fuimos salvados" (Romanos VIII, 24).

SERMO XCVIII. De los hijos de la paz, en quienes habita Dios.

Factus est in pace locus ejus (Sal. LXXV, 3). Hay una paz fingida, como en Judá; hay una desordenada, como en Adán y Eva. Ninguna de estas es el lugar de Dios. Solo la paz cristiana, que el Señor dejó y da a sus discípulos, es aquella en la que el Señor reposa. Esta se ofrece a través de los santos predicadores a todo el género humano: pero algunos la rechazan, otros la reciben. Nosotros, sacudiendo el polvo de nuestros pies sobre los que odian la paz, nos dirigimos al amante de esa misma paz. Algunos de ellos son llamados receptores de la paz, otros retenedores de la paz, otros hacedores de la paz. También pueden ser llamados con otros nombres, a saber, pacíficos, pacientes, pacificadores. Y estos nombres se obtienen según los diversos estados de la paz, en los cuales progresan. Pues los pacíficos, por esta paz, poseen la tierra de su cuerpo, porque son mansos (Mat. V, 4). Los pacientes poseen su alma, a quienes se les dice: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Luc. XXI, 19). Los pacificadores poseen no solo la suya, sino también la de otros, en quienes hacen la paz. Por lo cual con razón son llamados hijos de Dios (Mat. V, 9). Por tanto, se les llama pacíficos a los que reciben la paz, de quienes está escrito: Si allí hubiere hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él (Luc. X, 6). Pero como son pequeños, agitados por escándalos, pronto pierden la paz que habían recibido. Sin embargo, los pacientes son aquellos que retienen la paz recibida, y no la pierden por ninguna injuria que los exaspere. A estos, como más robustos, se les ordena: Amad la paz y la santidad sin la cual nadie verá a Dios (Hebr. XII, 14). Los pacificadores, en cambio, no solo la hacen en sí mismos y en otros, sino que también aman a los que quieren quitarla, como está escrito: Con los que odian la paz, yo era pacífico (Sal. CXIX, 7), he aquí estos son, a quienes Dios ama como hijos, y de quienes, como piedras vivas, la Sabiduría construye un templo para sí. De este edificio, para que no puedan ser sacudidos por ningún impulso, siendo Dios mismo el que habita y obra en él, son tallados a semejanza de una piedra de cuatro maneras: arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda. Arriba, cuando humildemente y prudentemente someten su voluntad a la divina; abajo, cuando gobiernan con templanza la carne sujeta; a la derecha, abrazando justamente a los buenos; a la izquierda, tolerando con fortaleza a los malos.

SERMO XCIX. De los cuatro tipos de hombres que obtienen el cielo.

Hay cuatro tipos de hombres que poseen el reino de los cielos. Algunos lo arrebatan violentamente, otros lo compran, otros lo roban, otros son compelidos a él. Lo arrebatan quienes han dejado todo y siguen a Cristo, de quienes se dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Hay otros de grado inferior, de quienes se cosechan cosas carnales, mientras se les siembran cosas espirituales; y a estos el Señor les habla en el Evangelio: Hacedos amigos con las riquezas de iniquidad, para que cuando falten, os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9). Tales son llamados mercaderes, porque dan en el presente a los pobres cosas temporales que poseen, para que en el futuro reciban de ellos cosas eternas, que no merecen tener sino a través de ellos. Es necesario que todos los que serán examinados en el juicio futuro, o sean amigos del Juez, o tengan amigos intercesores ante el Juez. Tienen, por tanto, el primer lugar de bienaventuranza quienes interceden; tienen el segundo aquellos por quienes interceden. Hay otros que hacen

algunas cosas buenas en secreto, por las cuales merecen el reino de los cielos; pero sin embargo se dice que lo roban, porque evitando la alabanza humana, se contentan solo con el testimonio divino. La figura de estos la tuvo la mujer en el Evangelio, que padeciendo flujo de sangre pensó dentro de sí, diciendo: Si tocare tan solo el borde de su manto, seré salva (Marc. V, 28). Dicho esto, se acercó en secreto, tocó, y fue salva. Otros son compelidos: por ejemplo, los pobres necesarios, a quienes el fuego de la pobreza, dispensado por Dios, purga aquí, para que el fuego del juicio no los castigue en el futuro. De estos está escrito: Obliga a entrar, para que se llene mi casa (Luc. XIV, 23). Muchos son compelidos, afligidos por diversas necesidades y opresiones: quienes, por la maravillosa providencia de Dios, mientras soportan pacientemente el castigo temporal, si no de buen grado, al menos con paciencia, alcanzan la vida eterna.

SERMO C. De la diferencia entre el pueblo y el prelado.

Tanto como dista entre el pastor y el rebaño, tanto debe distar entre el obispo y el pueblo. Aquel está sublime y recto: este inclina la cabeza, abatido en el suelo. De ahí el poeta: Mientras los demás animales miran hacia la tierra, al hombre le dio un rostro sublime. (OVIDIO, Metamorfosis, lib. I, vers. 84, 85.) Aquel gobierna, este es gobernado, aquel alimenta, este es alimentado: para que por la misma forma y hábito ambos sean discernidos. Aquel tiene en la mano una vara con la que golpear, o más bien guiar y traer de vuelta a la oveja. ¿Qué es tener en la mano una vara, sino tener en la obra la disciplina, para instruir más a sus súbditos con el ejemplo que con la palabra? Pues los soberbios se avergüenzan de ser discípulos, si los maestros los han precedido en humildad. De ahí que esté escrito del Señor: Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar (Hech. I, 1). También tiene un bastón, con el que golpear al lobo: vara para la oveja, bastón para el lobo. Esto es, debe corregir con suavidad a los mansos y obedientes, pero reprender con más dureza a los duros de corazón y malvados; y cuando sea necesario, incluso golpear con la sentencia de anatema. Tiene al perro en la cuerda, es decir, el celo en la discreción, para que no sea de aquellos de quienes está escrito: Tienen celo [o emulación] de Dios, pero no según ciencia (Rom. X, 2). También el buen pastor tiene pan en la alforja, esto es, la palabra de Dios en la memoria.

SERMO CI. De los cuatro modos de amar.

Hay dos amores, el carnal y el espiritual: de los cuales se derivan cuatro modos de amar, a saber, amar la carne carnalmente, el espíritu carnalmente; la carne espiritualmente, el espíritu espiritualmente. En estos se produce un cierto progreso y ascenso de lo inferior a lo superior. Pues para que los hombres, que solo sabían amar la carne carnalmente, progresaran hasta amar también a Dios espiritualmente, Dios se hizo carne, y hablando y conviviendo con los hombres, primero fue amado por ellos carnalmente. Pero cuando quiso poner su alma por sus amigos, ya amaban el espíritu, pero aún carnalmente. De ahí que Pedro respondiera al hablar de su pasión: Lejos de ti, Señor, esto no te sucederá (Mat. XVI, 22). Pero cuando reconocieron que por esa misma pasión se realizaba el misterio de la redención, en esa pasión ya amaban la carne espiritualmente. Resucitado y ascendido, aman el espíritu espiritualmente, y alegres cantan: Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). También nosotros amamos nuestra carne carnalmente, cuando amamos y cumplimos sus deseos. El espíritu carnalmente, cuando lo quebrantamos llorando, suspirando, gimiendo en la oración. La carne espiritualmente, cuando la ejercitamos espiritualmente sujeta al espíritu, la conservamos con discreción. El espíritu espiritualmente, cuando incluso nuestros estudios espirituales los posponemos por caridad a la utilidad fraterna.

SERMO CII. Del modo de regresar a Dios.

1. Hay un modo de regresar a Dios, opuesto a la caída del primer hombre. Adán, colocado en el paraíso, primero perdió la circunspección de Dios. Pues el bienaventurado Agustín testifica (*De civitate Dei*, lib. XIV, c. 13), que el tentador no habría expulsado al hombre del paraíso, si no hubiera precedido alguna elevación en el alma del hombre, ya que está escrito con toda verdad: Antes de la ruina se exalta el corazón (*Prov.* XXI, 18). En segundo lugar, perdió la justicia, cuando obedeció más a la voz de su esposa que a la divina. Pues la justicia es la virtud que da a cada uno lo suyo. En tercer lugar, perdió el juicio, cuando corregido después del pecado, desvió su propia culpa hacia el autor a través de la mujer, diciendo: La mujer que me diste por compañera, me dio del árbol, y comí (*Gen.* III, 6, 12). Por los mismos grados de virtudes debe el hombre en el exilio regresar, por los cuales el primero mereció ser expulsado del paraíso. Por tanto, primero se debe hacer juicio, luego ejercer la justicia, finalmente aplicar la circunspección. Y el juicio es para nosotros, para que nos juzguemos y acusemos a nosotros mismos; la justicia para el prójimo, la circunspección la debemos a Dios.

2. Este camino de regreso nos lo muestra el profeta Miqueas, diciendo: Te mostraré, oh hombre, qué es lo bueno, y qué requiere Dios de ti: ciertamente hacer juicio, y amar la misericordia, y caminar solícitamente con tu Dios (*Miq.* VI, 8). Este camino de salvación lo testifica el Apóstol que Cristo enseñó, diciendo: Ha aparecido la gracia de Dios nuestro Salvador a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, etc. Sobria, a nosotros mismos; justa, al prójimo; piadosa, a Dios. Quien también más claramente introdujo la circunspección de Dios, diciendo: Esperando la bienaventurada esperanza, y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (*Tit.* II, 11-13). Y en muchos otros lugares de la Sagrada Escritura, si se busca este orden del camino y la institución de la vida, se puede encontrar, como aquello: Bienaventurado el hombre que habita en la sabiduría, y que medita en la justicia, y en el sentido piensa en la circunspección de Dios (*Ecli.* XIV, 22). Pues mora en la sabiduría, y es sabio quien se juzga a sí mismo aquí, para evitar el juicio eterno de Dios. Pues si, dice el Apóstol, nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados (*Cor.* XI, 31). Es sabio, no según la sabiduría de este siglo, sino según aquella que se extrae de lo oculto, por la cual ciertamente se obra maravillosamente por Dios, para que los elegidos, aquí triturados por golpes y presiones, sean colocados después en el edificio del verdadero Salomón sin sonido de martillo.

SERMO CIII. De los cuatro grados en los que se distingue el progreso de los elegidos.

1. El progreso de todos los elegidos se distingue en cuatro grados. Primero, cada uno se hace amigo de su alma; segundo, se hace amigo de la justicia; tercero, de la sabiduría; cuarto, se hace sabio. En el primer progreso evita todo lo que puede ofender al alma, y ama lo que puede acariciarla. Por tanto, teme el infierno y desea el cielo. Así puede cumplir aquel divino precepto que recibió en su primera conversión: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (*Mat.* XXII, 39). Pues mientras camina según la carne, de ningún modo puede; pero cuando es guiado por el Espíritu de Dios, fácilmente puede. ¿Qué beneficio tiene el hombre si su prójimo arde en el infierno? ¿O qué pierde si está con él en el paraíso? Pues tal no es la herencia del paraíso, que se disminuya por el número de los poseedores. Ama, por tanto, al prójimo, a quien no quiere que sufra mal, como tampoco a sí mismo, y a quien como a sí mismo quiere poseer el cielo. Pero, ¿cómo podría hacer esto con su propio espíritu, es decir, del hombre, para que temiera el infierno y deseara las cosas celestiales? Pero puede hacerlo con el espíritu de aquel a quien se le dijo: Si subiere al cielo, allí estás tú (*Sal.* CXXXVIII, 8), etc. Pues el Espíritu de sabiduría, presente en todas partes, sabe qué hay en el cielo y qué se hace en el infierno. Y cuando ha llenado la mente humana, infunde temor de las penas del

infierno y amor de las celestiales: y así hace que el hombre se ame a sí mismo, y le dice: Ten misericordia de tu alma, agradando a Dios (Ecli. XXX, 24). Por tanto, lo primero es amarse a sí mismo, luego al prójimo. Pues no se dijo, Amarás a ti mismo como al prójimo; sino, Amarás al prójimo como a ti. De este modo se hace amante de su alma por el Espíritu Santo, que ha recibido por la fe.

2. Pero habiendo recibido este don, no debe contentarse solo con él, sino avanzar hacia cosas mayores y progresar hacia lo mejor. Ya vive por el Espíritu. Pero si vivimos por el Espíritu, dice el Apóstol, andemos también por el Espíritu (Gál. V, 25). Y en otro lugar dice: Nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18). Esto mismo parece haber sentido el Salmista sobre los santos: Bendición, dice, dará el legislador; irán de virtud en virtud, se verá al Dios de los dioses en Sion (Sal. LXXXIII, 8). Que también este, a quien tenemos en manos, camine y progrese, hasta que llegue al cuarto grado. Allí, sin duda, hecho sabio, verá al Dios de los dioses en Sion. Por lo demás, por el mismo hecho de que dije, quien bien ama su alma, también debe amar la justicia. De lo contrario, si ama la iniquidad, ciertamente odia, no ama, su alma (Sal. X, 6).

3. Pero amando la justicia pasa al segundo grado, y escucha aquel precepto de la Sabiduría: Amad la justicia, los que juzgáis la tierra (Sab. I, 1). Que si la ama perfectamente, debe por ella soportar pacientemente toda pena y cualquier injuria infligida. Pues dos cosas le proporcionará la justicia: una, que haga lo que debe; otra, que sufra lo que debe: a saber, que si no hace el bien que debía, sufra el mal que mereció. Así, de modo maravilloso, ni siquiera abandonando la justicia somos abandonados por ella, mientras por ella se castiga cualquier culpa de transgresión. Pues no hay quien se esconda de su calor. Pero el hombre justo no solo no teme esta pena, sino que la acepta de buen grado, mientras por ella cree fielmente que se purgan los pecados de la vida pasada. De ahí que esté escrito: No entristecerá al justo cualquier cosa que le suceda (Prov. XII, 21). Por tanto, opone a las diversas voluptuosidades por las que cayó, los contrarios remedios por los que se levanta. Por ejemplo, cayó por la desobediencia; por el trabajo de la obediencia regresa a la vida: fue resbaladizo y disoluto; por el estudio de la continencia y el rigor de la disciplina se repara. Sufre de los mismos elementos del mundo la pena, cuyo uso antes había fluido hacia el placer. Con estos tormentos, cuando haya sido probado como oro en el horno, tanto como lo juzgue digno aquel que nos alimenta con el pan de lágrimas, y nos da de beber en lágrimas en medida, comienza ya a consolarse, y escucha aquella voz de Isaías que dice: Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén, y llamadla; porque se ha completado su malicia, es decir, su aflicción, se ha perdonado su iniquidad. Ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados (Isa. XL, 1, 2). Pero después de haber recibido la consolación, está solícito y busca cómo agradar a aquel a quien se ha probado. Hace todo el bien que hace, para agradar solo a su Creador.

4. Pasa al tercer grado de su progreso: para ser, a saber, amigo de la sabiduría, que con afecto maternal le habla, cuando dice, Dame, hijo, tu corazón (Prov. XXIII, 26). Cuando, por tanto, llega a este grado, nada más le queda, sino ascender al cuarto, donde se dice que es sabio. Pero esto sucede, cuando ya obra, no para agradar a Dios, lo que ciertamente hacía en el tercer grado; sino porque le agrada Dios, o porque le agrada a Dios lo que obra. Cualquiera que sea tal, puede con toda confianza y seguridad de conciencia cantar aquel cántico del Sabio: En todo busqué descanso, etc. Pues aquí descansa en todo, cuando por todo le agrada Dios, quien no ha aprendido a curvar la voluntad de Dios a la suya, sino a elevar la suya a la voluntad de Dios. Morará en la herencia del Señor (Ecli. XXIV, 11), como se le promete con la voz del mismo Señor, cuando se le dice: La tierra en la que duermes te la daré: esto es, haré

estable y perpetua para ti esta quietud, a la que has llegado por tu trabajo y mi don. Pero lo que añade, y a tu descendencia (Gen. XXVIII, 13), podemos entenderlo así, que no solo al espíritu se le dará esta tranquilidad, aquí y en el futuro; sino también a tu descendencia, es decir, a tus obras se les dará la glorificación de tu cuerpo.

SERMO CIV. De los cuatro impedimentos de la confesión.

1. Hay cuatro cosas que impiden la confesión, la vergüenza, el miedo, la esperanza, la desesperación. Pues algunos son impedidos por la vergüenza, que por sola confusión se avergüenzan de decir los pecados que han cometido. De lo cual se dice por Salomón: Hay confusión que lleva al pecado. En cambio, de los que confiesan, se dice de nuevo: Hay confusión que lleva a la gloria (Ecli. IV, 25). A estos también los alaba el profeta, diciendo, Te has vestido de confesión y de hermosura (Sal. CIII, 1): y en otro lugar, La confesión y la magnificencia son su obra (Sal. CX, 3). A otros los impide el miedo. Temen, en efecto, si confiesan, que se les imponga una penitencia grave; y a estos los reprende Job, diciendo: Quien teme la escarcha, le caerá la nieve (Job VI, 16). Hay, sin embargo, algunos que en este mundo aún desean algo, y no creen que lo obtendrán si los hombres conocen cómo son. La confesión de estos es impedida por la esperanza, es decir, la codicia de obtener su deseo. A tales el Señor les amenaza en el Evangelio: Ay de las que están encintas y de las que amamantan (Mat. XXIV, 19). Hay también otros que no temen nada de esto, sino que solo temen que después de la confesión de los pecados no podrían abstenerse de ellos. Y a estos les perjudica la desesperación. A los cuales no incongruentemente se les puede aplicar aquello: El pecador, cuando llega al fondo del mal, desprecia (Prov. XVIII, 3). Pero sucede a veces que todas estas cosas juntas impiden la confesión. Pero quien está oprimido por estos cuatro males, yace ya correctamente en el sepulcro, y como aquel del evangelio, de cuatro días, hiede (Juan XI, 39). Pues está escrito: Del muerto, como si no existiera, parece la confesión (Ecli. XVII, 26). Pero si está muerto quien no confiesa, ciertamente revivirá quien confiesa. Venga, pues, Jesús, y diga, Ven fuera (Juan XI, 43): y a su voz inmediatamente será resucitado el muerto. Que este nuestro muerto reciba la exhortación, y no difiera la confesión.

2. Digamos, pues, a aquel a quien le afecta la vergüenza: ¿Por qué te avergüenza confesar tu pecado, si no te avergonzó cometerlo? ¿O por qué te sonrojas al confesarlo a Dios, ante cuyos ojos no puedes esconderte? Y si acaso te avergüenza exponer tu pecado a un solo hombre y pecador, ¿qué harás en el día del juicio, cuando tu conciencia será expuesta ante todos? Por tanto, se deben proponer tres cosas contra la vergüenza: a saber, la consideración de la razón, la reverencia al Dios que observa, y la comparación con una mayor confusión. De manera similar, contra el temor se deben oponer tres cosas: se debe considerar cuán larga es la pena del infierno, cuán grave, cuán infructuosa. Por el contrario, la penitencia del tiempo presente es breve, ligera y fructuosa. Contra la esperanza también se oponen tres cosas: los bienes del siglo futuro, mayores, más ciertos y más duraderos que los de la vida presente; en comparación con los cuales, cualquier cosa que se pueda desear en este mundo es pequeña e incierta; y, por así decirlo, momentánea. Así, contra la desesperación de vencer el pecado, hay tres remedios: el primero es el vigor mismo del buen propósito, que se asume desde la confesión; el segundo es la gracia de Dios, que se merece por la humildad; el tercero es la ayuda que se obtiene de aquel a quien se confiesa por su compasión.

SERMO CV. De los requisitos para la justificación y la salvación.

1. Hay dos cosas en las que consiste nuestra salvación: la justificación y la glorificación. Una es el inicio, la otra es la perfección. En aquella hay trabajo, en esta, sin embargo, está el fruto

del trabajo. Y ahora, ciertamente, la justificación se realiza por la fe; pues la glorificación será por la visión. Cuán grande será en la vida futura la glorificación de los santos, el entendimiento humano no puede alcanzarlo por ahora. De ella está escrito que "ojo no vio, ni oído oyó" (I Cor. II, 9), etc. Por tanto, dejando de lado esto por ahora, ya que excede nuestras fuerzas, hablemos de la justificación que ahora se lleva a cabo, algo para la edificación de nuestros hermanos, que se ha considerado necesario. 2227 Esta es, en efecto, la vía por la cual se realiza el tránsito hacia la glorificación, como dice el Apóstol: "A los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó" (Rom. VIII, 30). Pues no se podrá obtener la glorificación, a menos que la justificación la preceda; ya que esta es el mérito, aquella es el premio. Esto lo enseñó el Señor en el Evangelio, quien, al evangelizar el reino de Dios con sus discípulos, primero les propuso la justicia, diciendo: "Porque si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. V, 20).

2. Sin embargo, se debe notar que así como en aquel reino de bienaventuranza el Señor se mostrará presente a sus elegidos para la glorificación, así también se muestra a los mismos en el camino de la peregrinación para la justificación; para que por aquel a quien han de ser glorificados por la visión, por él mismo sean primero justificados por la fe. Y ciertamente hay tres cosas de las que deben abstenerse quienes desean ser justificados. Primero, por supuesto, de las obras malas; segundo, de los deseos carnales; tercero, de las preocupaciones del mundo. Asimismo, hay tres cosas a las que deben dedicarse, que también contiene el sermón del Señor en el monte (Mat. V-VII): la limosna, el ayuno, la oración. Así se cumple la justificación, mientras se abstienen de los vicios prohibidos y ejercen fielmente los bienes que se les han mandado. Oponed, pues, a las obras malas las obras de misericordia, contra los deseos carnales aplicad ayunos, y en lugar de las preocupaciones del mundo, suceda el amor de Dios y la frecuencia de la oración.

SERMO CVI. De las tres cosas necesarias para hacer penitencia.

1. Hay tres estados del alma: en el cuerpo, fuera del cuerpo, y con el cuerpo recuperado. El primero le fue dado para hacer penitencia, los otros dos para tener descanso o pena, según haya actuado en el cuerpo, ya sea bien o mal. Para hacer penitencia, son necesarias tres cosas: tiempo, cuerpo y lugar. Que el tiempo es necesario, lo dice el Apóstol: "He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación" (II Cor. VI, 2). De manera similar, sobre el cuerpo escribe el mismo: "Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo" (II Cor. V, 10). Pero también sobre este lugar habla la Escritura, diciendo: "Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no abandones tu lugar" (Ecl. X, 4). Además, el tiempo se divide en tres: pasado, presente y futuro. Ninguno de estos se pierde para quien hace penitencia correctamente. Pues el pasado, que había perdido, lo restaura al recordar todos sus años en la amargura de su alma; el presente lo mantiene ya mediante el ejercicio de la obra; el futuro mediante la constancia del buen propósito. Del pasado habla el Apóstol, cuando dice: "Redimiendo el tiempo, porque los días son malos" (Efes. V, 16). A la operación del presente nos exhorta, cuando dice: "Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe" (Gál. VI, 10). Del futuro nos advierte el Señor, cuando dice: "El que persevere hasta el fin, será salvo" (Mat. X, 22).

2. También el cuerpo es necesario para hacer penitencia. En el cuerpo, de hecho, podemos sufrir males y obrar bienes. Sufrir, ciertamente, por los delitos cometidos, obrar para alcanzar premios eternos. ¿Cómo, pues, podrá quien carece de cuerpo hacer frutos dignos de penitencia? Y se debe notar que la penitencia que se lleva a cabo mediante el cuerpo es breve

y ligera. Breve, porque termina con la muerte del cuerpo; ligera, porque se lleva más fácilmente por la compañía del cuerpo. Sería ciertamente pesada si solo el alma la llevara. Pero cuando el cuerpo mismo comparte su peso, cuanto más se carga el cuerpo, tanto más se alivia el alma. También el lugar parece ser necesario y útil, a saber, la Iglesia de la vida presente: en la cual, quien mientras vive en el cuerpo descuida hacer penitencia correctamente, no podrá obtener ningún remedio de salvación en el futuro.

1228 SERMO CVII. De las afecciones de los que oran.

1. Así como el enfermo al médico, así debe ser el pecador a su Creador. Quien, por tanto, es pecador, debe orar a Dios, como el enfermo al médico. La oración del pecador se ve impedida de dos maneras: por falta de luz o por exceso de luz. No tiene luz quien no ve ni confiesa sus pecados. Por el contrario, se abruma con exceso de luz quien los ve tan grandes que desespera del perdón. Ninguno de estos ora. ¿Qué, pues? La luz debe ser moderada, para que el pecador vea sus pecados y los confiese, y ore por ellos para que sean perdonados. Por tanto, su oración debe hacerse primero con afecto de vergüenza. Esto se hace cuando el pecador aún no se atreve a acercarse por sí mismo a Dios, sino que busca a algún hombre santo; algún pobre de espíritu santo, que esté en el borde del manto del Señor como una franja, por quien tenga acceso. Esta oración tuvo como tipo aquella mujer evangélica que padecía flujo de sangre; deseando ser sanada, se acercó y pensó dentro de sí, diciendo: "Si toco la franja de su manto, seré salva" (Mat. IX, 21). La segunda oración se hace con afecto puro: y esto se hace cuando el pecador ya se acerca por sí mismo y confiesa con su propia boca. Dejó ejemplo de tal oración aquella pecadora que regó con lágrimas los pies del Señor y los secó con los cabellos de su cabeza, de quien el Señor dijo: "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho" (Luc. VII, 47). La tercera oración se derrama con afecto amplio: y esto se hace cuando quien había orado por sí mismo, ora ya por otros. Así oraron los Apóstoles por la mujer cananea que rogaba por su hija: "Despídela, pues clama tras nosotros" (Mat. XV, 23). La cuarta oración se emite con afecto devoto, que se expresa desde la pureza del corazón sin ninguna duda con acción de gracias. Tal oración hizo el mismo Señor cuando resucitó a Lázaro del sepulcro después de cuatro días, y dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado" (Juan XI, 41). Tales oraciones nos enseñó el Apóstol a hacer frecuentemente, diciendo: "Orad sin cesar, dad gracias en todo" (I Tes. V, 17, 18). Estas cuatro especies de oraciones que se han mencionado, a saber, la vergonzosa, la pura, la amplia, la devota, el Apóstol las llama con otros nombres y nos exhorta a ellas diciendo: "Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias" (I Tim. II, 1). Pues las súplicas se hacen con afecto vergonzoso, las oraciones con afecto puro, las peticiones con afecto amplio, las acciones de gracias con afecto devoto.

2. Hemos hablado de los tipos de afectos y oraciones: digamos también con qué pureza se debe orar. Y ciertamente aquí me parecen necesarias tres cosas, a las que la intención de la oración debe estar firmemente ligada. Debe considerar quien ora, tanto lo que pide, como a quien pide, y a sí mismo que pide. En lo que pide, debe atender a dos cosas, que lo que solicita sea según Dios, y que lo tenga en el más alto deseo del afecto. Por ejemplo, si pide la muerte del enemigo, si pide el daño o la caída del prójimo, tal oración no es según Dios, ya que él mismo manda y dice: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian" (Mat. V, 44). Pero si busca el perdón de los pecados, si busca la gracia del Espíritu Santo, si busca la virtud y la sabiduría, si busca la fe, la verdad, la justicia, la humildad, la paciencia, la mansedumbre, y otros carismas espirituales, y los desea intensamente en su pensamiento: esta es una oración según Dios, y merece verdaderamente ser escuchada. De tales oraciones habla Dios por Isaías: "Antes de que clamen, yo responderé; mientras aún estén hablando, yo los escucharé" (Isa. LXV, 24).

Hay otras cosas que, cuando faltan, Dios las da, y pueden ser o no ser según Dios, en cuanto al fin al que se refieren; como la salud del cuerpo, el dinero, y la abundancia de otras cosas: que, aunque sean de Dios, no deben ser valoradas en gran medida, ni deseadas con ansia. De manera similar, en el mismo a quien se pide, debe considerar dos cosas: la bondad y la majestad. La bondad, por la cual quiere dar gratuitamente; y la majestad, por la cual puede dar claramente cualquier cosa que se pida. Pero también en sí mismo quien pide, debe atender igualmente a dos cosas, es decir, que no piense que recibirá nada por sus méritos, sino que espere obtener lo que pide solo por la misericordia de Dios. Entonces, se dice que el corazón es puro, cuando considera estas tres cosas que se han dicho, y de la manera en que se han dicho. Y quien ore con esta pureza e intención del corazón, sepa que será escuchado; porque, como testifica el apóstol Pedro: "Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación el que teme a Dios y obra justicia, le es acepto" (Hech. X, 34, 35).

SERMO CVIII. De la disminución espiritual de la sangre.

Hay dos causas para disminuir la sangre. A veces la calidad, a veces la cantidad es perjudicial: no menos perniciosa es la abundancia desmedida que la corrupción. La sangre de mi alma es mi voluntad. Pues la sangre se dice que es el humor más cercano a la naturaleza entre todos, y la vida del alma está en la voluntad. Disminúyase, pues, la mala voluntad, que es la causa de la enfermedad espiritual. Disminúyase, digo, ya que no puede ser completamente drenada y secada. Córtese y ábrase la vena con el hierro de la compunción, para que, si no todo el sentimiento del pecado, al menos el consentimiento fluya y sea desechado. ¿Dudas acaso que en el alma se encuentre una abundancia inútil de sangre que no es inútil? Escucha al sabio médico, que enseña que incluso la sangre de la justicia debe ser disminuida. No seas, dice, demasiado justo (Ecl. VII, 17). Similar es esto del Apóstol: No pienses de ti mismo más de lo que debes pensar, sino piensa con sobriedad (Rom. XII, 3). ¿A qué vena crees que se debe perdonar, si incluso la justicia y la sabiduría necesitan disminución? ¿Qué sangre es más útil? Sin embargo, recuerda que no se debe llamar justo al que es demasiado justo: ni, por así decirlo, se debe llamar sabiduría a la sabiduría embriagada. Así, ciertamente, también en la sangre del cuerpo se encuentra que, cuando ha crecido demasiado, ya no aporta nutrición al cuerpo, sino detrimento. Por lo tanto, si aún deleita pecar, la sangre es viciosa, y apresúrate a disminuirla. Si deseas hacer penitencia, es necesario castigar los miembros, afligir el cuerpo, juzgarte a ti mismo, para no caer en las manos del Dios viviente. Justo es eso, pero no en exceso. De lo contrario, el fervor desmedido debe ser reprimido, para que no dañe la unidad, sirva a la indiscreción.

SERMO CIX. De evitar el vano esplendor de las virtudes.

Cuidémonos, hermanos, de no ser engañados por el vacío esplendor de las lámparas, para no tener que lamentarnos tarde de que nuestras lámparas se apagan. Pues creo que no estaban encendidas, las que parecen apagarse entonces. Así lo tienes: El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes, que tomando sus lámparas (Mat. XXV, 1). Dijo tomando, no encendiendo. ¿Cómo encendieron, las que no tomaron aceite consigo? ¿O dónde faltó la materia del fuego, cómo hubo fuego? Pero la castidad brilla incluso por sí misma. Pero cuán más luminosa es la lámpara ardiente que sin fuego, tanto más hermosa es la generación casta con caridad. Así también la templanza de otras voluptuosidades, y la paciencia en las adversidades, la honestidad en la conversación, y la circunspección en el discurso, la limosna y obras de piedad semejantes, parecen resplandecer con una gracia natural y un decoro innato incluso entre las vírgenes necias. Pero como brillaban más con una claridad vítrea que ígnea, por eso mismo pensaban que sus lámparas se apagaban, porque veían que este vano esplendor era rechazado por la luz eterna.

SERMO CX. De la alocución del hombre a sí mismo, o a su alma.

¡Cuánta es nuestra miseria, y cuán múltiple nuestra indigencia! Incluso necesitamos palabras. Y siendo ambas cosas miserables, no es ya sorprendente que entre nosotros; más sorprendente es que incluso a nosotros mismos. Nadie conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11). Un gran abismo se ha fijado entre nosotros, a menos que, mediante el instrumento de las palabras, se haga un cierto tránsito de los corazones en la comunicación de pensamientos. Por esta necesidad se inventaron las palabras: ¿quién no lo sabe? Sin embargo, también a nosotros mismos es necesario ya dirigirnos con palabras. ¿No te someterás a Dios, alma mía? dice el Profeta, porque de él viene mi salvación (Sal. LXI, 1). ¿Y a quién no le es frecuentemente necesario llamar a su alma, convocar su razón, reunir sus afectos? ¿A quién no le es necesario a menudo dirigirse a sí mismo con palabras, increpar con amenazas, instar con advertencias, urgir con acusaciones? Incluso conviene persuadir con razonamientos; como es, porque de él viene mi salvación; y consolar a veces, según aquello, ¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? (Sal. XLI, 6.) y en ocasiones como despertar, y decir, Alaba, alma mía, al Señor (Sal. CXLV, 1); y a veces advertir más diligentemente de lo que es necesario, como es, Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides todos sus beneficios (Sal. CII, 2). En verdad, mi corazón me ha abandonado, y tengo necesidad de hablar a mí mismo, o más bien a otro yo. Y esto tanto más, cuanto menos he regresado aún a mi corazón, vuelto en mí, unido finalmente a mí mismo. Pues ni siquiera entre nosotros será ya necesario usar palabras, cuando todos nos encontremos en un solo hombre perfecto. Oportunamente, por tanto, cesarán las lenguas; ni se requerirá un intérprete intermedio, donde hasta tal punto la caridad habrá allanado todo lo intermedio, que también nosotros seamos hechos uno en ellos, que verdaderamente y eternamente son uno, Dios Padre, y el mismo Señor Jesucristo.

SERMO CXI. De la fe, vida y costumbres que deben testificarse; o de los seis testimonios que deben darse a Dios.

1. La eterna felicidad de la patria celestial, a la que nuestra peregrinación suspira, y por otro lado los tormentos preparados para los impíos en el infierno, exceden todo sentido humano no solo del cuerpo, sino también del entendimiento del corazón, nadie lo duda, quien sea fiel al menos de nombre. Y ojalá viviera en todos esta fe, y la credulidad, como era digno, la siguiera; de aquí el deseo, de allá el temor. ¿Qué es, pues, lo que no deseamos incluso a través de espadas, o, si es necesario, semi-quemados declinar una miseria tan grande, y acelerar hacia una gloria tan grande, sino que nuestra fe es insensible y muerta? Se añade ciertamente al cúmulo de infelicidad, el impedimento de la salvación, la ocasión de nuestra perdición, que en la estimación de ambos fines nuestro afecto no consiente con el juicio; pero en la consideración de los caminos ni siquiera sostenemos suficientemente el juicio de la verdad. Y no es de extrañar si ningún deleite de las virtudes mueve el deseo, que incluso en torno a aquella eterna bienaventuranza se adormece; o si no teme la amargura presente de los pecados, quien ni siquiera teme los eternos suplicios preparados para el diablo y sus ángeles; sino que en otras cosas ciertamente estamos acostumbrados a desear vehementemente las cosas que son más cercanas a nuestra experiencia, aunque sean mucho menores, y a temer las molestas.

2. No puedo dejar de maravillarme de por qué nuestra fe vacila en las cosas presentes, cuando parece tan segura de las futuras. Así, los insensatos hijos de Adán, sin juzgar ni discernir lo que es verdadero, teniendo promesas de la vida que ahora es y de la futura (I Tim. IV, 8), en

lo que pueden experimentar de inmediato, se muestran completamente incrédulos e infieles; ¿acaso la fe en la promesa futura se les ha dejado solo para aumentar su condenación? Lo mismo puede considerarse respecto a la amenaza. ¿No es el mismo que afirma que el reino está preparado para los elegidos y el fuego para los réprobos (Mat. XXV, 34, 41), quien con la misma boca y verdad testifica que todos los que no acuden a Él están laborando y cargados, pero que los que acuden no desfallecerán, como es el temor de la pusilanimidad humana, sino que serán restaurados por Él? Aquel que promete un reino indescriptiblemente deleitable, testifica que su yugo es suave y su carga ligera. Quien promete la eterna bienaventuranza en la patria, también promete descanso y restauración en el camino. Finalmente, el profeta habla diciendo: "Ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor. II, 9); y todos lo creemos fácilmente. El mismo Señor de los profetas dice: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar: llevad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mat. XI, 28-30); ¿y cuántos apartan el oído del corazón? pues del cuerpo ya no se atreven. ¿Qué es esta incredulidad? ¿o más bien qué locura? ¿Como si la sabiduría pudiera ser engañada o la verdad engañar? ¿Como si la caridad no quisiera dar lo que ofrece, o la omnipotencia no pudiera cumplir lo que promete?

3. ¿Quién de los hombres está tan entregado al placer y la lujuria que no elegiría más la sobriedad y la castidad, si estuviera seguro de que serían más deleitables para él? ¿Quién tan ambicioso que no comenzaría a estar contento con toda vileza y extremidad, si, como es verdad, supiera que la caridad que no busca lo suyo es más amable que todas las dignidades? ¿Quién tan avaro que no despreciaría por completo las riquezas, si creyera que la pobreza es más placentera? Ahora bien, Cristo clama en vano sobre la ligereza de su carga; predica en vano que su yugo es suave: puesto que incluso por aquellos que se consideran cristianos, la carga del diablo y el yugo de la carne y de este siglo se reputan más deleitables. Pero, ¿de dónde te viene tanta inconsideración, cuánta te imponen, Señor Dios mío? ¿Por qué prometes tan públicamente lo que tan fácilmente se descubre que no cumples? Afirmas que tu espíritu es más dulce que la miel y el panal (Ecli. XXIV, 27): y he aquí que estos han encontrado más dulce la carne de la caza; la carne, ¡ay vergüenza! de la ramera; la vanidad del mundo. ¡Ay de los miserables! juzgan por parte, y como amargo desprecian tu maná escondido, que no han probado. Ciertamente, los que han probado ambos, estos saben que Dios es veraz, y todo hombre mentiroso (Rom. III, 4). Por tanto, sus testimonios deberían haber sido muy creíbles: pero junto con tus promesas, también se desprecia y se burla de la experiencia de los tuyos. Pues el hombre carnal no percibe las cosas del Espíritu de Dios, sino que le parecen necedad (I Cor. II, 14). Y no es de extrañar que no crea al hombre experimentado, quien no cree a Dios que promete. Por tanto, se nos considera insensatos, quienes predicamos que la cruz del Señor es suave; quienes magnificamos el deleite de la pobreza, exaltamos la gloria de la humildad, proclamamos las delicias de la castidad. Con nosotros se considere insensato también el Profeta, quien dice que se deleitó en los testimonios del Señor, como en todas las riquezas (Sal. CXVIII, 14).

4. Vosotros que sois sabios a vuestros propios ojos, no todas, sino pocas, las riquezas que de alguna manera podéis mendigar, preferidlas a los testimonios divinos, para que vuestra fe no tenga nunca testimonio alguno. Que esté con vosotros en lo oculto, en lo escondido, donde ni siquiera el Padre que está en los cielos vea (Mat. VI, 4); pero pueda decir: "No os conozco" (Mat. XXV, 12). Creéis firmemente que Dios es justo, veraz, remunerador, omnipotente, sumamente bueno, eterno. Mostraos como áspides sordos, y tapando los oídos (Sal. LVII, 5), para que no escuchéis la voz del que reprocha, y dice: "Muéstrame tu fe sin obras" (Sant. II,

18). ¿Cuánto os cuesta creer? Pero no entréis en el camino de los testimonios, porque es arduo, áspero e intransitable. ¡Miserables e infelices! que no habéis encontrado el camino de la ciudad de la morada; y por eso erráis en lo que no es camino, y no en el camino (Sal. CVI, 4, 40). Pues el fin de los caminos que os parecen buenos, que juzgáis deleitables (pues en verdad no tienen nada de deleite), se hunde en el abismo del infierno: allí será el llanto y el crujir de dientes. Despertad, ebrios, y llorad, para que ese llanto perpetuo no os sorprenda desprevenidos. Porque cuando digáis: Paz y seguridad; entonces vendrá sobre vosotros destrucción repentina, como a la que está encinta, y no escaparéis (I Tes. V, 3). Con razón, quienes ahora perdéis conscientemente el tiempo de huir, y rehusáis el camino de escape.

1232 5. Orad, dice el Señor, para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado (Mat. XXIV, 20). Huid, mientras es tiempo aceptable, y se os ofrece un camino deleitable. Huid en los seis días en que se puede trabajar. Huid en los testimonios de esos seis que mencionamos antes, de justicia, verdad, remuneración, omnipotencia, suma bondad, eternidad, no sea que el séptimo, el testimonio del celo divino, no lo deis tanto como lo soportéis a la fuerza. Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Luc. III, 7). Es camino de muerte en el que corréis; camino de perdición, camino cuyo fin se hunde en el abismo del infierno. Aún hay esperanza, porque aún no ha llegado el fin del camino, es decir, de la vida. Apresuraos a anticipar el fin; no sea que, sorprendidos de repente, dondequiera que caigáis, allí estéis. Venid, hijos, escuchadme; os enseñaré el camino de la salvación, el camino de los testimonios de Dios, en el que os deleitéis como en todas las riquezas.

6. Que la primera dieta sea hasta el corazón. Allí precisamente llama la voz divina a los transgresores (Is. XLVI, 8), donde el testimonio de su justicia genera compunción y temor. De aquí, ciertamente, se procede a la confesión de la boca, para que no dudemos en dar testimonio de la verdad incluso contra nosotros mismos. Porque quien se avergüence de ella ante los hombres, ella también se avergonzará de él ante su Padre (Luc. IX, 26). Siga luego la distribución de posesiones, la distribución de bienes, como está escrito: "Esparcí, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre" (Sal. CXI, 9); y también: "Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo" (Mat. XIX, 21). Porque en esta liberal efusión de propiedad hay un testimonio de la largueza divina y de la copiosa retribución, de modo que quien distribuye sus bienes voluntariamente, parece esperar indudablemente cosas mayores de la mano del Señor. Aún más, es necesario que también des un cuarto testimonio de la omnipotencia: digo, en la aflicción del cuerpo. Porque el cuerpo animal debe ser sembrado, para que resucite espiritual. ¿No parece dudar de la resurrección y transformación quien se cuida del cuerpo? Así también quien no se compunge de corazón, de la justicia; y quien no confiesa, de la verdad; y quien es avaro, de la retribución futura. Del mismo modo se puede considerar lo demás que sigue. Porque si avanzas hasta el punto de renunciar a tu propia voluntad, esto es un testimonio certísimo de la bondad divina. Al venir, ciertamente, no a hacer tu voluntad, sino la de Él, magnificas grandemente a quien así prefieres; clamando no con palabra, ni con lengua, sino con obra y verdad, que nadie es bueno, sino solo Dios (Luc. XVIII, 19).

7. Resta que te esfuerces en la perseverancia. Esta es la consumación del camino, y tiene el testimonio de la eternidad. Porque la perseverancia es la imagen de la eternidad divina en nuestra conversación; para que, así como Él es, también nosotros seamos en este siglo, imitando esa inmutabilidad según la medida de nuestra posibilidad. De aquí que el Sabio diga: "El necio cambia como la luna, el sabio permanece como el sol" (Ecli. XXVII, 12). Este es, pues, el camino, amadísimos, caminad en él; porque ascendiendo de virtud en virtud se verá al Dios de los dioses en Sion (Sal. LXXXIII, 8). A cuya gloria de visión nos conduzca el

Señor de las virtudes y Rey de la gloria, que es el camino, la verdad y la vida, Jesucristo nuestro Señor (Juan XIV, 6).

SERMO CXII. De la cuádruple conciencia.

Vuélvete, alma mía, a tu descanso. El alma trabaja y descansa en la conciencia, porque hay una conciencia buena, y no tranquila; otra tranquila y no buena; otra ni tranquila ni buena; otra buena y tranquila. Tranquila y no buena, es de aquellos que pecan con esperanza, y dicen en su corazón que Dios no lo requerirá: y esta es principalmente de los jóvenes. Buena y no tranquila, es de aquellos que ya convertidos al Señor, recuerdan sus años en amargura. Ni buena ni tranquila, es de aquellos que por la multitud de sus pecados desesperan. Buena y tranquila, es de aquellos que han sometido la carne al espíritu: que con aquellos que odian la paz, son pacíficos. Este es el lecho del alma: en él el alma encuentra descanso, pero no perfecto. Sin embargo, para que pueda proporcionar un descanso perfecto, no solo debe ser buena y tranquila la conciencia, sino también segura: de donde añade: "Porque ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída" (Sal. CXIV, 8). De la muerte, dando buena conciencia; de las lágrimas, dando tranquila y buena; de la caída, dando segura.

SERMO CXIII. De evitar los pecados propios y ajenos.

Líbrame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo (Sal. XVIII, 13). Hay tres cosas ocultas: acción ilícita, intención engañosa, afecto impúdico. La operación perversa mancha la memoria; la intención engañosa, la razón o la mente; el afecto impúdico, la voluntad. La memoria se purifica por la confesión; la mente, por la lectura; el afecto o la voluntad, por la oración. De los ajenos estarás limpio, si no insultas, si no te apartas, si no consientes, si no disimulas. Es de justicia no consentir, sino resistir con rigor; de fortaleza, no apartarse, sino soportar pacientemente el mal del prójimo; de templanza, no insultar, sino compadecerse con moderación; de prudencia, no disimular, sino proveer diligentemente para que cesen los males.

SERMO CXIV. De la paz múltiple.

La paz del cuerpo es la ordenada templanza de las partes. La paz del alma irracional, el ordenado descanso de las apetencias. La paz del alma racional, el consenso de la acción y la cogitación. La paz del cuerpo y el alma, la ordenada vida y salud del ser viviente. La paz del hombre y Dios, la ordenada obediencia bajo la ley eterna en la fe. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz del hogar, la ordenada concordia de mandar y obedecer de los que cohabitan. La paz de la ciudad es similar. La paz de la ciudad celestial, la sociedad más ordenada y concorde de disfrutar de Dios y vivir en Él. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden. El orden es la disposición que asigna a cada cosa su lugar, tanto de las cosas iguales como desiguales.

SERMO CXV. Del triple corazón.

Que el hombre se acerque al corazón alto, y Dios será exaltado (Sal. LXIII, 7, 8). Hay un corazón alto, un corazón humilde, un corazón mediocre. Dice el profeta: "Volved, transgresores, al corazón" (Is. XLVI, 8). La primera aproximación del siervo transgresor es al corazón humilde: al que es atraído por el juicio. La segunda aproximación del mercenario es al corazón mediocre: al que es llamado por el consejo. La tercera del hijo es al corazón alto: al que es elevado por el deseo. Y entonces Dios es exaltado, es decir, elevado sobre el

corazón, para que, al no poder ser comprendido por la razón, sea deseado por el afecto y el amor. Y nota que estas aproximaciones o ascensiones se realizan en el corazón. De donde dice el Profeta: "Ha dispuesto ascensiones en su corazón en el valle de lágrimas" (Sal. LXXXIII, 6, 7). Pero a veces el hombre interior excede la razón y es arrebatado por encima de sí mismo; y se llama exceso de mente. De donde decimos que hay cuatro grados de ascensión. El primero hacia el corazón, el segundo en el corazón, el tercero desde el corazón, el cuarto sobre el corazón. En el primero se teme al Señor, en el segundo se escucha al consejero, en el tercero se desea al esposo, en el cuarto se ve a Dios.

SERMO CXVI. De las dos muertes y las dos resurrecciones.

Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba (Col. III, 1). Hay dos muertes y otras tantas resurrecciones. La primera muerte del alma, la segunda del cuerpo. La muerte del alma, la separación de Dios; la muerte del cuerpo, la separación del alma del cuerpo. Esta la obra el pecado, aquella la pena del pecado. Asimismo, la primera resurrección del alma, la segunda del cuerpo. La resurrección del alma la obró el humilde y oculto advenimiento de Cristo: la resurrección del cuerpo la perfeccionará el glorioso y manifiesto advenimiento de Cristo. Pero el alma es invisible, creada a imagen de Dios: de donde dice la Escritura: "Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza" (Gen. I, 26, 27). Recto, ciertamente. De donde también el hombre exterior, es decir, el cuerpo, en su forma aparece recto, teniendo vida y sentido: para que por este hombre exterior y visible, entendamos aquel interior e invisible; que fue hecho recto en la voluntad, vivo en el conocimiento, sensible en el amor. Y así como el cuerpo, es decir, el hombre exterior, en su resurrección recibirá vida y sentido; así también en su resurrección el alma, es decir, el hombre interior, recibe vida y sentido, es decir, conocimiento y amor. Pero que el conocimiento es vida, la Verdad lo atestigua, diciendo: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3). Y que el amor es sentido, tómallo de aquí. Así como el hombre interior no se distingue en la vida, porque en todo su ser vive igualmente; en el sentido, sin embargo, se distingue en cinco partes muy conocidas, a saber, vista, gusto, oído, olfato y tacto; porque siente de manera diferente en el ojo, de manera diferente en la boca, y así en los demás: así el hombre interior no se distingue en el conocimiento, sino en el amor. Y así como aquel se divide en cinco sentidos, así este se afecta en torno a cinco invisibles de Dios, que son verdad, justicia, sabiduría, caridad, eternidad. Pues se afecta de manera diferente en torno a la verdad, que ama por la libertad; de manera diferente en torno a la justicia, que ama por la suavidad; de manera diferente en torno a la caridad, que ama por la virtud; de manera diferente en torno a la eternidad, que ama por la seguridad.

SERMO CXVII. De las cuatro fuentes espirituales que curan los cuatro males del alma.

El alma fiel tiene su paraíso, espiritual ciertamente, no terrenal: y por eso más deleitable y secreto que aquel primero. En este se deleita el alma, como en todas las riquezas. De este paraíso brotan cuatro fuentes, a saber, verdad, caridad, virtud, sabiduría. De estas fuentes se extraen aguas saludables para el alma trabajadora. Pues el alma humana sufre de cuatro males de vicios, a saber, temor, concupiscencia, iniquidad propia, ignorancia. Vencida por el temor, es llevada al vicio; seducida por la concupiscencia, es arrastrada al vicio; voluntariamente sigue el vicio por su propia iniquidad; seducida por la ignorancia, cae en el vicio. A las almas que sufren y gimen por estos males, el profeta las consuela, diciendo: "Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador" (Is. XII, 3). Contra la pusilanimidad, que proviene del vicio del temor, agua de presagios del manantial de la virtud; contra la concupiscencia de la voluptuosidad temporal, agua de deseos del manantial de la caridad; contra la malicia de la iniquidad voluntaria, agua de juicios del manantial de la verdad; contra la falacia de la

ignorancia, agua de consejos del manantial de la sabiduría. Y esto con gozo, para que quien antes gemía bajo el peso de los vicios, ahora se regocije en la adquisición de virtudes, obteniendo para sí de las aguas de los consejos la prudencia, de la agua de los presagios la fortaleza, de la agua de los deseos la templanza, de la agua de los juicios la justicia; para que en las adversidades la fortaleza expulse la pusilanimidad; en las prosperidades la templanza refrene la lascivia; en los actos la justicia excluya la iniquidad; en las dudas la prudencia instruya la ignorancia. Con tales aguas el alma se refresca y se adorna con virtudes, se extiende y comprende con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad (Efes. III, 18). Estas cuatro cosas de Dios pueden ser comprendidas por dos brazos, a saber, el verdadero amor y el verdadero temor. Por el temor la altura y la profundidad, es decir, el poder y la sabiduría; por el amor la anchura y la longitud, es decir, la caridad y la verdad. Pues Dios es temido, porque todo lo puede por su poder; y es verdaderamente temido, porque nada le es oculto por su sabiduría. Dios es amado, porque es caridad; y es verdaderamente amado, porque es verdad, es decir, eternidad.

SERMO CXVIII. De los siete grados de ascensión.

Estad en los caminos del Señor, y preguntad por sus sendas. En el camino del Señor está quien guarda las observancias corporales de un buen propósito. Pero como el ejercicio corporal vale poco, como dice Pablo, por eso añade: "Y preguntad por sus sendas eternas" (Jer. VI, 16): es decir, deseáis las vidas de los santos padres, y encontraréis el camino; caminad en él. Encuentra el camino quien vuelve al corazón; camina en él quien dispone ascensiones en su corazón (Sal. LXXXIII, 6). La primera ascensión de este camino es la contrición; la segunda, la confesión; la tercera, el afecto; la cuarta, el abandono de la propiedad; la quinta, la negación de la propia voluntad; la sexta, la humillación de la sujeción voluntaria; la séptima, la perseverancia.

1235 SERMO CXIX. De las tres cosas a considerar en la Encarnación.

El misterio de la Encarnación contiene en sí tres cosas a considerar: a saber, la forma de la humildad, la prueba del amor, el sacramento de la redención. La forma de la humildad la demuestra el llanto del niño, el lugar del albergue, el reclinarse en el pesebre, el envolvimiento en pañales. La prueba del amor, la muerte piadosa; porque nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). El sacramento de la redención muestra el triple poder de la Deidad: a saber, hizo algo de la nada, renovó lo envejecido, perpetuó lo temporal.

SERMO CXX. Del triple ministerio.

El ministerio de los ministros de Cristo es triple: de servicio, de caridad, de dignidad. El ministerio de servicio, la mortificación del cuerpo; de caridad, la devoción de la mente; de dignidad, la consagración del cuerpo de Cristo. El primero se realiza en la aflicción, el segundo en la alegría, el tercero en la humildad. El primero es sacrificio de temor, el segundo de amor, el tercero de alabanza.

SERMO CXXI. Sobre la doctrina del temor y la caridad.

Estamos en la escuela de Cristo, donde somos instruidos con una doble enseñanza; porque una cosa enseña por sí mismo ese único y verdadero maestro, y otra a través de los ministros. A través de los ministros, el temor; por sí mismo, el amor. De ahí que, al faltar el vino, ordena a los ministros llenar las tinajas con agua (Juan II, 7); y aún hoy, cuando la caridad se

enfria, los ministros de Cristo llenan las tinajas con agua, es decir, las mentes de los hombres con temor. Y bien se entiende el temor por el agua; porque así como el agua apaga el fuego, así el temor extingue la lujuria; y así como el agua limpia las impurezas del cuerpo, así el temor purga las impurezas del alma. Llenemos, pues, con esta agua las tinajas, es decir, nuestras mentes; porque quien teme, no descuida nada; y está bien lleno, donde la negligencia no puede caer. Pero como el agua pesa, es decir, el temor tiene pena; debemos acercarnos a aquel que convierte el agua en vino, es decir, transforma el temor penal en amor: para que podamos escuchar lo que él mismo enseña sobre el amor. Dice: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros (Juan XV, 12): como si dijera: Muchas cosas ordeno a través de los ministros, pero esto especialmente lo encomiendo por mí mismo. Y en otro lugar: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros (Juan XIII, 35). Para que, pues, probemos ser discípulos de la verdad, amémonos unos a otros. Y en este amor vigilemos con triple solicitud; porque Dios es caridad (I Juan IV, 8). Y toda nuestra solicitud se la debemos a él: es decir, que nazca, que crezca, que se conserve. Nace si alimentas al enemigo, si le das de beber: porque haciendo esto amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza (Rom. XII, 20). Los carbones de fuego son obras de caridad: que se amontonan sobre el diablo, que es la cabeza de todos los inicuos; para que, quitado él, nazca para ellos como cabeza Dios, que es caridad. Crece, si socorres al necesitado, si prestas al que quiere pedir prestado, si abres tu alma al amigo. Se conserva, si hablando o exhibiendo incluso lo que no parece necesario, satisfaces la voluntad de los amigos. Se conserva y se aumenta también con buen semblante, dulce palabra, operación alegre: para que la caridad, que el rostro y la palabra indican, la operación piadosa y alegre la confirme; porque la exhibición de la obra es prueba del amor.

SERMO CXXII. Sobre el doble vicio que deben temer los que ayunan.

Tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro (Mat. VI, 17). Esto lo dijo el Señor por el doble vicio, a saber, de la vana gloria y de la impaciencia, que suele subvertir a los que ayunan. Por lo que manda lavar el rostro, nos ordena mantener una intención pura; porque así como la belleza del cuerpo está en el rostro, así la belleza de toda la operación del alma reside en la intención. Por la unción de la cabeza, con la que se suaviza lo áspero, nos ordena mantener la suavidad de mente en el ayuno. La intención será pura, si en toda nuestra acción buscamos o el honor de Dios, o la utilidad del prójimo, o nuestra buena conciencia.

SERMO CXXIII. Sobre la vida del espíritu.

Andad en el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne (Gál. V, 16). Hay quienes andan en la carne, que ponen toda su preocupación en cómo evitar las molestias de la carne. Estos son, que aunque aprueban las virtudes, sin embargo, mientras quieren evitar por completo las molestias de la carne, no pueden resistir a sus concupiscencias perversas. A tales, el Apóstol les dice: Andad en el Espíritu: es decir, dejad de lado vuestra preocupación por cómo evitar las molestias de la carne. En esta vida del espíritu hay dos grados, superior e inferior. En el grado inferior, el hombre anda en su propio espíritu; en el grado superior, en el espíritu de Dios. En el grado inferior, el hombre anda cuando, vuelto a su corazón, solícito por sus afectos, en sí mismo reprende lo que reconoce ser contrario a la virtud. En este grado ofrece a Dios el sacrificio de un espíritu contrito y la humildad del corazón por la compunción. Ascendiendo de este grado al superior, comienza a pensar en los beneficios de Dios: y vuelto a las acciones de gracias, ofrece a Dios por devoción el sacrificio de alabanza. En ambos grados ve a Cristo: en el primero, crucificado; en el segundo, coronado de gloria y honor. En el primero estaba Isaías, cuando dijo: Y lo vimos, y no había en él belleza ni hermosura (Isa. LIII, 2). En el segundo estaba, cuando dijo: Vi al Señor sentado sobre un trono alto (Isa. VI,

1). Y nota que en el primero dijo, Vimos; en el segundo, Vi, porque aquello es de muchos, y pecadores; esto de pocos, y solo del profeta. De donde el Apóstol: En parte conocemos a Cristo, y a este crucificado: en parte profetizamos (I Cor. XIII, 9, 12); porque aún no vemos como es. Sabemos que cuando él aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). El Profeta vio, pero con ojo profético, al Señor sentado sobre un trono alto, es decir, sobre la criatura angélica; y elevado, es decir, sobre la humana: porque él levantará del polvo al necesitado, y del estiércol al pobre, para sentarlo con los príncipes, y tendrá el trono de gloria. Y toda la tierra estaba llena de su majestad (Isa. VI, 3). Toda la tierra, es decir, todos los cuerpos de los elegidos, estarán llenos de su majestad, cuando reforme el cuerpo de nuestra humillación, configurado al cuerpo de su gloria (Filip. III, 21). Y lo que estaba debajo de él llenaba el templo (Isa. VI, 1). Expulsados los hipócritas, y aquellos que invitados se excusan de venir, a las tinieblas exteriores; los humildes y sometidos a Dios llenarán el templo: porque él salvará al pueblo humilde, y humillará los ojos de los soberbios (Sal. XVII, 28).

2. Los serafines estaban sobre él: seis alas a uno y seis alas al otro. Los serafines, es decir, los ardientes, significan a aquellos que sirven a Dios con fervor - a quienes el Señor encuentra vigilantes, y los pondrá sobre todos sus bienes. Seis alas a uno, y seis alas al otro: porque no solo los prelados, sino también los súbditos tienen alas, y son serafines, si son fervientes. Con dos cubrían la cabeza, y con dos los pies, y con dos volaban (Isa. VI, 2). Las almas fervientes tienen alas con las que vuelan, esperanza y temor, porque del que vuela es a veces buscar lo alto, a veces lo bajo. Por la esperanza buscan lo alto, porque habitan en los cielos. De donde algunos de ellos dicen: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20). Por el temor lo bajo. Condescendiendo a los débiles, los instruyen, considerándose a sí mismos, para que no sean también tentados. Con dos cubrían los pies. Los pies son sus afectos, con los que se unen a los prójimos. Pero porque de estas dos maneras se ofende, a saber, arrojando a los débiles con excesivo rigor, y consintiendo en sus vicios con excesiva indulgencia, los serafines cubrían aquellos con dos alas: contra el excesivo rigor, con la consideración de su propia fragilidad; contra la excesiva indulgencia, con el celo de la rectitud. Con dos cubrían la cabeza. La cabeza es la intención de la contemplación o el entendimiento espiritual. Y esto lo cubren los serafines, por los enemigos, por la vana gloria y la oculta soberbia, con dos alas: contra la vana gloria una ala, a saber, el amor de la verdad; contra la soberbia, el estudio de la humildad.

SERMO CXXIV. Sobre los cuatro grados de la buena voluntad.

1. La palabra de Dios debe obrar dos cosas: sanar las almas viciosas y amonestar a las buenas. Digo viciosas, no todas aquellas en las que hay vicio, sino las que consienten al vicio por voluntad, y no resisten cuanto pueden. A tal alma le habla la Verdad en el Evangelio, diciendo: Ponte de acuerdo con tu adversario mientras estás con él en el camino (Mat. V, 25), etc. No dijo, al vicio, sino, al adversario. Este adversario es la palabra de Dios, que siempre se opone a los vicios. A este consiente, quien puede decir con el Profeta: Y mi pecado está siempre delante de mí (Sal. L, 5). Digo buenas almas, no solo las perfectas, sino las que comienzan; que, aunque tienen vicio, no consienten, sino que resisten. Tales almas, aunque por debilidad o ignorancia caen a menudo, como está escrito: Siete veces al día cae el justo (Prov. XXIV, 16), sin embargo, por la voluntad que tienen buena, se levantan. Esta es la que hace buena el alma, porque, aunque hay muchos bienes naturalmente inherentes al alma, como buen ingenio, memoria capaz, razón vigilante y otros bienes del alma, solo la voluntad, si es buena, hace buena el alma; si es viciosa, viciosa. Pero porque el hombre, como dice Job, Nunca permanece en el mismo estado (Job XIV, 2), o decae o progresa, es necesario progresar en esta voluntad, porque ella es el camino del que dice el profeta: Este es el

camino, andad por él (Isa. XXX, 21); y el salmo: Bienaventurado el hombre cuyo auxilio está en ti; ha dispuesto en su corazón las ascensiones en el valle de lágrimas (Sal. LXXXIII, 6, 7). En el corazón, es decir, en la voluntad.

2. El primer grado de esta vida es la voluntad recta, el segundo la fuerte, el tercero la devota, el cuarto la plena voluntad. En el primer grado el alma consiente con la mente a la ley de Dios; pero, resistiendo la carne, no encuentra cómo realizar el bien que ama, sino que a menudo hace el mal que odia, por debilidad (Rom. VII, 16-25). En esto, sin embargo, su voluntad es recta, porque consintiendo a su adversario, en sí misma odia lo que él reprueba. En el segundo grado el alma no solo no hace el mal que odia, sino que también realiza el bien que ama, aunque con pesadez, pero lo hace con fortaleza, diciendo con el Profeta: Por las palabras de tus labios yo he guardado caminos duros (Sal. XVI, 4). En el tercer grado, ya con el corazón dilatado, corre el camino de los mandamientos de Dios, y se deleita en ellos, como en todas las riquezas: porque ungida la piel con el óleo de la gracia espiritual, y sabiendo que Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7), extendiéndose con alegría a cualquier bien, clama con el profeta David: Corrí el camino de tus mandamientos, cuando dilataste mi corazón (Sal. CXVIII, 32). En el cuarto grado están los ángeles, que con la misma facilidad con que siempre quieren, realizan el bien plenamente. Este grado puede desearlo el alma, pero no puede alcanzarlo en el cuerpo, debido a que se ve agravada por el cuerpo. Quien aún no tiene la voluntad recta, sepa que lo impide la intención carnal. Quien tiene la voluntad recta y no fuerte, sepa que lo impide la mala costumbre. Quien tiene la voluntad devota y no plena, sepa que lo impide la habitación terrenal. Quien aún tiene la voluntad viciosa, ore y diga: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mat. VI, 10): entendiéndose a sí mismo como tierra; y al que ya tiene la voluntad recta, como cielo: porque, cuanto el cielo dista de la tierra, tanto dista la voluntad recta de la viciosa. Así ore quien tiene la voluntad recta, pero no fuerte, entendiéndose a sí mismo como tierra; y al que ya tiene la voluntad fuerte, como cielo. Y así con los demás, para que siempre el alma atienda a progresar: porque, así como está condenado quien permanece en la voluntad viciosa, así es reprehensible quien no se esfuerza en progresar en los demás.

SERMO CXXV. Sobre la glorificación de la sabiduría de Dios.

1. Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (I Cor. VI, 20). En otro lugar dice la Escritura: La sabiduría es justificada por sus hijos (Mat. XI, 19). Y en la oración decimos: Santificado sea tu nombre (Mat. VI, 9). Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios, es justificado, santificado, glorificado por sus hijos. Digamos, pues, primero cómo la sabiduría es justificada por sus hijos. Dios azota a todo hijo que ama (Hebr. XII, 6). Pero al inicio del azote, mientras el siervo de Dios aún está bajo la ley, y no sabe cómo será hijo de Dios, murmura; se pronuncia a sí mismo inocente, y a Dios cruel. A este tal, Cristo, poder de Dios, se le aparece, pero aún no la sabiduría, porque por el azote siente el poder de la virtud, pero aún no capta la suavidad de la sabiduría por el entendimiento. A este tal, la sabiduría lo alcanza fuertemente por el azote, y lo dispone suavemente por el entendimiento (Sab. VIII, 1), mientras le inspira aquello del Apóstol, a saber, alegrarse en las tribulaciones; sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no confunde (Rom. V, 3-5). Y ya no se ve a sí mismo como un siervo castigado, sino como un hijo instruido por el azote, para recibir la herencia: pronunciándose a sí mismo pecador y a Dios justo, justifica en sí mismo a la madre sabiduría.

2. Pero ¿de qué sirve confesar los pecados entre los azotes, si no te abstienes de los mismos por la santidad de la continencia? como está escrito: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XIX, 2): para que como es el padre, así sea el hijo: y en la santidad de los hijos se santifique

el nombre del Padre. Lo que también pedimos diariamente en la oración, para que así como de algunos perversos e incontinentes el Padre se queja diciendo: Mi nombre es blasfemado continuamente por vosotros entre las naciones (Isa. LII, 5; Rom. II, 24), así también por los santos se santifique. Pero para que no pienses que es invención mía, que la santidad es continencia, escucha al Apóstol diciendo a los Tesalonicenses: Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Y para que no pienses que la santificación es otra cosa que la continencia, escucha lo que sigue: Que os abstengáis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación (I Tes. IV, 3, 4). Por eso llamamos santos a aquellos que, firmes en el propósito de la continencia, los vemos abstenerse no solo de las acciones ilícitas de este mundo, sino también de las locuciones impúdicas. Por eso está escrito: El sabio permanece como el sol: el necio cambia como la luna (Ecli. XXVII, 12).

3. Pero porque el hijo sabio es la gloria del padre, es necesario que no solo se santifique en él la madre sabiduría por la estabilidad de la continencia, sino que también se glorifique por la fructificación de la buena obra, como dice la Verdad en el Evangelio: Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Por eso el salmista describiendo al hijo de la sabiduría, dice: Dichoso el hombre que se compadece y presta (Sal. CXI, 5). Y verdaderamente es una breve y perfecta definición del sabio. Porque el que confiesa su delito entre los azotes, se alegra de que por la tribulación presente se borre. Se compadece de su alma agradando a Dios por el decoro de la continencia; presta al prójimo el fruto de la buena obra. Y este es el justo, que devuelve a cada uno lo que es suyo; a Dios la confesión, a sí mismo la misericordia, al prójimo la caridad. Así se justifica la sabiduría por sus hijos por la confesión de los pecados; se santifica por el bien de la continencia; se glorifica por la fructificación de la buena obra. El primer conflicto del temor de Dios es contra la negligencia. Porque el temor excita a la custodia de sí mismo. Si prevalece la negligencia, genera curiosidad. Porque cuando por negligencia la tierra del corazón inculta, espinas y abrojos germina; lo que en sí misma no encuentra descanso, se ve obligada a vagar afuera. Así la curiosidad sale del corazón, contra la cual lucha la piedad. Porque la piedad es el culto de Dios; y se cultiva en el corazón, quien en el corazón se conoce habitar. La curiosidad, si no es vencida, genera la experiencia del mal, porque, mientras el alma vaga por muchas cosas, fácilmente encuentra donde experimentar una deleitación nociva. Esto lo combate la ciencia, enseñando qué es seguro experimentar, qué no. Si prevalece la experiencia, genera concupiscencia, para que pase al afecto del corazón.